



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



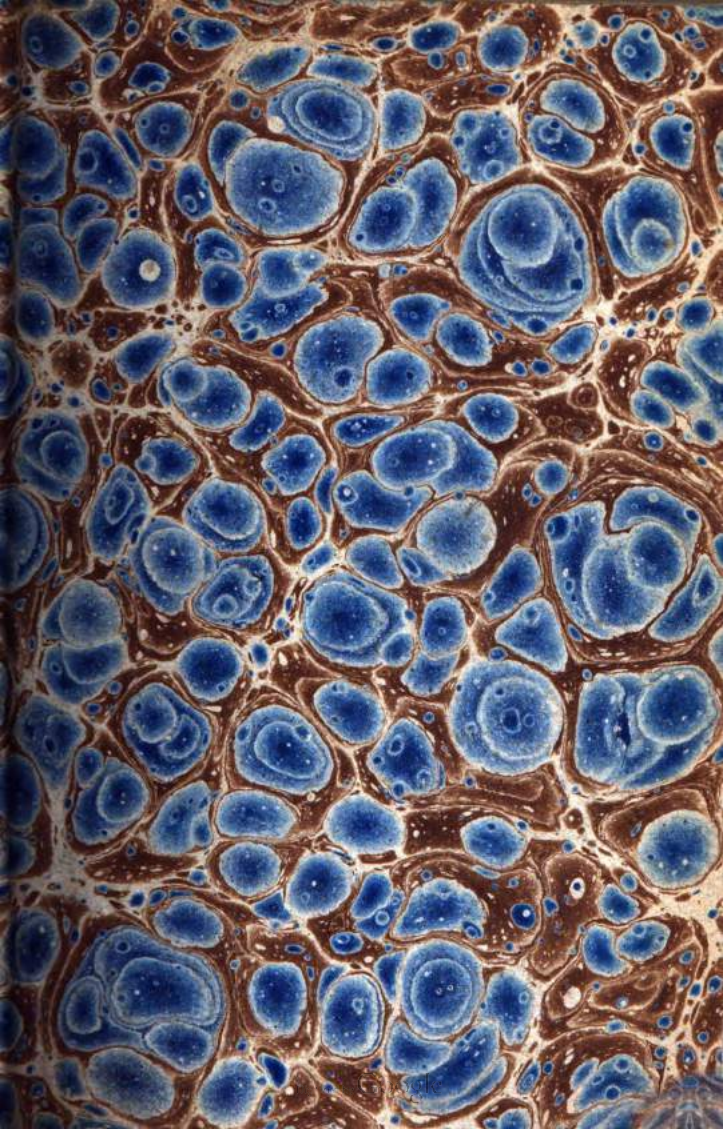
A
03



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5321943298



A

19-6-13

R. 244 899

FA
2903

**LA EPOCA,
BIBLIOTECA DEL SIGLO.**



**EL
MAESTRO DE ARMAS.**

THE
MUSEUM OF THE
CITY OF BOSTON
BOSTON, MASS.
1880

84
D. 892
-3

EL

MAESTRO DE ARMAS,

NOVELA HISTÓRICA

POR ALEJANDRO DUMAS.

TOMO I.



MADRID

Establecimiento tipográfico de Aguirre y compañía.

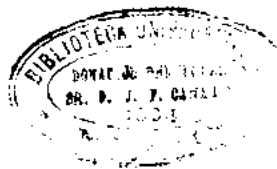
Calle de las Huertas, núm. 44.

1850.

THE HISTORY OF THE

REPUBLIC OF THE UNITED STATES

EL MAESTRO DE ARMAS.



INTRODUCCION.

—¡Oh! ¡Qué milagro es este! me dijo Grasier, viéndome aparecer en la puerta de la sala de armas, donde se había quedado solo.

Y, en efecto, yo no había vuelto á poner los pies en el arrabal de Montmartre desde el día en que Alfredo de Nerval nos contó la historia de Paulina.

—Yo deseo, continuó nuestro digno profesor con el paternal interes que se tomaba por sus discípulos, que no os traiga aquí ningún asunto desgraciado.

—No, mi querido maestro; y si vengo á pedir os un favor, no es del género de los que me habeis hecho algunas veces.

—Ya sabeis que, sea lo que fuere, estoy siempre dispuesto á servir os; por lo tanto, podeis hablar.

—Pues bien; es preciso que me saqueis de un apuro.

—Si está en mi mano , dadlo por hecho.

—Nunca he dudado de vos.

—Yá os espucho.

—Figuraos que tengo un compromiso con mi librero , y no tengo ningun trabajo que enviarle.

—¡ Oh !

—Y me ha ocurrido acudir á vos para que me deis cualquier cosa.

—¿ A mi ?

—Sí; me habeis contado cincuenta veces vuestro viaje á Rusia.

—¡ Si , pues es verdad !

—¿ En qué época os hallásteis allí ?

—Durante los años 1824, 1825 y 1826.

—Precisamente en los años mas interesantes : el fin del reinado del emperador Alejandro , y el advenimiento al trono del emperador Nicolás.

—He visto enterrar al uno y coronar al otro. Pero me ocurre una idea... Esperad...

—¡ Bien lo sabía yo !

—Sí, una historia maravillosa.

—Es precisamente lo que necesito.

—Figuraos... Pero no gastemos tiempo; ¿sois hombre de paciencia?

—¡ Lo preguntais á un hombre que pasa su vida escribiendo !...

—Pues entonces , esperad un momento.

Y dicho esto , se dirigió á un armario , del que sacó un enorme legajo de papeles :

—Aquí teneis , prosiguió , lo que os conviene.

—¡Un manuscrito! ¡Alabado sea Dios!

—Son apuntaciones de uno de mis camaradas, que se hallaba en San Petersburgo al mismo tiempo que yo, que ha sido testigo de todo, y en quien podeis tener tanta confianza como en mí mismo.

—¿Y me regalais este manuscrito?

—Con todos los derechos de propiedad.

—¿Pero sabeis que esto es un tesoro?

—Donde hay mas cobre que plata, y mas plata que oro. En fin, tal como es, ahí le teneis, y sacad de él todo el partido que podais.

—Mi querido Grisier, hoy mismo voy á poner manos á la obra, y en dos meses...

—¡En dos meses!

—Vuestro amigo se levantará el mejor dia completamente dado á luz.

—¿De veras?

—Tenedlo por hecho.

—¡Oh! Estoy seguro de que le agradará mucho.

—Y á propósito, falta una cosa á vuestro manuscrito.

—¿Qué cosa?

—El título.

—Y qué, ¿es preciso que os dé tambien un título?

—Ya que estais en favorecerme, no hagais las cosas á medias.

—Pero permitid que os diga que no habeis mirado bien; ahí teneis el título.

—¿Dónde?

—En esta página. **Leed. El Maestro de armas ó días y ocho meses en San Peterburgo!**

—Pues de lo conservaré.

—¿Tal como está?

—Adoptado.

Gracias á este próambulo, el público podrá darse por enterado de que nada de lo que va á leer es obra mia, ni aun el título.

Y además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

¡Además, de que es mi amigo Grísir quien habla.

I.

Estaba yo aun en la edad de las ilusiones; poseía la suma de cuatro mil francos; que me parecia un tesoro inagotable, y habia oido hablar de la Rusia como de un verdadero Eldorado para todo artista que se hiciese notar algo en sus trabajos: asi, pues, como yo tenia alguna confianza en mí mismo, me decidí á marchar á San Petersburgo.

Tomada que fue esta resolucion, la puse en planta al momento; yo era jóven, y nada dejaba tras de mí, ni aun deudas; de manera que me ocupé únicamente en pedir algunas cartas de recomendacion, y mi pasaporte, lo que no tardé en conseguir; y ocho dias despues de formado el proyecto me hallaba en el camino de Bruselas.

Habia preferido ir por tierra, primero porque pensaba anunciar algunos asaltos en las ciudades

por donde debía pasar, sacando así el coste del viaje, y en segundo lugar porque, siendo entusiasta de nuestra gloria nacional, deseaba visitar algunos de los campos de batalla en que yo creía que, como en la tumba de Virgilio, los laureles brotaban por sí mismos.

Dos días me detuve en la capital de Bélgica: en el primero de ellos di un asalto, y en el segundo tuve un desafío. Como salí bien de uno y de otro, me hicieron ventajosas proposiciones para que me quedase en aquella ciudad, pero no las admití: había una fuerza que me impulsaba hacia adelante.

Con todo, me detuve un día en Lieja; vivía allí un antiguo discípulo mio, que se hallaba empleado en el ayuntamiento, á quien deseaba hacer una visita. Vivía en la calle de Pierreuse: desde la azotea de su casa, y haciendo conocimiento con el vino del Rhin, pude contemplar la ciudad que se estendia bajo mis pies, desde el pueblecillo de Herstall, donde nació Pepin, hasta el castillo de Ranionle, desde donde Godofredo marchó á la Tierra Santa. Este examen no tuvo lugar sin que mi discípulo me refiriese cinco ó seis tradiciones sobre aquellos antiguos edificios; á cual mas curiosas; una de las mas trágicas de entre ellas fue sin contradicción la que tiene por título *El Banquete de Varsúseo*, y por argumento el asesinato del burgomaestre Sebastian Laruelle, cuyo nombre se conserva aun en una de las calles de la ciudad.

Habia yo anunciado á mi discípulo, al subir en la

diligencia de Aix-la-Chapelle, mi proyecto de detenerme en las ciudades célebres y de visitar los campos de batalla memorables; pero se echó á reir de mi candidez, y me dijo que en Prusia no puede uno detenerse donde quiera, sino donde quiere el conductor; y que una vez metido en la diligencia, se entrega uno enteramente á su disposicion. Y en efecto, desde Colonia á Dresde, donde yo habia pensado detenerme tres dias, no nos sacaron de nuestra jaula sino á la hora de comer, y únicamente el tiempo preciso para tomar el alimento estrictamente necesario á nuestra existencia. Al cabo de tres dias de prision, de la cual nadie se quejó, sin duda por ser cosa corriente en los estados de S. M. Federico Guillermo, llegamos á Dresde.

En aquella ciudad fue donde Napoleon, en el momento de entrar en Rusia, hizo aquella gran parada de 1812; á la que convocó un emperador, tres reyes y un virrey; en quanto á los principes soberanos, se agolpaban de tal modo á las puertas de la tienda imperial, que se hallaban confundidos con los ayudantes de campo y los demas oficiales; el rey de Prusia hizo allí una antesala de tres dias.

Todo estaba dispuesto para devolver al Asia sus invasiones de hunos y de tártaros. Desde la orilla del Guadalquivir y del mar de Calabria, seiscientos diez y siete mil hombres gritando ¡viva Napoleon! en ocho distintos idiomas son impulsados por la mano del gigante hasta las orillas del Vistula; llevan consigo mil trescientas setenta y dos piezas de artilleria, seis

equipajes de puente y uno de sitio: delante de ellos marchan cuatro mil carruajes con viveres, tres mil cajas de municiones, mil quinientos carruajes de bagajes y mil doscientos rebaños, y por donde quiera que pasan les acompaña la admiracion de la Europa.

El 29 de mayo, Napoleon sale de Dresde, y sin detenerse en Posen mas que para dirigir algunas palabras de amistad á los polacos, desprecia á Varsovia, se aloja en Thorn el tiempo estrictamente necesario para visitar las fortificaciones y los almacenes, descendiendo el Vistula, deja á su derecha á Friedland de gloriosos recuerdos, y llega en fin á Königsberg, desde donde, dirigiéndose á Gumbinnen, pasa revista á cuatro ó cinco de sus ejércitos. Trasmítese la orden de marchar: todo el espacio que se estiende desde el Vistula al Niemen se cubre de soldados, de carros y de faetones; el Pregel, que corre desde un río al otro como una anastomosis (1); se esconde bajo las embarcaciones cargadas de viveres! Finalmente, el 23 de junio, antes de amanecer, llega Napoleon á la entrada de la selva de Pilwiski; una cadena de montañas se estiende delante de su vista, y al otro lado de ellas corre el río ruso. El emperador, que habia ido hasta allí en carruaje, monta á caballo á las dos de la madrugada; llega hasta los puestos avanzados situados cerca de Kowno; toma la gorra y el capote de un soldado polaco de

(1) Union de los vasos en el cuerpo humano.

la caballería ligera, y sale á galope con el general Haxo y algunos soldados de escolta para reconocer el rio por sí mismo; al llegar á la orilla, su caballo cae sobre la arena.

—Este es un mal agüero, dijo Napoleon levantándose; un romano retrocederia.

Se hace el reconocimiento: el ejército debe conservar sus posiciones durante el día, oculto á los ojos del enemigo, y llegada la noche: pasar el rio por tres puentes.

En cuanto vino la noche, Napoleon se acerca al Niemen: algunos zapadores atraviesan el rio en una pequeña embarcacion, y el emperador les sigue con la vista en medio de la oscuridad en que al fin desaparecen: abordan y desembarcan en la ribera rusa: el ejército enemigo, que se hallaba allí el día antes, parecía haberse evaporado al cabo de un momento de silencio y de soledad; un oficial de cosacos se presenta solo, y parece admirarse al ver á aquellas horas á unos extranjeros en la ribera.

—¿Quiénes sois? pregunta.

—Franceses, responden los zapadores.

—¿Y qué queréis?

—Pasar el Niemen.

—¿Qué venis á hacer á Rusia?

—La guerra.

Oida esta bélica declaracion del heraldo subalterno, el cosaco, sin contestar, pica espuelas á su caballo en direccion á Vilna, y desaparece como un fantasma. Le disparan tres tiros, sin que le alcance

ninguno. Napoleón se estremece al oír el ruido: la campaña estaba abierta.

El emperador da órden para que atraviesen el río trescientos cazadores, encargados de proteger el establecimiento de los puentes: en el mismo momento se mandan ayudantes en todas direcciones. Aquellas masas inmensas de hombres se mueven en la oscuridad, y se adelantan, ocultos por los bosques y por los centenos: la oscuridad es tal, que las cabezas de las columnas llegan á doscientos pasos de Napoleón, sin que este pueda distinguirlos: Napoleón oye únicamente un ruido sordo parecido al del huracán que se aproxima: se lanza hácia aquel ruido, y la palabra ¡alto! comunicada en voz baja, se extiende por toda la línea: no se ve luz ninguna; se manda guardar el mas profundo silencio, y acostarse cada soldado en su puesto y con el fusil al lado. A las dos de la mañana estaban echados los tres puentes.

Llega el día: la orilla izquierda del río está cubierta de hombres, de caballos y de carruajes: la derecha está desierta y triste: el terreno mismo, al hacerse ruso, parece cambiar de aspecto. Todo lo que no es bosque sombrío es una llanura árida y arenosa.

El emperador sale de su tienda, colocada en la cima de la colina mas elevada y en medio de aquella multitud de soldados; danse al momento las disposiciones necesarias, y envíanse ayudantes de campo á los puntos designados, divergentes como los rayos de una estrella. Casi en el mismo instante aque-

Las masas confusas se conmueven, se reúnen en cuerpos de ejército, se extienden en columnas, y encorvándose según las sinuosidades del terreno, parecen otros tantos ríos que desembocan en el Niemen.

En el momento en que las tres vanguardias ponían los pies en el territorio ruso, el emperador Alejandro aceptaba un convite de baile que daban en Vilna, y bailaba con Mad. Barclay de Tolly esposa del general en jefe de su ejército. Había sabido á las doce de la noche, por conducto del oficial de cosacos que había visto á nuestros zapadores, la llegada al Niemen del ejército francés; pero no quiso interrumpir la fiesta.

Apenas la vanguardia llegó á la orilla derecha del Niemen, Napoleon se lanzó, seguido de su estado mayor, al puente del medio, que atravesó á su vez. Llegado que hubo á la otra orilla, se alarma, y se admira: aquel enemigo que huía era mas amenazador con su fuga de lo que lo hubiera parecido estando allí: de pronto se detiene, y cree oír el ruido del cañon; pero es el del trueno: levántase una tempestad; el cielo se cubre, y se pone sombrío, como si fuese la hora del crepúsculo. Napoleon no puede dominar su impaciencia, y, acompañado de unos cuantos hombres, se lanza á través de aquella atmósfera pardusca, y á rienda suelta desaparece con su caballo en una selva. El cielo continúa oscureciéndose: al cabo de media hora se ve volver al emperador á la luz de un relámpago: ha andado mas de dos le-

guas sin hallar almá viviente. En el mismo instante estalla la tempestad, y Napoleon se guarece en un convento.

A eso de las cinco de la tarde, en tanto que el ejército continuaba atravesando el Niemen, Napoleon, que se hallaba muy inquieto por aquella desercion del enemigo, se adelanta hácia el Wilia, que encuentra á un cuarto de legua mas arriba del sitio por donde desemboca en el Niemen: los rusos, al retirarse, habian quemado el puente, y era operacion muy larga construir otro nuevo: la caballeria ligera polaca encontraria algun vado.

Por órden de Napoleon se arroja al rio un escuadron de caballeria: al principio el escuadron sigue formado, lo cual da alguna esperanza; pero á poco hombres y caballos se van hundiendo, y muy luego, á pesar de sus esfuerzos, se desbandan. Al llegar á la mitad del rio los arrastra la violencia de la corriente: desaparecen algunos caballos, y asustados los demas, relinchan en señal de apuro: los hombres luchan y hacen esfuerzos; pero la fuerza del rio es tal, que los arrebatá. Apenas llegan algunos á la opuesta orilla, los demas se hunden, y desaparecen á los gritos de *viva el emperador!* y lo que quedaba del ejército sobre el Niemen vió llegar cadáveres flotantes de hombres y caballos, que le traian noticias de su vanguardia.

Tres dias enteros necesitó el ejército francés para pasar el rio.

En dos dias ganó Napoleon los desfiladeros que protegen á Vilna, y pensó que el emperador Alejandro le aguardaria en aquella hermosa posicion para defender la capital de la Lituania; pero los desfiladeros estaban desiertos, cosa que apenas podia creer: las vanguardias los habian atravesado sin obstáculo; enfurécese, acusa y amenaza: el enemigo, no solo es instacable, sino invisible. Aquel era un plan convenido, una retirada premeditada, porque él conocia á los rusos por haber peleado con ellos; y cuando estos recibian orden de combatir, eran murallas vivas que podian ser derribadas, pero que no retrocedian.

Sin embargo, cualquiera que fuese el peligro que allí hubiese, era preciso aprovechar la retirada del enemigo. Napoleon se puso en medio de los polacos, é hizo con ellos su entrada en Vilna. Los lituanios, al ver á los que miraban como á compatriotas, y á aquel á quien esperaban como á un salvador, acudieron con gritos de júbilo y entusiasmo; pero Napoleon, inquieto, cruza á Vilna sin ver ni oír nada, y corre á los puestos avanzados, que habian pasado ya la ciudad: allí, por fin, tiene noticias de los rusos: el octavo de húsares, que, imprudentemente y sin apoyo ninguno, se habia internado en un bosque, habia sido destrozado. Napoleon respiró, pues ya no tenia que habérselas con un ejército de fantasmas: el enemigo se habia retirado en direccion de Drissa: Napoleon envia en persecucion suya á Murat con su caballería, y vuelve á Vilna á tomar po-

sesion del palacio que Alejandro habia abandonado el dia antes.

Napoleon se detiene allí para poner al corriente los asuntos atrasados. En cuanto á su ejército, continuaria avanzando á las órdenes de sus capitanes, pues existiendo el ejército ruso, ya lo alcanzaria. Verdad es que no habian llegado aun los convoyes, los hospitales de campaña, ni los furgones; pero no importa: lo esencial ante todo era una batalla, porque la batalla seria una victoria, y Napoleon hizo avanzar cuatrocientos mil hombres en un pais que no pudo proveer de alimento á Carlos XII ni á sus veinte mil suecos.

Así era que de todas partes le llegaban las noticias mas desastrosas: el ejército, que carecia de víveres, solo podia subsistir del saqueo, y aun eso no le bastaba: aun cuando á veces en un pais amigo se amenaza, se atropella y se incendia, esto sucede accidentalmente; pero allí poblaciones enteras eran víctimas de esos accidentes, y, á pesar de todo, el ejército padecia y principiaba á entrar en él el desaliento: hablábase ya de jóvenes conscritos menos acostumbrados á las privaciones que sus veteranos camaradas, los cuales, viendo delante de sí largos dias de sufrimientos semejantes á los que scababan de pasar, habian apoyado su frente sobre la boca de su fusil y saltádose la tapa de los sesos en medio de los caminos. Por último, decian que á cada paso se encontraban en el camino cajas abandonadas, furgones abiertos y saqueados, como si hubiesen sido

cogidos por el enemigo, porque habian muerto mas de diez mil caballos á consecuencia de haber comido centeno verde.

Napoleon escuchaba todo aquello aparentando no darle crédito. A cualquier hora que entraban en su cuarto le hallaban recostado sobre mapas inmensos, en los que trataba de adivinar el camino que podia seguir el ejército ruso: á falta de noticias positivas, su genio le ilumina, y cree haber penetrado el plan de Alejandro. La paciencia del czar proviene de que los franceses no habian pisado aun el suelo de la antigua Rusia y marchaban solo en pos de conquistas modernas; pero indudablemente reunirá todos sus esfuerzos para defender la Moscovia. Esta no principia sino ochenta leguas mas allá de Vilna, y sus límites están trazados por dos grandes rios; es uno el Borystenes, el otro el Duina; el primero que nace mas arriba de Viasma, y el otro cerca de Toropez: ambos á dos corren sobre un espacio de unas sesenta leguas de Este á Oeste en una linea paralela á los dos lados de una gran cadena de montañas cuyas faldas bañan por uno y otro lado, y que, estendiéndose de los montes Krapacs á los Uralios, forman la espina dorsal de la Rusia. De repente en Polosk y en Orkha se apartan bruscamente el uno á la derecha y el otro á la izquierda; el Duina para desembocar en Riga, en el Báltico, y el Borystenes para arrojarse por el Cherson, en el mar Negro. Pero antes de separarse así vuelven á estrecharse por última vez, encerrando entre ambos á Smolensko y

Vitespk, Haves de San Petersburgo y Moscow.

No habia que dudarlo: alli era donde Alejandro aguardaria á Napoleon.

Todo quedaba ya esplicado para el emperador: Barclay de Tolly se retiraba por Drissa sobre Vitespk, y Bragation por Borissoff sobre Smolensko, y alli iban á reunirse para cerrar á la Francia la entrada de la Rusia.

Danse al punto las órdenes consiguientes: Davoust debia apoderarse del Borystenes, y con el rey de Westfalia, que acababa de ser puesto á sus órdenes, adelantarse á Bragation, llegando á Minsk antes que él. Murat, Oudinot y Ney debian perseguir á Barclay de Tolly, y Napoleon, con sus tropas escogidas, el ejército de Italia, el ejército bávaro, la guardia imperial y los polacos, en todo ciento cincuenta mil hombres, debia pasar por entre ambos cuerpos, en disposicion de reunirse á Davoust ó á Murat, ya necesitasen auxilio para no ser vencidos ó para acabar de vencer.

Una disputa de presidencia entre Davoust y el rey de Westfalia proporcionó una escapatoria á Bragation: no por eso dejó Davoust de alcanzarle en Mohilof; pero lo que debió ser una batalla fue solo una escaramuza, bien que en parte se consiguió el objeto, pues Bragation tuvo que dar un gran rodeo para llegar á Smolensko.

En el ala izquierda sucede lo mismo: Murat llega al fin á alcanzar á Barclay de Tolly, y todos los dias ocurren choques entre la retaguardia rusa y la

vanguardia francesa: Subervie y su caballería ligera acuchillan á los rusos sobre Vilna haciéndoles doscientos prisioneros; Montbrun y su artillería ametrallan la división del general Korf, que trata en vano de cortar un puente; Sebastiani, en fin, llega á Vidzi, de donde el emperador había salido el día antes.

Barclay de Tolly resuelve entonces aguardar á los franceses en el campamento atrincherado de Drissa, en donde espera se le reuna Bragation; pero á los tres ó cuatro días sabe el descalabro del príncipe ruso y la maniobra que hacia Napoleon. Si no se da prisa, los franceses llegarían antes que él á Vitespk, y en su consecuencia manda que el ejército ruso, despues de aquel corto descanso, se ponga de nuevo en camino.

En cuanto á Napoleon, el 16 salió de Vilna, el 17 estaba en Swentrioni, y el 18 en Khepokoe. Allí supo que Barclay había abandonado su campamento de Drissa, y lo supuso en camino de Vitespk: acaso tendría tiempo para llegar antes que él, y en su consecuencia se dirige á Kamen. Seis días trascurren en marchas forzadas, sin encontrar un solo enemigo, y el ejército avanza con el oído alerta, á fin de encaminarse adonde le llame el ruido. Al fin el 24 se oye tronar el cañon hácia Bezenkowiczi, donde Eugenio peleaba sobre el Duina con la retaguardia de Barclay. Napoleon se precipita hácia el lugar del fuego; pero este cesa antes de que pudiera reunirse á los combatientes, y cuando llega, encuentra á Eugenio ocupado en reconstruir el

puente que Doctroff habia quemado al retirarse. Lo cruza así que llega á estar practicable, no porque desea apoderarse de aquel río, su nueva conquista, sino á fin de ver por sí mismo por dónde va el ejército ruso. Por la direccion de la retaguardia enemiga, y por las respuestas de algunos prisioneros, juzga que Barclay debia hallarse á aquellas horas en Vitespk. Indudablemente allí le esperaria Barclay.

Napoleon llegó al punto donde citó á sus tropas hacia un mes. Al volverse vió aparecer por tres puntos opuestos tres columnas que habian salido del Niemen en épocas y por caminos diferentes. Todos aquellos cuerpos, á cien leguas de distancia, llegan al punto de la cita, no solo en el dia señalado, sino casi á la misma hora. Era aquello un milagro de estrategia.

Todos aquellos cuerpos llegan á la vez á Bezenkoviczi y á las inmediaciones; infanteria, caballeria y artilleria se cruzan y se revuelven tumultuosamente. Los unos buscan víveres, otros forraje, otros alojamientos: las calles se ven llenas de ordenanzas y ayudantes, que no pueden correr entre la multitud de soldados: hasta tal punto principiaba ya á desaparecer la diferencia de clases, que aquella marcha avanzada se asemejaba casi á una retirada. Por espacio de seis horas doscientos mil hombres tuvieron la pretension de alojarse en una aldea de quinientas casas.

Por fin, á eso de las diez de la noche Napoleon

envia órdenes á los jefes perdidos entre aquella multitud, de la que los dos terceras partes no habia comido ni bebido hacia doce horas, y que parecia próxima á venir á las manos. Los jefes montan á caballo, y hablan en nombre del empérador. En pocos momentos, y como por magia, todas estas masas confundidas se separan; cada uno vuelve á su arma, y se coloca alrededor de su bandera: establécense largas filas, que salen de cada masa como arroyos que saliesen de un lago, y se adelantan con las músicas á su cabeza. Aquellas oleadas se dirigen hácia Ostrowno, y al mas espantoso tumulto sucede en Bezenkowiczi el mas profundo silencio. Esto fue, que todos, atendido el modo con que fueron dadas las órdenes y la rapidez con que fueron trasmitidas, se convencieron de que al dia siguiente se daría una batalla, y semejante conviccion despierta siempre en un ejército singulares preocupaciones.

Al amanecer, el ejército se halla escalonado sobre un espacioso camino bordeado de abedules. Murat marcha en la vanguardia con la caballería. Lleva bajo sus órdenes á Dumont, Coetlosquet y Carignan; el 8.^o de húsares va en descubierta, creyéndose este regimiento á su vez precedido en sus dos flancos por dos regimientos de la division á que pertenece y que se adelanta muy confiada hácia Ostrowno, sin saber que las dificultades del terreno han detenido la marcha de los regimientos, que en lugar de precederles iban detras de ellos. De repente la cabeza de la columna francesa, subiendo

una colina, divisa en su cima una línea de caballería en orden de batalla y la equivoca con los dos regimientos que creía en descubierta. El general Piré recibe orden de atacar; pero no puede convenirse que lo que vela delante de él fuese el enemigo, y envia un oficial para que reconociese aquella tropa continuando su marcha. El oficial sale á galope; pero apenas llega á la cima, cuando fue cercado por todas partes y hecho prisionero. Al mismo tiempo seis piezas de artillería hacen fuego á un mismo tiempo, y destrozan filas enteras: no es tiempo ya de usar de estrategias, y el grito de ¡adelante! resuena en todas partes: el 8.º de húsares y el 16.º de cazadores se adelantan rápidamente, y se arrojan sobre los cañones antes de que tuviesen tiempo de volver á cargar, derrotan el regimiento que les impide el paso, y rompen la línea pasando al otro lado. No viendo ya nada delante de sí, se vuelven, y ven al regimiento enemigo que han dejado á la derecha asustado de aquella temeridad. Arrójanse sobre él en el momento que este ejecuta un cuarto de conversión, y le destrozan completamente: hacen un segundo movimiento, y ven el regimiento de la izquierda que emprende una retirada; le persiguen, le alcanzan, le dispersan y le hacen huir á los bosques que ciñen como un cinturón á la ciudad de Ostrowno. Entre tanto Murat aparece sobre la colina con todas las fuerzas que puede reunir; une este refuerzo á la vanguardia, y se interna en los bosques, porque

cree hallar únicamente la vanguardia del enemigo; pero entonces empieza la resistencia. Según todas las probabilidades, el ejército ruso está en Ostrowno. Murat hecha una ojeada sobre la posición, y reconoce que con efecto es excelente; se halla ya demasiado comprometido; pero Murat es uno de esos hombres que no retroceden; manda á las dos cabezas de columna compuestas de las divisiones Bruyere y San German que se sostengan en el campo de batalla que han conquistado, y tomada esta medida, se pone al frente de la caballería ligera y espera al enemigo, que desemboca al poco tiempo; todo lo que aparece fuera del bosque es atacado encarnizadamente, y los rusos que venian á atacar se ven obligados á defenderse. La caballería es acerbillada por las largas lanzas de los polacos; la infantería acuchillada por los húsares y los cazadores. Pero aquellos bosques eran para los rusos lo que es la tierra para Anteo; apenas entran en ellos, cuando vuelven á salir mas numerosos que antes. A fuerza de herir, las lanzas se rompen y los sables se embotan: la infantería ha hecho tanto fuego, que ya no tiene cartuchos. En aquel momento aparece sobre la colina la division Delzons, que llega al paso de carga impaciente por combatir á su vez. Murat, que lo ve, acelera su llegada, y le dirige contra la derecha del enemigo. A la vista de este refuerzo, el enemigo se alarma: Murat manda cargar por última vez, y ya nada resiste, y los rusos se ponen en retirada: el ejército francés se apodera de los bosques, que ya

han cesado de arrojar fuego; los atraviesa, y llegando á la llanura, divisa la retaguardia rusa, que desaparece por otra parte de la selva.

En aquel momento, Eugenio llega con un nuevo refuerzo; pero ya es demasiado tarde para aventurarse por medio de aquellos desfiladeros desconocidos; la noche se aproxima, y es preciso esperar al día siguiente. Murat y Eugenio señalan á cada uno la posición que debe ocupar; disponen sobre una altura toda la artillería de que pueden disponer, y vuelven á acostarse vestidos bajo una misma tienda.

Se levantan al amanecer. Los rusos han tomado también por su parte las posiciones más ventajosas, y Murat y Eugenio tienen que habérselas, no ya con una vanguardia, sino con un cuerpo de ejército completo. Palhen y Konownitzin se han reunido á Ostermann. ¡No importa! ¿No son ellos también la vanguardia del gran ejército y no deben ser auxiliados por Napoleón?

A las cinco de la mañana todos los soldados franceses se hallaban de pie: Murat dispone el ataque, y ya á la izquierda marcha contra los rusos, en tanto que la derecha recibe sus instrucciones. De pronto oye Murat una espantosa gritería: es el hurra de diez mil rusos que no esperan el ataque, y que, saliendo de los bosques, rechazan por dos veces á nuestra caballería y á nuestra infantería; era ya demasiado retroceder para aquellos valientes; reciben orden de avanzar, y lo hacen así.

Murat les ve adelantarse hácia la artillería francesa

que empieza á inquietarse de que hacia fuego inútilmente, y de que las brechas que hacia en aquellas espesas columnas se cerraban al momento. El 84.º regimiento y un batallon de croatas se sostienen aun delante de aquellas masas, y no retroceden sino paso á paso; pero, á medida que retroceden, se ve en aquel espacio, cada vez mas estrecho, que dejan amontonarse sus muertos, en tanto que detras de sí se cruzan los heridos que conducen y algunos fugitivos; de manera que van á ser atacados y destrozados, ó van á desbandarse y dejar sus cañones sin otra proteccion que los artilleros. Al ver esto, el ala derecha se asusta, y se notan señales de confusion; no hay momento que perder, porque en aquellos estrechos desfiladeros cualquier retirada seria una derrota.

Murat da sus órdenes con la prontitud y energia que exige semejante situacion. El ala derecha, en lugar de esperar el ataque, debe atacar. El general Piré es el encargado de este movimiento.

El general d'Anthonard corrió hácia sus artilleros, que debe mantener en su posicion; su deber es el hacerse acuchillar, si es preciso, sobre los cañones.

El general Girardin rehará el 106.º regimiento de línea, que se halla en completa dispersion, y le hará marchar contra el ala derecha de los rusos, que continuaba avanzando, en tanto que Murat la mandará atacar por el flanco por un regimiento de lanceros polacos.

Cada cual se dirige á su puesto con la rapidez del

rayo; Murat se pone al frente de los polacos para arengarlos; el regimiento, que cree que el rey se pone á su cabeza enmedio de las aclamaciones, baja sus lanzas y se precipita; Murat no ha querido mas que arengarlos; pero es preciso que los guie; las lanzas se van á los alcances; no puede ni detenerse ni tiene tiempo para echarse á un lado; toma al fin su partido como valiente, desenvaina el sable, grita: ¡adelante! carga el primero como un simple capitán, y desaparece con su regimiento en las filas enemigas, que atraviesa de parte á parte, y en las cuales difunde el desorden este violento choque.

Al otro lado encuentra á Girardin con su regimiento; desde lo alto de la colina distingue los disparos de su artillería, en tanto que un nutrido fuego de fusilería que se oye en el ala derecha le anuncia que el general Piré sostiene su buena reputación.

Entonces se vuelve á restablecer la lucha, que dura, sin desventaja de una parte ni de otra, por espacio de dos horas. Despues los rusos, replegándose, empiezan á perder terreno, pero paso á paso y como hombres que ceden á órdenes superiores, mas bien que como vencidos que se retiran: por fin, se interpan en los bosques, desaparecen, y los franceses se detienen en la llanura. Murat y Eugenio vacilan antes de decidirse á perseguirlos enmedio de aquellas espesas selvas; pero en aquel momento aparece el emperador, pone al galope su caballo, llega á la colina que domina el campo de batalla, y allí, enmedio de la artillería, se detiene inmóvil, semejante á una

estatua ecuestre. Murat y Eugenio acuden al momento á su lado, le refieren lo que habia pasado y el motivo que los ha detenido.

—Atravesad esos bosques, dijo Napoleon; eso no es mas que una cortina tras de la cual no se sostendrán los rusos.

Dejose oír entonces la música de los regimientos que llegan. Seguros de poder ser socorridos, Murat y Eugenio se vuelven á poner á la cabeza de sus tropas, y penetran resueltamente en el bosque, que hallan desierto y sombrío, como la selva encantada del Tasso.

Al cabo de una hora un ayudante de campo anuncia á Napoleon que la vanguardia ha atravesado la selva, y que desde la posicion que ocupa se divisa Vitespk.

—Allí es donde nos esperan, dijo Napoleon. No me habia equivocado.

Entonces da órden de que le siga todo el ejército; despues, poniendo al galope su caballo, atraviesa á su vez el bosque, y se reúne á Murat y á Eugenio. Sus tenientes habian dicho la verdad; Vitespk se halla delante de sus ojos, elevándose en anfiteatro sobre su doble colina.

Pero el dia se halla ya muy adelantado para intentar nada; se hace preciso algun tiempo para reconocer y estudiar el pais y para formar un plan de campaña: por otra parte, el resto del ejército está aun en los desfiladeros de que el mismo Napoleon habia salido aun no hacia tres horas. Manda

que pongan su tienda sobre una altura á la izquierda del camino real, hace desplegar sus cartas geográficas, y se duerme sobre ellas.

Llega la noche; enciéndense hogueras; ya no queda duda alguna, el ejército ruso está á la vista, y espera.

De hora en hora, Napoleon se despierta, y pregunta si los rusos continúan en sus posiciones, y le contestan que sí. En aquella noche hizo llamar á su lado siete veces á Berthier; la última vez le acompaña hasta la puerta de su tienda; se asegura por sí mismo de que no le han engañado, y se duerme, en fin, algo mas tranquilo, dando orden de que le despierten al amanecer.

Pero esta orden es inútil, y él mismo á las tres de la madrugada llama á sus ayudantes de campo, y pide un caballo. Como habia siempre uno dispuesto, se lo traen al momento. Salta sobre él, y acompañado de algunos oficiales únicamente, recorre toda la linea. Rusos y franceses siguen en sus puestos, y cuando llega el dia, Napoleon ve lleno de júbilo á todo el ejército enemigo sobre los terraplenes que dominan las avenidas de Vitespk. A trescientos pies, y por bajo de él, corre el Luczissá, rio que, á manera de torrente, desciende de la montaña, y va á perderse en el Douina. Delante del ejército, y á modo de puestos avanzados, se escalonan diez mil hombres de caballería, apoyando su derecha en el Douina, y su izquierda en un bosque guarnecido de infantería y erizado de cañones.

Todo indica una firme resolución de combatir.

Napoleon abarca de una ojeada toda la línea enemiga, y su inquietud desaparece. Si los rusos no se hallan dispuestos á atacarnos, parecen al menos decididos á defenderse. En aquel momento el virey se reúne á Napoleon, que le da sus órdenes, y ocupa un montecillo aislado á la izquierda del camino real, desde donde, colocado al lado del campo de batalla, podrá dominar á ambos ejércitos.

En un momento son transmitidas las órdenes. La división Broussier, seguida del 18.º regimiento de infantería ligera y de la brigada de caballería del general Piré, vuelve hácia la derecha, atravesando el camino, y se dispone á reparar un pequeño puente que el enemigo ha destruido, y que le franqueará el paso para el otro lado de un barranco que se estiende por delante de nuestro frente, como el Luczissa por delante de los rusos. Al cabo de una hora el puente queda compuesto, sin que el enemigo haya intentado oponerse.

Los primeros que pasan el barranco son doscientos cazadores del 9.º regimiento de línea, mandados por los capitanes Gayard y Savary: al momento se colocan en el lado izquierdo, donde deben formar la estremidad de nuestra ala, que estará apoyada, como la de los rusos, en el Douina. Tras ellos pasa el 16.º de cazadores de á caballo, conducido por Murat, detras del cual marchan algunas piezas de artillería ligera. La división Delzons se adelanta á su vanguardia y empieza á pasar, cuando de repente,

bien sea que se dejase arrastrar por su ardor habitual, ó sea que interpretase mal una orden recibida, Murat se pone á la cabeza del 16.º de cazadores; y se arroja sobre los cuerpos de caballeria rusa que hasta entonces los habian visto deslizar inmóviles y como si se tratase de una parada.

Entonces se vió, con una admiracion mezclada de terror, adelantarse seiscientos hombres para atacar á diez mil; pero antes de que hubiesen podido llegar, los inconvenientes del terreno, socavado por las lluvias del invierno, han roto sus líneas, de manera que al primer movimiento de los lanceros rusos, conociendo que era imposible toda resistencia, vuelven la espalda y huyen; pero los barrancos, que se han opuesto al ataque, se oponen aun mas á la retirada: perseguidos muy de cerca los cazadores, son alcanzados, y destrozados en la parte mas baja, y no se reúnen sino protegidos por el fuego del 53.º regimiento. Murat solamente, con unos sesenta oficiales y soldados de á caballo, se ha mantenido, sable en mano, dejando pasar á los enemigos, con los que se ha mezclado, de modo que mas bien parecia que él iba en su persecucion. Por dos veces en aquella escaramuza su picador le ha salvado la vida: una de ellas, matando de un pistoletazo á un soldado que iba á atravesarle con su lanza, y otra cortando la mano á un soldado de caballeria que tenia el sable levantado sobre él.

En aquel momento, los lanceros rusos ven al emperador sobre la colina en que se habia colocado,

y acompañado únicamente por algunos cazadores de la guardia; se hallan á algunos centenares de pasos de él; todo el ejército se sobresalta; los doscientos camadores vuelven al paso de carga, Murat y sus valientes los adelantan con la rapidex del rayo, y se colocan al pie del montecillo; los cazadores echan pie á tierra, y con la carabina al brazo rodean á Napoleón; el mismo Murat se apodera de un fusil y hace fuego. Esta resistencia, que no se esperaban los lanceros, les detiene; redobla el fuego de fusilería; la division Delsons llega á paso de carga, y á la vez los mil quinientos ó mil ochocientos lanceros se ven en un terrible apuro; vuelven pies atras, y huyen á galope; pero en mitad de su camino encuentran á los doscientos cazadores franceses que se hallaban entonces solos entre los dos ejércitos.

Por un momento se creyó perdidos á aquellos doscientos valientes, cuando de repente, en el centro del círculo que les rodeaba y que los ocultaba á la vista, se oye un fuego muy nutrido, que hizo un gran destrozo en los enemigos: aquel puñado de valientes aislado no habia aun desesperado de salvarse. Por medio de una rápida maniobra, sus dos capitanes los forman en un cuadro, cuyos cuatro frentes vomitan fuego; los lanceros se enfurecen contra ellos, pero el cuadro retrocede sin dejar de combatir y ocupa un terreno cortado por barrancos y malezas. Los lanceros los siguen asediando; pero todo el camino que han recorrido se halla cubierto de muertos y heridos, y mas de doscientos

caballos sin ginetes corren por la llanura. Los rusos se ciegan; detenidos por las malezas los unos, caen los otros en los barrancos; el fuego continúa sin descanso y con una regularidad que indica que el batallón en cuadro permanece intacto; en fin; los lanceros se fatigan de aquella lucha en que todos los peligros están de su parte; vuelven grupas, y se reúnen á los demás regimientos, que han permanecido, como los franceses, inmóviles espectadores de aquel singular torneo: una última descarga los persigue, y nuestro ejército entero da un grito de alegría al ver aquel puñado de hombres salvado por su propio valor, de un modo tan milagroso.

Napoleon, que ha olvidado su peligro momentáneo, se habia aproximado para tomar parte en el espectáculo, y envia un ayudante de campo para que se informe á qué cuerpo pertenecen aquellos doscientos valientes. El ayudante vuelve con esta respuesta:

—Al 9.º, señor, y todos son hijos de Paris.

—Vuelve á decirles que son unos valientes, que todos merecen la cruz de honor, y que se les dará diez condecoraciones para que se las repartan entre si;

Este mensaje fue acogido con los gritos de *viva el emperador!*

Pero todo cuanto habia pasado hasta entonces no habia sido más que un juego, y la verdadera batalla empezaba entonces; la division Broussier se formó en cuadros dobles por regimientos, y protegida

por su artillería, marcha derecha hacia el enemigo, entre tanto que el ejército de Italia, las tres divisiones del conde Loban y la caballería de Murat, atacan el camino real y los bosques en que los rusos apoyan su ala izquierda. En el espacio de dos horas, todos los puestos avanzados son ocupados por las tropas francesas, y el enemigo se retira detras del Luczissa: todos han seguido el ejemplo de los doscientos cazadores, y han hecho cuanto han podido: Murat, sobre todo, teniendo que reparar un mal paso, ha hecho prodigios de valor.

Eran las doce del día, y quedaba aun tiempo para volver á la carga contra el enemigo; pero sin duda Napoleon habia previsto que los rusos, asustados de aquel primer encuentro, los engañaban con una retaguardia, entre tanto que hacian su retirada, y hace como que vacila, para ser menos temido. Así es que manda cesar el fuego, recorre toda la línea, encarga que se preparen para el día siguiente, y se dirige, para almorzar, á una pequeña altura en medio de los tiradores, donde una bala hiere á un soldado á tres pasos de él.

Durante todo el día van llegando y reuniéndose los diferentes cuerpos del ejército.

Por la tarde Napoleon se despide de Murat, diciéndole:

—Hasta mañana, á las cinco de la mañana.

Murat meneó la cabeza en señal de duda, y marchó á establecer su tienda á orillas del Luczissa, y á medio tiro de fusil de las avanzadas enemigas.

Napoleon no se habia equivocado : Barclay de Tolly tenia intencion de ocupar y defender la entrada de Smolensko, en cuyo punto habia citado á Bragation, y donde debia reunirse de un momento á otro; pero á las once de la noche el general ruso tiene noticia de que Bragation ha sido derrotado en Mohilow y rechazado tras el Borysthene, de modo que tenia cortadas todas las comunicaciones, y se ve obligado á entrar en Smolensko, donde debe esperar órdenes del general en jefe.

A las doce Barclay de Tolly dispone su retirada, que se hace con tal órden y silencio, que el mismo Murat no nota el movimiento; y como los fuegos encendidos durante la noche siguen en el mismo estado, el ejército se cree en presencia de los rusos. Al amanecer, Napoleon se despierta y se asoma á la puerta de su tienda: todo se hallaba silencioso y desierto en aquel campo, ocupado la vispera por setenta mil hombres: los rusos se le han ido de las manos por segunda vez.

Napoleon no podia creer en aquella retirada. ¡ Tanto era el afan con que habia deseado su presencia! Manda que el ejército no se adelante sino precedido de una numerosa vanguardia, pues se recela mucho una sorpresa; pero bien pronto tiene que rendirse ante la realidad. Ocupa el mismo campo de Barclay, y un soldado que se sorprende durmiendo bajo un matorral es lo único que queda del ejército ruso.

Dos horas despues entran en Vitespk: Vitespk

está desierta, y, á escepcion de algunos judios, todos sus habitantes la han abandonado. Napoleon, que no puede creer en aquella incesante retirada, mandó armar su tienda de campaña en el patio del castillo, para indicar que solo hace un alto.

Mándanse hacer dos reconocimientos, uno siguiendo el Douina corriente arriba, y el otro por el camino de Smolensko; pero no hallan mas que algunos cosacos dispersos, que se retiraron al momento. De los setenta mil hombres que tenian á la vista el dia anterior no quedaba huella alguna, y se habian desvanecido como fantasmas.

Napoleon recibe en Vitespk noticias muy desagradables. Segun un parte de Berthier, una sesta parte del ejército se halla atacada de disenteria; Belliard, que fue preguntado, responde que con seis dias mas de semejante marcha no le quedaria un soldado de caballeria. Entonces Napoleon, desde las ventanas del castillo, dirige su vista para reconocer la posicion de la ciudad, que ve tan admirablemente defendida por la naturaleza, que el arte no puede mejorarla. Sucédense las ideas en su mente con una extraordinaria rapidez; se halla á seiscientas leguas de Francia; la Lituania está conquistada, y se hace preciso organizarla; hállase vencedor, si no de hombres, de sitios al menos; así, pues, puede detenerse, y esperar allí el invierno precoz y terrible de Rusia. Vitespk será una excelente posicion: la corriente del Douina y del Boristenes señalarán la línea francesa; la artilleria de sitio marchará sobre

Riga, y el ala izquierda del ejército se apoyará en esta última posición: Vitespk, á quien la naturaleza habia dado bosques, y á la que Napoleon daba murallas, servia de campo atrincherado en el centro; el ala derecha se estenderá hasta Ho-Bruisk, de que era preciso apoderarse.

Acampado de este modo, nada podia faltar al ejército. Ademas de los almacenes de Dantzik, de Vilna y de Minsk, pondrán á contribucion la Curlanda y la Samogitia, se construirán treinta y seis grandes hornos, que podrán dar en cada hornada treinta mil libras de pan.

Todo esto en cuanto á las primeras necesidades.

Las yerbas crecen en la plaza del palacio; se limpiará esta plaza: la ciudad está desierta; pero se harán invitaciones á los mas ricos habitantes y á las mas elegantes señoras de Vilna y de Varsovia para que vayan á ella á pasar el invierno. Se edificará un teatro, y para inaugurarle, Talma y la señorita Mars irán á Vitepsk, como habian ido á Dresde.

Esto en cuanto al lujo.

Este plan habia sido madurado en media hora, y adoptado que fue; Napoleon se desciñó su espada, la arrojó sobre una mesa, y dijo al rey de Nápoles, que acababa de entrar en su habitacion:

—Murat; hemos terminado la primera campaña de Rusia: plantemos aqui nuestras águilas, pues quiero concentrarme en este punto: dos grandes rios marcan nuestra posicion: formemos un cuadro con cañones en los ángulos. y en el interior, y que

se crucen los fuegos por todas partes : 1813 nos verá en Moscou , 1814 en San Peteraburgo : la guerra de Rusia es una guerra de tres años.

Era el buen genio de Napoleon el que hablaba así en aquel momento; pero el demonio de la guerra no debía tardar en recobrar su imperio: á los quince dias se hallaban desvanecidos todos aquellos grandes proyectos, y como un atleta fatigado que cobra nuevo aliento, quince dias despues continuaba su marcha. El 18 de agosto caia Smolensko en su poder: el 16 de setiembre estaba ardiendo Moscou, y el 13 de diciembre Napoleon volvia á pasar de noche y fugitivo el Niemen, solo y perseguido por el espectro del grande ejército.

Peregrino piadoso de nuestra gloria como de nuestros reveses, desde Vilna habia seguido yo á caballo el mismo camino que Napoleon habia hecho doce años antes, recogiendo todas las tradiciones que los buenos lituanios habian conservado de su paso. Bien hubiera deseado ver á Smolensko y á Moscou, esta nueva Pultawa; pero ese viaje me obligaba á andar doscientas leguas mas, y eso me era imposible. Despues de permanecer un dia en Vitespk y de haber visitado el castillo donde Napoleon habia morado quince dias, me hicé traer caballos y uno de esos pequeños carruajes de que se sirven los correos rusos, y que se llaman *perekladnoi*, porque se mudan en cada parada. Arroje en él mi maleta, y no tardé en dejar tras de mi á Vitespk, llevado por mis tres caballos, de los cuales el de enmedio trotaba

con la cabeza levantada, mientras que los de derecha é izquierda galopaban relinchando y con la cabeza baja, como si quisieran devorar la tierra.

Por lo demas, yo no hacia mas que cambiar un recuerdo por otro. Esta vez seguia el camino que tomó Catalina en su viaje por Tauride.

II.

Al salir de Vitespk encontré la aduana rusa; pero como yo no llevaba mas que una maleta, á pesar de la intencion visible que tenia el administrador de hacer durar el registro, solo se emplearon en él dos horas y veinte minutos, cosa inaudita en los anales de la aduana moscovita. Practicado aquel registro, ya podia ir tranquilo hasta San Petersburgo.

Por la noche llegué á Veliki-Luki, cuyo nombre significa *arco grande*, y que debe su denominacion pintoresca á las sinuosidades del rio Lova, que pasa por sus murallas. Construida esta ciudad en el siglo XII, fue devastada en el XIII por los lituanios; despues, conquistada por el rey de Polonia, Balloric, luego, devuelta á Ivan Vasilievith, y por último, quemada por el falso Demetrio. Habiendo perma-

recido por espacio de nueve años, fue poblada de nuevo por los cosacos del Don, del Jaik, de quienes desciende casi toda la poblacion actual. Tiene tres iglesias, dos de ellas situadas en la calle Mayor, al pasar por delante de las cuales mi postillon no dejó de hacer la señal de la cruz.

A pesar de lo incómodo del carruaje, no suspendido, que habia yo adoptado, y del mal estado de los caminos, estaba resuelto á no detenerme, porque, segun me habian dicho, podia caminar las ciento setenta y dos leguas que separan á Vitespk de San Petersburgo en cuarenta y ocho horas. No me detuve, pues, en la parada sino el tiempo necesario para mudar caballos, y continué mi viaje. Escuso decir que no dormí una hora en todo el camino, pues fui bailando en mi carruaje como una avellana en su cáscara: procuré agarrarme al banco de madera, sobre el cual habian estendido una especie de almohada de cuero del grueso de un cuádrnillo de papel; pero al cabo de diez minutos tenia los brazos dislocados, y me vi precisado á abandonar de nuevo á aquel terrible zarandeo, compadeciéndome de todo corazon á los infelices correos rusos, que caminan á veces un millar de leguas en semejante carruaje.

Hacíase ya sensible la diferencia de las noches moscovitas y las de Francia. En cualquiera otro carruaje hubiera podido leer, y confieso que, fatigado de mi insomnio, traté de hacerlo; pero á la cuarta línea, un nuevo vuelco me hizo soltar el libro

de las manos, y al bajarme para cogerlo, otro vuelco me hizo saltar á mi vez del asiento. Pasó una buena media hora en revokarme en el suelo de mi cajon antes de ponerme sobre mis pies, y quedé curado del deseo de continuar mi lectura.

Al amanecer me encontré en Bejanitzi, pequeña aldea sin importancia, y á las cuatro de la tarde en Porkhoft, antigua ciudad situada sobre el Chelonia, que lleva su lino y su trigo sobre el lago Ilmen, de donde por el rio que une los dos lagos entre si ganau esos articulos el de Ladoga: hallábame á la mitad del camino. Confieso que tuve una tentacion bien fuerte de detenerme una noche; pero tan terrible me pareció el desaseo de la posada, que me sumergí en mi carruaje. Verdad es que la seguridad que me dió el postillon de que el camino que me quedaba era mejor que el que llevaba ya andado, entró por mucho en aquella heróica resolucion. En su consecuencia, mi perekladuoi partió al galope, y yo continué zarandeándome en el interior de mi cajon, mientras que el postillon cantaba sobre su asiento una cancion melancólica, cuya letra no entendia, pero cuyo aire me parecia en estremo acomodado á mi dolorosa situacion. Si dijera que me dormí, nadie me creeria, ni yo mismo lo hubiera creido, á no haberme despertado con una terrible contusion en la frente. El carruaje había dado tal vuelco, que el postillon había sido lanzado de su asiento. En cuanto á mí, fui detenido por el techo del carruaje, y la contusion que me despertó provino del contac-

to de mi frente con la armadura. Ocurríome entonces la idea de colocar al postillon dentro del carruaje y ponerme yo en el pescante; pero por mas ofertas que le hice, no quiso aceptar, ya fuese porque no comprendiera lo que yo le decia, ya porque creyese que faltaba á su deber aceptando. En su consecuencia, nos volvimos á poner en camino; el postillon emprendió de nuevo su cancion, y yo mi baile. A eso de las cinco de la mañana llegamos á Selogorodetz, en donde nos detuvimos para desayunarnos. A Dios gracias, no nos quedaban ya mas que unas cincuenta leguas de camino.

Volvi suspirando á mi jaula, y me encaramé sobre mi palo. Entonces fue cuando se me ocurrió preguntar si podria quitarse la cubierta al carruaje, á lo que me contestaron que no habia cosa mas fácil. Mandé que procedieran inmediatamente á la operacion, y solo la parte inferior de mi persona fue la que quedó desde entonces comprometida.

En Luga tuve otra idea no menos feliz que la anterior, que fue quitar la banqueta, echar paja en el suelo del carruaje, y acostarme encima, haciendo servir de almohada á mi maleta. De esta suerte, de mejora en mejora, mi estado llegó al fin á hacerse casi soportable.

Mi postillon me hizo detener sucesivamente delante del castillo de Garchina, donde estuvo relegado Pablo I durante el reinado de Catalina, y delante del palacio de Tzarkoselo, residencia de verano del emperador Alejandro; pero estaba tan cansa-

do, que me contenté con levantar la cabeza para mirar aquellas dos maravillas, haciendo propósito de volver á verlas mas tarde en un carruaje mas cómodo.

Al salir del Tzarkoselo se rompió súbitamente el eje de un droschki que corría delante de mi, y el carruaje, sin caer al suelo, se inclinó á un lado. Como me hallaba á unos cien pasos detras del droschki, tuve tiempo, antes de alcanzarlo, de ver salir de él á un caballero alto y delgado que llevaba en una mano un clar y en la otra uno de esos violines pequeños que se llaman de bolsillo. Llevaba una casaca negra, como las que se usaban en Paris en 1812; unos calzones negros, medias de seda negras, y zapatos con hebillas: apenas se vió en el suelo empezó por sacudir su pierna derecha, luego la izquierda, luego á hacer trenzados con las dos piernas, y por último á dar tres vueltas sobre sí mismo, para asegurarse sin duda de que nada se habia fracturado. La inquietud que aquel caballero mostraba por su conservacion me hizo creer que no debia pasar á su lado sin detenerme y preguntarle si le habia sucedido algun fracaso.

—Ninguno, caballero; ninguno, me respondió, sino el de que voy á faltar á mi leccion, una leccion que me vale un lois, y á la persona mas linda de San Petersburgo, á la señorita Ulodek, que representa pasado mañana á *Filadelfa*, una de las hijas de lord Varton, en el cuadro de Antonio Vandick, en la fiesta que la corte da á la duquesa hereditaria de Velmar.

—Caballero, le dije: no comprendo bien lo que me decís; pero no importa: si puedo seros útil en algo...

—¿Cómo que si podeis serme útil? Me podeis salvar la vida. Figuraos que acabo de dar una lección de baile á la princesa Lubomirska, cuya casa de campo está á dos pasos de aqui. Una lección de dos luses, caballero; no las doy á menos precio; estoy en moda, y me aprovecho de esta circunstancia; pero nada tiene de extraño, porque yo soy el único maestro de baile francés que hay en San Petersburgo. Pues bien; sabreis que ese tuno me da un carruaje que se rompe y que por poco me estropea. Afortunadamente las piernas están ilesas. Ya tendré presente el número de tu carruaje: lárgate, bríbon.

—Si no me equivoco, caballero, le dije yo, el servicio que puedo prestaros es el ofreceros un sitio en mi carruaje.

—Justamente, caballero; lo habeis adivinado, y seria un señalado servicio; pero no me atrevo...

—¿Cómo que no! Entre compatriotas...

—¿Sois francés?

—Y entre artistas...

—Pues qué, ¿sois tambien artista? ¡Ah caballero! San Petersburgo es una ingrata ciudad para los artistas. El baile, sobre todo, ¡oh! ¡Es cosa perdida! ¿Sois por ventura maestro de baile?

—¿Decís que el baile es cosa perdida? Y con todo; os pagan un luis por cada lección: no me parece que deberiais estar descontento.

—Eso es sin duda á causa de las circunstancias del momento; pero ya no es aquella antigua Rusia; los franceses lo han agitado todo. Vos no sois maestro de baile, ¿no es cierto?

—Pues me habian hablado de San Petersburgo como de una ciudad en que eran muy bien acogidas todas las notabilidades.

—¡Oh! ¡Sí! Con efecto, en otros tiempos así sucedia, hasta el punto de haber habido un miserable peluquero que ganaba seiscientos rublos diarios, mientras que apenas gano yo ochenta. Pero, decidme, vos no sois maestro de baile.

—No, no, mi querido compatriota, le respondi al fin, conofido de su inquietud, y podeis subir á mi carruaje sin temor de hallaros al lado de un rival.

—¡Caballero, acepto vuestra oferta con sumo placer! exclamó el maestro colocándose á mi lado; y, gracias á vos, me hallaré en San Petersburgo á tiempo de dar mi leccion.

El cochero marchó al galope; tres horas despues; es decir, entrada ya la noche, entramos en San Petersburgo por la puerta de Moscow, y, con arreglo á los informes dados por mi compañero de viaje, que se habia mostrado muy complaciente conmigo desde que supo que yo no era maestro de baile, me apeé en la fonda de Lóndres, plaza del Almirantazgo.

Alli nos separamos: él subió á un carruaje, y yo á la fonda.

Escusado es decir que, por deseos que tuviese de

visitar la ciudad de Pedro I, lo dejé para el día siguiente; me hallaba tan rendido, que las piernas se negaban á sostenerme, y me costó sumo trabajo el subir á mi habitacion, en donde afortunadamente encontré una buena cama, mueble de que no habia disfrutado desde Viboa.

Me desperté al siguiente dia á las doce de la mañana: la primera cosa que hice fue asomarme á la ventana. Tenia delante de mis ojos el palacio del Almirantazgo, con su larga aguja de oro, terminada en un barco y con sus hermosos árboles; á mi izquierda el palacio del senado; á mi derecha el palacio de invierno y la ermita, y en los intervalos de estos magníficos monumentos divisábase el Neva, que aparecía desde aquel punto de vista con las dimensiones del mar.

Almorcé en tanto que me vestia, y apenas hubo concluido, me dirigí al muelle del palacio; subiendo hasta el puente Troitskoi, puente que tiene mil ochocientos pies de largo: me habian dicho que eligiese aquel punto para ver la ciudad, y debo confesar que esta fue el mejor consejo que he recibido en mi vida.

En efecto, no sé si habrá en todo el mundo un panorama semejante al que se estendia delante de mi vista, cuando de espaldas al barrio de Viborg dejaba perderse á mis miradas hasta las islas de Volnei y el golfo Fintaudia.

En primer término, y á mi derecha, amarrada como un navio, con dos ligeros puentes, á la isla de

Aptekarskoi, se elevaba la fortaleza, cuna primitiva de San Petersburgo, tras de cuyas murallas se elevaba el chapitel dorado de la iglesia de San Pedro y San Pablo, donde están enterrados los czares y el techo verde de la casa de la moneda. Enfrente de la fortaleza, y sobre la otra orilla, veía á mi izquierda el palacio de Mármol, cuyo gran defecto es el de que el arquitecto parece haberse olvidado de ponerle una fachada; la ermita, asilo delicioso contra la etiqueta, edificado por Catalina II; el palacio imperial de invierno, mas notable por su masa que por su forma, por sus dimensiones que por su arquitectura; el Almirantazgo, con sus dos pabellones y sus escaleras de granito; el Almirantazgo, centro gigantesco, al que abocan las tres calles principales de San Petersburgo; la perspectiva de Niceski, la calle de Pois y la calle de la Resurreccion; por último, mas allá del Almirantazgo, el muelle inglés y sus magnificas casas, que terminan en el nuevo Almirantazgo.

Despues de haber dejado á mi vista perderse en aquella estensa linea de majestuosos monumentos, la dirigí hácia enfrente de mí: en la punta que forma la isla de Vasiliefskoi se elevaba la Bolsa, monumento moderno, edificado, no se sabe por qué, entre dos columnas rostrales, y cuyas escaleras semicirculares esconden bajo el agua sus últimos escalones; detras de la Bolsa, sobre la ribera que corresponde al muelle inglés, hay una linea, compuesta de doce colegios, la academia de ciencias, la de

bellas artes, y al fin de esta grandiosa perspectiva la escuela de minas, situada en el extremo de la curva descrita por el rio,

Al otro lado de la isla, que debe su nombre á un teniente de Pedro I, llamado Bazile, á quien este príncipe habia encargado el mando, en tanto que él, ocupado en edificar la fortaleza, habitaba su pequeña cabaña de la isla de San Petersburgo, corre hacia las islas de Volnoi el brazo de un rio llamado el pequeño Neva. Allí es donde están situadas las mas hermosas casas de campo de ricos señores de San Petersburgo, enmedio de jardines deliciosos, cerradas con verjas doradas y enteramente tapizadas durante los tres meses de verano de flores y arbustos importados del Africa y de Italia, y que durante los otros nueve meses hallan en las estufas la temperatura de su pais natal. Una de estas islas pertenece esclusivamente á la emperatriz que ha hecho edificar en ella un lindo palacio, rodeado de jardines y de paseos.

Volviendo la espalda á la fortaleza, y subiendo la corriente del rio, la perspectiva cambia de carácter, á pesar de que sigue grandiosa. En efecto, al fin del puente veia en una orilla la iglesia de la Trinidad, y sobre la otra el jardin de verano; despues, á mi izquierda, la pequeña casa de madera que ocupaba Pedro I en tanto que hacia construir la fortaleza; al lado de esta cabaña se ve aun un árbol, en el que, á la altura de unos diez pies, está colgada una Virgen. Cuando el fundador de San Petersburgo preguntó á

qué altura subía el río en las grandes avenidas, le señalaron aquella Virgen, y entonces estuvo á punto de abandonar su gigantesca empresa. El árbol santo y la cabaña memorable están rodeados de un edificio formando arcos destinado á protegerlos contra las injurias del tiempo; aquella cabaña se componía de tres habitaciones: un comedor, una sala y una alcoba. Pedro fundaba una ciudad, y no se había tomado el trabajo de edificarse una casa.

Mas lejos, y siempre sobre la izquierda, se divisa el antiguo Petersburgo, el hospital militar, la academia de medicina, y por último, el pueblo de Okla y sus alrededores; enfrente de estos edificios el palacio de Tauride con sus techos de esmeralda, el cuartel de artillería, la casa de la Caridad y el antiguo monasterio de Smolna.

No puedo decir cuánto tiempo permaneci estasiado ante aquel doble panorama. A la segunda ojeada todos aquellos palacios se me presentaban como una decoracion del teatro de la Opera, y todas aquellas columnas, que de lejos parecian de mármol, no eran tal vez mas que humildes ladrillos; pero el primer golpe de vista es una cosa maravillosa, de que no es fácil formarse idea.

Eran ya las cuatro, y me habian dicho que la comida se servia á las cuatro y media; así es que tomé, no sin sentimiento, el camino de la fonda, pasando por delante del Almirantazgo, para ver de cerca la estatua colosal de Pedro I, que habia descubierto desde mi ventana.

Al volver, únicamente fue cuando fijé mi atención en la población; pues hasta entonces había estado ocupada con aquellas masas inmensas: esta población, por su carácter especial, merece ser notada. En San Petersburgo no hay mas que esclavos y grandes señores; no hay clase media.

A primera vista el hijo del pueblo no presenta nada de particular: en invierno, unas pieles de carnero; en verano, camisas rayadas, que, en vez de ir cubiertas por el pantalón, flotan sobre sus rodillas; cabello recortado, y una barba tan abundante como le plugo dársela á la naturaleza: esto en cuanto á los hombres. Las mujeres llevan una especie de ropon, forrado de piel; largas camisas, que bajan hasta la mitad de la falda del vestido, y enormes botas, en las que ocultan sus formas el pie y la pierna.

Pero en ningún país del mundo se nota mayor serenidad en las fisonomías. En París, de cada diez semblantes que pertenezcan á la última clase de la sociedad, cinco ó seis, cuando menos, espresan el sufrimiento, la miseria ó el temor. En San Petersburgo no hay nada de eso. El esclavo, tranquilo sobre su porvenir, se halla generalmente contento con lo presente, sin inquietarse por su alojamiento, por sus vestidos ni por su alimento, cuidados que su amo se ve obligado á tener por él; marcha por el camino de la vida sin mas disgusto que el de recibir algunos latigazos, á los que sus espaldas se han acostumbrado desde la niñez, y estos latigazos los

olvida muy pronto, gracias al abominable aguardiente, de que hace su bebida ordinaria, y que en vez de irritarle, como el vino de nuestro país, le da el mas profundo respeto hacia sus superiores, una amistad mas tierna hacia sus iguales, y ademas una benevolencia de las mas cómicas.

Otra particularidad que me habia llamado tambien la atención es la libre circulacion de las calles, ventaja que la ciudad debe á los tres grandes canales que la rodean, y por los que se conducen los escorbros, se hacen las mudanzas, llegan los géneros y se acarrean las maderas. De este modo no se ven esa multitud de carretas que obligan á emplear tres horas yendo en carruaje en un camino que se puede andar á pie en tres minutos. Lejos de eso, hay local espacioso para todo; las piedras, para los droschki, los kibick, los briska y las carretelas, que se cruzan en todos sentidos con una increíble rapidez, la cual no impide que se oiga á cada momento: *Pascaré, pascaré*; esto es, *mas aprisa*; las aceras, para las gentes de á pie, que no son nunca atropelladas, y los cocheros rusos tienen tal destreza para contener su carruaje en medio de su mas logosa carrera, que es preciso ser mas diestro que el cochero para que pueda suceder alguna desgracia.

Olvidaba ademas una precaucion de la policia, para indicar á los transeuntes de á pie que deben ir por las aceras, y es que, á menos de hacerse herir como los caballos, es imposible andar por aque-

los guijarros. Así es que se dice de San Petersburgo que es una gran señora, suntuosamente vestida, pero pésimamente calzada.

Entre las joyas que le han regalado sus czares, una de las mejores es seguramente la estatua de Pedro I, que debe á la munificencia de Catalina II. El czar está colocado sobre un brioso caballo levantado de manos, imagen de la nobleza moscovita, tan difícil de dominar, y sentado sobre una piel de oso, que representa el estado de barbarie en que halló á su pueblo. Despues, para que fuese completa la alegoría, así que el artista hubo concluido su estatua, hicieron rodar hasta San Petersburgo, para que le sirviese de pedestal, una roca informe, emblema de las dificultades que el civilizador del Norte habia tenido que vencer. Sobre el granito se lee esta inscripción latina, traducida en ruso en el lado opuesto:

PETRO PRIMO CATHARINA SECUNDA 1782.

Daban las cuatro y media, cuando daba yo por tercera vez la vuelta alrededor de la verja que encierra este monumento: me vi, pues, obligado á abandonar la obra maestra de nuestro compatriota Falconet, sin lo cual hubiera corrido mucho peligro de no hallar sitio en la mesa de la fonda.

San Petersburgo es la mayor de las aldeas que he conocido en toda mi vida: la noticia de mi llegada se habia ya esparcido por toda ella, gracias á mi

compañero de viaje. Y como no había este podido decir de mí otra cosa, sino que viajaba en posta, y que no era maestro de baile, aquella noticia había alarmado á la tropa de industriales franceses, que tomó el título de colonia, porque cada uno de los que la componían experimentó, respecto á mí, el mismo temor que tan ingenuamente me había manifestado el bailarín, y recelaba encontrar en mí un concurrente ó un rival.

Así es que mi entrada en el comedor ocasionó un murmullo universal entre los dignos asistentes á la mesa de la fonda, que casi todos pertenecían á la colonia, y cada uno procuró leer en mi fisonomía y en mis maneras la clase á que pertenecía.

Esto era bastante difícil, y hubiérase necesitado una gran perspicacia, porque me contenté con hacer un saludo y sentarme.

Durante el primer plato, gracias al buen apetito y á los miramientos de una primera entrevista, fue respetado mi incógnito. Pero despues del asado de vaca, la curiosidad, comprimida por tanto tiempo, estalló, empezando por mi vecino de la derecha.

—¿Sois extranjero en San Petersburgo, caballero? me dijo aproximándose su vaso é inclinándose.

—He llegado ayer por la tarde, le contesté, poniéndole de beber, é inclinándome á mi vez.

—¿Sois un compatriota? repuso entonces mi vecino de la izquierda, con un tono de falsa fraternidad.

—No sé, caballero; soy de Paris.

—Y yo de Tours, jardin de Francia, y la provincia en que, como sabeis, se habla el idioma con mas pureza: así es que he venido á San Petersburgo para ser *outchitel*.

—Sin pasar por indiscreto, caballero, dije al de mi derecha: ¿podré preguntaros qué cosa es *outchitel*?

—Un comerciante en participios, me contestó este con un tono de desprecio.

—Este caballero no vendrá, creo, con el mismo objeto que yo, prosiguió el maestro de francés; y si así fuese, le daría como amigo el consejo de volverse á Francia sin perder tiempo.

—¿Y por qué, caballero?

—Porque la última feria de profesores de Moscú ha sido muy mala.

—¿La última feria de profesores! exclamé yo estupefacto?

—Sí, señor. ¿Ignorais que el pobre Mr. Le Duc ha perdido una mitad en su mercancía?

—Caballero, dije dirigiéndome á mi vecino de la derecha: ¿tendreis á bien decirme quién es ese Mr. Le Duc?

—Es un apreciable fondista, que tiene tienda de profesores; los hospeda y los tasa segun sus méritos, y cuando llega la Pascua y la Navidad, que son las grandes fiestas de los rusos, y en las que tienen por costumbre ir á la capital, abre sus almacenes, y ademas del reembolso de los gastos adelantados al

profesor que coloca, cobra un tanto por la comision. Pues bien: este año le ha quedado una tercera parte de su hacienda, y le han devuelto una sesta de los que habia enviado á las provincias; de modo que el pobre hombre está á punto de hacer quiebra.

—¡Cosa mas rara!

—Así es, caballero, repuso el outchitel, que si venis para ser preceptor, habeis elegido mala coyuntura, porque aun las personas nacidas en Turona, esto es, en la provincia en que se habla mejor el francés, tienen mucho que hacer para poderse colocar.

—Podeis estar tranquilo, le contesté, pues ejerzo una industria muy diferente de la vuestra.

—Caballero, me dijo uno que se hallaba colocado frente á mi, con un acento que trascendia á Burdeos desde una legua; debo advertiros que si comerciáis en vinos, no tendreis mucha ganancia aqui, que no se bebe mas que agua.

—Pero qué, caballero, ¿los rusos se han aficionado á la cerveza, ó han plantado viñas en el Khanatchatka?

—¡Oh! ¡Si no fuese mas que eso! Pero los señores rusos compran y no pagan.

—Os doy gracias por el aviso, aunque estoy seguro de no hacer bancarota con mis mercancías. Yo no comercio en vinos.

—De todos modos, me dijo con un acento lyonés un individuo vestido con una gran levita, muy forrada, aunque estábamos en medio del verano; de

todos modos, os aconsejo, si sois comerciante en paños, que empleeis vuestros géneros en vos mismo, en atención á que no pareceis de una complexion muy robusta; y aquí, como debéis saber, los que son delicados del pecho lo pasan muy mal. En el último invierno hemos perdido cincuenta franceses.

—Ya pensaré en ello; y como espero ser vuestro parroquiano, me tendreis alguna consideracion.

—¡Todo cuanto gustéis! caballero. Yo soy de la ciudad de Lyon, segunda capital de Francia, y ya sabeis que nosotros los lyoneses tenemos fama de gente concienzuda: en fin, puesto que no sois comerciante de paños...

—¿No veis que nuestro querido compatriota no quiere decirnos cuál es su profesion? dijo otro concurrente, cuyo pelo rizado á fuego exhalaba un insoportable olor á pomada de jazmin, y que procuraba inútilmente hallar las coyunturas de un ave.

—Si yo tuviese el honor de tener vuestro porte y de exhalar un olor tan deliciosamente aromatizado, no tendriais que tomaros tanto trabajo en adivinar lo que soy.

—¡Qué quereis decir, caballero! exclamó el joven de rizado pelo.

—Quiero decir que sois peluquero.

—¿Lo decís con intencion de insultarme?

—Si es un insulto el nombre de vuestra profesion...

—¡Caballero! dijo el susceptible peluquero al-

zando la voz y sacando una tarjeta de su bolsillo: ¡ahí tenéis las señas de mi habitación!

—Dejaos de niñerías, y trinched ese pollo.

—¿Es decir que os negáis á batiros?

—¿Quereis saber mi profesion? Pues bien, mi profesion me impide el batirme.

—Segun eso tenéis la profesion de cobarde.

—No; pero soy maestro de esgrima.

—¡Ah! dijo el jóven volviéndose á sentar.

Hubo un momento de silencio, durante el cual mi interlocutor intentó, con menos resultado que antes, arrancar un alon del pollo; en fin, cansado de sus vanos esfuerzos, lo pasó á su vecino.

—¡Ah! ¿Conque sois maestro de esgrima? me dijo al cabo de algunos segundos mi vecino el bordelés; ¡bonita profesion! yo he manejado un poco las armas en mi juventud.

—Es una industria poco cultivada en este pais, y que no puede menos de ser provechosa, sobre todo en manos de este caballero, dijo el profesor.

—Indudablemente, repuso á su vez el lyonés; pero aconsejo á este caballero que lleve chalecos de franela cuando dé sus lecciones, y se haga una capa de pieles para envolverse despues que haya manchado el florete.

—A lo mia; querido compatriota, dijo el jóven del pelo rizado, que habia recobrado en ese tiempo su aplomo, sirviéndose un trozo de pollo que no habia podido cortar, y que su vecino cortó por él; á lo

mia, querido compatriota, porqueseis de Paris, ¿no es cierto?...

—Si, señor.

—Yo también... Creo que habeis hecho una especulacion excelente, porque aquí tenemos una especie de maestro ramplon, un antiguo figurante del teatro de la Gaité, que ha llegado á hacerse nombrar maestro de armas de la guardia, arreglando combates en el escenario. Ya levereisahi en la Perspectiva enseñando á sus alumnos las cuatro estocadas. Le mandé llamar para continuar con él; pero á los primeros botes conocí que yo era el maestro y él el discipulo; de suerte que le despedí como á un modrego, pagándole su leccion en la mitad de lo que cobro por peinar á otro, y todavia quedó muy contento el pobre diablo.

—Caballero, le dije, conozco á la persona de que hablais, y como extranjero y como francés no debíais decir lo que habeis dicho: porque como extranjero debíais respetar la eleccion del emperador, y como francés no debeis denigrar á un compatriota. Esta es una leccion que os doy yo á mi vez, y que no os la hago pagar ni aun á mitad de precio: ya veis que soy generoso.

A estas palabras me levanté de la mesa, porque estaba ya harto de la colonia francesa, y tenia deseos de dejarla. Al mismo tiempo que yo se levantó tambien y salió un jóven que no habia hablado una palabra durante la comida.

—Pareca, caballero, me dijo sonriéndose, que no

habeis necesitado una sesion demasiado larga para juzgar á nuestros compatriotas.

—No por cierto, y debo confesaros que el juicio no les es muy favorable.

—Pues bien, me replicó encogiéndose de hombros: esa es la muestra por la cual nos juzgan en San Petersburgo. Las demas naciones envian al extranjero lo mejor que tienen; pero nosotros enviamos generalmente lo peor, y sin embargo, todavia contrapesamos en todas partes su influencia. Esto es muy honroso para Francia; pero muy triste para los franceses.

—¿Y vos vivis en San Petersburgo, caballero? le pregunté.

—Hace un año; pero marchó de él esta tarde.

—¿Pues cómo?

—Voy á disponer mi carruaje, caballero; tengo el honor...

—Vuestro humilidísimo servidor, caballero.

—¡Pardiez! dije subiendo la escalera, mientras que mi interlocutor se dirigia á la puerta: fuerte desgracia es la mia: encuentro por casualidad un hombre razonable, y se marcha el mismo dia en que yo llego.

Hallé en mi cuarto al mozo ocupado en arreglar mi cama para la siesta. En San Petersburgo, como en Madrid, se duerme por lo regular despues de comer. Hay dos meses en que hace mas calor en Rusia que en España.

Aquel descanso me venia de molde, á mi, que es-

taba molido todavía de las dos últimas jornadas de camino que acababa de hacer, y que deseaba gozar de una de esas hermosas noches del Neva que tanto me habían ponderado. Pregunté, pues, al mozo cómo me había de componer para proporcionarme una góndola; y me respondió que nada había más fácil; que no tenía más que encargarla, y que, mediante diez rublos, inclusa la comision, él cuidaría de todo. Yo había ya convertido algun dinero en papel, y le di un billete encarnado, encargándole viniera á despertarme á las nueve.

El billete encarnado surtió efecto, pues á las nueve llamó el mozo á mi puerta y me anunció que el gondolero me aguardaba abajo.

La noche no era mas que un crepúsculo dulce y trasparente, con el cual podia leerse sin dificultad, y que permitia ver á una distancia considerable los objetos perdidos en una atmósfera deliciosa, y revestidos de tintes ignorados hasta bajo el cielo de Nápoles. El calor abrasador del dia se habia convertido en una agradable brisa, que al pasar por las islas arrastraba consigo un ligero perfume de rosas y azahar. Toda la ciudad, abandonada y desierta por el dia, se habia vuelto á poblar, y se apiñaba en su paseo marítimo, donde affuía por todos los brazos del Neva. Todas las góndolas iban á situarse alrededor de un inmenso barco amarrado enfrente de la ciudadela, y en el que habia mas de sesenta músicos. De repente se elevó del rio una armonía maravillosa de que yo no tenia idea alguna, y subió majes-

tuosamente hacia el cielo: mandé á mis dos remeros me condujesen lo mas cerca posible de aquel órgano gigantesco y viviente, del que cada músico forma, por decirlo así, un tubo, porque reconocí aquella música de trompetas de que tanto me habían hablado, y en la que cada instrumentista no da mas que una sola nota á una señal, prolongándola todo el tiempo que el director de la orquesta tiene su baston dirigido hacia él. Aquella instrumentacion, tan nueva para mí, me parecia un milagro; nunca hubiera creído que se pudiese tocar un hombre como la tecla de un piano, y no sabia qué admirar mas; si la paciencia del director, ó la docilidad de la orquesta. Verdad es que cuando mas adelante llegué á conocer el carácter del pueblo ruso, y vi su extraordinaria aptitud para todas las artes mecánicas, no me admiré mas de sus conciertos de clarines que de sus casas construidas con hachas. Pero confieso que por entonces me senti como estasiado, y ya habia concluido la primera parte del concierto, cuando todavia continuaba yo escuchando.

• Aquel concierto duró una parte de la noche. Hasta las dos de la madrugada me mantuve en disposicion de oír y de ver, en vez de ir, como todo el mundo, de un sitio á otro: parecíame que aquel concierto lo daban solo para mí, y que semejantes prodigios de armonía no podrían renovarse todas las noches. Tuve, pues, el tiempo suficiente para examinar los instrumentos de que se servian los músicos: eran unos tubos encervados solo por la embocadura, y

que iban ensanchando hasta su estremidad, por donde salia el sonido. Aquellas especies de clarines varían en longitud, desde dos pies hasta treinta; solo que para tocar estos últimos se reúnen tres personas: dos que sostienen el instrumento, y otra que sopla.

Regresé al despuntar el día, maravillado de aquella noche que acababa de pasar bajo el cielo bizantino, en medio de aquella armonía septentrional, sobre aquel río tan ancho que parece un lago, y tan puro que refleja como un espejo todas las estrellas del cielo y todas las luces de la tierra. Confieso que en aquel momento me pareció San Petersburgo superior á cuanto me habían dicho de él, y se me figuró que si no era el paraíso, se le acercaba mucho.

No pude dormir, pues tanto era lo que me perseguía aquella música eólica. Así fue que aunque me acosté á las tres, á las seis de la mañana estaba ya en pie. Puse en orden algunas cartas de recomendación que me habían dado y no pensaba entregar sino después de haber dado un asalto en público, á fin de no tener que encargarme yo de hacer por mí mismo mi recomendación, y solo me eché en el bolsillo una que un amigo mío me encargó entregara en propias manos. Esa carta era, hablando francamente, de su querida, una simple oficiala de modista del barrio latino, y estaba dirigida á su hermana, modista también; pero no es culpa mía si los sucesos confunden las clases todas, y si la marca de las revoluciones pone en nuestros días al pueblo

con tanta frecuencia frente á frente con el Crono.

El sobre de la carta decía :

«A la señorita Luisa Dupuy, en casa de la señora Javier, módista, perspectiva de Niuski, junto á la iglesia armenia, enfrente del bazar.»

Todo ello escrito con esa letra y ortografía que es fácil presumir.

No dejaba yo de tener un placer en entregar esa carta por mi mismo. A ochocientas leguas de Francia gusta siempre ver á una jóven y linda compatriota, y yo sabía que Luisa era jóven y linda. Además, ella, que conocia á San Petersburgo, puesto que vivia en él hacia cuatro años, me daría consejos sobre el modo de conducirme.

Sin embargo, como no podia presentarme decentemente en su casa á las siete de la mañana, resolví dar una vuelta por la ciudad y no volver á la perspectiva de Niuski hasta las cinco.

Llamé al mozo, y esta vez fue un criado de plaza el que se presentó en lugar de aquel. Los criados de plaza son al mismo tiempo criados y *cicerones*: limpian las botas y enseñan los palacios. Le detuve por lo que hace á la primera ocupacion; pero, en cuanto á la segunda, habia yo estudiado de antemano á San Petersburgo lo bastante para saber sobre el particular tanto como él.

III.

No había yo cuidado de buscar un carruaje, como suidé el día antes de procurarme una góndola, porque, aunque no había corrido muchas calles en San Petersburgo, vi en cada encrucijada kibiseks y droschkis de alquiler. Así fue que apenas crucé la plaza del Almirantazgo para dirigirme á la columna de Alejandro, á la primera señal que hice me hallé rodeado de ivoschiks, que me hicieron á porfía las proposiciones más seductoras. Como no había tarifa, quise ver hasta dónde llegaba la rebaja: esta llegó á cinco rublos. Por cinco rublos ajusté con el conductor un droschki por todo el día, y le indiqué al punto el palacio de Tauride.

Aquellos ivoschiks ó cocheros son por lo regular siervos, que, mediante una retribucion llamada *abrock*, compran de sus amos el permiso de ir á

buscar fortuna por su cuenta á San Petersburgo. El utensilio de que se valen para correr en pos de aquella diosa es una especie de carricoche de cuatro ruedas, en el que la banqueta, en vez de estar atravesada, está á lo largo; de suerte que no va uno sentado en ella como en nuestros tilburis, sino á caballo, como en los velocípedos que usan los niños en los Campos-Eliseos. Esa máquina va tirada de un caballo, no menos salvaje que su amo, y que, como él, ha dejado sus campos natales para ir á medir en todas direcciones las calles de San Petersburgo. El cochero profesa á su caballo un cariño de padre, y en vez de pegarle, como hacen nuestros cocheros, le habla mas afectuosamente que el carretero español á su mula delantera. Es su padre, su tío, su pichon, y le improvisa canciones cuyo aire y letra inventa, y en las que le promete para la otra vida, en cambio de las penalidades que sufre en esta, mil felicidades, que podrian contentar muy bien al hombre mas exigente. Asi es que el pobre animal, sensible á la lisonja, ó confiado en la promesa, va siempre al trote largo, sin separarse casi nunca del carruaje, y deteniéndose para comer en pesebres dispuestos al efecto en todas las calles; esto en cuanto al droschki y al caballo.

Por lo que hace al droschki, tiene un punto de semejanza con el lazzaroni italiano, y es que no necesita uno tener conocimiento de su lengua para hacerse entender de él: hasta tal punto su fina inteligencia penetra el pensamiento del que le habla; va

sentado en un pequeño pescante entre la persona á quien conduce y su caballo, con su número de ordenanza colgado al cuello por la espalda, á fin de que el viajero, que tiene siempre aquel número á la vista, pueda cogerlo si está descontento de su cochero: en este caso se manda el número á la policía, y á una queja del viajero, casi siempre sale castigado el cochero. Esta precaucion, aunque rara vez es necesaria, no siempre es inútil, como se verá ahora, pues todavia se recordaba en San Petersburgo una aventura ocurrida en Moscow en el invierno de 1825.

Una francesa, llamada Mad. L... se halló fuera de su casa y de visita á hora bastante avanzada de la noche. No queriendo volverse á pie, aunque las personas en cuya casa estaba le ofrecieron un criado para que le acompañase, envió á buscar un carruaje; por desgracia no habia en la plaza mas que droschkis; pero se le trajo uno de estos, subió en él, dió la direccion, y marchó.

A mas de una cadena de oro y unos pendientes de diamantes que el cochero habia visto brillar, habia notado este que Mad. L... iba envuelta en una magnífica capa de pieles. Aprovechándose, pues, de la oscuridad de la noche, de la soledad de las calles y de la distraccion de Mad. L..., que con la cabeza envuelta en su capa, por miedo al frio, se dejaba llevar sin cuidarse del camino que tomaba su conductor, se apartó este de la direccion trazada, y habia ya pasado el barrio mas desierto de la ciudad, cuan-

do Mad. L..., apartando el velo que le cubria los ojos, notó que estaba en el campo. Al punto llama, grita; pero viendo que el conductor, en vez de parar, redobla la celeridad de su caballo, le coge por la chapa donde estaba el número, amenazándole, si no la conducia á su casa, con presentarle al dia siguiente á la policia. Sea que el cochero hubiese llegado al punto donde tenia proyectado cometer el crimen, sea que creyese que la resistencia de madama L... no le permitiese aguardar mas, ello fue que se echó abajo de su asiento, y acudió á uno de los lados del droschki. Por fortuna Mad. L... poseionada de la chapa denunciadora, saltó por el otro, y empujando la puerta de una verja entornada que halló delante de sí, se entró en un cercado que, por las cruces de madera y de hierro que en él habia, reconoció ser un cementerio.

Pero tras ella entró el cochero, y la persiguió con nuevo ardor: ya no trataba aquel de robarle sus pieles y sus diamantes, sino de salvar su vida; afortunadamente Mad. L... se le adelanta algunos pasos, y la noche es tan oscura, que no se ve á corta distancia. De repente falta el suelo bajo los pies de la fugitiva, y cae en una sepultura abierta, que debe cerrarse al dia siguiente sobre un cadáver; pero madama L... conoció que este era un asilo que podia ocultarla á las persecuciones del asesino; así es que ni siquiera dió un grito: el cochero la vió desaparecer como una sombra, y pasó al lado de la fosa en su seguimiento, Mad. L... se habia salvado.

Durante un largo espacio de tiempo el cochero recorrió el cementerio esperando aun encontrarla. Amenazas, súplicas, juramentos, todo fue en vano: la dijo que si le devolvía solamente la chapa, la conduciría á su casa sin hacerle daño ninguno; pero Mad. L... no se dejó intimidar ni seducir, y permaneció oculta en el fondo de la escavacion, muda é inmóvil como el cadáver cuyo puesto ocupaba.

Por último, como la noche adelantaba, forzoso fue al cochero abandonar el cementerio, y huir. Mad. L... permaneció en su escondite hasta que llegó el día; dos horas despues de haber salido de él, la denuncia y la chapa estaban en poder de la policía. Por espacio de tres días las selvas que rodean á Moscow sirvieron de asilo al asesino; pero, vencido al fin por el hambre y el frío, fue á buscar un asilo á una aldea, y como se habian enviado sus señas y su número á todos los puntos, fue reconocido, preso y enviado á los trabajos forzados.

Sin embargo, estos ejemplos son raros: el pueblo ruso es instintivamente bueno, y tal vez no hay una capital en que los asesinatos por robar ó por venganzas sean menos frecuentes que en San Petersburgo. Hay mas; aunque inclinado al robo el hijo del pueblo, tiene horror á la fractura, y se puede confiar sin temor una carta sellada, llena de billetes de banco, aunque sepá el portador lo que contiene, á cualquier mozo ó cochero, mientras que seria una imprudencia encargar á aquel hombre de unas pocas monedas.

Yo no sé si mi conductor era ladrón; pero él seguramente temia que le robasen; porque al llegar á la verja del palacio de Touride me dijo que, como el palacio tenia dos salidas, era preciso que le pagase uno de los cinco rublos á cuenta del camino andado. En Paris hubiera respondido de otro modo al insolente; pero en San Petersburgo me eché á reir, pues esto sucedia á personas de mas suposicion que yo, quienes no lo tomaban á mal.

Con efecto; dos meses antes, el emperador Alejandro, paseando á pie, como tenia de costumbre, y viendo que el tiempo amenazaba lluvia, tomó un carruaje y se hizo conducir al palacio imperial: en cuanto llegó registró su bolsillo, y se encontró con que no llevaba dinero. Entonces, bajando del carruaje:

—Espera, dijo al cochero; te enviare el dinero.

—¡Oh! dijo el cochero, ¡Adios, dinero!

—¿Qué me dices? preguntó admirado el emperador.

—Bien sé lo que me digo.

—Y bien; ¿qué es lo que dices?

—Que cuantas personas conduzco á una casa que tenga dos puertas, y que bajan sin pagarme, son otros tantos deudores que no vuelvo á ver.

—¡Cómo! ¿Aun delante del palacio del emperador?

—Mas que en cualquiera otra parte. Los grandes señores tienen muy poca memoria.

—¿Y por qué no te has quejado haciendo pren-

der al ladrón? dijo Alejandro, á quien entretenia aquella conversacion.

—¡Prender á un noble! Vuestra excelencia sabe que seria una cosa inútil el intentarlo: si fuera á alguno de nosotros, seria la cosa mas sencilla del mundo, añadió el cochero señalando á su barba, porque ya saben por dónde cogernos; pero vosotros los grandes señores, que teneis afeitada la barba, es otra cosa muy distinta. Así, pues, tenga á bien vuestra excelencia registrar sus bolsillos, y estoy seguro que hallará con qué pagarme.

—Escucha, dijo el emperador: ahí tienes mi capa: bien vale lo que cuesta la carrera, ¿no es cierto? Pues bien; quédate con ella, y la entregarás al que te lleve el dinero.

—Está bien; veo que sois una persona razonable.

Un instante despues, el cochero recibió en cambio de la capa un billete de cien rublos. El emperador le pagaba por sí y por los que habian dejado de pagarle antes.

Como yo no podia demostrar la misma liberalidad, me contenté con dar á mi cochero los cinco rublos, deseando probarle que tenia yo en él mas confianza de la que él tenia en mí. Verdad es que yo sabia su número y él no sabia mi nombre.

El palacio de Tauride es un regalo hecho por el favorito Potemkin á su grande y poderosa soberana, Catalina II, para celebrar la conquista del pais, cuyo nombre llevaba; pero lo que es extraño, no es

la munificencia del dador, sino la religiosidad con que fue guardado el secreto. Habíase construido una maravilla en su capital, y Catalina no sabía nada, hasta que una noche, cuando el ministro invitó á la emperatriz á una fiesta nocturna, en vez de las humildes praderas que ella conocía, halló un palacio resplandeciente de luz, de armonía, y esmaltado de hermosas flores, palacio que hubiera podido creerse había sido construido por mano de las hadas.

Potemkin era el modelo de los príncipes advenedizos, como Catalina II fue el ejemplo de las reinas improvisadas: el uno era un oficial, la otra una insignificante princesa de Alemania.

Y á pesar de eso, cuando se les compara con todos los príncipes y reyes hereditarios de aquella época, se ve que fueron grandes entre los grandes.

Una estraña casualidad, ó mejor dicho un cálculo providencial, los había reunido.

Catalina tenía treinta años; era hermosa, amada por sus buenas obras y respetada por su piedad, cuando supo que Pedro III la quería repudiar para casarse con la condesa de Voronzoff; y para buscar un pretexto, contaba con hacer declarar ilegítimo al nacimiento de Pablo Petrowitz.

Entonces Catalina conoció que no había un instante que perder; sale á las once de la noche del palacio de Peterhoff; sube en un carro de un aldeano que ignora que conduce á la futura emperatriz; llega á Petersburgo al amanecer; reúne á los amigos con quienes creía poder contar; se pone á su cabe-

za, y marcha con ellos á buscar á los regimientos que se hallaban de guarnicion en San Petersburgo, y que habian sido convocados sin saber con qué objeto. Habiendo llegado al frente de la línea Catalina, los interpela, invoca su generosidad como hombres y su fidelidad como soldados; despues, aprovechándose de la impresion producida por su discurso, saca una espada, cuya vaina arroja, y pide una correa para atarla á su brazo; un jóven subteniente de diez y ocho años sale de las filas, se aproxima á ella, y le ofrece la suya. Catalina acepta con una de esas dulces sonrisas que tienen los que pretenden un reino. El jóven oficial quiere alejarse y volver á sus filas; pero el caballo que montaba, acostumbrado á la formacion, rehusa obedecer, se encabrita, da un bote, y se obstina en permanecer al lado del caballo de la emperatriz. Entonces la emperatriz fija su vista en el jóven que se aproxima á ella; sus esfuerzos infructuosos para alejarse del jóven le parecen una voz de la Providencia que le designa un defensor; le da en el mismo instante el grado de teniente, y ocho dias despues, cuando Pedro III. preso sin hacer resistencia, ha abdicado en Catalina la corona que queria arrebatarle, y siendo ya soberana, se acuerda de Potemkin, y le hace gentil-hombre de cámara en su palacio.

A contar desde este dia, la fortuna del favorito fue en aumento, aunque atacada por muchos que se estrellaban contra ella. Uno solo creyó haber triunfado: era un jóven servio, llamado Zoristch.

Protegido por el mismo Potemkin, colocado por él al lado de Catalina; se aprovechó de su ausencia para perderle y calumniarle. Entonces Potemkin, prevenido, llega, baja á su antigua habitacion del palacio, y sabe que su desgracia es completa, y que se halla desterrado. Potemkin; al oír estas palabras, y sin quitar el polvo á su vestido de viaje, se dirige á la habitacion de la emperatriz. A la puerta de esta, un jóven teniente, apostado, quiere detenerle: Potemkin le coge por la cintura, le levanta en alto, le arroja al otro extremo de la habitacion, y entra en la de la emperatriz: un cuarto de hora despues sale, llevando en la mano un papel.

—Tomad, caballero, dijo al jóven teniente; aqui teneis un despacho de capitan, que á cabo de obtener para vos de S. M.

Al dia siguiente, Zoristch se hallaba desterrado en la ciudad de Schiklow, que su generoso rival hizo erigir para él en soberania.

En cuanto a él, pensó sucesivamente en el ducado de Courlanda y el trono de Polonia; despues, no queriendo ninguna de estas dos cosas, se contentó con dar fiestas á los reyes en los palacios de las reinas.

Por otra parte, ¿una corona le hubiera dado mas poder y prestigio que el que tenia? ¿Los cortesanos no le adoraban como á un emperador? ¿No tenia en su mano izquierda (porque la derecha la conservaba desnuda para manejar su sable) tantos diamantes como la corona imperial?

Tan pronto ángel como demonio, creaba ó destruía sin cesar, y cuando no hacia ni lo uno ni lo otro, lo enredaba todo, pero vivificándolo al mismo tiempo. Nada habia bueno sin que él se hallase presente, y cuando se presentaba, todo quedaba reducido á la nada á su lado. El príncipe de Ligne decia que habia en él algo de gigantesco, de romancesco y de agreste, y el príncipe tenia razon.

Su muerte fue tan estraña como su vida, y su fin inesperado, como lo habia sido su principio. Acababa de pasar un año en San Petersburgo, en medio de las fiestas y las orgías, creyendo haber hecho ya bastante por su gloria y por la de Catalina, ensanchando los límites de la Rusia hasta mas allá del Cáucaso, cuando de repente sabe que el anciano Reptnin, aprovechándose de su ausencia para derrotar á los turcos y obligarles á pedir la paz, habia hecho mas, en dos meses que él en tres años.

Entonces se alarma; está enfermo, pero nada le detiene; es preciso que marche; ya luchará con la enfermedad, y la vencerá. Llegó á Jassy, su capital, y sale para Otchakow, su conquista. Al cabo de pocas toesas, el aire de su carruaje le ahoga; estiendo su capa sobre la tierra, baja, se acuesta sobre ella, y espira á la orilla del camino.

Faltó poco para que Catalina muriese de dolor: la vida parecia ser comun entre aquellos dos grandes corazones: se desmayó, le lloró mucho tiempo, y le echó siempre de menos.

El palacio de Tauride, ocupado en el momento

en que yo le visitaba por el gran duque Miguel, habia servido de habitacion por una temporada á la reina Luisa, la moderna amazona, que tuvo esperanzas por un momento de vencer á su vencedor, porque Napoleon la habia dicho, viéndola por la vez primera:— Señora, sabia que vos érais la mas hermosa de las reinas; pero ignoraba que fuéssis la mas hermosa de las mujeres. Desgraciadamente las galanterias del corso no fueron de mucha duracion. Un dia la reina jugaba con una rosa.

—Dadme esa rosa, dijo Napoleon.

—Dadme á Magdebourg, respondió la reina.

—¡Oh! No, á fe mia; eso seria demasiado caro.

La reina arrojó despechada la rosa que tenia en la mano; pero se quedó sin Magdebourg.

Saliendo del palacio de Tauride, continué mi excursion, cruzando el puente de Troitskoi para visitar la choza de Pedro I, esta tosca alhaja imperial de que yo no habia visto la vispera sino el exterior.

La religiosidad nacional ha conservado este monumento en toda su pureza primitiva: el comedor, la sala y la alcoba parecian aun esperar la vuelta del czar.

En el patio se veia el pequeño barco construido por el carpintero de Saardam, del cual se servia para ir por el Neva á los diferentes puntos de la ciudad naciente, donde su presencia era necesaria.

Al lado de esta habitacion de un dia se hallaba su eterna morada; su cuerpo, como los de sus sucesores, descansa en la iglesia de San Pedro y San Pa-

blo, situada en medio de la fortaleza. Esta iglesia, cuyo dorado chapitel da una muy elevada idea de ella, es pequeña, irregular, y de mal gusto; su único valor consiste en el fúnebre tesoro que encierra. La tumba del czar está cerca de la puerta lateral derecha; de la bóveda penden mas de setecientas banderas, cogidas á los turcos, á los suecos, y á los persas.

Atravesé el puente Tiontchkoff de la isla de Vasíliefskoi. Las principales curiosidades de este barrio son la bolsa y las academias. Me contenté con ver por fuera estos monumentos, y tomando el puente de Isaac y la calle de la Resurreccion, me hallé muy pronto en el canal de la Fontalka; desde donde seguí avanzando hasta la iglesia católica; allí me detuve, y quise ver la tumba de Moreau. Consiste esta en una sencilla losa colocada enfrente del altar; en medio del coro.

Y ya, dedicado á las iglesias, quise ver la de Kazan, que está en Nuestra Señora de San Petersburgo. Entré en ella por su doble columnata, construída por el modelo de la de San Pedro de Roma. En ella, por el contrario, el prospecto era muy inferior á la obra. En la parte exterior todo era yeso y ladrillo; el interior todo de bronce, mármol y granito. Las puertas eran de bronce y de plata maciza, el suelo de jaspe, y las paredes de mármol.

Habia visto ya demasiados monumentos en un solo dia, y me hice conducir á casa de la ilustre madama Javier, para entregar á mi bella compatriota.

la carta de que me habia encargado; pero hacia seis meses que no vivia en la casa; y su antigua ama me dijo, con un tono remilgado, que se habia establecido por su cuenta entre el canal de la Moika y el almacén de Orgelot: era muy fácil el encontrarla. Orgelot es el Sasse de San Petersburgo.

Diez minutos despues me hallaba delante de la casa. Como habia pensado comer en casa del fondista que estaba enfrente, á quien reconocí por un compatriota, despadí mi carruaje, y entré en el almacén, preguntando por la señorita Luisa Dupuy.

Una de las muchachas del almacén se informó si yo iba á comprar géneros ó á algun asunto particular, y la respondí que era para negocios particulares.

Levantose al momento, y me condujo á una habitación.

La habitación era una especie de gabinete, con un escritorio, un sillón, una silla, y una alfombra. En la pared habia un cuadro de un paisaje, y un reloj de pared. En el escritorio habia un libro de cuentas, un libro de recibos, y un libro de pagos. En la silla habia un sombrero, y un pañuelo. En la alfombra habia un par de zapatos.

IV.

Me introdujeron en un pequeño gabinete lleno de talas del Asia, donde hallé á mi hermosa compatriota, medio recostada y leyendo una novela. Al verme se levantó, y á la primer palabra que salí de mi boca exclamó:

—¡Ah! ¿Vos sois francés?

Me estupei de presentarme á la hora de la siesta; pero, habiendo llegado poco hacia, me era disculpable ignorar los usos de la ciudad en que me hallaba; en seguida te presentó la carta.

—¡Es una carta de mi hermana! ¡Oh! ¡La buena Rosa! ¡Cuánto me alegro de tener noticias de ella! ¿Vos la conocéis? ¿Conque la conocéis? ¡Sigue tan alegre y tan bella!

—Linda. Puedo responder de ello: en cuentó á alegre, espere que lo esté. No la he visto mas que

una sola vez: esta carta me la entrego uno de mis amigos.

—Mr. Augusto; ¿no es verdad?

—Justamente.

—¡Pobre hermana mia! A estas horas debe estar muy contenta: acabo de enviarle dos ricas telas y algunas otras frioleras. Le habia escrito que viniese á reunirse conmigo; pero...

—¿Qué?

—Pero le era preciso abandonar á Mr. Augusto, y no ha querido aceptar. Pero, ¿no os sentais?

—Quise tomar una silla; pero ella me hizo señas de que me sentase á su lado, y obedecí al momento.

En seguida se puso á leer la carta que yo le habia entregado, y tuve tiempo de mirarla.

Las mujeres tienen una facultad maravillosa, que les es peculiar, y es la de trasformarse, si así puede decirse. Tenia yo á mi vista una pobre griseta de la calle de la Harpe; hace cuatro años iria sin duda todos los domingos á bailar al Prado y á la Chau-miere; pero le habia sido suficiente á aquella mujer ser trasplantada para florecer en medio del lujo y de la elegancia, como si se hallase en su terreno, y yo tan familiarizado con los modales y usos de esta apreciable clase de la sociedad de que ella formaba parte, no hallaba nada en que recordase la vulgaridad de su nacimiento y el descuido de su educacion.

El cambio era tan completo, que mirando á aquella hermosa criatura, con sus largos cabellos á la

inglesa, su sencillo peinador de muselina blanca y sus pequeñas chinelas lurchas, medio recostada en la mas graciosa postura en que hubiera podido colocarla un pintor para hacer su retrato, me hubiera podido creer introducido en el gabinete de alguna elegante y aristocrática inquilina del barrio de San German, y no me hallaba sin embargo mas que en la trastienda de un almacen de modas.

—Y bien, ¿qué es lo que haceis? me dijo Luisa que hacia algunos instantes habia concluido de leer su carta, y que empezaba á hallarse mal á causa del modo con que la miraba.

—Os miro y pienso.

—¿Qué pensais?

—Pienso en que si Rosa hubiese venido, en lugar de ser tan heroicamente fiel á Mr. Augusto, si hubiese sido trasportada por algun poder magico á este delicioso gabinete, si se hubiese hallado en vuestra presencia, como yo lo estoy en este momento, en lugar de arrojarle en brazos de su hermana, hubiera caido de rodillas creyendo ver una reina.

—El elogio es un poco exagerado, me dijo Luisa sonriendo, y, sin embargo, hay en él algo de verdad. Si, prosiguió dando un suspiro; tenéis razon; estoy muy cambiada.

—Señora, dijo una jóven entrando: la Gossudarina desea un sombrero igual al que enviásteis ayer á la princesa Dolgoreuki.

—¿Viene ella misma? preguntó Luisa.

—En persona.

—Hacedla pasar á la sala; voy al momento.

La jóven desapareció.

—Hé aquí lo que habiese recordado á Rosa, continuó Luisa, que no soy mas que una humilde almacénista de modas; pero si quereis ver un cambio aun mas grande que el mio, continuó, levanta esa cortina y mirad por esta puerta.

Y dichas estas palabras, pasó á la sala, dejándome solo. Yo me aproveché del permiso dado, y levantando las cortinas, saqué por entre los cristales.

La que habia preguntado por Luisa, y que habia sido anunciada bajo el nombre de la Gossudarina, era una hermosa jóven de unos veinte y dos á veinte y cuatro años, de fisonomía asiática, y cuyo cuello, orejas y manos estaban cubiertos de diamantes y sortijas. Habia entrado apoyada en una esclava, y como si hubiese sido un gran trabajo el andar sobre la blanda alfombra que cubria el suelo, se habia detenido sobre el divan mas próximo á la puerta, en tanto que la esclava abanicaba con un abanico de plumas. Apenas divisó á Luisa, cuando con un ligero movimiento de cabeza le hizo seña de que se acercase, y en muy mal francés le dijo que le enseñase los mejores sombreros que tuviese, y sobre todo los mas caros. Luisa se apresuró á presentarle los mejores que habia en su casa, y la Gossudarina se los fue probando uno tras otro, sin encontrar ninguno que le conviniera, pues no habia ninguno igual al de la princesa Dolgorouki. De manera que Luisa tuvo que prometer hacerle uno sobre el mis-

mo modelo. Desgraciadamente la hermosa antojadiza le queria para aquel mismo dia, y esto no podia ser; pero exigia perentoriamente que se lo mandaran al dia siguiente por la mañana, lo cual en rigor no era cosa imposible, trabajando por la noche. Tranquilizada con esta promesa, á la que sabia que no habia de faltar Luisa, la Gossudarina se levantó, y salió muy despacio, apoyada siempre en la esclava, y encargando á Luisa que le cumpliese la palabra si no queria hacerla morir de pena. Luisa la acompañó hasta la puerta, y vió á buscarme en seguida.

—Y bien, ¿qué decís de esa mujer? me preguntó.

—Que es muy linda.

—No es eso lo que os pregunto, sino qué pensáis de su rango y de sus modales.

—Si la viese en Paris, por sus maneras exageradas, y por su aspecto de gran señora improvisada, diria que era alguna bailarina retirada del teatro y cortejada por algun lord.

—Vaya, no lo hacéis mal, para ser un principiante, y casi habeis dado con la verdad. Esa hermosa jóven, cuyos delicados pies se resienten de pisar las alfombras de Persia, es simplemente una antigua esclava de raza georgiana que Mr. Narawitcheff, ministro favorito del emperador, ha elevado al rango de querida. Hará unos cuatro años, sobre poco mas ó menos, que se operó ese cambio, y ya la pobre Machiuka ha olvidado su antigua po-

sicion, ó mejor dicho, se acuerda tanto de ella, que fuera de las horas que dedica á su tocador; el resto del tiempo lo emplea en hacer sufrir á sus antiguos compañeros, teniéndolos aterrorizados. Los esclaves, no atreviéndose á llamarla por su antiguo nombre de Machinka, la llaman la Gossudarina, que quiere decir *la señora*, y ya habeis oido que se ha anunciado bajo este nombre. Os contaré un ejemplo de la crueldad de esa mujer: no hace mucho tiempo que un día, desnudándose, y no hallando á mano un acerico donde clavar un alfiler, le hincó en el pecho de la pobre esclava que le servia de doncella. Pero esta vez la ocurrencia hizo tanto ruido, que llegó á oidos del emperador.

—¿Y qué hizo el emperador?

—Dió libertad á la esclava, la casó con uno de su pais, y envió á decir á su ministro que á la menor queja de este género que tuviese la enviaria á la Siberia.

—¿Y se ha contenido desde entonces?

—Sí. Hace ya mucho tiempo que no se cuenta nada de ella. Pero, en fin, no nos ocupemos de los demas, y hablemos de vos. ¿Me permitireis, en calidad de compatriota, que os pregunte qué es lo que venis á hacer á San Petersburgo? Yo, que conozco la ciudad hace tres años, podré seros tal vez útil, al menos con mis consejos.

—Mucho lo dudo. Pero no importa, y ya que quereis tomaros interés por mí, os diré que ha ve-

nido á establecerme como profesor de esgrima. ¿Son duelistas en San Petersburgo?

—No; porque aquí los duelos son siempre á muerte; como al batirse saben los adversarios y los testigos que les espera la Siberia, nadie se bate sino por algun gran motivo y con la intencion decidida de matarse. Mas, sin embargo, no os faltarán discípulos; pero me permitiréis os dé un consejo.

—¿Cuál?

—El de procurar obtener del emperador que os nombre maestro de armas de algun regimiento; lo cual es proporcionaria un grado militar, porque, como debéis saber, aquí el uniforme es el todo.

—El consejo es acertado; solamente que es mas fácil de dar que de seguir.

—¿Por qué?

—¿Cómo me presento yo al emperador? No cuento aquí con ningun protector.

—Ya pensaré en eso.

—¿Cómo, vos!

—¿Y eso os admira? me dijo Luisa conlehel.

—No: nada me admira en vos, y sois bastante hermosa para tener todo cuanto deseis. Pero yo nada he hecho para merecer ese interes.

—¿No habeis hecho nada? ¿Pero no sois compatriota? ¿No me habeis traído una carta de mi buena Rosa? ¿No me habeis proporcionado las mas dichas bonas hablándome de mi Paris? ¿Os volveré á ver, no es cierto?

—Si lo consentis.

—¿Y cuándo?

—Mañana mismo, si gustais.

—A la misma hora; es la hora en que estoy mas desocupada.

—Corriente, vendré á la misma hora.

Me separé de Luisa, encantado de ella, y no creyéndome ya solo en San Petersburgo. Era un apoyo bien propio, es cierto, el de una pobre muchacha aislada, como parecia estarlo; pero en la amistad de una mujer hay siempre un consuelo, y el primer sentimiento que hace nacer es la esperanza.

Comí enfrente del almocen de Luisa, en casa de un fondista francés, llamado Talon; pero sin entrar en ganas de trabar conversacion con ninguno de mis compatriotas que allí habia; tenia ademas bastante en qué ocuparme con mis propios pensamientos para ocuparme de los demas.

Alquilé como el dia anterior una góndola con dos remeros, y pasé la noche, recostado sobre mi capa, encantado con la dulce armonia y contandole las estrellas del cielo.

A las dos de la madrugada volví á mi habitacion, y me desperté á las siete. Como queria acabar de ver pronto las curiosidades de San Petersburgo, para ocuparme esclusivamente de mis negocios, mandé que me fueran á buscar un carruaje, y recorrí todo cuanto me quedaba que ver desde el convento de San Alejandro Newski, con su sepulcro de plata, sobre el que se ven dos figuras del tamaño natural haciendo oracion, hasta la Academia de ciencias; con

su colección de minerales y su mamont, contemporáneo del diluvio, fósil hallado sobre los hielos del mar Blanco por el viajero Miguel Adam.

Todas aquellas cosas ofrecían mucho interés; pero, sin embargo, no pasaban diez minutos sin que consultase mi reloj para saber el tiempo que faltaba hasta llegar la hora de ir á casa de Luisa.

Finalmente, á eso de las cuatro me fue imposible seguir en mis investigaciones. Me hice conducir á las cercanías de su casa para pasearme hasta las cinco; pero al llegar al canal de Catalina me fue imposible pasar con el carruaje por la mucha gente que allí se había reunido. Esto es una cosa tan rara en San Petersburgo, que, como había llegado casi al término de mi viaje, pagué al cochero, y me confundí con la gente. Tratóbase de un caballero de industria que acababa de ser sorprendido por el jefe de la policía en persona, Mr. de Gorgoli; las circunstancias del robo explicaban la curiosidad de la concurrencia.

Aunque Mr. de Gorgoli era uno de los hombres de mejor presencia de la capital, y uno de los más valientes generales del ejército, la casualidad había hecho que uno de los más atrevidos rateros de San Petersburgo se le pareciese de un modo singular. El ratero resolvió aprovecharse de esta semejanza, y para completarla se procuró un uniforme de general y un carruaje semejante al que usaba Mr. de Gorgoli. Conducido por un cochero vestido exactamente como el del general, se detuvo delante de la

puerta de un rico comerciante de la calle de la Grande-Millione, y entró en su tienda.

—Caballero, dijo al dueño de ella: supongo que me conocereis; soy el general Gorgoli, jefe de la policía.

—Conozco á V. E.

—Pues bien; necesito ahora mismo una suma de veinte y cinco mil rublos; estoy muy lejos del ministerio para irlos á buscar, y no tengo tiempo para ello. Dadme esa cantidad; y mañana iréis á mi casa á recogerla.

El comerciante, muy contento por la preferencia que hacia de él, le dijo:

—V. E. debe saber que deseo complacerlo: ¿necesitais mas dinero?

—Dadme treinta mil.

—Aquí los teneis, monseñor.

—Gracias: hasta mañana á las nueve, dijo el fingido general.

Y volviendo á subir á su carruaje, partió á galope hacia el jardín de verano.

El dia siguiente á las nueve, el comerciante se presentó en casa de Mr. Gorgoli, quien le recibió con su afabilidad acostumbrada, preguntándole qué es lo que se le ofrecia.

Aquella pregunta alarmó al comerciante, quien, mirando al general mas de cerca, creyó pesonoteq alguna diferencia entre él y el individuo que se presentó la víspera bajo su nombre.

—¡Escalencia! exclamó al punto; ¡me han robado!

Y refirió en seguida la astucia increíble de que había sido víctima.

El Sr. de Gorgoli le escuchó sin interrumpirle, y luego que concluyó se hizo traer su capa gris, y mandó poner el caballo alazan al droschki: en seguida se hizo repetir el suceso con todas sus circunstancias, é invitó al comerciante á que le aguardara en su casa, en tanto que él iba en busca del ladrón.

El Sr. de Gorgoli se hace conducir á la gran Millione; sale de la tienda del comerciante; sigue el mismo camino que había seguido el ladrón, y pregunta al *boutchnik* (1):

—Ayer pasé por delante de ti á las tres de la tarde; ¿me viste?

—Sí, excelencia.

—¿A dónde iba?

—Hacia el puente de Troitskoi.

—Está bien.

Y el general se dirigió hácia el puente. A la entrada de este encontró otro centinela.

—Ayer, á las tres y minutos de la tarde, pasé por delante de ti; ¿me viste?

—Sí, excelencia.

—¿Qué camino tomé?

(1) Los *boutchnik* son una especie de centinelas establecidos en las esquinas de las calles principales, en barracas llamadas *boutka*, y que corresponden á los agentes municipales. Uno de ellos está siempre á la puerta de su barraca con una alaharda en la mano, de donde les viene el nombre de *boutchnik* ó gari-teros.

—El del puente.

—Bien.

El general pasó el puente, y se detuvo delante de la casita de Pedro I: el boutchnik que estaba dentro se asomó.

—Ayer á las tres y media pasé por delante de tí, le dijo el general.

—Así es, esclencia.

—¿A dónde viste que me dirigia?

—Al barrio de Viborg.

—Bien.

El Sr. de Gorgoli continuó su camino, resuelto á seguir sus pesquisas hasta el fin. En la esquina del hospital de tropas de tierra halló otro boutchnik, y le interroga. Aquella voz habia tomado la direccion de las fábricas de aguardiente. El general fue allá. Desde dichas fábricas cruzó el puente Voskresenskoï: desde aquí se fue en linea recta al fin de la Gran Perspectiva; de aquí á las últimas tiendas del lado del Banco. El Sr. de Gorgoli preguntó por última vez al centinela:

—¿Ayer á las cuatro y media pasé por delante de tí?

—Si, esclencia.

—¿A dónde iba?

—Al número 19, en la esquina del canal Catalina.

—¿Entré allí?

—Si.

—¿Y me viste salir?

—No.

—Muy bien: házte relevar por un camarada tuyo, y acude á buscar dos soldados al primer puesto de guardia.

—Bien, escelencia.

El centinela volvió á los diez minutos con los dos soldados pedidos.

El general se presenta con ellos en el número 19, hace cerrar las puertas de la casa, examina al portero, sabe que su hombre vive en el piso segundo, sube, echa abajo la puerta de una patada, y se encuentra cara á cara con su otro él, que asustado de aquella visita, cuyo objeto adivina, confiesa todo, y restituye los treinta mil rublos.

La civilizacion de San Petersburgo no ha quedado en zaga, segun se ve, á la de Paris.

Esta aventura, cuyo desenlace presencié, me habia hecho perder, ó mas bien ganar, unos veinte minutos: al cabo de otros veinte seria la hora en que Luisa me habia permitido presentarme en su casa. Dirigime á ella: conforme me iba acercando me latia el corazon con mas fuerza, y cuando pregunté si estaba visible, temblaba mi voz de tal modo, que para que me comprendiesen tuve que repetir dos veces mi pregunta.

Luisa me aguardaba en el gabinete.

W.

Cuando me vió entrar, me saludó con la cabeza, con esa graciosa familiaridad que es peculiar de nuestras francesas; y en seguida, alargándome la mano; me hizo sentar, como la vispera, á su lado. —Ya me he ocupado de vuestro asunto; me dijo.

—¡Oh! le respondí con una espresion que le hizo sonreír; no hablemos de mí, sino de vos.

—¿Cómo de mí? ¿Se trata acaso de mí en todo esto? ¿Soy yo quien solicito la plaza de maestro de armas en algun regimiento de S. M.? ¿Qué tenéis que decir de mí?

—Tengo que deciros que desde ayer me habeis hecho el mas feliz de los hombres; que desde ayef no pienso mas que en vos ni veo mas que á vos; que

no he dormido un momento, y que he creído que nunca llegaría la hora de volveros á ver.

—¡Hola! Esa es una declaracion en regla.

—Tomadla como queráis; pero he dicho, no solo lo que pienso, sino lo que siento.

—Sin duda os chanceáis.

—Por mi honor que no.

—¿Hablaís con formalidad?

—Con toda la formalidad del mundo.

—Vaya, pues como á todo tirar podría eso ser cierto, dijo Luisa, y la declaracion, aunque prematura, puede ser sincera, es deber mio no dejaros ir mas lejos.

—¿Cómo mas lejos?

—Querido compatriota, no puede mediar absolutamente entre los dos mas que una buena, franca y pura amistad.

—¿Y por qué?

—Porque tenga un amante, y ya sabéis por mi hermana que la fidelidad es un vicio en nuestra familia.

—¿Qué desgraciado soy!

—No hay tal. Si yo hubiese permitido que el sentimiento que decís experimentáis por mí hubiese echado mas hondas raices, en vez de arrancarlo de vuestra cabeza antes de que penetrase en vuestro corazón, entonces podríais haberlo sido; pero, á Dios gracias, añadió Luisa sonriéndose, no creo que se haya perdido tiempo, y espero que el mal haya sido acudado antes de hacer grandes progresos.

—Está bien: no hablemos mas del asunto.

—Antes al contrario, porque como encontrareis aqui á la persona á quien amo, importa que sepais cómo la he amado.

—Os doy las gracias por tanta confianza.

—Os habeis picado, y haceis mal: vamos, dadme la mano como á una buena amiga.

Tomé la mano que Luisa me alargaba, y como en rigor no tenia derecho alguno para guardarle rencor:

—Sois leal, le dije.

—Así me gusta.

—¿Y sin duda, pregunté, será algun principe?

—No; no soy tan exigente: es simplemente un conde.

—¡Ay, Rosa, Rosa! exclamé: no vengais á San Petersburgo, porque olvidariais á Mr. Augusto.

—Me acusais antes de haberme oido, y haceis mal en eso, me respondió Luisa: por eso os lo queria decir todo; pero no seriais francesa si no juzgáseis así.

—Afortunadamente vuestra predileccion por los rusos me hace creer que sereis un poco injusta con vuestros compatriotas.

—Yo soy justa con todos, y no hago mas que establecer comparaciones. Cada pueblo tiene sus defectos, que no hecha de ver, porque son inherentes á su naturaleza, pero que saltan á la vista de los demas pueblos. Nuestro principal defecto es la volubilidad. Un ruso que recibe una visita de uno de

nuestros compatriotas, no dice nunca á otro ruso: «Acaba de salir un francés,» sino: «Ha estado aquí un loco,» y no tienen que decir de qué país es el loco.

—¿Y los rusos, no tienen defectos?

—Sí que los tienen; pero no son los que vienen á pedirles hospitalidad los que deben repararlos.

—Gracias por la lección.

—No creais que es una lección, sino un consejo; habeis venido con intencion de estableceros aquí: haceos amigos y no enemigos.

—Teneis razon, como siempre.

—¿No he hecho yo lo mismo? ¿No habia yo jurado tambien que ninguno de esos grandes señores, tan sumisos delante del czar, tan insolentes con sus inferiores, no serian nunca de mi devocion? Pues bien; he faltado á mi juramento; vos no lo hagais, si no quereis faltar á él.

—Y, segun lo que puedo colegir de vuestro carácter, aunque no os he visto mas que dos dias, creo que la lucha habrá sido larga.

—Sí, muy larga, y por poco llegó á ser trágica.

—Sin duda esperais que la curiosidad escitará mis celos.

—Yo no espero nada: os digo sencillamente la verdad, y hé aquí todo.

—Hablad: ya os escucho.

—Yo estaba, como sabreis por el sobre de la carta de Rosa, en casa de Mad. Javier, la almacenista.

de modas de mas fama que hay en San Petersburgo, y donde acude toda la nobleza de la capital. Gracias à mis pocos años, à lo que llaman mi hermosura, y sobre todo à mi cualidad de francesa, no me faltaron, como debereis suponer, requiebros y declaraciones. Con todo, os lo juro: aunque estas declaraciones y estas galanterias fuesen à veces acompañadas de las mas brillantes promesas, ninguna me llamó la atencion; y todas las declaraciones fueron arrojadas al fuego. De esta manera pasaron diez y ochó meses.

Hará cosa de dos años, un carruaje, tirado de cuatro caballos, se detuvo delante del almacén: dos muchachas, un jóven oficial y una mujer de cuarenta y cinco à cincuenta años bajaron de él. El jóven era teniente de guardias, y por lo tanto habitaba en San Petersburgo; pero su madre y su hermana vivian en Moscow: venian à pasar los tres meses de verano con su hijo y su hermano, y su primera visita al llegar fue para Mad. Javier, la gran reguladora del gusto: una mujer elegante, no podia, con efecto, presentarse en el gran mundo sino bajo sus auspicios. Las dos jóvenes eran encantadoras: en cuanto al militar, apenas reparé en él, aunque parecia durante su corta visita ocuparse mucho de mí: hechas las compras, la madre dejó las señas de su casa: «La condesa Waninkoff, sobre el canal de Fontalko.»

Al dia siguiente el jóven vino solo: deseaba saber si nos habiamos ocupado de los encargos de su ma-

dre y de sus hermanas, y se dirigió á mi para que hiciese cambiar un lazo.

Por la tarde recibí una carta firmada por Alejo Waninkoff: esta era, como todas las cartas de su género, una declaracion de amor; con todo, me hizo impresion su delicadeza: no me hacia en ella promesa alguna: me hablaba de obtener mi corazón, pero no de comprarlo.

Hay ciertas posiciones en que no puede una, sin ser ridicula, mostrar una virtud demasiado rigida; si hubiese sido una jóven del gran tono, hubiera enviado al conde su carta sin leerla; pero era una pobre griseta, y la quemé sin haberla leído.

Al dia siguiente volvió el conde: sus hermanas y su madre deseaban unos sombreros que dejaban á su eleccion; como entró con un pretesto para pasar á la habitacion de Mad. Javier, yo no volví al almacén hasta que hubo salido.

Por la tarde recibí una segunda carta; el que me la escribia tenia, segun dijo, una esperanza, y es la de que no habria recibido la primera: esta segunda carta, lo mismo que la anterior, quedó sin respuesta:

Al dia siguiente recibí la tercera: el tono de esta era tan diferente del de la otras, que me afectó: desde la primera hasta la última línea se notaba una espresion de melancolia que se parecia, no como hubiera debido esperar, á la cólera de un niño á quien niegan un juguete, sino al abatimiento de un hombre que pierde su última esperanza. Estaba decidido, si no contestaba á su carta, á pedir una licencia

temporal al emperador y á irse á pasar cuatro meses á Moscow con su madre y sus hermanas: mi silencio le dejó en libertad de hacer lo que mas le agradase.

Seis semanas despues recibí una carta, fechada en Moscow, que contenia estas pocas palabras:

«Estoy á punto de contraer un compromiso insensato que pone mi vida en peligro. Escribidme que tal vez llegareis á amarme algun dia, para que un rayo de esperanza me una á la vida.»

Creí que esta carta habia sido escrita con el único objeto de asustarme, y la dejé tambien sin contestacion.

Al cabo de cuatro meses recibí un nuevo billete, que decia así:

«Acabo de llegar en este momento. El primer pensamiento á mi vuelta le consagro á vos; os amo aun, y tal vez mas que cuando partí: ahora ya no está en vuestra mano salvarme la vida; pero podeis hacérmela amar al menos.»

Esta ténacidad; el misterio que se encerraba en sus dos últimos billetes; el tono de tristeza que reinaba en ellos, me determinaron á contestarle, no una carta, como él lo habria deseado, sino algunas palabras de consuelo, y á pesar de eso concluia diciéndole que no le amaba y que no le amaria nunca.

Esto os parecerá extraño, continuó Luisa, pues veo que os sonreís; tanta virtud os parece ridícula en una pobre muchacha; pero esto no era únicamente virtud, sino mas bien un resultado de la educación; mi pobre madre, viuda de un oficial, habiendo quedado sin bienes, nos habia educado en esas ideas á Rosa y á mi. A los diez y seis años la perdimos, y con ella la corta pensión que nos daba medios para vivir; mi hermana se dedicó á florista, y yo entré en un almacén de modas. Mi hermana se enamoró de vuestro amigo; cedió á sus ruegos, y no la acrimino por eso: yo hallo muy sencillo el que una mujer no niegue nada al que ha entregado su corazón. Pero no habia yo encontrado aun al que debia amar, y era recatada, sin que esto fuera un mérito en mi.

Así llegó el día de año nuevo; este día es para los rusos, como vereis muy pronto, una gran fiesta; en este día, el gran señor y el hijo del pueblo, la princesa y la modista, el general y el soldado, se hacen hermanos; el czar recibe á su pueblo; veinte y cinco mil esquelas de convite son arrojadas, por decirlo así, á la casualidad en las calles de San Petersburgo; á las nueve de la noche, el palacio de invierno abre sus puertas, y los veinte y cinco mil convidados llenan los salones de la morada imperial, que no se abre el resto del año sino para la aristocracia. Los hombres llegan cubiertos de dominós ó vestidos á la veneciana, y las mujeres con su traje usual.

Mad. Javier nos habia dado esquelas, de modo

que habíamos resuelto ir todas juntas al palacio. La cosa era tanto mas fácil, cuanto que en aquella numerosa reunion nunca habia escándalo ninguno, ni desorden, ni robo, y á pesar de eso, no se veia un soldado en aquellos salones. El respeto que inspiraba el emperador se estendia á todo el mundo, y la jóven mas casta estaba allí tan segura como en la alcoba de su madre.

Nosotras llegamos al cabo de media hora, y nos encontramos tan apretadas en el salon blanco, que habríamos creído que no cabria una persona mas; cuando, de repente, la orquesta de todos los salones dió la señal de la Polonesa. Al mismo tiempo los gritos de *¡el emperador! ¡el emperador!* se oyeron por todas partes. S. M. apareció en la puerta, dirigiendo el baile con la embajadora de Inglaterra, y seguido de toda la corte: cada cual se estrechó un poco: la muchedumbre se separó, y se abrió un espacio de diez pies: la turba de bailarines se precipitó en él; pasó como un torrente de diamantes, de plumas y de perfumes; tras el bullicioso cortejo, cada cual se arroja y se aprieta. Separada de mis dos amigas, intenté inútilmente reunirme á ellas: las vi por un momento arrastradas por el torbellino, y las perdí de vista en el momento: quise ir tras ellas; pero no pude salvar la muralla humana que me separaba, y heme aquí sola en medio de veinte y cinco mil personas.

En aquel momento, aturdida, me hallaba dispuesta á pedir auxilio al primero que encontra-

ra: acercóse á mí un dominó, y reconocí á Alejo.

—¿Cómo es que estais sola? me dijo.

—¡Ah! ¡Sois vos, señor conde! exclamé yo, agarrándome de su brazo: tan asustada me hallaba yo de mi aislamiento enmedio de la multitud. Sacadme de aquí, os lo suplico, y tened la bondad de proporcionarme un carruaje para irme á mi casa.

—Permitidme que os acompañe, y tendré que agradecer á la casualidad mas que á todas mis instancias.

—Mil gracias... lo que únicamente deseo es un carruaje de alquiler...

—¡Un carruaje de alquiler! No es posible hallarlo á estas horas en que todos vienen y nadie se marcha. Esperaos aquí siquiera una hora.

—No; quiero marcharme.

—Entonces aceptad mi trineo; mandaré á mi cochero que os lleve á vuestra casa, y ya que no queréis estar á mi lado, no me volveréis á ver.

—¡Oh! ¡Dios mio! Mejor quisiera...

—Bien veis que no hay mas que dos partidos que tomar; ó quedaros aquí, ó aceptar mi trineo, porque presumo que no querreis volveros á pie, sola y con el frio que hace.

—Pues bien, señor conde; acompañadme hasta vuestro carruaje.

Alejo obedeció al momento; pero habia tanta gente, que empleamos mas de una hora en llegar á la puerta que da á la plaza del Almirantazgo. El conde llamó á su lacayo, y un instante despues un elegan-

te trineo, especie de cupé herméticamente cerrado, se aproximó á la puerta. Subí á él dando las señas de la casa de Mad. Javier; el conde tomó mi mano, y la besó: cerró la portezuela; dijo algunas palabras en ruso, y el carruaje partió con la rapidez del rayo.

Al poco tiempo los caballos parecia que iban con mas rapidez aun, y se me figuró que el cochero hacia esfuerzos inútiles para contenerlos; me sobresalté, y empecé á gritar; pero mis gritos se perdieron con el ruido del carruaje y las voces del cochero. Quise abrir la portezuela; pero detras del cristal habia una especie de persiana, cuyo resorte no pude hallar. Despues de hacer inútiles y desesperadas tentativas, caí sin sentido en el fondo del carruaje, convencida de que los caballos iban desbocados y que se estrellaria el carruaje contra el primer esquinazo que se presentase. Pero, por fin, al cabo de un cuarto de hora se detuvieron; la portezuela se abrió, y yo me arrojé fuera del carruaje; pero las fuerzas me abandonaron, y creí desmayarme. En el mismo momento me cubrieron los ojos con un pañuelo y me cogieron en brazos: poco despues me dejaron sobre un divan. Yo hice un esfuerzo para quitar el pañuelo que cubria mis ojos, y me hallé en una habitacion desconocida. El conde Alejo estaba arrodillado á mis pies.

—¡Ah! exclamé yo: me habeis engañado; eso es una infamia, señor conde.

—¡Oh! perdonadme; si hubiese perdido esta oca-

sjón, ¿la hubiera vuelto á tener nunca? Al ménos podré deciros una vez en mi vida...

—No me direis una sola palabra, señor conde, exclamé yo levantándome, y en este mismo momento vais á dar órden para que me conduzcan á mi casa.

—En nombre del cielo, concededme una hora solamente; ¡que pueda yo siquiera hablaros! ¡Que pueda contemplaros! ¡Hace tanto tiempo que no os he visto!

—Ni un momento; y ahora mismo me permitireis que me marche.

—De modo que ni mi respeto, ni mi amor, ni mis súplicas...

—Nada, señor conde; nada.

—Pues bien, me dijo; escuchad. Vos no me amais, no me amareis nunca. Vuestra carta me habia dado alguna esperanza; pero veo que me he equivocado: está bien; me condenais, y yo acepto la sentencia. Os pido únicamente cinco minutos; dentro de cinco minutos, si persistis en marcharos, no os detendré.

—¿Y me jurais que dentro de cinco minutos me podré marchar?

—Os lo juro.

—Hablad pues.

—Yo soy rico, Luisa; yo soy noble; tengo una madre que me adora, y dos hermanas que me aman; desde mi infancia me he visto rodeado de criados dispuestos á obedecer todos mis caprichos, y sin embargo, á pesar de todo esto, estoy atacado de esa

enfermedad que padecen la mayor parte de mis compatriotas, y soy viejo á los veinte años, por haber sido hombre demasiado pronto. Todo me cansa, todo me fastidia.

Esta enfermedad me ha perseguido toda la vida. Ni bailes, ni esperanzas, ni placeres han podido apartar ese opaco velo que se interpone entre el mundo y yo. La guerra tal vez, con sus peligros y sus fatigas, hubiera distraído mi imaginación; pero la Europa entera duerme en la paz mas profunda, y no hay ya un Napoleon que lo trastorne todo.

Me hallaba aburrido de todo, y cuando os vi habia resuelto dedicarme á viajar; lo que al principio senti por vos, debo confesarlo, no fue mas que un capricho; os escribí creyendo que en cuanto os escribiera cederiais; pero, lejos de eso, vos no me contestásteis siquiera; insistí, porque vuestra resistencia hirió mi amor propio; creí no tener hácia vos otro sentimiento que el de un capricho pasajero, y me convencí de que habia llegado á ser un amor verdadero y profundo; no intenté combatirlo, porque toda lucha conmigo mismo me fatiga y me abate: os escribí que me marchaba, y así lo hice.

En Moscow hallé á mis antiguos amigos, que me encontraron sombrío é inquieto, y esto fue causa de que se equivocaran respecto á mis sentimientos. Me creyeron impaciente por el yugo que pesa sobre nosotros, y tomaron mis distracciones por filantrópicas meditaciones; estudiaron por mucho tiempo mis palabras y mi silencio, y despues, creyendo no-

tar algo oculto en el fondo de mi tristeza, sospecharon que provenia de mi amor á la libertad, y me propusieron entrar en una conspiracion contra el emperador.

—¡Gran Dios! exclamé asustada; y vos os negaríais á ello, ¿no es cierto?

—Os escribí; mi resolucion dependia de esta última tentativa; si me amábais, la vida no me pertenecia, y no tenia por lo tanto derecho para disponer de ella; pero si no me contestábais, lo cual queria decir que no me amábais, poco me importaba lo que pudiera sucederme. Una conspiracion era una distraccion como cualquiera otra. El patíbulo nos esperaba en caso de ser descubiertos; pero como mas de una vez la idea del suicidio se habia presentado á mi imaginacion, creí que siempre seria mejor ahorrarme el trabajo de darime yo mismo la muerte.

—¡Dios mio! ¡Es posible que pensárais de ese modo!

—Os digo la verdad, Luisa, y hé aqui una prueba. Tomad, añadió levantándose, y sacando del cajon de una mesa un paquete sellado. Yo no podia adivinar que os habia de encontrar hoy; no esperaba volveros á ver; leed este papel.

—¡Vuestro testamento!

—Hecho en Moscow al dia siguiente de entrar en la conspiracion.

—¡Oh! ¡Y me dejais á mí treinta mil rublos de renta!

—Si no me habiais amado durante mi vida, deseaba al menos que os quedara algun recuerdo mio despues de mi muerte.

—Pero habreis renunciado á esos proyectos, á esa muerte, á ese suicidio: ¿no es verdad que habeis renunciado?

—Luisa, podeis marcharos si gustais; los cinco minutos han pasado ya; vos sois mi última esperanza, el único lazo que me une á la vida; como estoy seguro de que una vez fuera de aquí no volvereis nunca, os doy mi palabra de honor de que aun no se habrá cerrado tras de vos la puerta de la calle, cuando me habré levantado la tapa de los sesos.

—¡Estais loco!

—Loco no; fastidiado.

—No hareis semejante cosa.

—Probad.

—¡Señor conde, en nombre del cielo!...

—Escuchadme, Luisa. Yo he luchado hasta el fin. Ayer estaba resuelto á concluir de una vez: hoy os he vuelto á ver: he querido aventurar una última tentativa, esperando aun ganar la partida. Jugaba mi vida contra la felicidad; he perdido, y pagaré.

Si Alejo me hubiese dicho todo esto en medio del delirio de la fiebre, no le hubiera creído; pero me hablaba con su acento acostumbrado, y con su tranquilidad habitual. Sus palabras expresaban mas bien la alegría que la tristeza. En fin, se notaba en todo lo que me habia dicho tal sello de verdad, que yo no me atrevia á marcharme: contemplaba á aquel

jóven lleno de vida, y no dependia mas que de mi el colmarle de felicidad. Me acordé en aquel momento de su madre, que parecia amarle tanto; de sus dos hermanas: le vi en mi imaginacion sangriento y desfigurado, á ellas desesperadas y llorosas, y me preguntaba á mi misma qué derecho tenia yo para herir de muerte á aquellas doradas existencias y á aquellas elevadas esperanzas. Además, preciso es confesarlo, tanta constancia empezaba á producir su fruto. Yo tambien, en el silencio de mis noches y en la soledad de mi corazon, habia pensado en aquel hombre, que tanto pensaba en mi. En el momento de alejarme de él para siempre lei con mas claridad en mi alma: conocí que le amaba, y me quedé.

Alejo me habia dicho la verdad. Lo que faltaba á su vida era el amor. En los dos años que hace que me ama le veo feliz, ó al menos parece serlo. Renunció á aquella insensata conspiracion en que no habia entrado sino á causa de su disgusto hácia la vida. Cansado de los inconvenientes que acarrea mi posicion en casa de Mad. Javier, alquiló sin decirme una palabra una tienda para que me estableciera por mi cuenta. Hace diez y ocho meses que mi vida ha cambiado enteramente, en medio de los conocimientos que han faltado á mi juventud, y que él tendrá necesidad de encontrar en la mujer que ame, cuanto tal vez ya no la ame. De aquí proviene el cambio que habeis notado en mí, comparando mi posicion con mi persona. Bien veis que he hecho bien en deteneros; sólo una coqueta hubiera obra-

do de otro modo, pues yo no puedo amaros, porque le amo á él.

—Sí, y ahora conozco la mano de que quereis valeros para protegerme.

—Ya le he hablado.

—Mil gracias; pero yo no aceptaré nada.

—¿Estais loco?

—Es muy posible; pero cada uno tiene sus ideas.

—¿Quereis que nos incomedemos y que no nos volvamos á ver?

—Seria una crueldad; yo á nadie conozco aqui sino á vos.

—Pues entonces miradme como á una hermana, y dejadme obrar.

—¿Lo quereis asi?

—Lo exijo.

En aquel momento se abrió la puerta de la sala, y apareció en ella el conde Alejo Waninkoff. Era este un jóven de veinte y cinco á veinte y seis años, rubio y esbelto, medio tártaro y medio turco, que tenia, como ya hemos dicho, el empleo de teniente de guardias. Este cuerpo privilegiado habia estado mucho tiempo bajo el mando inmediato de Constantino, hermano del emperador Alejandro, y en aquella época virey de Polonia. Segun costumbre de los rusos, que no dejan nunca el uniforme, Alejo llevaba el suyo. Lucia en su cuerpo la cruz de San Uladimir y de Alejandro Niuski, y al cuello la de Estanislao

Augusto, de tercera clase; Luisa, al verle, se levantó sonriendo.

—Seais muy bien venido, monseñor; en este momento nos ocupábamos de vos. Aquí teneis al compatriota de que os he hablado, y para el cual reclamo vuestra poderosa proteccion.

Yo me incliné; el conde me contestó con un asable saludo, y despues, con una pureza de lenguaje, en que se notaba, sin embargo, algo de afectacion:

—¡Ay, querida Luisa! dijo besándole la mano: mi proteccion no vale mucho; pero puedo dar á este caballero algunos consejos que le serán útiles; mis viajes me han dado á conocer lo malo y lo bueno de mis compatriotas, y pondré en buen camino á vuestro protegido. Desde luego puedo inaugurar la clientela de este caballero con dos discipulos: mi hermano y yo.

—Algo es eso, pero no basta; ¿no habiais hablado de una plaza de profesor de esgrima en un regimiento?

—Sí, pero me he informado despues: en San Petersburgo hay ya dos maestros de esgrima, uno francés y otro ruso. Vuestro compatriota, caballero, prosiguió Waninkoff dirigiéndose á mi, es un tal Valville; no hablaré de su mérito: ha sabido agradar al emperador, quien le ha dado el grado de mayor y le ha condecorado con muchas órdenes: es el profesor de toda la guardia imperial. Mi compatriota es un excelente hombre, que no tiene mas de-

fecto que el ser ruso; pero como este no es defecto á los ojos del emperador, S. M., á quien ha dado leccion por algun tiempo, le ha hecho coronel y le ha condecorado con la cruz de San Uladimir de tercera clase. Sin duda no querreis empezar por enemistaros con uno y otro, ¿no es verdad?

—Seguramente que no, le contesté.

—Pues bien; entonces es preciso que no deis á entender que quereis entrar en competencia con ellos: anunciad un asalto, y mostrad en él vuestras disposiciones: despues, cuando la noticia de vuestra superioridad se haya esparcido, os daré una recomendacion para el virey Constantino, que precisamente se halla en su palacio de Strelna desde antes de ayer, y yo espero que á ruego mio se dignará apoyar vuestra peticion á S. M.

—Perfectamente: eso marcha á las mil maravillas, dijo Luisa, agradecida al interes que se tomaba el conde por mí; bien veis que no os he engañado.

—No, y el señor conde es el mejor de los protectores, así como vos sois la mas buena de las mujeres; y para probarle el caso que hago de su consejo, esta misma noche redactaré mi programa.

—Hareis muy bien, dijo el conde.

—Ahora, señor conde, necesito buscar un local. Yo no daré este asalto para ganar dinero, sino para darme á conocer. ¿Deberé enviar esquelas de convite, ó haré pagar una entrada como para cualquier espectáculo público?

—¡Oh! Vended vuestros billetes, sin lo cual no

asistiria una sola persona; vendedlos á diez rublos, y enviadme ciento, que yo me encargaré de acomodar.

Era imposible hacer mas: así es que desapareció mi resentimiento injusto hácia el conde.

Al dia siguiente se pusieron los carteles, y ocho dias despues se verificó el asalto, en el que no tomaron parte ni Valvilli ni Siverbruk, sino solo algunos aficionados polacos, rusos y franceses.

No me detendré aquí en la detallada relacion de las proezas ni de los botonazos dados ó recibidos. Diré únicamente que en aquel mismo dia, nuestro embajador, el conde de La Ferronnays, me encargó diese lecciones á su hijo, y que por la noche y al dia siguiente recibí las mas honoríficas demostraciones, entre otras la de Mr. Wurtemberg, que me envió por discipulos á sus hijos, y la del conde Bobrinski, que me hizo el honor de llamarme para ser su maestro.

De manera que cuando vi al conde Wawinkoff...

—Perfectamente, me dijo; todo va á las mil maravillas. Ya teneis hecha vuestra reputacion, y es menester que la consolide el mismo emperador. Ahí teneis una carta para un ayudante de campo del czarowich, quien ya tendrá noticias de vos; presentaos á él con vuestra peticion para el emperador, y halagándole su amor propio belicoso, haced que os la apoye.

—Pero, señor conde, ¿creeis que me recibirá bien?

—¿A qué llamais recibiros bien?

—Quiero decir que si creéis que querrá ocuparse de mí.

—Mi querido maestro, me dijo el conde riendo; nos haceis demasiado favor. Nos tratáis como á gentes civilizadas, cuando somos aun medio salvajes. Ahí teneis la carta; yo os abro la puerta; pero no respondo de nada, y todo dependerá del bueno ó del mal humor del príncipe. A vos os toca elegir el momento: sois francés, y por lo tanto valiente. Esa entrevista es un combate que teneis que sostener y una victoria que procurareis ganar.

—Sí, pero es un combate de antesala, una victoria de cortesano, y os confieso que preferiria un duelo en toda regla.

—Juan Bart no estaba mas familiarizãdo que vos con los regios artesonados ni con las costumbres palaciegas. ¿Cómo salió de su negocio cuando fue á Versalles?

—¿Cómo? A puñetazos.

—Pues bien; haced lo que él hizo. Y á propósito, Nariskin, el primo del emperador, el conde Zernitcheff y el coronel Mouraviéff me han encargado os diga que desean les deis lecciones de esgrima.

—Pero, señor conde, me confundis...

—No me teneis nada que agradecer: cumplo con los encargos que me hacen, y nada mas.

—Se me figura que la cosa no se presenta del todo mal, dijo Luisa.

—Gracias á vos, Luisa. En fin, seguiré el conse-

jo del señor conde, y mañana mismo me aventuraré á esa entrevista.

—Id con Dios, y buen ánimo.

Y bien necesitaba de todo el que yo poseia. Conocia de oídas al hombre ante quien tenia que presentarme, y debo confesar que hubiera preferido ir á atacar á un oso de Ucrania en su madriguera á tener que pedir una gracia al gran duque Constantino, conjunto singular de buenas cualidades, de violentas pasiones y de locos arrebatos.

VI.

El gran duque Constantino, hermano del emperador Alejandro y del gran duque Nicolás, no poseía ni la afectuosa afabilidad del primero ni la severa y tranquila dignidad del segundo: parecía que había heredado el carácter de su padre, con todas sus cualidades y rarezas, mientras que sus dos hermanos se asemejaban á Catalina; Alejandro en cuanto al corazón, Nicolás por su cabeza, y ambos por esa grandeza imperial de que su abuelo dió al mundo tan memorable ejemplo.

Catalina, viendo crecer á su lado aquella noble y numerosa descendencia, había puesto los ojos, sobre todo, en los dos mayores, y aun por el nombre de bautismo, es decir, llamando Alejandro al uno y Constantino al otro, parecía haber repartido entre ellos el mundo. Esta era además su idea, hasta tal

punto, que, siendo niños, los habia mandado retra-
 tar, al uno cortando el nudo gordiano, y al otro
 llevando el lábaro: su misma educacion no fue otra
 cosa que la aplicacion de estas grandiosas ideas. Así
 es que Constantino tuvo nodrizas griegas y maestros
 griegos, como destinado al imperio de Oriente,
 mientras que Alejandro, destinado al de Occidente,
 estuvo siempre rodeado de ingleses. En cuanto á su
 preceptor comun, fue un suizo llamado Laharpe,
 primo del valiente general Laharpe, que sirvió en
 Italia á las órdenes de Bonaparte. Las lecciones de
 este digno maestro no fueron recibidas con igual
 fruto por ambos hermanos, y la semilla, siendo
 igual, produjo frutos muy distintos, porque una
 parte caia en una tierra preparada y fértil, mientras
 la otra sobre un suelo inculto y salvaje. En tan-
 to que Alejandro, á los doce años, respondia á Graft,
 su profesor de fisica experimental, que le decia que
 la luz era una emanacion continua del sol:—«Eso no
 puede ser, porque el sol seria cada dia mas peque-
 ño.» Constantino respondia á Saken, su ayo parti-
 cular, que le aconsejaba aprendiese á leer:—«No
 quiero aprender á leer, porque veo que vos leéis
 mucho y que cada dia sois mas necio.»

El carácter y las inclinaciones de ambos niños se
 pintaban en estas respuestas.

En cambio, Constantino, que tanta aversion tenia
 á los estudios científicos, era apasionadísimo por los
 ejercicios militares. Manejar las armas, montar á
 caballo, hacer maniobrar un ejército, le parecían

conocimientos mucho mas útiles para un príncipe que el dibujo, la botánica y la astronomía. Esta era una nueva prueba de su semejanza con Pablo, y tal afición tenia por las maniobras militares, que la noche de su boda se levantó á las cinco de la mañana para hacer maniobrar á un peloton de soldados que se hallaba de guardia junto á su habitacion.

El rompimiento de la Rusia con Francia colmó los deseos de Constantino. Enviado á Italia á las órdenes de Souvarow, que iba encargado de completar su instruccion militar, presenció sus victorias sobre el Mincio y su derrota en los Alpes. Semejante maestro, tan célebre por sus singularidades como por su valor, no era el mas á propósito para reformar el carácter, singular ya de por si, de Constantino. De aqui resultó que sus extravagancias, en vez de desaparecer, se aumentaron de tal modo, que mas de una vez se creyó que el jóven gran duque llevaba su semejanza con su padre hasta el estremo de estar, como él, algo atacado de locura.

Despues de la campaña de Francia y del tratado de Viena, Constantino fue nombrado virey de Polonia. Colocado á la cabeza de un pueblo guerrero, cobraron nueva energia sus gustos militares, y á falta de las batallas sangrientas y verdaderas á que habia asistido, formaban su distraccion las paradas y revistas, como simulacros de la guerra. Fuese invierno ó verano; ya habitara el palacio de Brühl, junto al jardin de Sajonia, ó residiese en el palacio del Belvedere, á las tres de la mañana estaba ya le-

vantado y vestido con su uniforme de general: jamás le había ayudado á vestir ningun ayuda de cámara. Sentado entonces á una mesa cubierta de cuadros de regimientos y de órdenes militares en su despacho, en cada uno de cuyos lienzos habia pintado un figurin de uno de los regimientos del ejército, leia los informes traídos el dia anterior por el coronel Axamilowski ó por el prefecto de policia Lubowidzki, y los aprobaba ó desaprobaba, pero poniendo siempre alguna adición. Ese le tenia ocupado hasta las nueve de la mañana: á esta hora hacia á la ligera un desayuno de soldado, terminado el cual bajaba á la plaza de Sajonia, donde le aguardaban por lo regular dos regimientos de infantería y un escuadron de caballería, cuya música, así que le divisaba, saludaba su presencia ejecutando la marcha compuesta por Kurpinski sobre el tema *¡Oh Dios, salvad al rey!* Inmediatamente principiaba la revista. Los pelotones desfilaban á igual distancia y con una precision matemática delante del czarwich, quien los miraba pasar á pie, vestido ordinariamente con el uniforme verde de los cazadores y con un sombrero guarnecido de plumas de gallo, que se colocaba de modo que una de sus puntas tocase su charretera izquierda, mientras que la otra miraba al cielo. Bajo su frente estrecha y surcada de arrugas profundas, que denotaban grandes y continuos cuidados, dos largas y pobladas cejas, contraídas siempre por su habitual fruncimiento, ocultaban casi enteramente sus ojos

azules. La singular vivacidad de sus miradas, unida á su pequeña nariz y su labio inferior prolongado, prestaba una espresion huraña á su cabeza, que, sostenida sobre un cuello corto en extremo y naturalmente inclinado hácia adelante, parecia descansar sobre las charreteras. Al sonido de aquella música, á la vista de aquellos hombres que él habia formado, y al ruido acompasado de sus pasos, sufría el czarwich una completa trasformacion, y se apoderaba de él una especie de fiebre que le hacia subir el fuego al rostro. Sus brazos se apoyaban, rigidamente contraídos, á lo largo de su cuerpo, y los puños, inmóviles y cerrados con violencia, se apartaban nerviosamente, mientras que sus pies, en una agitacion continua, llevaban el compás, y su voz gutural dejaba oír de vez en cuando entre gritos de mando sonidos roncós y destacados que nada de humano tenían, y que espresaban alternativamente ó su satisfaccion, si todo salia á su gusto, ó su cólera, si se faltaba en algo á la disciplina. En este último caso los castigos eran casi siempre terribles, porque la menor falta era castigada en el soldado con encierro y en el oficial con la pérdida de su grado. Y esa severidad no se limitaba á los hombres, sino que se estendia á todo, hasta á los animales. Un dia hizo ahorcar en su jaula á un mono porque hacia mucho ruido: un caballo que dió un paso en falso porque le abandonó por un momento la brida recibió mil palos, y por último, mandó fusilar á un perro que le habia despertado por la noche.

Su buen humor no era menos salvaje que su cólera. Cuando le acometía, se encorvaba riendo á carcajadas, se restregaba alegremente las manos, y daba patadas en el suelo, alternativamente con los dos pies. En aquel momento se acercaba al primer chico que encontraba, le volvía y le revolvió á todos lados, se hacía abrazar por él, le pellizcaba las mejillas y la nariz, y concluía por despedirlo, poniéndole una moneda de oro en la mano. Además tenía otras horas que no eran de alegría ni de cólera, sino de postración completa y de profunda melancolía. Entonces, débil como una mujer, prorumpía en gemidos y se revolcaba sobre sus divanes ó por el suelo. Nadie se atrevía á acercarse á él en aquellos momentos. Lo que hacían únicamente era abrir su puerta y sus ventanas, y pasaba entonces como una aparición una mujer rubia y pálida, de aventajada estatura, vestida por lo regular con un traje blanco ceñido por un cinturón azul. A aquella vista, que ejercía en el czarwich una influencia mágica, se exaltaba su sensibilidad nerviosa, sus suspiros se convertían en sollozos, y vertía abundantes lágrimas. Entonces pasaba la crisis: la mujer venía á sentarse á su lado, colocaba él su cabeza sobre sus rodillas, se dormía, y despertaba curado. Aquella mujer era Juanita Grudzenska, el ángel de la guarda de la Polonia.

Un día que estaba orando, cuando niña, en la iglesia metropolitana, delante de una imagen de la Virgen, cayó sobre su cabeza una corona de siem-

previas que habia bajo el cuadro, y un anciano cosaco de la Ucrania que pasaba por profeta, á quien consultó el padre de la niña sobre aquel suceso, le predijo que la corona santa que le habia caido del cielo era un presagio de la que le estaba destinada sobre la tierra. Padre é hija habian olvidado ya aquella prediccion, ó mas bien no la recordaban sino como un sueño, cuando la casualidad puso á Juanita y á Constantino frente á frente.

Entonces aquel hombre semi-salvaje, de pasiones ardientes y absolutas, se volvió tímido como un niño; y él mismo, á quien nada resistia y que con una palabra disponia de la vida de los padres y del honor de las hijas, fue tímidamente á pedir al anciano la mano de Juanita, suplicándole no le negase un bien sin el cual no habia ya dicha para él en el mundo. El anciano recordó entonces la prediccion del cosaco; vió en la peticion de Constantino el cumplimiento de los decretos de la Providencia, y no se creyó con derecho para oponerse á ellos. De consiguiente el gran duque obtuvo su consentimiento y el de su hija; solo quedaba el del emperador.

Este lo compró con una abdicacion.

Si; aquel hombre extraño, aquel hombre indescribable, que, semejante á Júpiter Olímpico, hacia temblar á todo un pueblo con solo fruncir el ceño, dió por el corazon de una jóven su doble corona de Oriente y Occidente; esto es, un reino que ocupa la sétima parte de la tierra, con sus cincuenta y tres

millones de habitantes, y los seis mares que bañan sus costas.

En cambio Juanita Grudzenska recibió del emperador Alejandro el título de princesa de Lovicz.

Tal era el hombre al cual iba yo á ser presentado: decíase con misterio que habia venido á San Petersburgo, porque habia descubierto en Varsovia los hilos de una vasta conspiracion que tenia ramificaciones en toda Rusia; pero esos hilos se habian roto en sus manos por el silencio obstinado de los dos conspiradores á quienes habia hecho prender. La ocasion, como se ve, era poco favorable para hacerle una petición tan frívola como la mia.

No por eso desistí de arrostrar las eventualidades de un recibimiento que no podia menos de ser extraño. Tomé un droschki, y marché á la mañana siguiente para Strelna, provisto de mi carta para el general Rodna, ayudante del czarwich, y de mi memorial para el emperador Alejandro. Despues de dos horas de marcha por un camino magnífico, á cuya izquierda se veia una serie no interrumpida de casas de campo, y á su derecha llanuras que se estienden hasta el golfo de Finlandia, llegamos al convento de San Sergio, el santo mas venerado despues de San Alejandro Niewski, y diez minutos despues estábamos en la aldea. A la mitad de la calle Mayor, y frente á la casa de correos, torcimos á la derecha, y á los pocos segundos me encontré delante del castillo. El centinela quiso detenerme; pero le ex-

señé mi carta para el general Rodna, y me dejó pasar.

Subí la escalinata, y me presenté en la antecámara. El caballero Rodna estaba ocupado con el czarwich, y me hicieron aguardar en un salon que daba á unos jardines magníficos cruzados por un canal que desemboca directamente en el mar, mientras que un oficial hacia pasar mi carta á su destino: un momento despues volvió el mismo oficial, y me dijo que entrara.

El czarwich estaba de pie, recostado contra la chimenea, pues aunque era apenas á fines de setiembre, principiaba ya á hacer frio, y acababa de dictar un despacho al general Rodna, que estaba sentado. Yo ignoraba que me iban á introducir tan rápidamente, de suerte que me paré en el umbral admirado de hallarme tan pronto en presencia del principe. Apenas cerraron la puerta, cuando encarándose aquel á mi, sin hacer ningun otro movimiento con el cuerpo, y clavándome sus dos ojos penetrantes.

—¿De qué pais eres? me dijo.

—De Francia, alteza.

—¿Tu edad?

—Veinte y seis años.

—¿Tu nombre?

—G....

—¿Y quieres obtener el nombramiento de maestro de armas en uno de los regimientos de S. M. I. mi hermano?

—Ese es el objeto de toda mi ambicion.

—¿Y dices que eres sobresaliente en el arte?

—Perdone V. A. I.: yo no digo eso, porque no me corresponde á mí decirlo.

—No; pero lo crees asi.

—V. A. I. sabe que el orgullo es el pecado dominante de la pobre raza humana: ademas, he dado un asalto, y V. A. puede informarse.

—Sé ya lo que ha ocurrido en él; pero solo has tenido que habértelas con aficionados.

—Por eso no he hecho mas que defenderme.

—¡Ah! ¿No has hecho mas que defenderte? Y si los hubieses atacado, ¿qué habria sucedido?

—Los habria tocado diez veces contra dos.

—¡Oh, oh! ¿De modo que á mí me tocarias diez veces contra dos?

—Eso es segun.

—¿Qué es eso de segun?

—Segun como deseara V. A. I. que le tratase. Si exigia que le tratase como á príncipe, entonces V. A. me tocaria diez veces, y yo no le tocaria mas que dos. Si me permitia tratarle como á todo el mundo, entonces probablemente no seria yo tocado mas que dos veces y V. A. diez.

—¡Lubenski! gritó el czarwich restregándose las manos; ¡Lubenski, mis floretes! Ahora veremos, señor fanfarron.

—¡Qué! ¿Permite V. A....?

—Mi alteza no permite, sino que quiere que le

toques diez veces; ¿te volverías quizá atrás de lo dicho?

—Cuando he venido al castillo de Strelna ha sido para ponerme á la disposicion de V. A. Ordene, pues, lo que quiera.

—Pues bien; toma ese florete y esa careta, y manos á la obra.

—¿Me obliga á ello V. A.?

—He dicho que sí, que sí, y que sí.

—Pues ya estoy dispuesto.

—Que quiero las diez estocadas, ¿entiendes? dijo el czarwich principiando á atacarme; las diez estocadas, y no te perdono ni una. ¡Ah, ah!

A pesar de la invitacion del czarwich, me contentaba con parar los golpes, y me abstenia de atacar.

—¡Hola! exclamó enardeciéndose: creo que no haces mas que defenderte... pues aguarda... ¡ah! ¡ah!

Y á través de su careta veia subirsele la sangre al rostro é injectarse sus ojos de sangre.

—Vaya, ¿dónde están esas diez estocadas?

—Alteza, el respeto...

—Vete al diablo con tu respeto, y ¡tira! ¡tira!

Usé al pronto del permiso, y le toqué tres veces de seguida.

—¡Bien, bien! gritó: ¡ahora me toca á mí!... ¡Toma... ¡Ah!... ¡Tocado! ¡Tocado!

Así era la verdad.

—Creo que V. A. me trata sin miramiento, y que necesito batirme en toda regla.

—Pues hazlo... ¡Ah! ¡Ah!

Toquele cuatro veces, y él á su vez me dió otra estocada.

—¡Tocado! ¡Tocado! gritó saltando de gozo. Rodna, ya has visto que le he tocado dos veces contra siete.

—Contra diez, monseñor, respondí acosándole á mi vez. Ocho... nueve... diez... Está cumplido el trato.

—¡Bien, bien! grito el czarwich. Bien; pero no es bastante enseñar á estoquear: ¿de qué sirve eso á mis ginetes? Lo que necesitan es el manejo del sable. ¿Sabes tirar el sable?

—Lo mismo, poco mas ó menos; que la espada.

—¿Segun eso, te defenderias á pie contra un hombre á caballo armado de una lanza.

—Creo que si, alteza.

—¡Ah! ¿Lo crees nada mas?... ¿Conque es decir que no estás seguro?

—Sí que lo estoy, alteza.

—¡Ah! ¿Estás seguro de que te defenderias?

—Sí, alteza.

—¿Y pararias un lanzazo?

—Lo pararia.

—¿Contra un hombre á caballo?

—Contra un hombre á caballo.

—¡Lubenski! ¡Lubenski! gritó de nuevo el czarwich; mandad que me ensillen un caballo, y que me traigan una lanza.

—¡Pero monseñor!...

—¡Qué! ¡Ya te vuelves atrás! ¡Oh!

—No me vuelvo atrás, y contra cualquiera otro que no fuese V. A. esos ensayos serian un juego.

—¿Pero qué diferencia hay por ser contra mí?

—Contra V. A. no sé si debo temer el ganar ó perder, porque tal vez olvidareis que sois vos quien...

—Yo no olvido nunca nada; además, ahí tienes á Rodna, delante del cual te he mandado y te mando de nuevo que me trates del mismo modo que á él le tratarías.

—Debo hacer observar á V. A. que eso no me libra del compromiso, puesto que á su excelencia no podría menos de tratarlo con el mayor respeto.

—¡Adulador! ¿Crees de esa manera hacerte un protector? Pues ten entendido que nadie tiene influencia sobre mí, y que yo no juzgo mas que por mí propio; ¿lo oyes? Has salido bien de una prueba; veremos si te sucede lo mismo en la segunda.

En aquel momento se dividió desde las ventanas al oficial que conducia un caballo, y que llevaba una lanza en la mano.

—Perfectamente, continuó Constantino echándose fuera de la habitación. Sigüeme; y tú, Lubenski, dale un sable, un buen sable de mis guardias de caballería. Cuidado contigo, maestro de esgrima, ó te atravieso de parte á parte.

Y diciendo estas palabras, saltó Constantino sobre su caballo, soberbio hijo del imperio, cuyas crines y cuya cola barrian el suelo: hizo ejecutar en

tanto que evolucionaba con la lanza las más difíciles maniobras, y durante este tiempo me trajeron tres ó cuatro sables, invitándome á que eligiese uno: tardé poco en la elección, pues no hice más que alargar la mano y coger uno á la ventura.

—Vamos, ¿estás ya preparado?

—Sí, alteza.

Entonces Constantino puso su caballo al galope, y se dirigió al extremo opuesto de la calle de árboles.

—¿Pero esto no es sin duda más que una chanza? preguntó á Mr. de Rodna.

—Nada de eso, me contestó; y tan seria es, que os va en ello la vida ó vuestra colocación; defendeos como lo hariais en un combate.

La cosa se iba poniendo más seria de lo que yo creí en un principio: si no se hubiera tratado más que de defenderme y de devolver golpe por golpe, me hubiera hallado más tranquilo; pero era muy diferente mi posición: con mi sable afilado, y su aguzada lanza, la chanza podía llegar á ser muy pesada; pero, ¿qué remedio? ya no era tiempo de retroceder; apelé en mi ayuda á toda mi sangre fría y toda mi destreza, y me puse frente al príncipe.

Había este llegado ya al extremo de la calle, y acababa de volver su caballo. A pesar de lo que me había dicho Mr. de Rodna, yo creía que aquello no sería más que un juego, cuando gritándome por última vez:—«¿Estás ya preparado?» le vi poner su lanza en ristre y su caballo á galope. Entonces fue

cuando me convencí de que no tenía otro arbitrio que el de defender mi vida, y me puse en guardia.

El caballo devoraba el camino y el czarwich iba echado sobre él, de manera que se ocultaba entre sus cisnes que flotaban al viento: yo no veía mas que la parte superior de su cabeza por entre las orejas del caballo. Asi que hubo llegado adonde yo estaba, dirigió su lanza á mi pecho; pero yo separé el arma con un quite en tercera, y dando un salto hácia un lado, dejé pasar al caballo y al caballero arrastrados por la violencia de la carrera. Cuando vió que habia errado el golpe, el czarwich detuvo su caballo con una maravillosa destreza.

—¡Muy bien, muy bien! dijo. Volvamos á empezar.

Y sin darme tiempo para hacer la mas ligera observacion, volvió su caballo sobre el cuarto trasero, y tomó campo, como la vez primera. Me preguntó del mismo modo que si me hallaba dispuesto, y se precipitó hácia mi con mas encarnizamiento que antes; pero yo tenia la vista fija en la suya, y no perdía ninguno de sus movimientos: así es que aprovechando el momento, paré el golpe en cuarta, me retiré á la derecha, y el caballo pasó á mi lado segunda vez.

El czarwich exhaló una especie de rugido. Habíase aficionado á aquel torneo como á un verdadero combate, y queria terminarlo honrosamente para él: de modo que cuando yo creí haber concluido, le vi prepararse para un nuevo encuentro. Pero como la

chanza: se prolongaba demasiado, me decidí á que fuese el último.

En efecto, en el momento en que le vi á mi alcance, en vez de contentarme con un simple quite, reuni todas mis fuerzas, y corté de un tajo la lanza, quedando el príncipe desarmado; entonces, arrojándome sobre las bridas del caballo, le detuve con tal violencia, que se dobló sobre el cuarto trasero, y al mismo tiempo dirigí la punta de mi sable al pecho del czarwich. El general Rodna dió un grito creyendo que iba á matar á S. A. Constantino debió creerlo así tambien, pues le vi palidecer. Pero en el mismo instante di un paso atrás, é inclinándome ante el gran duque:

—Abi teneis, monseñor, una maniobra que puedo enseñar á los soldados de V. A. si me juzgais digno de ser su profesor.

—¡Sí, con mil diablos, sí! y tendrás un regimiento, ó perderé el nombre que tengo... ¡Lubenski, Lubenski! continuó bajándose de un salto de su caballo; lleva á Pulk á la cuadra, y tú ven para que yo apoye tu peticion.

Seguí al gran duque hasta el salon, y así que hubo llegado, Constantino tomó una pluma, y escribió al pie de mi memorial:

«Recomiendo humildemente al que firma á su majestad imperial, creyéndole muy digno de obtener la gracia que solicita.»

Y ahora, me dijo, toma este memorial, y presén-

taselo al emperador en persona. Tal vez al dirigirte á él aventuras tu libertad; pero, á fe mia, quien no se aventura no pasa la mar. Adios, y si alguna vez pasas por Varsovia, no dejes de venir á verme.

Hice una profunda reverencia, muy contento de haber salido tan airosamente de mi entrevista, y volviendo á subir en mi droschki, tomé el camino de San Petersburgo, llevando conmigo aquella poderosa recomendacion.

Por la noche fui á dar las gracias al conde Alejo por el consejo que me habia dado, aunque aquel consejo pudo costarme caro: le referi lo que habia pasado, relacion que asustó mucha á Luisa, y al dia siguiente, á eso de las diez de la mañana, me dirigí á Czarko-Selo, residencia del emperador, decidido á pasearme por los jardines del palacio hasta encontrarle, arrostrando el peligro de una prision, peligro á que se espone toda persona que le presenta un memorial.

VII.

La residencia imperial de Czarko-Selo.

Se halla situada á tres ó cuatro leguas de San Petersburgo, y, sin embargo, el camino presenta un aspecto enteramente distinto del que habia yo seguido la víspera para ir á Strelna. Ya no son los magníficos caseríos y las inmensas perspectivas sobre el golfo de Finlandia, sino ricas llanuras y elevadas mieses, verdes prados conquistados hacia pocos años por la agricultura.

En menos de una hora de camino me hallé, después de haber atravesado la colonia alemana, en medio de una pequeña cadena de colinas, de la cima de una de las cuales empecé á divisar los árboles, los obeliscos y las cinco cúpulas doradas de la capilla, que indican la residencia del soberano.

El palacio de Czarko-Selo está situado sobre el terreno de una cabaña que perteneció á una anciana holandesa, llamada Sara, y donde Pedro el Grande tenia la costumbre de ir á beber leche. La pobre aldeana murió, y Pedro, que habia tomado aficion á aquella cabaña por la magnífica perspectiva que se descubria desde su ventana, se la regaló á Catalina con las tierras que la rodeaban para que edificase una casa de campo. Catalina mandó llamar á un arquitecto, y le esplicó minuciosamente lo que deseaba: el arquitecto hizo lo que hacen todos los de su clase: enteramente lo contrario de lo que le encargaban: esto es, un palacio.

Con todo, esta residencia, por lejana que estuviese de su primitiva sencillez, pareció á Isabel poco digna de la grandeza y poder de una emperatriz de Rusia; de modo que hizo derribar el palacio paterno, y con arreglo el diseño del conde Rastrets, hizo construir un magnífico palacio. El noble arquitecto, que habia oido hablar de Versailles como de una obra maestra de suntuosidad, quiso sobrepujarle en magnificencia; y teniendo noticia de que el interior del palacio del gran rey abandonaba en dorados, mandó dorar todos los bajo-relieves exteriores de Czarko-Selo, molduras, cornisas, cariátides, y hasta los mismos tejados. Terminada esta operacion, Isabel escogió un magnífico dia, y convidó á toda su corte y á los embajadores de todas las potencias á que fuesen á inaugurar su brillante palacio. A vista de aquella magnificencia,

por estrañamente situada que se hallase, todos se hicieron lenguas sobre esta octava maravilla del mundo, à escepcion del marques de la Chetardie, embajador de Francia, que fue el único de los cortesanos que no habló una palabra, haciendo como que buscaba á su alrededor. Picada un tanto de esta distraccion la emperatriz, le preguntó qué era lo que buscaba.

—Lo que busco, señora, contestó el embajador; lo que busco es el estuche de esta magnífica alhaja.

Era esta la época en que se entraba en la academia con un cuadrante, y en que se lograba la inmortalidad con un dicho agudo: así fue que monsieur de la Chetardie será inmortal en San Petersburgo.

Por desgracia el arquitecto habia edificado para verano, sin acordarse del invierno: en la primavera siguiente fue preciso hacer muchos reparos en aquellos dorados, y como cada invierno amenazaba producir los mismos destrozos, y cada primavera los mismos reparos, Catalina II se decidió á reemplazar el metal por un modesto barniz amarillo: en cuanto al tejado, se resolvió que lo pintarian de verde oscuro, segun la costumbre de San Petersburgo. Apenas se esparció la noticia de este cambio, cuando se presentó un especulador ofreciendo pagar á Catalina doscientas cuarenta mil libras por aquel dorado que mandaba quitar. Catalina le contestó que

le daba las gracias; pero que no acostumbraba á vender sus desechos.

En medio de sus victorias, de sus amores y de sus viajes, Catalina no cesó de ocuparse de su residencia favorita; hizo construir para el mayor de sus hijos á cien pasos del palacio imperial el pequeño palacio Alejandro, é hizo dibujar á su arquitecto, Mr. Busch, inmensos jardines, á los que faltaba únicamente el agua: Mr. Busch no dejó por eso de hacer canales, cascadas y estanques, persuadido de que cuando una mujer se llama Catalina la Grande y se desean aguas, las aguas no pueden menos de venir. En efecto, su sucesor, Banes, descubrió que Mr. Demidoff, que poseía una magnífica casa de campo en los alrededores, tenía demasiada agua, mientras que su soberana no tenía bastante; le hizo presente la escasez de los jardines imperiales, y Mr. Demidoff, como humilde súbdito, puso aquella agua á disposición de Catalina. En el mismo momento, y á pesar de todos los obstáculos, se vió al agua llegar por todos lados, inundar los lagos, elevarse en surtidores y hervir en las cascadas. Esto fue lo que hizo decir á la buena emperatriz Isabel:—«Incomodémonos con la Europa entera, pero no con Mr. Demidoff.»

Realmente, Mr. Demidoff, en un momento de mal humor, podía hacer morir de sed á toda la corte.

Elevado á Czarko-Selo, Alejandro heredó el amor de su abuela hácia aquella morada, y es que aquel palacio mantenía todos los recuerdos de su infancia, esto es, el pasado de oro de su vida. Sobre aquellos

céspedes habia aventurado sus primeros pasos; en aquellas calles de árboles aprendió á montar á caballo, y en aquellos lagos habia hecho su aprendizaje de marinero; así es que apenas venian los primeros dias hermosos, corria á Czarko-Selo, para no abandonar aquella residencia hasta las primeras nieves.

Yo le perseguí hasta Czarko-Selo, y allí resolví esperarlo.

Así es que despues de haberme desayunado bastante mal en la fonda francesa de la Restauracion, bajé al parque, donde, á pesar de los centinelas, se puede pasear todo el mundo. Verdad es que, como se aproximaban los primeros frios, aquellos paseos se hallaban desiertos, y tal vez pudiera ser tambien que se abstuviesen de entrar allí por respeto al soberano.

Sabia yo que solia pasar dias enteros paseándose por las calles de árboles mas sombrías. Así fue que me dirigí á la ventura, y casi seguro de encontrarle. Además, en el caso de que la casualidad no me sirviese, no me faltarian allí objetos de distraccion y de curiosidad.

Con efecto, muy pronto se presentó á mis ojos la ciudad china, lindo grupo de quince casas cada una, con su entrada y su jardin, y que sirven de alojamiento á los ayudantes de campo del emperador. En el centro de la ciudad, dispuesto en forma de estrella, hay un pabellon destinado á los bailes y á los conciertos; un hermoso patio le sirve de comedor, y en los cuatro ángulos de él hay cuatro estatuas de

mandarines del tamaño natural, fumando en su pipa.

Un día, y este día fue el aniversario cincuenta y ocho de su nacimiento, Catalina se paseaba con su corte por los jardines, cuando dirigiendo hácia allí sus pasos, vió con gran asombro un humo espeso que salia de las pipas de los cuatro mandarines, que á su llegada empezaron á hacer saludos con la cabeza y á mover dulcemente los ojos. Catalina se aproximó para ver mas de cerca este fenómeno, y entonces los cuatro mandarines bajaron de su pedestal, se acercaron á ella, y se prosternaron á sus pies con todas las fórmulas del ceremonial chino, recitando versos muy galantes. Estos cuatro mandarines eran el príncipe de Ligne, Mr. de Segur, monsieur de Cobentzel, y Potemkin.

Desde la residencia de los generales me dirigi á la cabaña de las Lamas. Estas hijas de las cordilleras son un regalo del virey de Méjico al emperador Alejandro. De nueve que fueron enviadas, habian muerto cinco; pero las cuatro que pudieron soportar la temperatura han producido una numerosa descendencia, que, nacida en el país, se acostumbrará probablemente mejor al clima que los compañeros de sus padres.

A poca distancia de la habitacion, y en medio del jardín francés, en el centro de un lindo cenador, se halla la famosa mesa del Olimpo, imitada á la del regente, verdadera obra de las hadas, servida por criados invisibles y por camareros desconocidos, donde

todo sale, como en un teatro de magia, de debajo de tierra. Cuando los convidados desean alguna cosa, colocan un billete sobre su plato, que se hunde como por encanto, y cinco minutos despues vuelve á aparecer con el objeto pedido. Todos los deseos están prevenidos de tal modo, que un dia una linda convidada, queriendo reparar el desorden de una entrevista, pidió, sin esperanza de obtenerlo, unos cuantos alfileres: el plato subió majestuosamente con una docena de alfileres.

Continuando mi camino, llegué enfrente de una pirámide, á cuyo pie duermen con el sueño de los justos los tres galgos de Catalina: el epitafio compuesto por Mr. de Segur para uno de ellos les sirve económicamente para los tres. Era esto una galantería hecha á la Francia por la emperatriz en la persona de su embajador, porque la emperatriz habia hecho tambien un epitafio para uno de ellos, y como este distico eran los únicos dos versos que habia podido hacer en toda su vida, debia naturalmente tenerlos en mucho, tanto mas, quanto que estos versos podian muy bien competir con los del rival del príncipe de Ligne. Hé aqui los versos de Mr. de Segur: tienen la ventaja de hacer, no solamente el elogio de la difunta, sino la de establecer de una manera indudable su genealogia, lo que para los sabios es un hecho de la mayor importancia:

EPITAFIO DE ZEMIRA.

Aquí Zemira yace, y las gracias de luto
Deben rendirle en flores un sùebre tributo.

Igual á Tom, cual su madre Lady, era
 Invariable en sus gustos, veloz en su carrera;
 El ser algo gruñona fue su único defecto;
 ;Pero abrigaba, en cambio, un corazon tan recto!
 ¡Todo abusta á quien ama, y amaba tanto á aquella.
 A quien un pueblo entero adoraba como á ella!
 Causábanle inquietudes y desvelos mortales
 Cien pueblos que miraba como otros cien rivales.
 Los dioses, como en premio de su fidelidad,
 La gracia le debian de la inmortalidad,
 A fin de que pudiera estar siempre al lado
 De la que tuvo de ella solícito cuidado.

Véase ahora el epitafio de Catalina:

Bajo esta fria losa
 La ceniza reposa
 De la duquesa Anderson,
 La que mordió á Rogertson.

En cuanto al tercero, aunque nadie se haya ocupado de su epitafio, goza de una popularidad mas grande que sus compañeras. Este fue el famoso Sunderland, llamado así á causa del inglés que habia regalado á la emperatriz aquel perro, y cuya muerte por poco dió lugar á la mas trágica equivocación.

Una mañana, al amanecer, despertaron á monsieur de Sunderland, rico capitalista inglés, el mismo que habia regalado el perro en cuestion, y que, gracias á este regalo, habia tenido gran favor con la emperatriz.

—Señor, le dijo su ayuda de cámara: vuestra casa se halla rodeada de soldados, y el jefe de policía desea hablaros.

—¡Qué me quiere! dijo el banquero saltando de la cama, y asustado de aquella ocurrencia.

—Lo ignoro, señor, respondió el ayuda de cámara; pero parece que es una cosa de la mayor importancia, y que, según dice, no puede decirse sino á vos.

—Que entre, dijo el Sr. Suderland poniéndose apresuradamente su bata.

El ayuda de cámara entró algunos minutos después, introduciendo á su excelencia Mr. Reliew, sobre cuyo rostro leyó el banquero á la primera ojeada que debía ser portador de alguna terrible misión. El digno isleño no por eso trató con menos urbanidad al de la policía, y presentándole una silla, le invitó á que se sentase. Pero este le dió las gracias con una inclinación de cabeza, y con el acento más lastimero que pudo hallar; le dijo:

—Mr. Suderland, creed que tengo el mayor sentimiento, por más honorífica que sea para mí esta prueba de confianza, en haber sido elegido por S. M. nuestra buena soberana para cumplir una orden cuya severidad me aflige, pero que sin duda está motivada por algún gran crimen.

—¿Por qué crimen, excelencia! exclamó el banquero: ¿y quién ha cometido ese crimen?

—Vos sin duda, pues que vos sois el designado para el castigo.

—Señor, os juro que tengo tranquila la conciencia, y que nada tengo de qué arrepentirme desde que me he acogido al pabellón ruso.

—Y precisamente porque os habeis hecho ruso; vuestra posición es terrible. Si hubiéseis seguido.

siendo súbdito de S. M. británica, podriais reclamar del cónsul inglés, escapando de este modo al rigor de la orden que estoy á pesar mio encargado de ejecutar.

—Pero, en fin, ¿qué orden es esa?

—¡Oh! ¡Nunca tendré fuerza bastante para decirlo!

—¿Habré perdido el favor de S. M.?

—¡Oh! ¡Si no fuera mas que eso solo!

—¡Si no fuera eso solo! ¿Se tratará de hacerme marchar á Inglaterra?

—Ese es vuestro país, y el castigo no sería tal que yo me negase tanto á hacéroslo conocer.

—¡Gran Dios! ¡Me espantais!

—¿Quieren enviarme á la Siberia?

—La Siberia, señor, es un país delicioso, y que han calumniado injustamente: además, se puede volver de él.

—¿Estoy condenado á prision?

—La prision no es nada; también se abren las puertas de la prision.

—¡Señor! exclamó el banquero cada vez mas aterrizado; ¿me querrán empalar?

—El empalamiento es un suplicio muy doloroso, pero no mata.

—¡Dios de bondad! dijo Suderland aterrado; veo que se trata de hacerme morir.

—¡Y de qué muerte! exclamó el jefe de la policia levantando los ojos al cielo con una expresion de profunda conmiseracion:

—¡Cómo de qué muerte! ¿Pues no es bastante el sacrificarme sin proceso, asesinar me sin motivo? Catalina quiere además...

—¡Ay, sí, manda!

—Y bien, hablad; ¿qué es lo que manda? Soy hombre, y tengo valor; hablad.

—¡Ay, mi querido señor! manda... Si no fuese porque me han dado á mi mismo la orden, no lo creería.

—Pero me estais matando mil veces; veamos qué orden es esa.

—Me han mandado que os haga *disecar*.

El pobre banquero arrojó un grito de horror; despues, mirando cara á cara al jefe de policía:

—¡Pero es monstruoso lo que me estais diciendo! Preciso es que hayais perdido el juicio.

—No, señor; no le he perdido; pero le perderé seguramente durante la operacion.

—¡Pero cómo vos, que cien veces me habeis llamado amigo; vos, á quien yo he tenido la dicha de hacer algunos servicios; cómo habeis recibido semejante orden sin intentar disuadir á S. M. de semejante crueldad?

—¡Ay, señor! he hecho cuanto he podido, y nadie en mi lugar se hubiera atrevido á hacer otro tanto; he suplicado á S. M. que renunciase á ese proyecto, ó al menos que encargase á otro su ejecucion, y todo esto con las lágrimas en los ojos; pero S. M. me ha dicho, con ese tono que ya conoceis y que no admite réplica:—«Id, y no olvideis que vues-

tro deber es cumplir sin murmurar las comisiones de que me digno encargaros.»

—¿Y entonces?...

—Entonces, dijo el jefe de policía, me dirigí al instante mismo á casa de un hábil naturalista que disecciona las aves para la academia de ciencias, porque puesto que no hay remedio, menester es que sea diseccionado lo mejor que sea posible.

—¿Y el miserable ha consentido en ello?

—Me envió á su compañero que disecciona los monos, sin duda por la analogía que existe entre la especie humana y la especie jímia.

—¿Y bien?

—Nada; que os espera.

—¿Me espera? Pues qué, ¿va á ser en este mismo momento?

—Ahora mismo; la orden de S. M. no admite dilacion.

—¿Sin darme tiempo para poner en orden mis negocios? Es imposible.

—Pues así es, ni mas ni menos.

—¿Pero me dejareis siquiera escribir una carta á la emperatriz?

—No sé si debo...

—Escuchad: es la única gracia que os pido, gracia que no se niega al mayor culpable.

—Es que arriesgo en ello mi destino.

—Pero advertid que se trata de mi vida.

—Ea pues, escribid; os lo permito. Sin embar-

go, os prevengo que no me separaré de vos un momento.

—Gracias. Mandad venir á uno de vuestros oficiales para que lleve mi carta.

El jefe de policia llamó á un teniente de guardias de S. M., le entregó el billete del pobre Suderland, y le mandó traer la contestacion.

Diez minutos despues el teniente volvia con la órden de conducir al banquero: esto era cuanto deseaba el paciente.

Un carruaje le esperaba en la puerta de su casa: Suderland sube á él, y á su lado se coloca el teniente: cinco minutos despues llegó á la ermita donde le estaba esperando Catalina. Introducen á Suderland, quien halló á la emperatriz riendo á carcajadas.

El banquero cree que se ha vuelto loca: se arroja á sus pies, y tomándole la mano:

—¡Gracia, señoral le dice. ¡Gracia, ó decidme al menos qué crimen he cometido que merezca tan horrible castigo!

—Pero, mi querido Suderland, le dijo Catalina, si no se trata de vos.

—¿Que no se trata de mí? ¿Pues de quién se trata?

—Del perro que me regalásteis, que ha muerto ayer de indigestion. Sintiendo como es natural esta pérdida, y deseando conservar al menos su piel, mandé venir á ese imbecil de Reliew, y le dije:—«Disponed que disquen á Suderland.» Habiéndose quedado sorprendido, yo crei que tendria á menos el

encargarse de esta comision; asi fue que tuve que incomodarme para decidirle á que la ejecutase.

—Pues, señora, podeis vanagloriaros de tener en el jefe de la policia un servidor fiel; pero os suplico que para otra vez le encargueis que se entere mejor de las órdenes que recibe.

Y, en efecto, si el jefe de la policia no se hubiese dejado ablandar por las súplicas del banquero, el pobre Suderland hubiera sido embalsamado vivo.

Preciso es confesar que no todos libran tan bien en San Petersburgo como el digno banquero, y muchas veces, gracias á la prontitud con que se ejecutan las órdenes, la equivocacion se reconoce cuando es ya tarde para repararla. Cierta dia, monsieur Segur, nuestro embajador en la corte de Catalina, vió entrar en su casa un hombre cuya fisonomia y vestidos se hallaban en el mas completo desórden.

—¡Justicia, señor; justicia! exclamó nuestro desgraciado compatriota.

—¿Justicia? ¿Y contra quién?

—Contra un gran s effor ruso, contra el gobernador de la ciudad, que acaba de mandar que me den cien latigazos.

—¿Cien latigazos! exclamó el embajador asombrado: ¿pues qué le habeis hecho?

—Nada, monseñor; nada absolutamente.

—Eso no es posible.

—Os lo juro por mi honor.

—¿Pero estais loco?

—Monseñor, os ruego que creais que estoy en mi cabal juicio.

—Pero, ¿cómo quereis que yo crea que un hombre, cuyos buenos sentimientos y cuya imparcialidad alaba todo el mundo, se haya propasado á semejante violencia?

—Perdonad, señor conde; pero por mucho que sea el respeto que me impone vuestra presencia, no puedo menos de daros una prueba de mi veracidad.

Y diciendo esto, el pobre francés se quitó la levita y el chaleco, y presentó á Mr. de Segur su camisa ensangrentada y pegada á sus heridas.

—Pero, ¿cómo ha pasado eso? preguntó el embajador.

—Del modo mas sencillo. Figuraos que llega á mi noticia que Mr. de Bruce desea tener un cocinero francés. Yo me hallaba sin colocacion, y me aprovecho de esta coyuntura, y me presento en su casa; el ayuda de cámara se encarga de introducirme en la habitacion de su amo:—«Monseñor, le dice el ayuda de cámara, abriendo la puerta: aquí está el cocinero.—Está bien, contestó Mr. de Bruce, con muy mal humor; que le bajen al patio y le den cien latigazos.» En el mismo momento, señor conde, se apoderan de mí, me llevan al patio, y á pesar de mi resistencia, de mis gritos y de mis amenazas, me dan los cien latigazos, ni uno mas, ni uno menos.

—¡Pero si eso ha pasado como lo contais, es una infamia!

—Si no os he dicho la verdad, consiento en recibir el doble.

—Está bien, dijo Mr. de Segur, que encontraba un acento de verdad en las palabras del pobre hombre; voy á tomar informes, y si, como empiezo á creerlo, no me habeis engañado, se os dará una reparacion tal como querais de esa violencia: os doy mi palabra; pero si, por el contrario, me habeis engañado en lo mas minimo, os mando llevar á la frontera, para que volvais á Francia como Dios os dé á entender.

—Estoy á vuestras órdenes, monseñor.

—Ahora, continuó Mr. de Segur poniéndose á escribir, llevad vos mismo esta carta al gobernador.

—¡Oh! en cuanto á eso, os pido mil perdones; pero no me espondré á poner los pies en una casa en que reciben de una manera tan poco decorosa á las personas que se presentan.

—Os acompañará uno de mis secretarios.

—Eso ya es muy distinto; en compañía de uno de vuestra casa, iré al infierno si es preciso.

—Pues bien, dijo Mr. de Segur entregando la carta al buen hombre; ya podeis ir allá.

Y el francés salió acompañado de uno de los empleados de la embajada.

Habrian pasado apenas unos tres cuartos de hora, cuando el ofendido volvió radiante de alegría.

—Y bien, ¿qué ha sucedido? dijo Mr. de Segur.

—Que todo ha quedado arreglado.

—¿A satisfaccion vuestra?

—Si, monseñor.

—Tendria mucho gusto en que me refiriérais cómo.

—No hay nada mas fácil, monseñor; su escelencia, el señor conde de Bruce, tenia por cocinero á uno de sus esclavos de mas confianza; hace cuatro dias que el muy bribon se ha escapado robándole quinientos rublos, y dejando por consiguiente su plaza vacante. Esta plaza era la que yo deseaba obtener, y me presenté para ello en casa del señor gobernador.

—¿Y despues?

—Por desgracia mia habia recibido aquella misma mañana la noticia de que su esclavo habia sido detenido á poca distancia de San Petersburgo; de manera que cuando el ayuda de cámara le dijo:—«Monseñor, aqui está el cocinero,» creyó que era el ladron, y como se hallaba muy ocupado en aquel momento con una comunicacion para el emperador, dijo sin levantar siquiera la cabeza:—«Está bien; que le conduzcan al patio y le den cien latigazos,» y esos son los cien latigazos que yo he recibido.

—Pero el señor conde de Bruce se habrá escusado con vos.

—Ha hecho mas que eso, monseñor, dijo el cocinero haciendo sonar en la palma de su mano un bolsillo de monedas de oro; ha hecho que me den un luis por cada latigazo, lo cual me ha dejado con el sentimiento de que no me hubiesen dado doscientos al menos; despues me ha tomado á su servicio, asegurándome que el castigo injusto que habia su-

frido me serviría de redención de las faltas que pudiese cometer; de manera que por poco que me esmere tengo asegurados tres ó cuatro años sin recibir un capirotazo, lo cual no deja de ser muy saludable.

En aquel mismo momento, un ayudante de campo del gobernador entró en la oficina de la embajada para invitar á Mr. de Segur de parte de aquel á que fuese al día siguiente á su casa para dar su voto sobre la habilidad de su nuevo cocinero.

Este permaneció doce años en casa de Mr. de Bruce, al cabo de cuyo tiempo volvió á Francia con una renta de diez mil rublos, bendiciendo la feliz equivocación que se le había proporcionado.

Todas estas anécdotas, que se presentaban unas tras otras con sus pormenores á mi memoria, no eran de naturaleza para tranquilizarme, especialmente si las comparaba con lo que me había sucedido el día antes con el czarwich. Pero sabía que el emperador Alejandro era tan bueno, que por inusitada que fuese mi gestión en Rusia no titubeé en llevarla á cabo, -y continué mi paseo, siempre con la esperanza de encontrarle.

Entre tanto había yo ya visitado sucesivamente la columna de Gregorio Orloff, la pirámide erigida al vencedor de Tchesma, y la gruta del Pansilipo. Hallábame hacia cuatro horas recorriendo aquel jardín que encierra lagos, llanuras y bosques, y desesperaba ya de encontrar al que había ido á buscar, cuando al atravesar una arboleda divisé en una de

las calles á un oficial con levita de uniforme, que me saludó y continuó su camino. Habia tras de mí un jardinero que estaba igualando el terreno, y le pregunté quién era aquel oficial tan cortés.

—Es el emperador, me contestó.

Corrí al punto por un sendero transversal que debia cortar diagonalmente el camino por donde paseaba el emperador, y en efecto, apenas habia andado unos ochenta pasos, cuando le vi de nuevo; pero tambien me sucedió que, al verle, no tuve fuerzas para dar un paso mas.

El emperador se detuvo un momento, y luego, viendo que el respeto me impedia dirigirme á él, se encaminó hácia mí: yo estaba á un lado del camino, y el emperador venia por el medio. Aguárdele con sombrero en mano, y mientras se acercaba cojeando ligeramente, porque se le habia abierto una herida que se hizo en una de sus escursiones á las orillas del Don, pude notar el gran cambio que se habia efectuado en él desde que le habia visto en Paris hácia nueve años. Su rostro, en otro tiempo tan franco y alegre, tenia impresas las huellas de una tristeza enfermiza, y era evidente, cosa que se decia ademas de público, que le devoraba una profunda melancolia. Sin embargo, sus facciones conservaban una espresion tal de benevolencia, que casi me tranquilicé, y en el momento de pasar, me adelanté á él, diciéndole:

—Señor...

—Poneos el sombrero, caballero, me dijo: hace

demasiado viento para estar con la cabeza descubierta.

—Permitame V. M.

—Poneos el sombrero, caballero; ponéoslo.

Y como viese que el respeto me impedía obedecer aquella orden, me cogió el sombrero, y poniéndomelo con una mano en la cabeza, me sujetó el brazo con la otra, á fin de obligarme á dejarlo así. Entonces, viendo que ya no oponía yo resistencia:

—Ahora, ¿qué se os ofrece?

—¡Señor, este memorial!

Y saqué la esposicion del bolsillo. Al punto se anubló su semblante.

—¿Sabeis, caballero, me dijo, que me he ausentado de San Petersburgo por huir de los memoriales?

—Lo sé, señor, y no se me oculta la osadía de este paso; pero esta peticion tiene quizá mas derecho que cualquiera otra á la benevolencia de V. M.: viene recomendada al márgen.

—¿Y por quién? interrumpió con viveza el emperador.

—Por el augusto hermano de V. M.; por S. A. I. el gran duque Constantino.

—¡Ah! ¡Ah! exclamó el emperador alargando la mano, y retirándola casi al propio tiempo.

—De suerte, continué, que he creído que V. M., derogando su costumbre, se dignaría recibir esta esposicion.

—No, caballero; no, dijo el emperador; no la to-

maré, porque mañana me presentarían mil, y me vería precisado á dejar estos jardines, donde no estaria ya solo. Pero, añadió viendo el desaliento que aquella negativa hacia resaltar en mi fisonomía, y estendiendo el brazo hacia la iglesia de Santa Sofía: echad ese memorial en el correo, allá en la ciudad: hoy mismo lo veré, y pasado mañana tendreis la contestacion.

—Señor, contad con mi profundo reconocimiento.

—¿Quereis probármelo?

—¿Y me lo pregunta V. M.?

—Pues bien; no digais á nadie que me habeis presentado un memorial y no habeis sido castigado. Adios, caballero.

El emperador se alejó, dejándome estupefacto con su melancólica bondad. No por eso dejé de seguir su consejo, y puse el memorial en el correo. A los tres dias, como me habia prometido, recibí la respuesta.

Era esta mi nombramiento de profesor de esgrima en el cuerpo imperial de ingenieros, con el grado de capitán.

VIII.

Desde entonces, como tenia ya una posición, decidí dejar la fonda de Londres y vivir en una casa particular. Así, pues, me dediqué á recorrer la ciudad en todos sentidos: en estas escursiones fue cuando empecé verdaderamente á conocer á San Petersburgo y á sus habitantes.

El conde Alejo me habia cumplido su palabra; gracias á él, habia llegado á reunir un número de discipulos que sin sus recomendaciones no hubiera podido reunir en un año. Eran estos Mr. de Narsinski, primo del emperador; Mr. Pablo de Botwinski, nieto, aunque no reconocido, de Gregorio Orloff y de Catalina la Grande; el principe Toubetskoi, coronel del regimiento de Preobwenskoi, Mr. de Gorgoli, jefe de la policia, y muchos otros señores de las primeras familias de San Petersburgo.

además de dos ó tres oficiales polacos que servian en el ejército del emperador.

Una de las cosas que mas me sorprendieron en los grandes señores rusos fue su política hospitalaria, esa primera virtud de los pueblos, que sobrevive tan raras veces á la civilizacion, y que no se desmintió nunca respecto á mi. Es verdad que el emperador Alejandro, á imitacion de Luis XIV, que habia dado á sus seis mas antiguos maestros de armas de Paris títulos de nobleza transmisibles á sus descendientes, considerando la esgrima como un arte y no como un oficio, habia tenido siempre cuidado en realizar la profesion que yo ejercia, dando á mis colegas y á mi mismo grados mas ó menos elevados en el ejército. Sin embargo, no puedo menos de reconocer que en ningun pais del mundo hubiera encontrado, como en San Petersburgo, esta familiaridad aristocrática que, sin rebajarse, eleva al que es objeto de ella.

Esta buena acogida de los rusos proporciona tantas mas distracciones á los extranjeros, cuanto el interior de las familias es de los mas animados, gracias á los aniversarios y á las muchas festividades de su calendario, á las que se añaden las del patrono particular de cada casa. Así es que, por poco estenso que sea el circulo de conocimientos, se pasan pocos días en que no sea uno invitado á dos ó tres comidas y otros tantos bailes.

Hay además en Rusia otra ventaja para los profesores, y es que llegan á ser comensales de la casa, y

en cierto modo miembros de la familia. Un profesor, por poco nombrado que sea, toma un lugar entre el amigo y el pariente; lugar que participa del uno y del otro, que conserva todo el tiempo que le conviene, y que casi nunca pierde, sino por su culpa.

Este lugar era el que yo ocupaba entre algunos de mis discípulos, y entre otros el jefe superior de policía, Mr. de Gorgoli, que era al mismo tiempo uno de los mas nobles y mejores corazones que he conocido en mi vida. Griego de nacion, bien formado, alto, diestro en todos los ejercicios, era seguramente, asi como el conde Alejo Orloff, y Mr. Bobrinski, el tipo del verdadero noble. Adiestrado en todos los ejercicios, desde la equitacion hasta la pelota, aficionado sobresaliente en la esgrima, generoso como un viejo boyardo, era á un mismo tiempo la Providencia de los extranjeros y de sus conciudadanos, para los cuales siempre estaba visible, en cualquier hora del dia ó de la noche.

En una ciudad como San Petersburgo, esto es, en esa Venecia monárquica, donde ningun rumor tiene eco, donde los canales de la Mocka y de Catalina, lo mismo que los de la Giudecea y de Orfano, devuelven los cadáveres sin ruido; donde los boutch-nicks que volan al estremo de cada calle inspiran muchas veces mas temor que confianza, el mayor Gorgoli era el responsable de la seguridad pública. Viéndole recorrer sin descanso sobre su droschki, tirado por dos caballos ligeros como gaulas y renovados cuatro veces al dia, los doce barrios de la

ciudad, los mercados y los bazares, cada uno cerraba tranquilamente la puerta de su casa, seguro de que aquella Providencia visible quedaba vigilante en las tinieblas. Daré únicamente una prueba de esta incesante vigilancia. En los doce años que había que Mr. de Gorgoli era jefe de policía, no había salido un solo día de San Petersburgo.

Así es que no hay tal vez una ciudad en el mundo tan segura por la noche como San Petersburgo. La policía vela al mismo tiempo sobre los que están encerrados en sus casas y sobre los que recorren las calles. De trecho en trecho se elevan unas torres de madera, cuya altura domina las casas, que no tienen en general mas que dos ó tres pisos. Dos hombres velan continuamente en cada una de aquellas torres, y cuando una chispa, una luz, un poco de humo, les hace suponer un principio de incendio, tiran del cordón de una campanilla, que corresponde al pie de la torre, y mientras que enganchan los caballos á las bombas, indican el barrio en que se manifiesta el incendio. Al punto bomberos y bombas parten á todo correr. Está calculado el tiempo indispensable para llegar á cada punto, y tienen obligacion de hallarse en el lugar del incendio al minuto fijo. De manera que en vez de que el propietario despierte á la policía, como sucede en Francia, la policía viene á decirle:—«Levantaos, que vuestra casa se quema.»

En cuanto á los robos con fractura, son una cosa desconocida. Por aficionado al robo que sea un ru-

so, jamás se atreverá á romper un cristal, ni forzará una puerta; y esto llega hasta el punto de poder confiar sin cuidado á un moujik una carta sellada en que haya visto meter un billete de banco, cuando tal vez no se le podría confiar un kopeck.

Esto en cuanto á la seguridad de los que se están en su casa.

Los que recorren las calles, casi nunca tienen nada que temer sino por parte de los boutchniks, que son los encargados de protegerlos; pero estos son tan cobardes, que con un baston ó una pistola un solo hombre puede hacer correr á diez de ellos. Aquellos miserables se ven por lo tanto obligados á ejercer su despotismo sobre alguna pobre muchacha que no tiene dónde recogerse y á quien el robo no puede causarle una gran pérdida, ni la violacion un gran sentimiento. Además, en todo hay su lado bueno: durante las noches de invierno, en que, á pesar del alumbrado público, la oscuridad es tal, que los caballos se estrellarian unos contra otros, el boutchnik avisa siempre á tiempo á los cocheros del peligro. Su vista se halla tan acostumbrada á las tinieblas en que vive, que distingue en medio de la noche un trineo, un droschki ó una carretela que se acerca sin ruido sobre la nieve, y que sin su aviso se estrellaria sobre otro carruaje cualquiera que viene como un relámpago por el lado opuesto.

Por lo demas, desde el mes de noviembre hasta el mes de marzo, el trabajo siempre penoso de estos desgraciados, á los que no pagan, segun me han

asegurado, mas que una veintena de rublos por año, llega á ser algunas veces mortal. A pesar del pesado ropón que les cubre; á pesar de todas las precauciones que se toman contra el rigor del clima, el frío penetra á través del paño y de los forros: entoncez el vigilante nocturno no tiene la resolución suficiente para andar sin descanso, y un profundo abatimiento se apodera de él, despues un traidor entorpecimiento, y se duerme de pie: si en aquel momento no pasa por casualidad algun cabo de ronda que le hace apalear bárbaramente, hasta que la sangre haya vuelto á entrar en circulación, es hombre perdido, y no vuelve á despertar: el dia siguiente le encuentran helado en su garita.

El invierno anterior á mi llegada a San Petersburgo, uno de estos desgraciados que habian hallado muerto de este modo y no habia querido cambiar de sitio, habia caído dando con la frente contra un poste, y la cabeza habia ido rodando hasta la acera opuesta.

Despues de algunos días llegué por fin á encontrar en las orillas del canal Catalina, esto es, en el centro de la ciudad, una habitacion que me acomodaba, y que ya estaba amueblada: solo tuve que llevar dos colchones y un catre, pues la cama, solamente de uso en los grandes señores, era tenida por los del pueblo por un mueble de lujo.

Muy contento con el nuevo método que acababa de adoptar, volví del canal Catalina al Almirantaz-

go; cuando sin acordarme de que era domingo, me dió la idea de entrar en una casa de baños de vapor. Habia oido hablar mucho en Francia de esta clase de establecimientos; así fue que al pasar por delante de una casa de baños resolví aprovechar la ocasion. Me introduje allí, mediante dos rublos y medio, unos cincuenta sueldos de Francia; tomé un billete de entrada, y fui introducido en una sala destinada á desnudarse. Esta habitacion estaba á la temperatura ordinaria.

Mientras que me desnudaba en compañía de otras doce personas, vino un mozo á preguntarme si llevaba algun criado; y, oida mi respuesta negativa, se informó de qué edad, de qué precio y de qué sexo queria que fuera la persona encargada de darme friegas. Semejante pregunta exigia una explicacion, y supe que niños y hombres, dependientes del establecimiento, se hallaban siempre dispuestos á prestar este servicio, y en cuanto á las mujeres, se las enviaba á buscar á una casa próxima. Hecha la eleccion, la persona indicada se ponía desnuda como el bañista, y entraba con él en la segunda habitacion, caldeada á la temperatura de la sangre. Permanecí por un momento mudo de admiracion, y despues, venciendo la curiosidad á la vergüenza, elegi al muchacho que me habia dirigido la pregunta: apenas le manifesté mi preferencia, fue á tomar de un clavo unas especies de disciplinas, y al poco rato estuvo desnudo como yo: entonces abrió la puerta, y me condujo á la segunda habitacion. Crei

que algun nuevo Meletófeles me habia conducido, sin yo saberlo, á un sábado.

Figúrese el lector trescientas personas enteramente desnudas, de todas edades y de ambos sexos, hombres, mujeres, niños, ancianos, de los que una mitad azota á la otra, con los gritos, las risas, las contorsiones mas estrañas, y sin la menor idea del pudor: en Rusia el pueblo está tan degradado, que sus costumbres se confunden con las de los animales, y la policia no ve otra cosa que el aumento de poblacion, que es lo que constituye la fortuna de los nobles, en un libertinaje que empieza en la prostitucion y no se detiene ni aun en el incesto.

Al cabo de diez minutos me quejé de calor; volví á la primera habitacion, me vestí, y entregando dos rublos al mozo, me salí disgustado de semejante desmoralizacion, que parecia tan natural en la clase baja de San Petersburgo, que nadie me habia hablado de ello.

Seguí por la calle de la Resurreccion con la imaginacion ocupada con lo que acababa de ver, cuando me encontré enmedio de una reunion considerable de gente que se agolpaba para entrar en el patio de un magnifico palacio. Llevado de la curiosidad, me puse en fila para entrar tambien, y vi que lo que atraia á aquella gente eran los preparativos del suplicio del knout para castigar á un esclavo. Iba ya á retirarme no sintiéndome con el valor suficiente para presenciar semejante espectáculo, cuando se abrió una de las ventanas, y dos muchachas co-

locaron en ella una un sillón y la otra un almohadón de terciopelo; detras de estas muchachas apareció bien pronto aquella cuyos miembros delicados huían el contacto de la piedra, pero cuyos ojos no temian la vista de la sangre; en aquel momento circuló un murmullo por la multitud, y las palabras: — « ¡ La Gossudarina! » fue repetida en voz baja por cien personas, en cuyo acento nadie hubiera podido equivocarse. En efecto, reconocí en medio de las pieles que la envolvian á la hermosa Machinka, al lado del ministro. Uno de sus antiguos compañeros habia tenido la desgracia, segun decian, de saltarle al respeto, y habia exigido que un castigo ejemplar advirtiese á los demas para que no incurriesen en semejante falta, y ella queria, no solo que el culpable fuese castigado, sino presenciar su castigo. Como esperaba, á pesar de lo que Luisa me habia dicho de su crueldad, que ella se presentaba unicamente para perdonar ó atenuar al menos el suplicio, me quedé allí; la Gossudarina oyó el murmullo que habia producido su llegada; pero en vez de demostrar temor ó vergüenza, recorrió con la vista aquella multitud con ademán tan altivo é insolente, que ni una reina hubiera hecho mas.

Despues, sentándose en el sillón y apoyando en el almohadón su codo, colocó la cabeza sobre una de sus manos, en tanto que con la otra acariciaba á una galga blanca, que apoyaba en las rodillas de su señora una cabeza de serpiente.

Parecia que no esperaban mas que su presencia

para dar principio á la ejecución, porque apenas la hermosa espectadora se presentó, abrióse una puerta pequeña, y el culpable se adelantó entre dos mouficks, que llevaban cada uno una cuerda rodeada á la muñeca, y seguido de otros dos ejecutores, cada uno armado con un knout. El culpable era un jóven de barba rubia, de rostro impassible y de facciones firmes y resueltas: oyose entonces entre la multitud un ruido extraño: díjose que aquel jóven, que era el jardinero mayor del ministro, habia amado á Machinka cuando aun era esclava, y que era correspondido de ella, tanto, que iban á casarse cuando el ministro la elevó ó rebajó, segun se quiera, al rango de querida. Desde entonces, por un extraño cambio, la Gossudarína habia tomado un odio mortal al esclavo, que mas de una vez habia sufrido los efectos de este cambio, como si ella temiese que su señor creyera que continuaba en las ideas de su antiguo estado. Ultimamente, el dia anterior habia encontrado á su compañero en una calle de árboles del jardin, y por algunas palabras que la habia dicho habia creido que la insultaba: cuando volvió el ministro á su casa, reclamó el castigo del culpable.

Los preparativos del suplicio se hallaban hechos de antemano: consistia en una tabla inclinada con una abrazadera para sujetar el cuello del paciente, y dos vigas clavadas á derecha é izquierda para sujetarle los brazos. El knout era un látigo, cuyo mango podría tener unos dos pies: á este man-

go se adaptaba una correa de cuero de doble longitud que el mango, y que termina en un anillo de hierro, al cual se une otra correa mas corta que la primera, del ancho de unas dos pulgadas en su principio, y que termina en punta: esta punta se humedece en leche, y se deja secar al sol, lo que la hace tan dura y tan aguda como la punta de una espada. A los seis latigazos se muda de correa porque la sangre ablanda el cuero; pero en el caso presente se hacia inútil este cambio, puesto que el culpable debia recibir una docena de latigazos, y habia dos ejecutores. Estos dos ejecutores eran los cocheros del ministro, a quienes la costumbre de manejar el látigo habia elevado á este empleo; lo que no les quitaba nada de su buena inteligencia con sus camaradas, que, cuando llegaba la ocasion, tomaban su rebancha, pero sin odio y como gentes que obedecen. Sucede á veces que en una misma sesion los ejecutores son ejecutados á su vez, y en algunas ocasiones, durante mi permanencia en Rusia, he visto á los grandes señores encolezados contra sus criados, que no teniendo nada á mano con qué castigarlos, les mandaban cogerse de los cabellos y darse mutuamente de puñetazos: preciso es confesar que al principio obedecen con repugnancia esta orden, pero muy pronto el dolor los pone en camino, y cada uno por su lado se anima y sacude como mejor puede, en tanto que su amo les grita:—«Mas fuerte, bribones; mas fuerte!» En fin, cuando cree que el castigo es suficiente, no tiene mas

que decir: — ¡Basta! A esta palabra el combate cesa como por magia; los antagonistas se van á lavar su ensangrentado rostro en la misma fuente, y vuelven cogidos del brazo y tan amigos como ai nada hubiese pasado entre ellos.

Aquella vez el condenado no debia librar tan bien; así es que solo los preparativos del suplicio me causaron horror, y á pesar de todo, me sentia clavado en mi puesto por esa estraña fascinacion que atrae al hombre hácia el sufrimiento de otro hombre: ademas, queria yo ver hasta qué punto llegaba la crueldad de aquella mujer.

Los dos ejecutores se acercaron al jóven; le desnudaron hasta la cintura, y le tendieron sobre la tabla, sujetándole el cuello con la abrazadera y con los brazos atados á las dos vigas.

Despues, uno de los ejecutores, separando á la multitud para tener espacio suficiente en que manejar libremente su látigo, y el otro, tomando impetu, se levantó sobre la punta de los pies, y asestó el golpe, de modo que la correa rodeó dos veces el cuerpo del paciente, dejando un surco azulado: por grande que fuese el dolor de aquel desgraciado, no dió un solo grito.

Al segundo golpe se asomaron á la piel algunas gotas de sangre.

Al tercero saltó la sangre.

Destle aquel momento, el látigo hirió sobre la carne viva de tal manera, que el ejecutor exprimia la

córrea entre sus dedos para hacer escurrir la sangre.

Después de dados los seis primeros latigazos, el segundo ejecutor ocupó su puesto, provisto de un nuevo látigo. Desde el quinto latigazo hasta el último, el paciente no dió mas prueba de sensibilidad que la crispacion nerviosa de sus manos, y sin un leve movimiento muscular que á cada golpe hacia temblar sus dedos, se le hubiese creído muerto.

La ejecucion concluyó, y desatado el paciente, estaba casi desmayado, y no podia sostenerse; sin embargo, su boca no habia arrojado un grito ni exhalado un gemido. En cuanto á mi, confieso que no podia comprender aquella insensibilidad y aquel valor.

Dos moujicks le cogieron por debajo de los brazos, y le volvieron á entrar por la misma puerta que habia salido: en el momento de entrar se volvió, y murmuró algunas palabras en ruso, mirando á Machinka, palabras que yo no pude comprender. Sin duda envolvian un insulto ó una amenaza, porque sus compañeros le empujaron con violencia hácia adentro. A estas palabras la Gossudarina contestó con una sonrisa de desprecio, y sacando una caja de oro de su bolsillo, dió algunos bombones á su perra favorita, llamó á sus esclavas, y se marchó apoyada en sus hombros.

La ventana se cerró tras ella, y la gente, viendo que todo habia concluido, se retiró en silencio. Algunos de los que la componian movian la cabeza, co-

mo si quisieran dar á entender que semejante inhumanidad en una mujer tan jóven y tan hermosa atraeria tarde ó temprano sobre ella la cólera de Dios.

FINE DEL TOMO PRIMERO.

**LA EPOCA,
BIBLIOTECA DEL SIGLO.**



**EL
MAESTRO DE ARMAS.**

EL
MAESTRO DE ARMAS,

NOVELA HISTÓRICA

POR ALEJANDRO DUMAS.

TOMO II.

MADRID

Establecimiento tipográfico de Aguirre y compañía.

Calle de las Huertas, núm. 44.

1850.

EL MAESTRO DE ARMAS.

I.

Decía Catalina que en San Petersburgo no había, como en otras partes, un invierno y un verano; sino solamente dos inviernos; el invierno blanco y el invierno verde.

Adelantábase á pasos ajigantados el invierno blanco, y debo confesar que le veía acercarse con cierto placer. Me gusta ver los países en toda su exageración, porque entonces es cuando dan una idea verdadera de su carácter. Para ver á San Petersburgo en verano y á Nápoles en invierno, vale más quedarse en Francia, pues es lo mismo que si nada se hubiese visto.

El ezarwich Constantino había ya vuelto á Varsovia, sin haber podido descubrir nada sobre la conspiración que había motivado su viaje á San Petersburgo, y el emperador Alejandro, que se sentía en-

vuelto invisiblemente en una vasta conspiracion, habia abandonado cada vez mas triste sus hermosos árboles de Czarko-Selo, cuyas hojas cubrian ya la tierra: los días de sol y las pálidas noches habian desaparecido, y no quedaba ni azul en el cielo, ni zafiros en las olas del Neva, ni músicas eólicas, ni góndolas cargadas de flores y de mujeres. Quise ver por última vez las maravillosas islas que habia encontrado al llegar, tapizadas de plantas exóticas de espesas hojas y de corolas jigantescas; pero las plantas habian sido encerradas en las estufas por ocho meses: buscaba yo palacios, templos, jardines deliciosos, y no hallé mas que barcos envueltos en la nieve, junto á los cuales los álamos blancos agitaban sus ramas mas mutiladas, los abetos sus brazos sombríos adornados de franjas fúnebres, y cuyos habitantes, las brillantes aves de verano habian abandonado ya á San Petersburgo.

Yo habia tenido buen cuidado de tomar el consejo que me dió en la mesa el buen Lyonés, y muy envuelto en pieles, de que me habia provisto en su casa, recorria la ciudad de un extremo al otro dando lecciones; que mas bien eran un rato de conversacion que estocadas y asaltos. Mr. de Gorgoli, sobre todo, que, despues de haber desempeñado por espacio de trece años las funciones de jefe superior de policía, habia presentado su dimision á consecuencia de una discusion con el general Milarodowich, gobernador de la ciudad, y que vuelto á la vida privada experimentaba la necesidad del des-

canso , despues de una vida de tanta agitacion, me hacia á veces permanecer á su lado horas enteras hablando de Francia y contándole mis asuntos particulares como á un amigo íntimo. Despues de él, quien me manifestaba mayor afecto era monsieur de Bobrinski, y entre otros muchos regalos me habia hecho el de un magnífico sable turco. En cuanto al conde Alejo , seguia siendo siempre mi mas ardiente protector, aun cuando le viera muy pocas veces, en su casa; pero le hallaba con alguna frecuencia en la de Luisa. Mi buena compatriota cada dia se iba poniendo mas triste, lo cual me causaba bastante inquietud. Cuando la encontraba sola, la hacia preguntas sobre la causa de su tristeza, que yo atribuia á algunos celos ; pero cuando la indicaba algo de esto, movia tristemente la cabeza , y hablaba del conde Alejo con tal confianza, que empecé á sospechar, recordando lo que me habia dicho del profundo fastidio de Waninkoff, que se hallaba mezclado en aquella sorda conspiracion de que se hablaba misteriosamente, sin conocer á los que la tramaban, y sin que se pudiera designar la victima. En cuanto al conde, y esto es un homenaje rendido á los conspiradores rusos, no recuerdo haber notado una sola vez el mas ligero cambio en su fisonomia , la menor alteracion en su carácter; y, seguramente, Maquiavelo, al designar á Constantinopla como la mejor escuela de los conspiradores , fue muy injusto con Moscow.

Entre tanto, nos hallábamos ya en el 9 de ne-

viembre de 1824: espesas nieblas envolvían la ciudad, y hacia tres días que un viento de Sudoeste, frío y húmedo, soplabá con violencia del golfo de Finlandia; de suerte que el Neva se había vuelto borrascoso como el mar. Numerosos grupos reunidos en los muelles, á pesar de la brisa acre y fuerte que cortaba la cara, notaban con inquietud la agitación submarina del río, y contaban, á lo largo de las murallas de granito que lo contenían, los anillos sobrepuestos que marcan las diferentes alturas de las diversas crecidas. Otros, orando al pie de la Virgen, que, como hemos dicho, estuvo á punto de hacer renunciar á Pedro el Grande á construir la ciudad imperial, calculaban que la altura del río llegaba á los pisos principales. En la ciudad se asustaban todos de ver correr las fuentes con mayor abundancia y brotar los manantiales á borbotones, como si fuesen empujados por una fuerza estraña en sus conductos subterráneos. En una palabra, pesaba sobre la ciudad un presentimiento sombrío, que indicaba la proximidad de alguna gran desgracia.

Trascurrió el día, y se doblaron los puestos destinados para las señales.

Por la noche hubo una tempestad horrible. Habíanse mandado levantar los puentes, de manera que los buques pudiesen ir á buscar un retiro hasta el centro de la ciudad. Durante la noche estavieron subiendo la corriente del Neva para ir á anclar delante de la fortaleza como blancos fantasmas.

Permaneci hasta media noche en casa de Luisa, la

cual estaba mas asustada, porque el conde Alejo habia recibido orden de marchar al cuartel de los guardias: las precauciones eran, en efecto, las mismas que si la ciudad estuviese en estado de guerra. Cuando sali, me pasé por los muelles: el Neva parecia agitado, y sin embargo, no crecia de una manera visible; pero de vez en cuando se oian del lado del mar ruidos estraños, semejantes á gemidos prolongados.

Regresé á casa, y todos estaban en vela. Una fuente que corria en el patio hacia dos horas que se habia desbordado é inundaba el piso bajo. Decianse que en otros puntos se habian levantado losas de granito y habia brotado agua. Por el camino me habia parecido, en efecto, ver manar agua entre las piedras; pero como yo no creia en el peligro de la inundacion, porque me era desconocido, subí á mi cuarto, que, estando por otra parte situado en el piso segundo, me ofrecia entera seguridad. Sin embargo, por algun tiempo la agitacion que habia notado en los otros, mas que la que sentia yo mismo, me mantuvo desvelado; pero muy luego, rendido por la fatiga, me dormí, mecido por el ruido de la tempestad misma.

A eso de las ocho de la mañana me despertó un cañonazo; púseme una bata, y corrí á asomarme á la ventana. Las calles presentaban el espectáculo de una agitacion extraordinaria; vestime á toda prisa, y bajé.

—¿Qué significa ese cañonazo? preguntó á un

hombre que subía colchones al piso principal.

—Que sube el agua, me respondió.

Y continuó su camino.

Bajé al piso bajo, en donde llegaba el agua hasta el tobillo, sin embargo de que el suelo de la casa tenía sobre el de la calle una altura de tres escalones que formaban la escalinata. Corrí al umbral de la puerta: el medio de la calle estaba inundado, y en las aceras se estrellaba una especie de marea causada por el tránsito de los carruajes.

Divisé un droschki, y lo llamé; pero el conductor se negaba á llevarme, y quería llegar cuanto antes á su cobertizo. Un billete de veinte rublos le obligó á decidirse. Subí al carruaje, y di las señas de la casa de Luisa en la Perspectiva de Niusky. Llegábale á mi caballo el agua hasta los corvejones: de cinco en cinco minutos disparaban un cañonazo, y á cada uno de ellos repetía la gente que encontrábamos: —«¡El agua sube!»

Llegué á casa de Luisa, á cuya puerta había un soldado de caballería que había ido á decirle de parte del conde Alejo que subiese á lo mas alto de la casa, á fin de que no le sorprendiese el agua. El viento se había vuelto de Oeste, y empujaba directamente al Neva hácia su nacimiento, de suerte que parecía que el mar luchaba con el rio para hacerle retroceder á su lecho. El soldado acababa de cumplir su comision, cuando yo entraba en casa de Luisa, y volvió á marchar á todo escape hácia el cuartel,

haciendo saltar el agua en torno suyo. Los cañonazos continuaban.

Tiempo era ya de que llegara; Luisa estaba muerta de miedo, menos quizá por ella que por el conde Alejo, cuyos cuarteles, situados en el barrio de Narva, debían ser los que estaban espuestos primero á la inundacion. Sin embargo, el mensaje que acababa de recibir la habia tranquilizado un poco. Subimos juntos al terrado de la casa, que siendo una de las mas altas, dominaba toda la ciudad, y desde el que en los dias serenos se divisaba el mar. Pero por el pronto la niebla era tan densa, que en un horizonte bastante próximo se perdía la vista en un océano de vapor.

Pronto se repitieron con mas frecuencia los cañonazos, y de la plaza del Almirantazgo vimos escapar por las calles y en todas direcciones los carruajes de alquiler, cuyos cocheros, creyendo hacer una buena especulacion en vista de la invasion subterránea del agua, se habian reunido en su punto de costumbre. Obligados á huir ante la inundacion del rio, gritaban: — «¡ El agua sube, el agua sube!» Y en efecto, detras de los carruajes, y como si los persiguiese por las calles, una grande oleada mostró su cabeza verdusca por encima del muelle, y estrellándose contra la esquina del puente de Isaac, hizo rodar su espuma hasta el pie de la estatua de Pedro el Grande.

Entonces se oyó un fuerte grito de espanto, como si aquella oleada hubiese sido vista de toda la ciudad. El Neva salía de madre.

A aquel grito, el terrado del palacio de Invierno se cubrió de uniformes. El emperador, rodeado de su estado mayor, acababa de subir á él para dar sus órdenes, porque el peligro se hacia cada vez mas inminente. Desde allí vió que el agua habia subido ya á mas de la mitad de la altura de las murallas de la fortaleza, y se acordó de los desgraciados presos que se hallaban en calabozos con rejas que daban al Neva. Diose orden inmediatamente al patron de un barco para que fuese á encargar al gobernador en nombre del emperador que los sacase de sus calabozos y los pusiera en seguridad; pero el barco llegó demasiado tarde: en medio del desorden general fueron aquellos olvidados, y habian perecido. *

En aquel momento divisamos encima del palacio de Invierno la banderola del yacht imperial, que se habia acercado para dar asilo en caso necesario al emperador y á su familia. El agua debia estar á la sazón al nivel con los malecones, que principiaban á desaparecer, y al ver á un carruaje que bamboleaba con su caballo y su cochero, supimos que en las calles principiaba á perderse terreno. Muy luego el cochero se echó á nado, y asiéndose á una ventana, pudo subir á un balcon del piso principal.

Embebidos por un momento en aquel espectáculo, habiamos apartado los ojos del Neva; pero al dirigirlos de nuevo vimos dos barcas en la plaza del Almirantazgo. El agua estaba ya tan alta, que habian podido pasar por encima de los malecones. Aquellas barcas habian sido enviadas por el emperador

para prestar auxilio á los que corriese riesgo de ahogarse; y en breve llegaron otras tres. Volvimos entonces maquinalmente los ojos hácia el carruaje y el caballo: todavía se veía la parte superior del carruaje, pero el caballo estaba sumergido enteramente. Había ya por lo tanto unos seis pies de agua en las calles. Hacia un momento que el cañon había cesado de hacer disparos, señal de que la inundación llegaba á la altura de los baluartes de la ciudadela.

Entonces principiaron á flotar escombros de casas, que, empujados por las olas, llegaban de los arrabales, y eran de las miserables harracas de madera del barrio de Narva, que no habían podido resistir al huracán y habían sido arrebatadas con sus desgraciados moradores.

Uno de los barcos que pasaron por delante de la Perspectiva sacó del agua un hombre, pero ya cadáver. Difícil es decir la impresión que produjo en nosotros esta primera catástrofe.

El agua continuaba subiendo con una espantosa rapidez; los tres canales que cercaban la ciudad empujaban á las calles los barcos cargados de piedras, de comestibles y maderas. De tiempo en tiempo se veía á algun desgraciado acogerse á estas islas flotantes y subir sobre ella, desde donde hacia señas á los barcos para que le socorrieran; pero esto era cosa difícil, porque las olas, encerradas dentro de las calles y de los canales, se agitaban con violencia, y antes de que hubieran podido socorrerle, el desgra-

ciendo era arrastrado por una ola, ó veia á los que miraba como sus salvadores sumergirse bajo el agua.

Sentimos que la casa temblaba, y la oímos crugir á las sacudidas de las olas que habian llegado hasta el primer piso, pareciéndonos que á cada momento iba á venir abajo; y sin embargo, en medio de aquel caos, Luisa no tenia mas que una palabra en sus labios: Alejo. El emperador se hallaba desesperado: el conde Milarodowich, gobernador de San Petersburgo, se hallaba á su lado recibiendo y transmitiendo sus órdenes, que, por peligrosas que fuesen, eran ejecutadas con un sorprendente arrojo: las noticias que le traia eran cada vez mas desastrosas: en uno de los cuarteles de la ciudad, un regimiento entero habia buscado su asilo sobre el tejado; pero el edificio se hundió, y aquellos infelices habian desaparecido. En tanto que referian este acontecimiento al emperador, un centinela, arrastrado con su garrita, que hasta entopces le habia servido como un barco, apareció sobre una ola, y divisando al emperador sobre el terrado, se puso de pie y le presentó las armas, pero una ola le arrastró á él y á su frágil embarcacion. El emperador arrojó un grito, y mandó que fuesen á socorrerle: afortunadamente el soldado sabia nadar, y sosteniéndose un momento sobre el agua, fue salvado por una canoa y conducido al palacio: desde entonces todo fue un caos, cuyos detalles era imposible seguir. Los navios se estrellaron chocándose unos contra otros, y se vieron

sus restos pasar por medio de los escombros de las casas, de los muebles flotantes y de los cadáveres de hombres y de animales: ataúdes arrancados á sus sepulturas devolvieron sus osamentas como en el día del juicio final, y una cruz arrancada del cementerio entró por una ventana del palacio imperial y fue hallada como un presagio mortal en la habitación del emperador.

El mar subió por espacio de doce horas: en todos los puntos el agua cubria los pisos principales, y en algunos barrios de la ciudad el agua llegó hasta los segundos, esto es, seis pies mas arriba de la Virgen de Pedro el Grande. Despues empezó á bajar, pues el viento cambió de Oeste á Norte, y el Neva pudo seguir su curso, al que el mar se habia opuesto como una muralla. Doce horas mas, y San Petersburgo y sus habitantes habieran desaparecido de la superficie de la tierra como en el diluvio las ciudades antiguas. Durante todo este tiempo, el emperador, el gran duque Nicolás, el gran duque Miguel y el gobernador de la plaza, el conde Milarodowich, á quien su valor habia dado el sobrenombre de *el Bayardo ruso*, aunque su continente estuviese muy lejos de poder ser comparado al de los héroes franceses, no abandonaron el terrado del palacio de invierno, en tanto que la emperatriz, asomada á una ventana, arrojaba bolsillos llenos de oro á los marineros que se dedicaban á salvar á los habitantes.

Por la tarde llegó un barco al piso segundo de nuestra casa. Luisa hacia señas al soldado que iba

en él, y cuyo uniforme habia reconocido: y en efecto, aquel soldado traia noticias del conde, y venia á pedir las nuestras. Luisa le escribió unas cuantas líneas para tranquilizarle, y yo añadí una posdata, en la que le prometia no abandonarla.

Como el mar continuaba bajando y el viento prometia mantenerse Norte, bajamos del terrado al piso segundo, donde pasamos la noche, pues aunque el agua habia ya desalojado el principal, todo estaba destrozado y lleno de barro; las puertas y ventanas habian sido destrozadas, y el suelo se hallaba cubierto con los restos de los muebles.

Esta fue la tercera vez durante un siglo que San Petersburgo, con sus palacios de ladrillo y sus columnatas de yeso, fue amenazado de muerte por el agua, en contraposicion á Nápoles, que, al otro extremo del mundo europeo, se hallaba amenazado por el fuego.

Al dia siguiente no habia mas que dos ó tres pies de agua en las calles, y entonces, al ver los escombros y los cadáveres, podian apreciarse los destrozos. Los navios habian sido arrastrados hasta la altura de la iglesia de Cazan, y en Cronstad un navio de linea, de cien cañones, lanzado en una calle pública, habia derribado antes de llegar á ella dos casas, contra las que habia chocado como contra una roca.

En medio de aquella venganza del cielo, una terrible venganza fue consumada por los hombres.

A las once de la noche, el ministro habia sido ila-

made por el emperador, y habia dejado en su casa á su hermosa querida, encargándole que al menor asomo de peligro subiese á las habitaciones altas de la casa, donde el agua no podría llegar: esto era cosa muy fácil, pues la casa del ministro, una de las mas hermosas que habia en la calle de la Resurreccion, constaba de cuatro pisos.

La Gossudarina habia quedado sola con sus esclavas, y el ministro, habiendo marchado al palacio de Invierno, estuvo con el emperador hasta dos dias despues; es decir, todo el tiempo que duró la inundacion. En cuanto se vió libre volvió á su palacio, cuyas puertas halló destrozadas: el agua habia subido hasta la altura de diez y siete pies, de modo que la casa quedó enteramente desierta.

Inquieto por su hermosa querida, el ministro subió á la habitacion: la puerta se hallaba cerrada, y era una de las pocas que habia resistido al impetu del agua. Alarmado por aquella singular circunstancia, llamó á ella, dió voces; pero todo se hallaba en silencio; aquel silencio aumenta su terror, y despues de violentos esfuerzos, logra derribar la puerta.

En medio de la habitacion estaba el cadáver de la Gossudarina; pero una prueba de que la inundacion no era la que habia causado su muerte, fue el que la cabeza se hallaba separada del tronco.

El ministro, loco de dolor, dió gritos pidiendo socorro, y asomándose al mismo balcon desde donde Machinka habia presenciado la ejecucion de su

antiguo camarada, acudieron algunas personas, y le encontraron arrodillado delante del cuerpo mutilado.

Reconociendo después la habitación, se halló la cabeza, que había sido arrojada sobre la cama por las olas: junto á esta cabeza había dos grandes tijeras de podar, que habían sido sin duda el arma con que se cometió el asesinato.

Los esclavos del ministro, que al ver el peligro habían huido cada uno por su lado, volvieron aquella misma tarde ó al día siguiente. El jardinero fue el único que no volvió.

II.

El viento, cambiando de Oeste á Norte, habia indicado la llegada del invierno; así, apenas hubieron reparado los primeros desastres causados por el enemigo que se retiraba, cuando fue necesario hacer frente al enemigo que avanzaba. Y era tanto mas urgente apresurarse, cuanto que la inundacion habia tenido lugar el 10 de noviembre. Se vieron los navíos que habian escapado al huracan volver á toda prisa á la alta mar para no aparecer, como las golondrinas, hasta la primavera; quitáronse los puentes, y se esperaron con mas tranquilidad las primeras heladas: el 3 de diciembre se presentaron estas, y el 4 cayó nieve; aunque no hizo mas que cinco ó seis grados bajo cero, se establecieron los trineos: éste era un gran recurso, porque todas las provisiones de invierno se habian echado á perder con

inundacion, y los trineos preservaban de la escasez.

En efecto, gracias á los trineos, que por su ligereza equivalen al vapor desde que se estableció este medio de transporte, llegan á la capital, de todos los puntos del imperio, caza muerta á veces á mil doscientas leguas del sitio donde debe comerse. Los pavos, las perdices, los ánades silvestres, colocados por capas intermediadas de nieve en los toneles, afluan á los mercados, donde se daban mas bien que se vendian. Al lado de estas aves se veian estendidos sobre mesas ó apilados en montones los pescados mas buscados del mar Negro y del Volga: en cuanto al ganado, se le ponía á la venta sobre sus cuatro pies como si estuviese vivo, y los descuartizan del mismo modo.

Los primeros dias en que San Petersburgo se cubrió con su blanco traje de invierno, fueron para mí dias muy entretenidos, porque todo cuanto veia era nuevo. Me gustaba sobre todo ir en trineo, porque se experimenta un placer desconocido en sentirse arrastrado sobre un terreno pulimentado como un cristal, por caballos veloces como el aire y que apenas sienten el peso de su carga, y parece que vuelan mas bien que corren. Estos primeros dias me fueron tanto mas agradables, cuanto que el invierno, con una coqueteria desusada, no se mostró sino poco á poco; de manera que, gracias á mis pieles, llegué á sufrir una temperatura de veinte grados bajo cero, casi sin notarlo: á los doce grados, el Neva habia empezado á helarse.

Quise hacer correr de tal modo á mis pobres caballos, que mi cochera me dijo una mañana que si no los dejaba descansar lo menos cuarenta y ocho horas, en ocho días quedarian inútiles; como el dia estaba muy hermoso, aunque el aire fuese mas frio de lo acostumbrado, me decidí á salir á pie; me armé de pies á cabeza contra el frio, me envolvi en una larga levita de astracan, me encasqueté una gorra forrada de pieles hasta las orejas, coloqué alrededor de mi cuello una corbata de merino, y sali á la calle, no llevando al aire mas que la punta de la nariz; al principio todo fue bien, y me admiraba de la poca impresion que me causaba el frio, riéndome por lo bajo de todos los cuentos que habia oido; ademas celebraba esta ocasion que me presentaba la casualidad para aclimatarme. Sin embargo, como los dos primeros discipulos á cuya casa iba, Mr. de Bobrinski y Mr. de Nariskin, no se hallaban en su casa, empecé á creer que la casualidad hacia demasiado bien las cosas, cuando crei notar que los que pasaban á mi lado me miraban con cierta inquietud, pero sin decirme nada: al poco tiempo, un caballero, mas hablador sin duda que los demas, me dijo al pasar: *Noss*. Como no sabia una palabra del idioma ruso, crei que no valia la pena de detenerme por un monosílabo: al fin de la calle de Pois me encontré un ivoschik que pasaba á todo correr con su trineo; pero á pesar de la rapidez de su carrera, se creyó obligado á gritarme: *Noss noss*. Finalmente, al llegar á la plaza del Almirantazgo,

me hallé frente á frente con un moujick, que no me dijo nada, pero que, cogiendo un puñado de nieve, se arrojó sobre mí, y antes de que hubiese podido desembarazarme de mis alavios, se puso á frotarme la cara, y en especial la nariz, con toda su fuerza. Yo hallé la chanza bastante de mal gusto, sobre todo para un tiempo como el que hacia, y sacando la mano de mi bolsillo, le di un puñetazo, que le hice rodar mas de diez pasos. Por desgracia, ó mejor dicho, por fortuna, dos paisanos pasaron en el mismo momento, y despues de haberme mirado un instante, se arrojaron sobre mí, y á pesar de mi resistencia, me sujetaron los brazos, mientras que el moujick recogia otro puñado de nieve y se precipitó de nuevo sobre mí. Entonces, valiéndose de la imposibilidad en que me hallaba de defenderme, empezó de nuevo sus fricciones; pero si tenia los brazos sujetos, tenia libre la lengua, y creyéndome victima de alguna burla, pedí socorro con todas mis fuerzas. Llegó un oficial, y me preguntó en francés qué me sucedia.

—Caballero, exclamé yo, haciendo un postrer esfuerzo para desasirme de los tres hombres, que, con el aire mas tranquilo del mundo, volvieron á continuar su camino; ¿no habeis visto lo que hacian esos tunantes?

—¿Qué os hacian?

—Frotarme la cara con nieve: ¿creeis que eso sea una burla de buen género por ventura?

—Pero si os hacian un gran servicio, respondió mi interlocutor mirándome con atención.

—¿Pues cómo?

—Porque teniais helada la nariz.

—¡Misericordia! exclamé yo llevando mi mano á ella.

—Caballero, dijo un transeunte dirigiéndose al oficial: os prevengo que se os está helando la nariz.

—Gracias, respondió este como si le avisasen de la cosa mas natural del mundo, y cogiendo otro puñado de nieve, se hizo á si mismo el servicio que á mí me habia hecho el pobre moujick, á quien habia recompensado tan inhumanamente.

—Segun eso, caballero, á no ser por ese hombre...

—Os hubiérais quedado sin narices, continuó el oficial frozándose las suyas.

—¡Entonces, dispensadme!...

Y eché á correr detras del moujick, quien, creyendo que queria volverle á pegar, huyó á todo correr, y como el temor es naturalmente mas ágil que el reconocimiento, no le hubiera probablemente alcanzado, á no ser por algunas personas, que, viéndole huir y que yo le perseguia, no le hubiesen detenido tomándole por un ladron. Cuando llegué adonde el estaba, le hallé hablando con mucha viveza para hacer comprender que no era culpable sino de un exceso de filantropía. Diez rublos que yo le di esplicaron el negocio; el moujick me besó las manos,

;

y uno de los presentes, que hablaba el francés, me invitó á que cuidara mas de mi nariz. El aviso era inútil, porque durante el resto de mi camino no las eché en olvido.

Me dirigia á la sala de armas de Mr. Siverbruk, donde me hallaba citado con Mr. de Gorgoli: le conté la aventura que acababa de sucederme como una cosa extraordinaria, y se informó de si otras personas no me habian dicho nada antes de hallar al pobre moujick. Le contesté que dos transeuntes me habian mirado con mucha atencion, y me habian gritado: *¡Noss, noss!*—«Pues bien, me dijo; eso es que os prevenian tuviéseis cuidado de vuestra nariz. Esta es la fórmula usual, y otra vez no descuideis el aviso.

Mr. de Gorgoli tenia razon, y no era solamente por la nariz ó por las orejas por lo que habia que temer en San Petersburgo, pues si no se echa de ver que empiezan á helarse, el primero que pasa lo nota, y os previene casi siempre á tiempo; pero cuando por desgracia el frio se apodera de cualquier otra parte del cuerpo cubierta por los vestidos, como no puede notarse de fuera, y uno mismo no lo nota sino por el entumecimiento de la parte afectada, cuando se advierte es ya demasiado tarde.

El invierno anterior un francés, llamado Mr. Pierson, comisionado de una de las primeras casas de comercio de Paris, fue victima de un accidente de este género por falta de precaucion. Mr. Pierson, que habia salido de Paris para conducir á San Petersburgo una

cantidad considerable de dinero que formaba parte del empréstito negociado por el gobierno ruso, y que habia salido de Francia en un hermoso tiempo, no habia tomado ninguna precaucion contra el frio; llegando á Riga, habia encontrado el tiempo bastante regular; de manera que continuó su camino sin creer necesario proveerse de capa de pieles ni de botas forradas de lana, y, en efecto, todo fue bien hasta Libonia; pero tres leguas mas allá de Revel cayó una nevada tan espesa, que el postillon se extravió y volcó el carruaje en un barranco. Fue preciso ir á pedir auxilio, pues los dos hombres no eran bastante fuertes para levantar el carruaje. El postillon desenganchó uno de los caballos, y marchó á la ciudad mas próxima, y Mr. Pierson, viendo llegar la noche, no quiso, por temor á los ladrones, separarse un solo instante del tesoro que estaba á á su cuidado. La nieve cesó con la noche, y habiéndose presentado un viento Norte, el frio llegó á veinte grados. Mr. Pierson, que conocia su peligrosa posicion, se puso á andar alrededor del carruaje, para combatirla en lo posible. Al cabo de tres horas, volvió el postillon con hombres y caballos: el carruaje fue levantado, y gracias á los nuevos tiros, Mr. Pierson llegó muy pronto á la primera ciudad, donde se detuvo: el maestro de postas, de cuya casa habian llevado los caballos, esperaba con inquietud, porque sabia en qué posicion se encontraba el viajero: asi es que su primera pregunta, en cuanto Mr. Pierson bajó del carruaje, fue la de que

si se le había helado algo. El viajero respondió que no, en atención á que no había cesado de andar, y que, gracias al movimiento, había luchado victoriosamente con el frío; y diciendo esto, descubrió su rostro y sus manos, que nada ofrecían de nuevo. Con todo, como Mr. Pierson sentía una gran laxitud y temía que si continuaba su camino de noche le sucediese algun contratiempo, semejante al que creía haber escapado, hizo calentar su cama, tomó un vaso de vino caliente, y se durmió. Al día siguiente se despertó, y quiso levantarse; pero permaneció clavado en su cama; con uno de sus brazos, que levantó con mucho trabajo, pudo alcanzar al cordón de una campanilla, y llamó. Acudieron al momento, y dijo que experimentaba una parálisis general. Corrieron á llamar á un médico, y cuando llegó, levantó la ropa de la cama y vió lívidas y con manchas negras las piernas del enfermo; la gangrena empezaba á apoderarse de ellas; el médico le dijo que era indispensable hacer la amputación al momento, y por terrible que fuera su decisión, Mr. Pierson se decidió á adoptarla. El médico envió á buscar los instrumentos necesarios; pero mientras hacía sus preparativos, el enfermo notó de repente que su vista se debilitaba, y que apenas podía distinguir los objetos que le rodeaban: el doctor empezó á temer que el mal fuera mayor de lo que había creído en un principio: procedió á un nuevo exámen, y reconoció que la espalda se le había abierto por algunas partes; entonces, en vez de

avisar á Mr. Pierson de su nuevo descubrimiento, le tranquilizó, diciéndole que su estado era menos alarmante de lo que habia creído, y le dió como prueba que debia experimentar gran deseo de dormir. El enfermo respondió que en efecto se sentia aletargado; diez minutos despues se durmió, y al cabo de un cuarto de hora era ya cadáver.

Si se hubiesen reconocido inmediatamente sobre su cuerpo los sintomas de congelacion y le hubiesen frotado con nieve como el buen moujick habia hecho con mi nariz, Mr. Pierson se hubiera puesto en camino al dia siguiente, como si nada hubiera sucedido.

Esto fue una leccion para mí, y temiendo no hallar siempre entre los transeuntes quien me avisara á tiempo, no volví á salir sin llevar conmigo un espejito para mirarme la nariz de diez en diez minutos.

San Petersburgo se habia cubierto en menos de ocho dias de su vestido de invierno; el Neva estaba tan helado, que se podia cruzar en todas direcciones, bien á pie ó bien en carruaje; ademas los trineos habian reemplazado á los coches; habianse encendido estufas en las iglesias, y por la noche se encendian grandes hogueras á las puertas de los teatros en sitios destinados á este efecto, á cuyo fuego los criados esperaban la salida de sus amos. Respecto á los cocheros, los amos que tenian alguna consideracion los enviaban á sus casas fijándoles la hora á que debian volver. Los que llevaban la peor parte eran los

soldados y los boutchnicks, y no pasaba noche alguna en que no amanecieran muertos algunos de ellos. Y con todo, el frio seguia aumentando, y llegó á tal grado, que bandadas de lobos aparecieron en los alrededores de San Petersburgo, y una mañana se halló á uno de estos animales paseándose como un perro por el barrio de la Fundicion. El pobre animal no tenia nada de temible, y mas bien parecia haber venido á pedir una limosna que con inencion de tomar nada por fuerza; con todo, le mataron á palos.

Contando yo por la noche este suceso delante del conde Alejo, me habló de una gran caceria que debia verificarse al dia siguiente en una selva á diez ó doce leguas de Moscou, y como debia esta caceria ser dirigida por Mr. de Nariskin, que era uno de mis discipulos, me costó poco trabajo obtener del conde que le hablara de mis deseos de asistir á ella. Me lo prometió así, y al dia siguiente recibí una invitacion con el programa, no de la fiesta, sino del traje. Este es un traje enteramente guarnecido de pieles por la parte de dentro, y una especie de casquete de piel que baja por detras hasta la espalda; el cazador lleva la mano derecha cubierta con un guante, y lleva en ella un puñal; con este puñal es con el que ataca cuerpo á cuerpo al oso, que casi siempre muere al primer golpe.

Los pormenores de esta caza, pormenores que hice que me repitieran por dos ó tres veces, habian disminuido algun tanto mi entusiasmo hácia ella;

pero ya en el caso en que me hallaba no me parecia decoroso el volverme atras, y asi fue que hice todos mis preparativos, comprando un traje, un casquete y un puñal para ensayarme con aquéllos atavios y acostumbrarme á llevarlos.

Estuve en casa de Luisa hasta una hora muy avanzada de la noche, de manera que ya eran las doce cuando entré en la mia. Empecé, sin embargo, mi ensayo de traje, coloqué mi almohada sobre una silla, y me arrojé sobre ella para berir en el sitio que habia señalado de antemano, sitio que debia corresponder á las sesta costilla del oso, cuando me llamó de repente la atencion un espantoso ruido que oi en la chimenea. Corri hácia aquel punto, é introduciendo la cabeza por entre las puertecillas, que habia cerrado, porque en San Petersburgo se cierran las chimeneas por la noche lo mismo que las estufas, divisé un objeto, cuya forma no pude distinguir, que despues de haber bajado hasta detras de la plancha de hierro, volvió á subir rápidamente. No me quedó la menor duda de que seria un ladron, que habiendo notado que aun no estaba dormido, habia escapado á toda prisa. Como grité ¿quién anda ahí? muchas veces y nadie contestó, aquel silencio me afirmó en mi opinion, de lo cual resultó que estuve en acecho cosa de una media hora; pero por fin, no volviendo á oir ruido alguno, me persuadí de que el ladron no volveria, y habiendo asegurado las puertas de la chimenea, me acosté y me dormí.

Hacia apenas un cuarto de hora que me habia me-

tido en la cama, cuando entre sueños creí oír pasos en el corredor. Preocupado todavía con el suceso de la chimenea, me desperté y presté oído; entonces ya no me quedó duda alguna de que oía pasos delante de mi puerta, aunque se advertía el cuidado que ponía el que los daba para que no fuesen oídos; de pronto se detuvieron estos pasos delante de mi puerta: probablemente querían asegurarse de si dormía; alargó la mano hacia la silla donde había dejado mi casquete y mi puñal; me armé con uno y otro, y espero.

Un momento después oigo que ponen la mano en la llave, que le dan vuelta, y que la puerta se abre; veo adelantarse hacia mí, alumbrado por la luz de una linterna que habían dejado en el corredor, un ser fantástico, cuyo rostro, á lo que pude juzgar, me pareció cubierto con una careta. Yo juzgué mas prudente el atacarlo que esperarle; y como se adelantaba hacia la chimenea con una seguridad que daba á conocer su conocimiento del sitio, me eché fuera de la cama, le agarré por el cuello, y poniéndole mi puñal al pecho, le pregunté qué se le ofrecía en mi casa; pero, con gran admiración por mi parte, fue él quien empezó á gritar, pidiendo socorro. Entonces, queriendo asegurarme de quién era, corrí al corredor á buscar la luz, y volví; pero el ladrón había desaparecido como por magia, y únicamente oí en la chimenea un ligero roce; corrí hacia allí, miré hacia arriba, y solo veo la suela de los zapatos y los pantalones del fugitivo, que se ale-

jaba con una rapidez que denotaba la práctica en aquella clase de caminos. Toda aquella escena me dejó estupefacto.

Entonces, un vecino que habia oido el ruido entró en mi casa, creyendo que me asesinaban, y me encuentra en camisa, con una linterna en una mano, el puñal en la otra, y el casco sobre mi cabeza. Su primer pregunta fue si me habia vuelto loco.

Para probarle que me hallaba en el completo uso de mi razon, y aun para darle alguna idea de mi valor, le refiero lo que habia pasado. Mi vecino suelta una estrepitosa carcajada: habia derrotado á un deshollinador. Yo no lo queria creer aun; pero mis manos, mi camisa y mi cara llenas de hollin atestiguan la exactitud de sus palabras. El vecino me dió entonces algunas esplicaciones, y ya no me quedó duda alguna.

En efecto, el deshollinador, que en Francia, aun en invierno, no es mas que una especie de ave de paso que canta una vez al año en lo alto de la chimenea, es en San Petersburgo un ser de primera necesidad; de manera que cada quince dias, lo mas tarde, recorre las casas que se hallan á su cuidado; solamente que sus trabajos tutelares son nocturnos, porque si durante el dia se abriesen los conductos de las chimeneas, teniendo el fuego apagado, penetraría el frio en las habitaciones. Así es que las estufas se cierran por la mañana en cuanto se han encendido, y las chimeneas todas las noches despues de apagadas. Resulta de aqui que los deshollinado-

res, abonados por los dueños de las casas, suben á los tejados, y sin prevenir á los inquilinos, hacen descender hasta sus chimeneas un haz de espinas rodeado á una gran piedra, y raspan con esta especie de escoba la chimenea en sus dos tercios de longitud; despues, así que concluyen en la parte alta, penetran en la habitacion del inquilino, y limpian la parte baja. A los que ya lo saben no les causa estrañeza alguna; pero por desgracia se habian olvidado de advertirmelo á mí, y como era la primera vez que el pobre desbollinador entraba en mi casa para ejercer su industria, habia faltado muy poco para que fuese victima de mi equivocacion.

Al dia siguiente tuve una nueva prueba de que el vecino me habia dicho la verdad. Mi patron entró á la mañana, y me dijo que un desbollinador reclamaba su linterna.

A las tres de la tarde el conde Alejo vino á buscarme en su trineo, que no era otra cosa que una caja de cupé montada sobre patines, y nos encaminamos con una ligereza increíble hácia el punto de reunion para la caza, que era una casa de campo de Mr. de Nariskin, situada á unas diez ó doce leguas de San Petersburgo enmedio de los bosques. Llegamos á ella á las cinco, y hallamos ya allí á casi todos los cazadores. Al poco tiempo se completó la reunion, y nos anunciaron que la comida se hallaba dispuesta. Preciso es haberse hallado en uno de esos convites de los grandes señores rusos para formarse una idea del lujo de sus mesas. Nos

hallábamnos á mediados de diciembre, y la primer cosa que me admiré fue el ver un magnífico cerezo, tan cargado de cerezas como pudiera estarlo en Francia á fines de mayo. Al lado de aquel árbol, que se hallaba colocado sobre la mesa, se veían naranjas, ananas, higos y uvas que se elevaban en pirámides sobre las bandejas formando un conjunto que hubiera sido muy difícil reunir en Francia en el mes de setiembre, y estoy seguro que los postres únicamente habían costado mas de tres mil rublos.

Pusimonos á la mesa: por aquella época se había adoptado en San Petersburgo esa hermosa costumbre de dejar á los mayordomos el cuidado de trinchar, y á los comensales el de servirse de beber; de lo que resultaba que, como los rusos son los primeros bebedores del mundo, había entre convidado y convidado colocadas con holgura cinco botellas de vinos diferentes de los mejores criaderos, Burdeos, Epernay, Madera, Constanza y Tokay: en cuanto á los manjares, habían sido traídos la ternera de Arcangel, la vaca de la Ucrania y la caza de todas partes.

Después de cubierta la mesa por primera vez, entró el mayordomo con una fuente de plata, en la que traía dos pescados vivos, que me eran desconocidos. Los convidados lanzaron al punto un grito de admiración; eran dos esterletes. Ahora bien; como estos solo se pescan en el Volga, y la parte mas cercana de este rio corre á mas de trescientas cincuenta leguas de San Petersburgo, había sido pre-

ciso, en atención á que aquel pescado no vive sino en el agua materna, cortar el hielo del río, pescar en sus profundidades dos de sus habitantes, y por espacio de cinco días y cinco noches mantenerlos en un carruaje cerrado á una temperatura que no permitiera al agua del río helarse.

Así es que había costado cada uno ochocientos rublos, mas de mil y seiscientos francos los dos. Potemkin, de fabulosa memoria, no habría hecho mas.

Diez minutos despues volvieron á aparecer en la mesa, pero cocidos tan á punto, que se compartian los elogios entre el anfitrión que los había hecho pescar y el jefe de cocina que los había hecho cocer: luego vinieron los platos de adorno, guisantes, espárragos, judias verdes, cosas todas que tenían realmente la forma del objeto que querian representar, pero cuyo gusto uniforme y acuoso protestaba contra la forma.

Levantámonos de la mesa para ir al salón donde estaban dispuestas las mesas de juego: como yo no era ni bastante pobre ni bastante rico para tener esa pasión, miré jugar á los demás. A media noche, es decir, á la hora en que fui á acostarme, se habían cruzado ya por una y otra parte sumas enormes.

Al amanecer del día siguiente vinieron á despertarme. Los ojeadores tenían noticia de cinco osos encerrados en un bosque que podía tener una legua de circunferencia. Supe esa noticia, que creían me sería muy agradable, con un ligero estremeci-

miento. Por valiente que uno sea, siempre siente alguna inquietud en abordar un enemigo desconocido y con el cual debe encontrarse por primera vez.

No por eso dejé de ponerme con el mayor garbo mi traje, que estaba hecho de modo que no tuviera que temer el frío. Además, el sol, como si quisiera tomar parte en la fiesta, estaba magnífico, y la temperatura, que se suavizaba al calor de sus rayos, no señalaba á aquella hora tan temprana mas de quince grados, lo cual prometia para el mediodia siete ú ocho solamente.

Bajé, y encontré á todos nuestros cazadores dispuestos y en un traje uniforme, bajo el cual costaba trabajo reconocernos unos á otros. Aguardábanos trineos ya enganchados; subimos en ellos, y diez minutos despues estábamos en el lugar de la cita.

Era esta una hermosa casa de campo rusa, de madera y construida con lachas, con su gran estufa y su santo patrono, á quien saludamos devotamente, segun es acostumbre; al pasar el umbral de la puerta. Aguardábanos un desayuno suculento, al cual hicimos todos honor; pero noté que, contrariamente á sus hábitos, ninguno de nuestros cazadores bebia. La razon era que nadie se emborracha antes de un duelo, y la caza que ibamos á emprender era un verdadero duelo. Al terminarse el desayuno se presentó el ojeador en la puerta, lo cual queria decir que era tiempo de ponerse en camino. En la puerta nos entregaron á cada uno una carabi-

na cargada, que debíamos llevar terciada, y de la que no debíamos hacer uso sino en caso de peligro. Además de la carabina, llevaba cada uno de nosotros cinco ó seis chapas de hojadelata que se arrojan al oso, y cuyo brillo y sonido tienen por objeto irritarle.

A los cien pasos nos encontramos en el recinto, que estaba rodeado por la música de Mr. de Nariskin, la misma que había oído en el Neva durante las hermosas noches de verano. Cada músico tenía en la mano su clarín, dispuesto á dar su nota. Todo el recinto estaba cercado de aquel modo, á fin de que los osos, por cualquier parte que quisieran escapar, retrocediesen al ruido. Entre músico y músico había un ojeador, un criado ó un aldeano con una escopeta, cargada solo con pólvora, por temor de que nos alcanzase alguna bala, y el ruido del tiro debía unirse al de los instrumentos, si los osos intentaban pasar. Cruzamos aquella línea, y entramos en el recinto.

Casi al punto quedó envuelto el bosque en un círculo de armonía, que produjo en nosotros el mismo efecto que debe hacer la música militar en los soldados en el momento de la batalla; de mí sé decir que me infundió un ardor belicoso, de que cinco minutos antes no me hubiera creído capaz.

Hallábame situado entre el ojeador de Mr. de Nariskin, que debía á mi inesperienza el honor de tomar parte en la caza, y el conde Alejo, por el cual había prometido á Luisa velar, y que, por el contra-

rio, velaba por mí. Este tenía á su izquierda al príncipe Nikita Moravieff, y á través de los árboles podía yo también divisar á Mr. de Nariskin. Mas allá no veía ya nada.

Caminábamos así hacia unos diez minutos, cuando se oyeron los gritos de *medvede medvede* (1), acompañados de algunos tiros. Probablemente había aparecido por el lindero del bosque algún oso, que se habría levantado al ruido de los clarines, y era rechazado á la vez por los ojeadores y los músicos: Mis dos vecinos me hicieron ademán de parar, y nos pusimos todos en guardia. Un momento después oímos un ruido de malezas acompañado de un sordo gruñido. Confieso que á aquel ruido, que parecía acercarse hácia mí, sentí bañada mi frente en sudor, á pesar del frío que hacía. Pero miré alrededor mio: mis dos vecinos mostraban gran presencia de ánimo, y yo hice lo mismo. En aquel instante se presentó el oso sacando la cabeza y la mitad del cuerpo de un matorral de espinos situado entre el conde Alejo y yo.

Mi primer impulso fue saltar el puñal y coger mi carabina, porque el oso, asombrado, nos miraba alternativamente, y parecía indeciso en abalanzarse á uno ó á otro; pero el conde no le dió tiempo de escoger, y juzgando que yo cometería alguna torpeza,

(1) *Medvede*, palabra compuesta de *med*, miel y *vede*, que olfatea: literalmente *que olfatea la miel*, habiendo recibido el animal su nombre de la destreza que ha recibido de la naturaleza en descubrir su manjar favorito.

quiso atraer á sí al enemigo, se acercó algunos pasos á fin de ganar un claro en donde podia moverse con mas libertad, y le arrojó al hocico una de las chapas de hojadelata que llevaba en la mano. El oso se echó al momento encima de un brinco, y con una presteza increíble cogió la chapa entre sus garras y la estrujó gruñendo. Entonces el conde dió otro paso mas, y le arrojó otra chapa: el oso la cogió como hace un perro con la piedra que se le tira, y la destrozó entre sus dientes. El conde, por aumentar su furia, le arrojó la tercera; pero esta vez, como si comprendiese el oso que era una locura ensañarse contra un objeto inanimado, dejó desdeñosamente que la chapa cayese á su lado, volvió la cabeza hácia el conde, lanzó un terrible rugido, y dió hácia él algunos pasos al trote, de modo que solo se hallaron á diez pies uno de otro. En aquel momento hizo oír el conde un agudo silbido, á cuyo ruido se levantó al punto el oso sobre sus patas traseras: eso era lo que aguardaba el conde, el cual se arrojó sobre el animal, que estendió sus dos brazos para ahogarle; pero antes de que tuviese tiempo para juntarlos lanzó el oso un grito de dolor, y dando tres pasos hácia atras vacilando como un hombre borracho, cayó muerto. El puñal le habia atravesado el corazon.

Acudi al conde para preguntarle si estaba herido, y le encontré tranquilo y sereno, como si no hubiera hecho más que cortar los corvejones á un corzo. Yo no acertaba á comprender un valor semejante, y

estaba todo trémulo, solo de haber asistido á aquel combate.

—Ya veis lo que hay que hacer, me dijo el conde, y bien veis que es cosa muy sencilla. Ayudadme á volverle; le he dejado el puñal en la herida para daros la leccion por completo.

El animal estaba enteramente muerto. Le volvimos con alguna dificultad, porque bien pesaria sus cuatrocientas libras, y era un oso negro de los mayores. Efectivamente, tenia el puñal clavado hasta el mango; el conde lo sacó de la herida y lo sumergió dos ó tres veces en la nieve para limpiarlo. En el mismo momento dimos nuevas voces, y vimos, á traves de los árboles, al cazador que se hallaba á la izquierda de Mr. de Narisquin, junto á otro oso: la lucha fue un poco mas larga; pero al fin el oso sucumbió, como el primero.

Esta doble victoria que acababa de presenciar me llenó de entusiasmo; la fiebre, que conmovia mi sangre, me habia quitado todo temor. Me sentia con la fuerza de Hércules; y pedi que me dejaran hacer mis pruebas.

No se hizo esperar mucho la ocasion, y apenas anduvimos doscientos pasos, cuando creí divisar un oso medio escondido en su madriguera: para salir de la incertidumbre me adelanté resueltamente hácia el objeto, arrojándole una de las chapas de hojadelata. La prueba fue decisiva: el oso separó sus labios, y enseñó dos filas de dientes blancos como la nieve, arrojando un rugido. Al oír este rugido, los

que me seguían se detuvieron, preparando sus carabinas para prestarme socorro en caso de necesidad, porque desde luego conocieron que aquel oso me pertenecía.

El movimiento que yo les vi hacer echando mano á su escopeta me hizo creer que estaba autorizado á hacer uso de la mia, y confieso además que tenía mas confianza en ella que en el puñal. Así, pues, coloqué este en el cinturón, y tomando mi carabina, apunté al animal con toda la sangre fría que me fue posible. El animal por su parte me secundó no moviéndose, y cuando le tuve bien á tiro, apoyé el dedo sobre el gatillo, y salió la bala.

En el mismo momento se oyó un rugido espantoso: el oso se levantó agitando una de sus patas, en tanto que la otra, rota por el hombro, colgaba á lo largo de su cuerpo: al mismo tiempo oí á mis dos vecinos que gritaban:—«¡Cuidado con vos!» En efecto, el oso, volviendo de su susto, se dirigió derecho á mí con tal rapidez, que apenas tuve tiempo de sacar mi puñal. No podré decir lo que pasó entonces, porque todo fue rápido como el pensamiento. Vi al animal furioso levantarse delante de mí y con la boca ensangrentada. Yo me arrojé sobre él, y reuniendo todas mis fuerzas, le clavé el puñal; pero el arma se escurrió en una costilla, y no profundizó: entonces sentí una mano suya que pesaba sobre mi hombro como una montaña; mis piernas se doblaron, y caí al suelo debajo de mi adversario, cogiéndole instintivamente por el cuello para procurar apartar de mí

rostro su boca. En aquel momento se oyeron dos tiros, y oí el silbido de las balas, seguido de un ruido pesado. El oso arrojó un rugido de dolor, y se dejó caer sobre mí. Yo reuni todas mis fuerzas, y apartándome á un lado, me libré de su peso. En seguida me volví á levantar para ponerme en defensa, pero ya era inútil: el oso estaba muerto: habia recibido á la vez la bala del conde Alejo tras de la oreja y la de un guarda en la herida del hombro. Yo estaba cubierto de sangre, pero sin tener herida ninguna.

Todos acudieron al sitio de la lucha, porque desde que se supo que yo me hallaba frente á frente con un oso, habian temido alguna desgracia. Así es que se alegraron mucho cuando me hallaron de pie al lado de mi enemigo muerto.

Mi victoria, aunque á medias, no dejó de valerme los mayores cumplidos, porque no habia dejado de portarme bien para un principiante. El oso, como hevo dicho, tenia roto un hombro por mi bala, y mi puñal, aunque habia resbalado, le habia llegado hasta el cuello; así, pues, la mano no me habia temblado ni de lejos ni de cerca.

Los otros dos osos, que habian sido acorralados habiendo querido forzar las lineas de los monteros, fueron muertos por estos, y la caza quedó terminada. Se trasladaron los cadáveres hasta el camino, y se procedió á desollarlos, cortándoles ademas las patas, que por ser la parte mas blanda debian ser servidas á la mesa.

Volvimos á casa con nuestros trofeos. Cada uno

De nosotros tenia dispuesto un baño perfumado en su cuarto, lo que me agradó infinito, pues me hallaba fatigado despues de haber estado envuelto por tanto tiempo en aquellas pieles. Pasada una media hora, la campana nos avisó de que era hora de bajar al comedor.

La comida fue tan suntuosa como el dia anterior, solamente que los pavos se hallaban reemplazados por las patas de oso. Nuestros monteros, que reclamaron sus derechos, las habian asado á despecho del cocinero en un horno socavado en la tierra entre brasas, y sin preparacion de ninguna especie: de manera que, cuando vi presentar á la mesa aquellos carbonos informes, me sentí poco inclinado hácia aquel manjar extraño: no por eso me dejaron de servir mi pata correspondiente, y resolví seguir su ejemplo hasta el fin: levanté con la punta del cuchillo la corteza quemada que la cubria, y encontré una carne perfectamente asada en su jugo, y que me agradó mucho, pues era uno de los mas sabrosos bocados que he comido en mi vida.

Al subir á mi trineo vi la piel del oso, que habia galantemente hecho colocar en él Mr. de Nariskin.

III.

Hallamos á la ciudad de San Petersburgo ocupada en los preparativos de dos grandes fiestas, que se suceden con pocos dias de intervalo; esto es, del dia de año nuevo y de la bendicion de las aguas: la primera, enteramente profana; la segunda, religiosa.

El dia de año nuevo, en virtud de la costumbre que hace que los rusos llamen al emperador *padre* y á la emperatriz *madre*, el emperador y la emperatriz reciben á sus hijos. Veinte y cinco mil esquelas son arrojadas á la casualidad por las calles de San Petersburgo, y los veinte y cinco mil convidados, sin distincion de clases, son admitidos por la noche en el palacio de Invierno.

Habian circulado algunos rumores siniestros. Decíase que no tendria lugar aquel año la fiesta, porque corrian voces de que se intentaba assassinar al

emperador. Esto dependia de aquella conspiracion desconocida, serpiente de mil repliegues, que levantaba la cabeza amenazadora, pero que, oculta en la sombra, se escondia á todas las miradas; pero los temores de los curiosos se disiparon muy pronto, habiendo dicho terminantemente el emperador al jefe supremo de policia que la fiesta se hiciese como de costumbre, á pesar de la facilidad que ofrecia el dominó para un asesinato, pues segun uso inmemorial, los hombres van enmascarados aquella noche.

Hay ademas en Rusia una cosa notable, y es que, esceptuándose las conspiraciones de familia, el soberano nada tiene que temer sino de parte de la grandeza. Su doble categoria de pontifice y de emperador, heredad de los Césares, como sucesor oriental, le hacen sagrado para el pueblo. El asesino en los tiempos de barbarie sale de la familia: desde la familia pasa á la aristocracia, y de la aristocracia al pueblo: este es el progreso de la civilizacion. Fáltale aun muchos siglos á la Rusia para llegar á los Jacobo Clemente, á los Damianes y á los Ahband, y se halla todavia en los Pablen y en los Ankaastroem.

De modo que, segun se decia, Alejandro debia hallar á los asesinos en los grandes y en la guardia de su persona. Se sabia esto, y se decia al menos, y, sin embargo, entre las manos que se tendian al emperador no se podian distinguir las manos amigas de las que no lo eran; aquel que se aproximaba á él arrastrándose como un perro, podia de repente levantarse y devorarle como un leon. No habia

mas que esperar y confiar en Dios, y esto hacia Alejandro.

El dia de año nuevo llegó; los billetes fueron distribuidos como de costumbre; yo tenia diez para mí solo; tanto era el empeño de mis discípulos por hacerme ver esta fiesta nacional, tan interesante para un extranjero. A las siete de la noche se abrieron las puertas del palacio de Invierno.

Habia yo creído que, á consecuencia de los rumores que se habian esparcido, estarian las avenidas del palacio guarnecidas de tropas; así es que me admiré de no ver una sola bayoneta; los centinelas se hallaban en los puestos acostumbrados, y en el interior del palacio no habia ninguno.

Puede conjeturarse por la entrada de nuestros espectáculos grátis lo que seria el movimiento de una multitud ocho veces mas considerable, que se precipitaba en un palacio como el de las Tullerías, y es de admirar en San Petersburgo que el respeto que tienen instintivamente hácia el emperador impida que esta invasion degenerare en un alboroto. En lugar de gritar á cual mas podia cada uno, penetrado de su inferioridad y reconocido al favor que se le concede, decia á su vecino:—«Nada de ruido: silencio.»

En tanto que invaden el palacio, el emperador está en el salon de San Jorge, al lado de la emperatriz, y rodeado de los grandes duques y duquesas: recibe á todo el cuerpo diplomático, y despues, cuando los salones están llenos de nobles y

de plebeyos, de princesas y modistas, ábrese la puerta del salon de San Jorge, óyese la música, y el emperador, ofreciendo la mano á la Francia, al Austria ó á la España, representadas por sus embajadores, se presenta en ella. Entonces cada uno se estrecha y se hace atras: la multitud se separa como las olas del mar Rojo, y pasa Faraon; este era el momento elegido, segun decian, para asesinarlo, y preciso es confesar que la cosa era muy fácil. Los rumores que se habian esparcido hicieron que se mirase al emperador con nueva curiosidad. Yo esperaba volver á ver aquel semblante triste que habia visto ya en Czarko-Selo, así es que mi admiracion fue grande cuando noté que, por el contrario, nunca habia estado mas radiante y benévolo. Este era el efecto que producía sobre el emperador Alejandro cualquier reaccion moral contra un gran peligro, y habia ya dado dos ejemplos notables de esta facticia serenidad; uno en un baile en casa del embajador de Francia, Mr. de Caulaincourt, y el otro en una fiesta en Zakret, cerca de Vilna.

Mr. de Caulaincourt daba un baile al emperador, cuando á eso de las doce, esto es, cuando los bailarines se hallaban en todo su entusiasmo, fueron á decirle que se habia prendido fuego en el palacio. El recuerdo del baile del príncipe Schwartzemberg, interrumpido por un accidente igual, se presentó en el mismo momento á la imaginacion del duque de Vicencio, con todas las fatales conse-

cuencias que le siguieron, consecuencias que fueron mas bien causadas por el terror que ocupó los ánimos que por el peligro mismo. Así es que el duque, queriendo cerciorarse del caso por sí mismo, colocó á cada puerta un ayudante de campo para que no dejase salir á nadie, y aproximándose al emperador:

—Señor, le dijo: el palacio está ardiendo, voy á ver por mí mismo lo que es. Importa mucho que nadie lo sepa hasta que se conozca la estension del peligro. Mis ayudantes de campo tienen orden de no dejar salir á nadie sino á V. M., á los principes, los grandes duques y las grandes duquesas. Si V. M. quiere retirarse, puede hacerlo; únicamente le hará observar que no se creará en el fuego en tanto que no se le vea en los salones.

—Está bien, dijo el emperador; id, que yo me quedo aquí.

Mr. de Caulaincourt corrió al sitio en que acababa de declararse el incendio; como lo habia previsto, el peligro no era tan grande como se dijo en un principio, y el fuego cedió muy pronto á los esfuerzos combinados de las gentes de la casa. El embajador volvió á subir á los salones, y halló al emperador bailando una polonesa: cambió este una mirada con el embajador.

—¿Y bien? preguntó despues de terminada la contradanza.

—El fuego está apagado, respondió Mr. de Caulaincourt, y todo queda concluido.

Al día siguiente los convidados á aquella suntuosa fiesta supieron que por espacio de una hora habian bailado sobre un volcan.

En Zakret fue otra cosa muy distinta, pues el emperador jugó allí, no solo su vida; sino su imperio. Durante la fiesta fueron á avisarle que la vanguardia francesa acababa de pasar el Niemen, y que el emperador Napoleon; su huésped de Erfurth, á quien se le habia olvidado de convidar, podia entrar en el salon de baile de un momento á otro, seguido de seiscientos mil bailarines. Alejandro dió sus órdenes aparentando que hablaba de cosas indiferentes con sus ayudantes de campo, continuó recorriendo los salones y encomiando la iluminacion, cuyo mas brillante adorno era, segun decia, la luna, que acababa de salir. No se retiró hasta las doce, en el momento en que la cena, servida en muchas y pequeñas mesas, ocupando á todos los convidados, le permitia marcharse sin que fuese notada su ausencia. Nadie durante la noche habia notado en su fisonomia la menor señal de inquietud; de manera que, hasta la llegada de los franceses, no se supo que habian entrado.

Como se ve, el emperador habia vuelto á encontrar, aunque enfermizo y melancólico, en la época de que hablamos, esto es, en 1.º de enero de 1825, si no toda su antigua serenidad, al menos toda su antigua energia: recorrió como acostumbraba todos los salones, dirigiendo la especie de galop como he dicho, y seguido de su corte. Me dejé á mi vez ar-

rastrar por la multitud que volvió despues de haber dado la vuelta á todo el palacio.

A las diez, como la iluminacion de la Ermita estaba ya acabada de encender, las personas que tenían billetes para este espectáculo particular fueron invitadas á dirigirse á aquel punto.

Como yo era del número de los privilegiados, sali despues de mucho trabajo de entre la multitud. Doce negros, lujosamente vestidos á la oriental, estaban á la puerta de entrada del teatro, para contener á la gente y examinar las esquelas.

Confieso que al entrar en el teatro de la Ermita, en el que se hallaba dispuesta en una larga galeria frente al salón la cena de la corte, creia entrar en un palacio de hadas. Figúrese el lector un largo salón alfombrado, y cubierto el techo y las paredes de tubos de cristal del grueso de las cervatanas de vidrio, con que los niños arrojan bolas de argamasa á los gorriones. Todos estos tubos están encorvados, retorcidos y colocados en la forma adecuada al sitio que deben ocupar, unidos entre sí por alambres delgadísimos de plata, y cubren ocho mil lámparas que reflejan en ellos la luz. Estas lámparas de color iluminan paisajes, jardines, flores y bosquecillos, de los que se eleva una música aérea é invisible, cascadas y lagos que parecen arrastrar millares de diamantes, y que vistos á traves de este velo de luz, presentan el carácter de una poesia y de una fantasia maravillosa.

El colocar esta iluminacion cuesta doce mil rublos, y dura dos meses.

A las once anunció la música con una marcha la llegada del emperador: entró este, rodeado de su familia y seguido de la corte; en el mismo instante los grandes duques y duquesas, los embajadores y embajadoras, los oficiales de la corona y las damas de honor, tomaron asiento en las mesas del centro: el resto de los convidados, que serian unos trescientos, y que pertenecian en su mayor parte á la primera nobleza, se sentó en las otras dos mesas.

El emperador únicamente permanació de pie, recorriendo las mesas, y dirigiéndose á algunos de sus convidados, que, con arreglo á las fórmulas de la etiqueta, le contestaban sin levantarse de su asiento.

No puedo decir el efecto que produjo sobre los demas concurrentes el golpe de vista mágico de los grandes duques, de las grandes duquesas, de aquellos señores y de aquellas damas, los unos cubiertos de oro y de bordados, los otros deslumbrando con sus diamantes, todo esto visto dentro de un palacio de cristal; pero de mí sé decir que no habia experimentado hasta entonces, ni volveré á sentir nunca, una impresion igual. Posteriormente he visto algunas fiestas reales, y fuera del patriotismo, debo confesar la superioridad de aquella.

Terminado el banquete, la corte abandonó la Ermita, y volvió á tomar el camino del salon de San Jorge. A la una, la música dió la señal de la segun-

da polonesa, que, como la primera, fue conducida por el emperador: esta era su despedida de la fiesta, porque en cuanto concluyó aquel baile, se retiró.

Confieso que recibí la noticia de su retirada con sumo placer: toda la noche había estado lleno de inquietud, pensando en que aquella magnífica fiesta podía ensangrentarse de un momento á otro, aunque me pareció imposible, notando la confianza que el soberano manifestó hácia su pueblo, ó mejor dicho, el padre hácia sus hijos, que no cayese el puñal de manos del asesino, sea quien fuera.

Así que se hubo retirado el emperador, la gente se fue marchando poco á poco. En palacio hacía cuarenta grados de calor, y fuera de él veinte y cinco de frío; era una diferencia de sesenta grados. En Francia se hubiera sabido ocho días después cuántas personas habían muerto víctimas de esta repentina y violenta transición, y habrían hallado medio de culpar al soberano, á los ministros ó á la policía, lo que hubiera proporcionado á los filántropos de la prensa una magnífica polémica; pero en San Petersburgo nada se sabía, y gracias á este silencio, las fiestas no se enlutaban al día siguiente. En cuanto á mí, gracias á un criado que por una estraña casualidad tuvo la inteligencia de estar en el punto en que le había yo mandado que me esperase, gracias á una triple capa de pieles y á un trineo bien cerrado, volví sin inconveniente al canal Catalina.

La segunda fiesta, que era la de la bendición de las aguas, tenía aquel año mayor solemnidad por

el desastre terrible de la reciente inundacion del Neva. Así es que hacia quince dias, poco mas ó menos, que los preparativos de la fiesta se hacian con una actividad visiblemente mezclada de un temor religioso, enteramente desconocido á los pueblos sin creencias. Estos preparativos consistian en la construccion sobre el Neva de un gran pabellon de forma circular con ocho ventanas, adornado con cuatro grandes cuadros y terminado en una cruz; se llegaba á él por una esplanada situada enfrente de la Ermita, y en medio de la tabla de hielo del edificio se debia abrir, la misma mañana de la fiesta, una gran abertura para que el sacerdote pudiese alcanzar hasta el agua; ó mas bien, para que el agua pudiera subir hasta donde estaba el sacerdote. El dia que debia apaciguar la cólera del rio llegó por fin; á pesar del frio, que llegaba á veinte grados á las nueve de la mañana, los muelles estaban llenos de espectadores. En cuanto al rio, se ocultaba enteramente bajo la multitud de curiosos. Confieso que no me atreví á mezclarme entre ellos, temiendo que, á pesar de la resistencia y espesor del hielo, no se rompiera bajo un peso tan enorme. Me deslicé por lo tanto como pude, y despues de tres cuartos de hora de trabajo, durante los cuales me previnieron por dos veces que mi nariz se helaba, llegué hasta un parapeto de piedra que guarnecía el muelle. Un vasto recinto circular estaba reservado alrededor del pabellon.

A las once y media la emperatriz y las grandes

duquesas tomaron sitio en un balcon de palacio cubierto de vidrieras, y se anunció á la multitud que el *Te-Deum* habia concluido. Con efecto, se vió desembocar en el Campo de Marte á toda la guardia imperial, esto es, unos cuarenta mil hombres, que llegaron al son de las músicas militares, y formaron en batalla sobre el rio, estendiéndose en una triple linea desde la embajada francesa hasta la fortaleza. En el mismo momento se abrió la puerta del palacio, y los estandartes, las santas imágenes y los cantores de la capilla aparecieron precediendo al clero presidido por el pontifice; despues llegaron los pajes y las banderas de los diversos regimientos de la guardia, llevados por los oficiales; luego el emperador, llevando á su derecha al gran duque Nicolás, á su izquierda al gran duque Miguel, y seguido de los grandes oficiales de la corona, ayudantes de campo y generales.

Desde que el emperador llegó á la entrada del pabellon, casi enteramente ocupada por el clero y los abanderados, el metropolitano dió la señal, y en el mismo momento se dejaron oír los cánticos sagrados entonados por mas de cien voces de hombres y niños, resonando con tal armonia, que no recuerdo haber oido nunca acentos tan melodiosos. Durante todo el tiempo de aquella oracion, esto es, por espacio de veinte y cinco minutos, el emperador, sin pieles, y con el uniforme únicamente, permaneció de pie, inmóvil y con la cabeza desnuda, arrostrando un clima mas poderoso que todos los emperadores

del mundo, y corriendo un peligro mas positivo que si se hubiese hallado al frente de cien cañones, delante de una línea de batalla. Esta imprudencia religiosa era tanto mas admirable para los espectadores, envueltos en sus capas y con la cabeza cubierta con sus gorras de pieles, cuanto que el emperador, aunque era jóven, estaba casi calvo; así que acabó este segundo *Te-Deum*, el metropolitano tomó una cruz de plata de manos de un niño de coro, y en medio de toda la multitud arrodillada, bendijo en voz alta el rio, sumergiendo la cruz por la abertura practicada en el hielo, que permitia al agua subir hasta él. Tomó un vaso, que llenó de este agua sagrada, y lo presentó al emperador: despues de esta ceremonia, llegó su vez á las banderas.

En el momento en que los estandartes se inclinaban á su vez para recibir la bendicion, un cohete salió del pabellon, y arrojó en el aire su blanco humo, oyéndose una terrible detonacion en el mismo instante: era toda la artilleria de la fortaleza, que, con sus voces de bronce, entonaba á su vez el *Te-Deum*. Las salvas se repitieron por tres veces durante la bendicion, y á la tercera el emperador se cubrió la cabeza, tomando el camino de palacio. En esta travesia pasó á pocos pasos de mí: aquella vez estaba triste mas que nunca; sabia que en medio de una fiesta religiosa no corria ningun peligro, y habia vuelto á entrar en su melancolia habitual.

Así que se hubo alejado, el pueblo se precipitó á su vez en el pabellon; los unos, mojado sus ma-

nos en la abertura, hacian la señal de la cruz con el agua bendecida; otros llevaban vasos llenos, y otros sumergian enteramente á sus hijos, convencidos de que en aquel dia el frio del agua no tenia nada de peligroso.

El mismo dia tiene lugar en Constantinopla igual ceremonia, solamente que, como allí el invierno no tiene brisas ni el mar hielos, el patriarca sube sobre su barco, arroja en la azulada agua del Bósforo la cruz santa, que un buzo recoge antes de que llegue al fondo del agua.

Inmediatamente despues de las ceremonias santas, vienen las alegrías profanas, de que sigue siendo teatro la capa de hielo; estas alegrías se hallan subordinadas á la temperatura. A veces, cuando están construidas todas las barracas y tomadas todas las disposiciones; cuando las carreras no esperan mas que los caballos y las montañas rusas los aficionados, la veleta se vuelve repentinamente al Oeste, llegan de Finlandia bocanadas de un viento húmedo, el hielo se deshace, y la policia interviene: entonces, con gran dolor de la poblacion de San Petersburgo, las barracas son derribadas y trasportadas al Campo de Marte, y aunque allí se hallan las mismas diversiones, no importa, el carnaval no tiene alicientes. El ruso es para el Neva lo que el napolitano para su Vesubio; cuando cesa de humear se teme que se apague, y el lazzaroni quiere mejor verle mortífero que muerto.

Afortunadamente no sucedió esto el invierno de

1825, y ni un instante, á Dios gracias, se temió el deshielo; de modo que mientras algunos bailes aristocráticos preludiaban los goces populares, se empezaron á construir numerosas barracas frente á la embajada francesa, estendiéndose de un muelle á otro; es decir, en una longitud de mas de dos mil pasos.

No se olvidaron las montañas rusas, y con gran admiracion mia, no me parecieron tan elegantes como nuestras imitaciones parisienses: no son ni mas ni menos que unas pendientes cóncavas formadas de tablas, sobre las que echan nieve y agua hasta que se forma una capa de unas seis pulgadas: en cuanto á los trineos, son una tabla que se encorva en una de sus estremidades. Los conductores se pasean entre la gente con su tabla debajo del brazo, reclutando aficionados. Cuando encuentran un parroquiano, suben con él por una escalera colocada al lado opuesto de la bajada, hasta la cima de la montaña: el aficionado ó aficionados se coloca delante, con los pies apoyados en el reborde de la tabla; el conductor se acomoda detras, y dirige su trineo con una destreza tanto mas necesaria, cuanto que los lados de la montaña están sin resguardo alguno, y seria inevitable el precipitarse si el trineo se desviase de su camino.

Los demas entretenimientos se asemejan mucho á los de nuestros Campos-Eliseos en los dias de público regocijo; hay alcides de todos los paises, gabinetes de figuras de cera, jigantes y enanos, y to-

do esto anunciado con músicas feroces. A lo que yo pude juzgar por los gestos y por las farsas de que se valian para atraer gente, tenian una completa semejanza con los nuestros, aunque todos se distinguian por algunas modificaciones propias del pais. Una de las farsas que me pareció atraia mas gente fue la de un buen padre de familia, impaciente por ver á su hijo pequeño, que debe llegar aquel mismo dia de una aldea adonde le ha mandado á criar. Pronto se presenta la nodriza, teniendo al infante tan envuelto, que solo se percibe la estremidad de un pequeño hocico negro. El padre, loco de alegría con su progenitura, que da espantosos gruñidos, dice que se le parece enteramente en la parte física, y á su madre en la amabilidad. Al oír esta galanteria, sale la madre, y se traba una muy seria discusion, de la que resulta una rifa: cada uno tira del chico por su lado, hasta que, sacándole de las envolturas, aparece un oso recién nacido, en medio de los aplausos del público, y el padre entonces empieza á notar que le han cambiado á su hijo.

Durante la última semana del carnaval, mascaradas nocturnas recorren las calles de San Petersburgo, yendo de casa en casa, como sucede en nuestras ciudades de provincia. Uno de los disfraces mas en boga es el parisiense. Consiste este en un frac de faldales desmesurados, un cuello de camisa muy almidonado, que sale tres ó cuatro pulgadas fuera de la corbata, una enorme chorrera y un sombrero de paja; la caricatura se completa con infinidad de chu-

cherias y cadenas pendientes del cuello, y arrollándose á la cintura. Desgraciadamente cuando los enmascarados son reconocidos cesa la franqueza, la etiqueta recobra sus derechos, y el polichinela se vuelve esclencia, lo que no deja de quitar algo de la diversion.

El pueblo, para desquitarse anticipadamente de las privaciones de la cuaresma, se da gran prisa á comer toda la carne y á beber todos los licores que puede; pero cuando dan las doce de la noche del domingo, pasa de la orgia al ayuno, y esto con tal religiosidad, que la cena, suspendida á la primera campanada, es presa de los perros á la última. Entonces todo cambia de aspecto, los ademanes lascivos se convierten en signos de la cruz, y las bacanales se trasforman en oraciones: enciéndense velas delante del santo patrono de la casa, y las iglesias, desiertas hasta entonces y que parecian enteramente olvidadas, son pequeñas para la gente que acude á ellas.

A pesar de todo, estas fiestas, por brillantes que sean aun, han degenerado mucho en comparacion de lo que eran en otros tiempos. En 1740 la emperatriz Ana Ivanowna resolvió eclipsar todas las que hasta entonces se habian hecho de este género, y quiso dar una de esas fiestas que solo puede dar una emperatriz de Rusia. Con este motivo fijó para los últimos dias del carnaval las bodas de su bufon, y envió una orden á todos los gobernadores para que le enviasen una pareja de cada clase de

los habitantes de su distrito, con su traje nacional y con el equipaje correspondiente. Las órdenes de la emperatriz fueron ejecutadas al pie de la letra, y en el día señalado, la poderosa soberana vió llegar una diputacion de cien pueblos diferentes, algunos de los cuales apenas conocia de nombre. Eran esos los kamtchadales y los lapones en trineos, tirados unos por perros, otros por renos; el kalmuco sobre sus vacas, el bucharo sobre sus camellos, el indio sobre sus elefantes, y el ostiako sobre sus patines. Entonces, y por la vez primera, se hallaron frente á frente, procedentes de los extremos del imperio, el rojo finés y el circasiano de negros cabellos, el gigante ucraniano y el pigmeo samoyedo; por último, el innoble baschir, á quien sus vecinos los kirghis llaman *istaki*, esto es, sucio, y el hermoso habitante de la Georgia y de la Yaroslava, cuyas jóvenes hacen el honor de los harems de Constantinopla y de Tunez.

Conforme iba llegando cada diputado de cada pueblo, era colocado, según el país que habitase, bajo una de las banderas que estaban dispuestas: la primera representaba la primavera, la segunda el verano, la tercera el otoño, y la cuarta el invierno: luego que acudieron todos, principió una mañana aquella estraña comitiva á desfilarse por las calles de San Petersburgo, y aquella procesion, repetida por espacio de ocho dias, no llegaba todavía á satisfacer la pública curiosidad.

Llegó al fin el día de la ceremonia nupcial. Los

nuevos desposados, despues de haber oido misa en la capilla del palacio, se dirigieron, acompañados de su escolta burlesca, á la casa que les habia hecho preparar la emperatriz, y que era digna por su rareza del resto de la fiesta. Era un palacio completo, tallado en el hielo, de cincuenta pies de largo y veinte de ancho, con sus adornos exteriores é interiores, sus mesas, sus sillas, sus candelabros, sus platos, sus estatuas y su lecho nupcial transparentes; sus galerías encima del techo; su fróntis encima de la puerta, todo ello pintado de un modo que imitaba perfectamente el mármol verde, y defendido por seis cañones de hielo, uno de los cuales, cargado con libra y media de pólvora y una bala, los saludó á su llegada y envió su proyectil á que taladrase á sesenta pasos una tabla de dos pulgadas de grueso. Pero el objeto mas curioso de aquel palacio invernal era un colosal elefante, montado por un persa pertrechado de todas armas, y conducido por dos esclavos: mas feliz este que su cofrade el de la Bastilla, unas veces fuente y otras fanal, arrojaba por su trompa de dia agua y de noche fuego: de vez en cuando, y como es costumbre en esos animales, merced á ocho ó diez hombres que se introducian en su cuerpo vacío por las patas horadadas, lanzaba gritos terribles, que eran oidos de un extremo á otro de San Petersburgo.

Por desgracia semejantes fiestas, aun en Rusia, son efimeras. La cuaresma envió á los cien pueblos á sus paises, y el calor derritió el palacio. Desde

entonces no ha vuelto á verse cosa semejante, y á cada año nuevo parece que el carnaval va siendo mas triste.

El de 1825 fue menos alegre aun que de costumbre, y solo pareció ser el espectro de sus gozosos predecesores, y era que la melancolía, cada vez mayor, del emperador Alejandro, se habia difundido á la vez sobre la corte, que temia desagradarle, y sobre el pueblo, que compartia sus pesares sin conocerlos.

Como algunos han dicho que esos pesares eran remordimientos, referiremos fielmente lo que los habia causado.

IV.

Pablo I, á la muerte de Catalina II, su madre, subió al trono, del que habria sido sin duda desterrado para siempre si su hijo Alejandro hubiese querido prestarse á los designios que tenian sobre él. Desterrado por mucho tiempo de la corte, separado siempre de sus hijos, de cuya educacion se habia encargado su abuela, el nuevo emperador traia á la administracion de los asuntos supremos, dirigidos por tanto tiempo por el genio de Catalina y la fidelidad de Potemkin, un carácter desconfiado, huraño y raro, que hizo del corto periodo en que permaneció sobre el trono un espectáculo casi incomprendible para los pueblos vecinos suyos y los reyes sus hermanos.

El grito lastimero que habia arrojado Catalina II,

despues de treinta y siete horas de agonía, habia proclamado en el palacio á Pablo I autócrata de todas las Rusias. Á aquel grito, la emperatriz María habia caido á los pies de su marido con sus hijos, y lo habia saludado la primera como á czar. Pablo los levantó del suelo, asegurándoles de sus bondades imperiales y paternales. Al punto, la corte, los jefes de los departamentos y del ejército, los grandes señores y los cortesanos, pasaron por delante de él sucesivamente, prosternándose por órden numérico, segun la condicion y antigüedad de cada cual, y tras ellos un destacamento de guardias, conducidos á palacio con los oficiales y guardias que llegaron de Gatchina, antigua residencia de Pablo, juraron fidelidad al soberano á quien la víspera custodiaban aun, mas bien para responder de él que para darle honor, y no tanto como heredero de la corona que como prisionero. Casi al mismo instante las voces de mando, el ruido de las armas, el sonar de las botas y el sonido de las espuelas se oyeron en aquellas habitaciones en donde la gran Catalina acababa de dormirse para siempre. Al dia siguiente, Pablo I fue proclamado emperador, y su hijo Alejandro czar-wich ó heredero presunto de la corona.

Pablo subia al trono despues de treinta y cinco años de privaciones, de destierro y de desprecio, y á la edad de cuarenta y tres años se hallaba dueño del reino en donde el dia antes no tenia mas que una prision. Durante esos treinta y cinco años habia sufrido mucho, y por consiguiente aprendido mu-

cho; así es que apareció sobre el trono con los bolsillos llenos de reglamentos redactados durante el destierro, reglamentos que, con extraño afán, se apresuró á poner en ejecución unos tras otros, y a veces todos juntos.

En primer lugar, procediendo de una manera opuesta á la de Catalina, hácia quien su rencor, lentamente agriado y transformado en odio, traspiraba en todas sus acciones, se rodeó de sus hijos, una de las familias soberanas mas hermosas y ricas del mundo, y nombró al gran duque Alejandro gobernador militar de San Petersburgo. En cuanto á la emperatriz Maria, que habia tenido hasta entonces fuertes razones para quejarse de su alejamiento, le vió con cierta sorpresa mezclada de temor volver á ella bueno y afectuoso. Sus rentas fueron aumentadas en un doble, y, sin embargo, todavia dudaba; pero muy luego sus caricias acompañaron á sus beneficios, y entonces no tuvo ya duda alguna, porque poseia una alma santa de madre y un noble corazón de mujer.

Por una mania de oposicion, que le era familiar y que se revelaba siempre en el momento en que menos se esperaba, el primer ukase que espidió Pablo fue para suspender una quinta recientemente decretada por Catalina, y que comprendia en todo el reino á un siervo por cada ciento. Esta disposicion era mas que humana, era politica, porque conciliaba á la vez al nuevo emperador el reconocimiento de la nobleza, sobre la que pesaba aquel diezmo militar,

y el amor de los aldeanos, que lo prestan corporalmente.

Zubow, el último favorito de Catalina, creía haberlo perdido todo con perder á su soberana, y temía, no solo por su libertad, sino por su vida. Pablo I le hizo venir, le confirmó en sus cargos, y le dijo, entregándole el baston de comandante que lleva el ayudante general, á quien habia despedido:— «Continuad desempeñando vuestros cargos en las tropas de mi madre: espero que me servireis tan fielmente como á ella.»

Kosciusko habia sido preso y estaba en la casa del difunto conde de Anhalt, bajo la custodia de un mayor, que nunca se separaba de su lado y comia con él. Pablo fue á sacarle de allí él mismo y á anunciarle que estaba libre. Como en el primer momento el general, lleno de admiracion y sorpresa, hubiese dejado al emperador retirarse sin darle las gracias, le hizo conducir á palacio con la cabeza envuelta en las vendas, pues aun se hallaba débil y con las heridas abiertas. Introducido á presencia del emperador, Pablo le concedió tierras y súbditos dentro de su reino; pero Kosciusko se negó á admitirlas, y le pidió en cambio una suma de dinero para vivir donde mejor le pareciese. Pablo le dió cien mil rublos y Kosciusko se marchó á Suiza.

En medio de todos estos decretos, que, destruyendo los temores de todos, presagiaba un noble reinado, llegó el momento de tributar los honores fúnebres á la emperatriz. Entonces Pablo I resolvió cum-

plir con un doble deber filial. Hacia treinta y cinco años que el nombre de Pedro III no habia sido pronunciado sino en voz baja en San Petersburgo. Pablo I marchó al convento de San Alejandro Nieuski, donde habia sido enterrado el desgraciado emperador, hizo que le enseñaran la olvidada tumba de su padre, mandó abrir el ataúd, se arrodilló ante los augustos restos que encerraba, y quitando el guante que cubria la mano del esqueleto, la besó repetidas veces. Despues de haber hecho oracion por mucho tiempo, mandó subir el ataúd á la iglesia, dando órden de que se le hiciesen las mismas exequias que á Catalina, cuyo cuerpo se hallaba espuesto en uno de los salones del palacio. Por último, habiendo hallado en el retiro donde vivia, hacia mas de treinta años, al baron Ungern Herberg, antiguo servidor de su padre, le hizo venir á palacio, y le llevó á un salon donde estaba el retrato de Pedro III, diciéndole:

—Os he mandado venir para que, á falta de mi padre, este retrato sea testigo de mi reconocimiento hácia sus fieles amigos.

Y habiéndole llevado al lado de aquella imágen como si sus ojos pudieran ver lo que iba á pasar, abrazó al anciano guerrero, le hizo general en jefe, y le dió el cordon de San Alejandro Nieuski, encargándole que hiciese el servicio al lado del cuerpo de su padre con el mismo uniforme que habia llevado siendo ayudante de Pedro III.

Llegó el día de la fúnebre ceremonia; Pedro III

no habia sido coronado nunca, y este fue el pretexto de que se valieron para enterrarle como á un particular en la iglesia de San Alejandro Nieuski. Pablo I hizo coronar su ataúd, y le mandó trasportar al palacio para que fuese espuesto al lado del cuerpo de Catalina; desde allí los restos de ambos soberanos fueron trasportados á la ciudadela, colocados en la misma sala, y por espacio de ocho dias los cortesanos por adulacion y el pueblo por amor vinieron á besar la mano livida de la emperatriz y el ataúd del emperador.

Al pie de esta doble tumba, adonde fue tambien como los demas, Pablo I pareció haber olvidado su piedad y su prudencia. Aislado en su palacio de Gatchina con dos ó tres compañías de guardias, habia tomado la costumbre de las minuciosidades militares, y pasaba á veces horas enteras limpiando los botones de su uniforme con el mismo esmero y asiduidad que Potemkin limpiaba sus diamantes. Así es que desde el mismo dia de su advenimiento todo habia cambiado de aspecto en el palacio, y el nuevo emperador habia empezado, antes de ocuparse de los negocios del estado, á poner en ejecucion todos los cambios que pensaba introducir en el ejercicio y en el uniforme de los soldados. A las tres de la tarde del mismo dia bajó al patio para hacer manobrar á los soldados á su manera y para enseñarles el ejercicio segun su nuevo método. Esta revista, que se repitió diariamente, tomó el nombre de *wacht-parada*, y llegó á ser, no solo la institucion mas

importante de su gobierno, sino tambien, el punto céntrico de toda la administracion del reino. En esta parada se publicaban los decretos, daba sus órdenes y se hacia presentar á sus oficiales; allí era donde entre los dos grandes duques, Alejandro y Constantino, todos los dias, por espacio de tres horas, y por mucho frio que hiciera, sin pieles, con su calva cabeza descubierta, una mano en la cadera, y con la otra levantando y bajando alternativamente su baston, gritando: *¡Raz, dwa! ¡raz, dwa!* (uno, dos! uno, dos!) se le veia moviéndose, sin cesar para entrar en calor, y poniendo su amor propio en arrostrar veinte grados de frio.

Muy pronto aquellos detalles militares llegaron á ser negocios de estado; se cambió el color de la escarapela rusa, que era blanca, para sustituirla con la escarapela negra con una lista amarilla, porque decia el emperador, con razon, que lo blanco se distingue desde muy lejos, y puede servir de punto de mira, mientras que lo negro se confunde con el color del chaco, y, gracias á esta identidad de color, el enemigo no sabe donde apuntar. Pero no se redujo á esto únicamente la reforma, sino que alcanzó al color del plumero, á la longitud de las botas y á los botones de los botines, de tal modo, que la mayor prueba de celo que podia darse al emperador era el aparecer al dia siguiente en la wachtparada con las reformas introducidas la víspera, y mas de una vez esta celeridad en someterse á sus

mas insignificantes voluntades fue honrada con una cruz ó recompensada con un grado.

Aunque Pablo I tenia una especial predilección por sus soldados, á quienes vestia y desnudaba como pudiera hacer una niña con su muñeca, su afán de reformas se estendió algunas veces á la clase del pueblo. La revolucion francesa, que habia hecho muy de moda los sombreros redondos, le habia hecho aborrecerlos: así es que una hermosa mañana apareció un decreto que prohibia el uso del sombrero redondo en San Petersburgo. Fuese ignorancia ó fuese oposicion, el decreto no tuvo un efecto tan rápido como hubiera deseado el emperador, de modo que fue preciso colocar en todos los esquina-zos de las calles cosacos y soldados de la policia con órden espresa de apoderarse de los sombreros de los recalcitrantes: el mismo emperador recorria las calles en su trineo para ver cómo se ejecutaban sus órdenes. Iba ya á entrar en su palacio muy satisfecho, cuando vió á un inglés, que, creyendo sin duda que aquel mandato era un atentado contra la libertad individual, habia conservado su sombrero redondo. El emperador se detuvo, y mandó á uno de sus oficiales fuese á quitar el sombrero al impertinente isleño que tenia el descaro de presentarse de aquel modo delante del Almirantazgo: el oficial partió á galope, y llegando adonde estaba el culpado, le halló cubierto con un sombrero de tres candiles. El enviado volvió hácia el emperador, y le dió cuenta de su comision: este, que creyó que sus ojos le habian en-

gañado, sacó su anteojo, y le dirigió al inglés, que continuaba gravemente su camino. El oficial se había equivocado; el inglés llevaba un sombrero redondo: así es que el pobre militar fue arrestado, y un ayudante de campo fue enviado á su vez: deseoso de complacer al emperador, sale con su caballo á escape, y á pocos instantes alcanza al inglés. El emperador había visto mal, pues el inglés llevaba un sombrero de tres candiles. El ayudante de campo, muy mustio, volvió hácia donde estaba el príncipe, y le da la misma respuesta que el oficial. El emperador vuelve á dirigir su anteojo, y el ayudante fue mandado también arrestado como el oficial. El inglés llevaba un sombrero redondo. Entonces un general se ofrece á cumplir la comision que habia sido tan fatal á sus dos antecesores, y se dirige hácia el inglés, sin apartar de él un momento la vista. Entonces notó que, á medida que se aproximaba, el sombrero cambiaba de forma, pasando de la forma redonda á la triangular. Temiéndose una desgracia como la del oficial y la del ayudante de campo, condujo al inglés delante del emperador, y todo quedó explicado. El digno isleño, para conciliar su orgullo nacional con el capricho del soberano extranjero, habia mandado confeccionar un fieltro, que, por medio de un resorte oculto en lo interior, pasaba repentinamente de la forma prohibida á la forma legal. El emperador halló la idea feliz; levantó el arresto al oficial y al ayudante de campo, y permitió al inglés llevar en adelante el sombrero que quisiese,

El decreto sobre carruajes siguió al de los sombreros. Cierta mañana se prohibió enganchar los caballos á la usanza rusa; es decir, montando el postillon el caballo de la derecha y llevando el otro á la mano izquierda. Habian concedido quince dias á los dueños de las carretelas, lándós y droschkis para procurarse los harnesses á la alemana; despues de cuyo tiempo la policia estaba encargada de cortar los tiros de los carruajes que no hubiesen adoptado la innovacion. Las reformas pasaron de los carruajes á los cocheros: los irschilks recibieron orden de vestir á la alemana, de manera que les fue preciso, aunque con gran sentimiento, cortarse la barba y coser al cuello de su casaca una coleta, que permanecia siempre en el mismo sitio, aunque volviesen la cabeza á uno y otro lado. Un oficial, que no habia tenido aun el tiempo suficiente para hacer la innovacion, tomó el partido de ir á la wachtparada á pie antes que irritar al emperador con un carruaje prohibido. Envuelto en un gran ropón forrado de pieles, habia entregado su espada á un soldado para que se la llevase, cuando fue encontrado por Pablo I, que notó esta infraccion de la disciplina: el oficial fue hecho soldado, y el soldado oficial.

En todos estos reglamentos no se dejaba olvidar la etiqueta. Un decreto antiguo mandaba que cuando se encontrara en las calles al emperador, la emperatriz ó al principe, todo el mundo parase su carruaje ó su caballo, y bajando de uno ó de otro se

prosternase en el suelo, en el lodo ó en la nieve. Este homenaje, tan difícil de rendir en una capital donde pasan á cada momento y en cada calle millares de carruajes, habia sido abolido en el reinado de Catalina; pero Pablo le restableció en todo su vigor á su advenimiento al trono; un oficial general, cuyos criados no habian reconocido el carruaje del emperador, fue desarmado y arrestado; llegó el término de su reclusion, y queriendo devolverle su espada, se negó á aceptarla, diciendo que era una espada de honor que le habia sido regalada por Catalina, con el privilegio de que jamás pudiera quitársela. Pablo examinó la espada, y vió que era de oro y adornada con diamantes; entonces mandó venir al general, y le entregó por su mano la espada, diciéndole que no tenia ningun resentimiento contra él, pero que, sin embargo, le mandaba marchar al ejército en el término de veinte y cuatro horas.

Desgraciadamente las cosas no terminaban siempre de una manera tan sencilla. Un día, uno de los mas valientes brigadieres del emperador, Mr. de Likarow, habiendo caido enfermo en el campo, su mujer, que no queria confiar á nadie tan importante comision, vino á San. Petersburgo á buscar un médico; pero quiso su desgracia que se encontrase con el carruaje del emperador; como hacia tres meses que ella y sus criados estaban ausentes de la capital, ninguno habia oido hablar del nuevo decreto, así es que su carruaje pasó á poca distancia del emperador, que se paseaba á caballo. Semejante infrac-

cion de sus órdenes le irritó mucho, y envió sus ayudantes de campo al carruaje rebelde, con orden de reclutar para soldados á los cuatro criados y conducir los amos á la cárcel. La orden fue ejecutada: la mujer se volvió loca, y el marido murió.

La etiqueta no era menos severa en el interior del palacio que en las calles de la capital: todo cortesano admitido á un besamanos debia hacer resonar el beso en su boca y el suelo con su rodilla; el principe Jorge Galitzin fue arrestado por no haber hecho una reverencia bastante profunda y haber besado la mano negligentemente.

Estos hechos extravagantes, que tomamos á la casualidad de la vida de Pablo I, habian á los cuatro años hecho imposible un reinado mas largo, porque de dia en dia iba desapareciendo la poca razon que quedaba al emperador, para dar lugar á una nueva locura, y las locuras de un soberano tan poderoso, cuya menor señal es una orden ejecutada al momento, son cosas muy peligrosas. Asi es que Pablo conocia instintivamente que le amenazaba un peligro desconocido, pero real. Estos temores prestaban aun á su espirito una movilidad mas caprichosa. Hallábase casi enteramente retirado en el palacio de San Miguel, que habia hecho edificar en el antiguo terreno del palacio de Verano: este palacio, pintado de encarnado para halagar el gusto de una de sus queridas, que habia ido una noche á la corte con guantes de este color, era un macizo edificio de bastante mal gusto, erizado enteramente de bastio-

nes, y donde únicamente se creía seguro el emperador.

Sin embargo, en medio de los suplicios, de los destierros y de las desgracias, dos favoritos habían permanecido como arraigados en su sitio: el uno era Koutaisoff, antiguo esclavo turco, que del rango de barbero de Pablo había llegado á ser regente, y, sin mérito alguno para ello, uno de los principales personajes del imperio: el otro era el conde Pahlen, gentil-hombre curlandés, mayor general en el reinado de Catalina II, y que la amistad de Zoubow, último favorito de la emperatriz, había elevado al rango de gobernador civil de Riga. Sucedió que el emperador Pablo, algun tiempo antes de su advenimiento al trono, pasó por esta ciudad, en la época en que se hallaba casi proscripto, y en que los cortesanos apenas se atrevían á hablarle. Pahlen le rindió los honores de un príncipe heredero, y Pablo, que no estaba habituado á semejantes demostraciones, guardó el recuerdo en su corazón; de manera que así que subió al trono, acordándose de la recepción que le había hecho Pahlen, le mandó venir á San Petersburgo, le condecoró con las primeras órdenes del imperio, y le nombró jefe de los guardias y gobernador de la ciudad, en lugar del gran duque Alejandro, su hijo, cuyo respeto y amor no habían podido desarmar su desconfianza.

Pero Pahlen, gracias á la posición elevada que ocupaba al lado de Pablo, y que había conservado contra costumbre por espacio de cerca de cuatro

años, estaba más próximo que nadie á apreciar la inestabilidad de las cosas humanas. Había visto subir y descender á tantos, había visto á tantos otros caer y estrellarse; que no comprendía cómo el día de su caída no había aun llegado, y resolvió prevenirla por la del emperador. Zoubow, su antiguo protector, el mismo á quien el emperador había nombrado ayudante general de campo de palacio, y á quien había confiado la custodia del cadáver de su madre; Zoubow, el antiguo protector de Pahlen, cae repentinamente en desgracia, viendo una mañana el sello puesto en su chancillería, sus dos principales secretarios, Altesti y Gribouski, arrojados escandalosamente, y todos los oficiales de su estado mayor y de su séquito obligados á reunirse inmediatamente á los cuerpos ó á presentar sus dimisiones. En cambio de todo esto, el emperador, por una estraña contradicción, le regaló un palacio, pero su desgracia no era por eso menos verdadera, porque al día siguiente le destituyeron de todos sus cargos; al otro le pidieron la dimision de veinte y cinco ó treinta empleos que desempeñaba, y no había pasado aun una semana, cuando obtuvo el permiso, ó más bien recibió la orden de salir de Rusia: Zoubow se retiró á Alemania, donde, rico, jóven y buen mozo, cargado de condecoraciones y lleno de talento, hacia honor al buen gusto de Catalina, probando que había sido grande hasta en sus debilidades.

Allí fue á buscarle un mensaje de Pahlen; sin duda Zoubow se había ya quejado á su antiguo pro-

legido de su destierro, y Pablo no hacia mas que responder á una de sus cartas. Esta respuesta contenia un consejo, que era el de fingir la intencion de casarse con la hija del favorito Koutaisoff, no dudando que el emperador, halagado por esta peticion, permitiese al desterrado volver á San Petersburgo, y ya en la capital verian lo que se habia de hacer.

El plan propuesto fue seguido: una mañana Koutaisoff recibió una carta de Zoubow en que le pedia la mano de su hija. El encumbrado barbero, halagado en su orgullo, corrió al momento al palacio de San Miguel, se arrojó á los pies del emperador, y le suplicó con la carta de Zoubow en la mano que colmase su fortuna y la de su hija aprobando este matrimonio y permitiendo volver al desterrado. Pablo echó una rápida ojeada sobre la carta que Koutaisoff le presentaba, y se la devolvió despues de haberla leído.

—Esta es la primera idea razonable que pasa por la cabeza de ese loco, dijo el emperador; que vuelva.

Quince dias despues Zoubow se hallaba en San Petersburgo, y con el consentimiento de Pablo hacia la corte á la hija del favorito.

Oculto bajo este velo fue como se formó y se desarrolló la conspiracion; reclutando cada dia nuevos descontentos; al principio los conjurados no hablaron mas que de una sencilla abdicacion, de una sustitucion de persona, y nada mas; Pablo debia ser enviado con una buena escolta á una provincia lejana

del imperio, y el gran duque Alejandro, de quien disponian sin su consentimiento, subiria al trono. Solo muy pocos sabian que se desenvainaria el puñal en vez de la espada, y que una vez sacado, no volveria sino ensangrentado á la vaina.

Estos conocian á Alejandro; sabian que no aceptaria la regencia, y se hallaban resueltos á proporcionarle una sucesion.

Sin embargo, Pahlen, aunque jefe de la conspiracion, habia evitado cuidadosamente el dar ninguna prueba contra si; de modo que, segun la marcha de los sucesos, podia secundar á sus compañeros ó socorrer á Pablo. Esta reserva por su parte daba cierta frialdad á las deliberaciones, y las cosas hubiesen marchado así lánguidamente un año entero, si no las hubiese apresurado él mismo con una singular estratagema; pero que con el conocimiento que tenia del carácter de Pablo, sabia que debia producir efecto. Escribió al emperador una carta anónima, en la que le advertia del peligro que le amenazaba; á esta carta iba unida una lista con el nombre de todos los conjurados.

El primer movimiento de Pablo al recibir esta carta fue el doblar las centinelas del palacio de San Miguel y llamar á su lado á Pahlen.

Pahlen, que aguardaba este llamamiento, se presentó en el mismo instante, y halló á Pablo I en su alcoba, que se hallaba situada en el piso principal. Era esta una gran sala cuadrada, con una puerta enfrente de la chimenea, dos ventanas que daban á

un patio, una cama enfrente de estas dos ventanas, y á los pies de esta cama una puerta secreta que daba al cuarto de la emperatriz; además, una trampa, conocida solo del emperador, que se abría apretando en cierto lado con el tacón de la bota; esta trampa daba sobre una escalera, y la escalera daba á un corredor, por el que se podía salir del palacio.

Pablo se paseaba muy agitado, acompañando sus paseos de terribles amenazas, cuando la puerta se abrió, y apareció en ella el conde. El emperador se volvió hacia ella, y parándose con los brazos cruzados sobre el pecho, y con los ojos fijos en Pahlen, le dijo:

—¿Conde, sabeis lo que pasa?

—Sé únicamente, respondió Pahlen, que mi buen soberano me ha mandado llamar, y me apresuro á recibir sus órdenes.

—¿Pero sabeis el motivo por qué os he mandado llamar? dijo Pablo con un ademán de impaciencia.

—Espero respetuosamente que V. M. se digne decirme lo.

—Os he mandado llamar, porque se trama una conspiración contra mi persona.

—Ya lo sabia, señor.

—¿Cómo! ¿Vos lo sabeis?

—Sin duda, puesto que soy uno de los cómplices.

—¿Pues bien! Acabo de recibir la lista de los conjurados. Vedla aquí.

—Y yo señor tengo otra igual. Aquí la teneis.

—¡Pahlen! murmuró Pablo asustado y sin saber aun á qué atenderse.

—Señor, continuó el conde: podeis comparar ambas listas, y si el delator está bien informado, deben ser iguales.

—Vedla, dijo Pablo.

—Sí, esta es, dijo Pahlen con indiferencia; solamente que se han dejado tres personas.

—¿Cuáles? preguntó vivamente el emperador.

—Señor, la prudencia me impide el no nombrarlas; pero despues de la prueba que acabo de dar á V. M. de la exactitud de mis informes, espero que se dignará concederme una entera confianza, y descartará en mi celo.

—¡Nada de rodeos! exclamó Pablo con toda la energía que le inspiraba su terror: ¿quiénes son? Quiero saber ahora mismo quiénes son.

—Señor, respondió Pahlen inclinando la cabeza: el respeto me impide revelar sus augustos nombres.

—Ya entiendo, repuso Pablo con sorda voz y dirigiendo una mirada hácia la puerta secreta que conducia á la habitacion de su esposa: ¿Queréis decir la emperatriz, no es verdad? Queréis decir el principe Alejandro y el gran duque Constantino.

—Si la ley no debe conocer sino á aquellos á quienes puede alcanzar...

—La ley alcanzará á todo el mundo, y el crimen, por ser mas grande, no será menos castigado. Pahlen,

ahora mismo vais á arrestar á los dos grandes duques, y mañana saldrán para Schlüsselboërg: en cuanto á la emperatriz, yo veré lo que he de hacer, y respecto á los demas conjurados, á vos os toca disponer de ellos.

—Señor, dijo Pahlen: dadme la orden por escrito, y por elevada que sea la cabeza á quien se refiera, por grandes que sean las personas de quienes se trate, yo la cumpliré.

—¡ Buen Pahlen! exclamó el emperador; tú eres el único servidor fiel que me queda; vela sobre mi, Pahlen, porque veo que todos desean mi muerte menos tú.

Dichas estas palabras, Pablo firmó la orden de arresto de los dos grandes duques, y la entregó á Pahlen. Esto era cuanto deseaba el intrigante conjurado: provisto de estas órdenes, corrió á la casa de Platon Zoubow, donde sabia que se hallaban reunidos los conjurados.

—Todo se ha descubierto, les dijo; aquí tengo la orden para arrestaros, y no hay que perder un solo momento: esta noche soy aun gobernador de San Petersburgo; mañana estaré tal vez preso. Ved lo que pensais hacer.

No habia lugar á la duda, porque la duda era el cadalso ó á lo menos la Siberia. Los conjurados se citaron para aquella misma noche en casa del conde Talitzin, coronel del regimiento de Preobrajenski, y como no eran en bastante número, resolvieron

aumentarlo con los descontentos arrestados aquel mismo dia.

El dia habia sido bueno, porque en la madrugada habian sido degradados y condenados á prision unos treinta oficiales pertenecientes á las mejores familias de San Petersburgo, por faltas que apenas merecen una reconvencion. El conde mandó que una docena de trineos se hallasen dispuestos á las puertas de las diferentes prisiones donde se hallaban los que querian asociarse, y despues, viendo á sus cómplices decididos, se volvió á casa del principe Alejandro.

Este acababa de encontrar á su padre en un corredor de palacio; fue hácia él como tenia de costumbre; pero Pablo, indicándole con la mano que se retirase, le hizo volverse á su cuarto y permanecer en él hasta nueva orden. El conde le halló tanto mas inquieto, cuanto que ignoraba la causa de la cólera que habia leído en los ojos del emperador: así es que apenas vió á Pahlen, cuando le preguntó si se hallaba encargado por su padre de alguna orden referente á él.

—¡Ay! respondió Pahlen; sí, alteza: me hallo encargado de una orden terrible.

—¿Cuál? preguntó Alejandro.

—La de asegurarme de la persona de V. A. y pedirle su espada.

—¿Mi espada? ¿Y por qué?

—Porque desde este momento sois mi prisionero.

—¡Ye preso! ¡Y de qué crimen se me acusa, Pahlen?

—V. A. imperial no ignora que en este país desgraciadamente se incurre en el castigo sin haber cometido ofensa alguna.

—El emperador es doblemente dueño de mi suerte, dijo Alejandro, como soberano y como padre: enseñadme la orden, y estoy pronto á someterme á ella.

El conde le entregó la orden: Alejandro la abrió, besó la firma de su padre, y empezó á leer: cuando llegó á la parte que concernia á Constantino, exclamó:

—¡Mi hermano tambien! Yo creia que la orden se referia únicamente á mí.

Pero así que hubo llegado á lo que concernia á la emperatriz, no pudo contenerse.

—¡Oh, madre mia! dijo: ¡virtuosa madre mia! ¡Este ángel del cielo, descendido entre nosotros! ¡Eso ya es demasiado, Pahlen; es demasiado!

Y cubriéndose el rostro con sus manos, dejó caer al suelo la orden.

Pahlen creyó que habia llegado el momento favorable.

—Monseñor, le dijo, arrojándose á sus pies: escuchadme. Es preciso prevenirse para grandes desgracias, y preciso es poner un término á los extravíos de vuestro augusto padre; hoy ataca á vuestra libertad; mañana tal vez atacará vuestra

—¡Pahlen!

—Monseñor, acordaos de Alejo Petrowitch.

—Pahlen, calumniáis á mi padre.

—No, monseñor; porque no es su corazón, sino su razón, la que yo acuso. Tantas contradicciones inesplicables, tantos decretos imposibles de llevar á cabo, tantos inútiles castigos no se pueden explicar sino por la influencia de una terrible enfermedad. Todos los que rodean al emperador lo dicen, y lo repiten los que se hallan lejos de él. Monseñor, vuestro desgraciado padre está loco.

—¡Dios mio!

—Ahora bien, monseñor; es preciso salvarle de sí mismo. No soy yo quien os doy este consejo, sino la nobleza, el senado, el imperio todo, y yo no soy en este momento mas que su intérprete: es preciso que el emperador abdique en vuestro favor.

—¡Pahlen! exclamó Alejandro retrocediendo; ¿qué es lo que decís? ¿Quereis que yo suceda á mi padre vivo, que le usurpe la corona y el cetro? Vos sois quien estais loco, Pahlen... ¡Oh, nunca, nunca!...

—Pero, monseñor, ¿habeis visto esta orden? ¿Creeis que se trata solamente de una prision? No, creedme; los dias de V. A. están en peligro.

—¡Salvad á mi hermano! ¡Salvad á la emperatriz! ¡Eso es cuanto os pido! exclamó Alejandro.

—¿Y puedo yo hacerlo? dijo Pahlen; ¿la orden no es para ellos lo mismo que para vos? Una vez presos, ¿quién os asegurará que aduladores demasiado solícitos no se adelantarán á la voluntad del empera-

dor, creyendo servirle? Volved los ojos hácia Inglaterra, monseñor; otro tanto sucede allí: aunque un poder menos extenso hace el peligro menor, el príncipe de Gales se halla dispuesto á tomar la direccion del gobierno, y sin embargo, la locura del rey Jorge es una locura inofensiva. Y, en fin, monseñor; tal vez aceptando lo que os ofrezco salveis, no solo la vida del gran duque y de la emperatriz, sino la de vuestro mismo padre.

—¿Qué quereis decir?

—Digo que el cetro de Pablo I se hace tan insostenible, que la nobleza y el senado están decididos á poner término á su reinado por cualquier medio que sea. ¿Rehusais una abdicacion? Tal vez mañana mismo os vereis obligado á perdonar un asesinato.

—¡Pahlen! exclamó Alejandro: ¿me será permitido ver á mi padre?

—Imposible, monseñor; tengo orden espresa de prohibiros la entrada en su habitacion.

—¿Y decis que se halla amenazada la vida de mi padre?

—La Rusia pone en vos todas sus esperanzas, monseñor, y si es preciso escoger entre una orden que nos pierde y un crimen que nos salva, elegiremos el crimen.

Pahlen hizo ademán de marcharse.

—¡Pahlen! exclamó Alejandro deteniéndole con una mano, mientras que con la otra sacaba de su pecho un Crucifijo que llevaba pendiente de una ca-

dena de oro : Pahlen , juradme sobre este Crucifijo que los dias de mi padre no corren peligro alguno , y que os dejareis matar si es preciso por defenderle . Jurad esto , ó no os permito salir de aquí .

—Monseñor , os he dicho ya cuanto os debia decir . Reflexionad en la proposicion que os he hecho ; yo reflexionaré en el juramento que me exigit .

Y dichas estas palabras , Pahlen se inclinó respetuosamente , salió de la habitacion , y puso á la puerta de ella centinelas . Despues entró en la del gran duque Constantino y en la de la emperatriz , significándoles la órden del emperador , pero sin tomar las mismas precauciones que con Alejandro .

Eran los ocho de la noche , y por lo tanto habia ya anochecido enteramente , pues aun corrian los primeros dias de la primavera . Pahlen corrió á casa del conde Talitzin , donde halló á los conjurados sentados á la mesa : su presencia fue acogida con un diluvio de preguntas .

—No tengo tiempo de contestaros , dijo Pahlen : solo os puedo decir que todo marcha bien , y que dentro de media hora os traeré refuerzos .

La comida , interrumpida por un momento , continuó : Pahlen se dirigió á la cárcel .

Como era gobernador de San Petersburgo , todas las puertas le fueron abiertas . Los que le veian entrar de aquel modo en los calabozos , rodeado de guardias , y con la mirada severa , creyeron que habia llegado la órden de destierro para la Siberia ó que iban á ser trasladados á otra cárcel peor aun .

El modo con que Pahlen les mandó que se dispusieran á subir en trineo les confirmó en sus sospechas. Los desgraciados presos obedecieron sin hablar una sola palabra: á la puerta les esperaba una compañía; los presos subieron á los trineos sin hacer la menor resistencia, y apenas se colocaron en ellos, cuando partieron á galope.

Con gran admiracion suya, al cabo de unos diez minutos los trineos se detuvieron en el patio de un magnífico palacio; los presos, invitados á descender de su carruaje, obedecieron: habianse cerrado las puertas tras ellos; los soldados habian quedado á la parte de afuera, y Pahlen se hallaba solo con ellos.

—Seguidme, les dijo el conde, marchando delante de ellos.

Sin comprender una palabra de lo que pasaba, los presos le siguieron, y habiendo llegado á una habitacion próxima á la que ocupaban los conjurados, Pahlen levantó el tapete de una mesa, y les enseñó una porcion de espadas.

—Armaos, dijo Pahlen.

Mientras que los prisioneros, estupefactos, obedecian aquella órden y se ceñian la espada que el verdugo les habia quitado ignominiosamente aquella misma mañana, Pahlen mandó abrir la puerta, y los recién llegados vieron sentados á la mesa, y con el vaso en la mano, gritando ¡viva Alejandro! á amigos de quienes un momento antes se creian separados para siempre. En el mismo instante se precipitaron en la sala del festin, y en pocas palabras

se les puso al corriente de lo que se pensaba hacer. Indignados del trato que habian recibido aquel mismo dia, la proposicion regicida fue acogida con aclamaciones de alegría, y ni uno solo de entre ellos se negó á admitir el papel que le estaba destinado en aquella terrible tragedia.

A las once, los conjurados, en número de unos sesenta, salieron del palacio Talitzin, y se dirigieron envueltos en sus capas al palacio de San Miguel. Los principales de entre ellos eran: Beningsen; Platon Zoubow, el antiguo favorito de Catalina; Pahlen, gobernador de San Petersburgo; Depreradowitch, coronel del regimiento de Semonowki; Arkamakow, ayudante de campo del emperador; el principe Tatetsvill, mayor general de artillería; el general Talitzin, coronel del regimiento de la guardia Presbrajeuski; Gardanow, ayudante de los guardias de á caballo; Sartarinow; el principe Wereinskoï, y Seriatin.

Los conjurados entraron por una puerta del jardin del palacio de San Miguel; pero, en el momento de pasar por debajo de los grandes árboles que le sombrean en el verano, y que en aquella época, despojados de sus hojas, estendian en la sombra sus descarnados brazos, una bandada de cuervos, despertada por el ruido que hacian, se levantó, dando tan fuertes graznidos, que, detenidos por sus gritos, que en Rusia son un funesto presagio, los conjurados vacilaron un momento; pero Zoubow y Pahlen reanimaron su valor, y prosiguieron su camino.

Luego que llegaron al patio se separaron en dos grupos: el uno, dirigido por Pablen, entró por una puerta particular, que el conde tenia costumbre de tomar cuando queria entrar en la habitacion del emperador sin ser visto, y el otro, á las órdenes de Zoubow y de Beningsen, se adelantó, guiado por Arkamakow, hácia la escalera principal, á la que llegó sin el menor obstáculo, por haber hecho relevar Pablen las guardias del palacio, colocando en vez de soldados oficiales conjurados. Solo un centinela, á quien se olvidó relevar, dió el *¿quién vive?* al verlos avanzar; pero entonces Beningsen, acercándose á él, y descubriéndose el pecho para mostrarle sus condecoraciones:

—¡Silencio! le dijo. ¿No ves á dónde vamos?

—Pase la patrulla, dijo el centinela, haciendo con la cabeza una señal de inteligencia.

Y pasaron los asesinos.

Al llegar á la galería que precede á la antecámara, hallaron á un oficial disfrazado de soldado.

—¿Y el emperador? preguntó Platon Zoubow.

—Ha entrado hace una hora, respondió el oficial; y sin duda está acostado.

—Bien, respondió Zoubow, y la patrulla regida continuó su camino.

En efecto; Pablo, segun su costumbre, habia ido á pasar la noche á casa de la princesa Gagarin. Al verle entrar esta mas pálido y sombrío que de ordinario, corrió á él, y le preguntó con interes qué tenia:

— ¿Qué tengo? respondió el emperador; que ha llegado el momento de dar un gran golpe, y dentro de breves dias se verán caer cabezas que yo he amado mucho.

Asustada la princesa Gagarin de aquella amenaza, y sabiendo la desconfianza que Pablo tenia de su familia, aprovechó el primer pretesto que se le ofreció para salir del salon, escribió algunas lineas al gran duque Alejandro, en que le decia que su vida estaba en peligro, y las envió al palacio de San Miguel. Como el oficial que guardaba la puerta del prisionero no tenia mas consigna que la de no permitir salir al czarwich, dejó entrar al mensajero. Alejandro recibió el billete, y como sabia que la princesa Gagarin estaba iniciada en todos los secretos del emperador, se aumentó su ansiedad.

A las once, poco mas ó menos, como dijo el centinela, habia regresado el emperador á palacio, y retirándose inmediatamente á su cuarto, se habia acostado, quedándose dormido bajo la confianza de Palhen.

En aquel momento llegaron los conjurados á la puerta de la antecámara, que precedia al dormitorio, y Arkamakow llamó.

— ¿Quién anda ahí? preguntó el ayuda de cámara.

— Yo, Arkamakow, el ayudante de S. M.

— ¿Qué quereis?

— Vengo á dar mi informe.

—Sin duda se clancea V. E.: apenas son las doce de la noche.

—Vos sois el equivocado: son las seis de la mañana: abrid pronto, no sea que el emperador se irrite contra mi.

—El caso es que no sé si deba...

—Estoy de servicio, y os lo mando.

El ayuda de cámara obedeció. Al punto los conjurados se precipitaron en la antecámara espada en mano: asustado el criado, se refugió en un rincón; pero un húsar polaco, que estaba de guardia, se puso al momento delante de la puerta del emperador, y, adivinando la intencion de aquella gente, le intimó que se alejase. Zoubow se negó á ello, y trató de separarle con la mano. Sonó un pistoletazo; pero al mismo tiempo el único defensor del que una hora antes mandaba á cincuenta y tres millones de hombres, quedó desarmado, sujeto y reducido á la impotencia de obrar.

Al ruido del pistoletazo se despertó Pablo sobresaltado, se echó fuera de la cama, y dirigiéndose á la puerta secreta que conducia al cuarto de la emperatriz, trató de abrirla; pero tres días antes, en un momento de desconfianza, la habia hecho condenar; de suerte que permaneció cerrada. Entonces se acordó de la trampa, y corrió al ángulo de la habitacion en que se hallaba; pero como tenía los pies desnudos, resistió el resorte á la presion, y la trampa no se abrió. En aquel momento sintió que echaban abajo la puerta de la antecámara, y el em-

perador no tuvo tiempo mas que para ocultarse de-
tras de una pantalla de chimenea.

Beningsen y Zoubow se precipitaron en el cuarto,
y Zoubow se encaminó en derechura á la cama ; pe-
ro viéndola vacía:

—¡Todo se ha perdido! exclamó: el emperador ha
huido.

—No, dijo Beningsen ; aquí está.

—¡Palhen! exclamó el emperador viéndose des-
cubierto: ¡ven á mi socorro!

—Señor, dijo entonces Beningsen, adelantándo-
se hácia Pablo y saludándole con su espada: en va-
no llamas á Palhen: Palhen es de los nuestros.
Ademas, vuestra vida no corre el menor riesgo:
únicamente estais prisionero en nombre del empe-
rador Alejandro.

—¿Y quiénes sois vosotros? dijo el emperador
tan turbado, que á la claridad trémula y pálida de
su lámpara de noche no reconocia á los que le ha-
blaban.

—¿Quiénes somos? respondió Zoubow presentan-
do el acta de abdicacion: somos los enviados del se-
nado. Toma este papel, lee, y decide tú mismo de
tu suerte.

Entonces Zoubow le entregó el papel con una
mano, mientras que con la otra llevó la lámpara á
la esquina de la chimenea, para que el emperador
pudiese leer el acta que le presentaban. En efecto,
Pablo tomó el papel, y se puso á leerlo. Al llegar á

una tercera parte de la lectura, se detuvo, y levantando la cabeza hacia los conjurados.

—Pero, ¿qué os he hecho, Dios mio, exclamó, para que me trateis de esa manera!

—Hace cuatro años que nos estais tiranizando, gritó una voz.

Y el emperador continuó la lectura.

Pero conforme iba leyendo se iban aumentando los agravios: las espresiones, cada vez mas injuriosas, concluyeron por lastimarle: la cólera reemplazó á la dignidad, y olvidando que estaba solo, desnudo, desarmado y rodeado de hombres con sombrero puesto y espada en mano, estrujó con violencia el acta de abdicacion, y arrojándola á sus pies:

—¡Jamás! dijo: ¡antes la muerte!

A estas palabras hizo un movimiento para apoderarse de su espada, que estaba á pocos pasos de distancia sobre un sillón.

En aquel momento llegaba el segundo grupo, que se componia en gran parte de jóvenes nobles degradados ó despedidos del servicio, entre los que era uno de los principales el principe Tatetsvil, que habia jurado vengarse de aquel insulto. Así fue que apenas entró, se lanzó sobre el emperador, se abrazó con el cuerpo á cuerpo, y despues de una corta lucha, cayeron ambos, derribando al mismo tiempo la lámpara y la pantalla. El emperador arrojó un grito terrible, porque al caer se habia pegado con la cabeza contra la esquina de la chimenea, haciéndose una profunda herida. Sartarinow, el principe

Wercinskoi y Seriatin, temiendo que fuese oído aquel ruido, se lanzaron sobre él. Pablo se levantó un momento y volvió á caer. Todo aquello pasó en la mayor oscuridad, en medio de gritos y gemidos, unas veces agudos y otras sordos. Al fin el emperador separó la mano que le tenía cerrada la boca.

—Señores, exclamó en francés: señores, dejadme al menos el tiempo de orar á Di...

La última sílaba de la palabra quedó sofocada: uno de los conjurados se quitó su banda y la pasó alrededor de los costados de la víctima, á quien no se atrevían á estrangular por el cuello porque el cadáver debía ser espuesto y era preciso que la muerte pasase por natural. Entonces los gemidos se convirtieron en ronquidos, y muy luego cesaron de oírse estos: sucediéronle algunos movimientos convulsivos que cesaron pronto, y cuando Beningsen entró con luces, el emperador había dejado de existir. Entonces fue cuando notaron los conjurados la herida de la mejilla, pero nada importaba: como la muerte debía atribuirse á una apoplejía fulminante, no era de extrañar que al caer hubiese tropezado contra un mueble y se hubiese herido.

En el momento de silencio que sigue al crimen, mientras que á la luz de los hachones que trajo Beningsen contemplaban el cadáver inmóvil, se deja oír un ruido en la puerta de comunicacion: este ruido lo producía la emperatriz, que, habiendo oído gritos ahogados y voces amenazadoras, se dirige al cuarto del emperador. Los conjurados se asustaron

al principio; pero reconociendo la voz, se tranquilizan: además, la puerta, cerrada para Pablo, lo estaba también para ella, y tenían tiempo para acabar su obra.

Beningsen levanta la cabeza del emperador, y viendo que Pablo está inmóvil, le hace llevar á su lecho. Entonces entró Pahlen con la espada desnuda, pues, fiel á su doble papel, esperó á que todo estuviese concluido para colocarse entre los conjurados. Al ver á su soberano en aquel estado, se detiene á la puerta pálido de terror, y tiene que apoyarse contra la pared.

—Vamos, dijo Beningsen, que habiendo entrado uno de los últimos en la conspiración fue el único que conservó durante aquella noche fatal su inalterable sangre fría; tiempo es ya de pensar en prestar juramento al nuevo soberano.

—¡Sí, sí! exclamaron todos, que tenían mas prisa por salir de aquella habitación de la que habían mostrado para entrar en ella; sí, sí; vamos á prestar homenaje al nuevo emperador. *¡Viva Alejandro!*

Entre tanto, la emperatriz María, viendo que no podía entrar por la puerta de comunicación, y oyendo el tumulto que continuaba, dió la vuelta para ir á la habitación del emperador; pero en un salón por donde tenía que pasar halló á Pettaroskoi, teniente de los guardias de Semonowki, con treinta hombres que se hallaban á sus órdenes. Fiel á su consigna, Pettaroskoi le impide el paso.

—Perdonad, señora, la dijo inclinándose profundamente; pero no puedo dejaros pasar.

—¿No me conocéis? dijo la emperatriz.

—Sí, señora; tengo el honor de hablar á S. M. la emperatriz; pero tengo orden de impedir os el paso.

—¿Y quién os ha dado esa consigna?

—Mi coronel.

—Veamos, dijo la emperatriz, si os atreveis á ejecutarla.

En aquel momento los conjurados salieron tumultuosamente de la habitacion de Pablo, gritando: *¡Viva Alejandro!* Beningsen, que iba á su cabeza, se adelanta hácia la emperatriz; ella le reconoce, y llamándole por su nombre, le suplica que la deje pasar.

—Señora, le dijo Beningsen: todo está ya concluido, y no hariais mas que comprometer vuestra vida; la de Pablo ha terminado ya.

A estas palabras, la emperatriz arrojó un grito, y cayó sobre un sillón; las dos grandes duquesas Maria y Cristina, que se habian levantado tambien al oír el tumulto, y que acudieron poco despues que la emperatriz, se pusieron de rodillas á su lado. Conociendo que iba á perder el sentido, la emperatriz pidió un poco de agua, y un soldado trajo un vaso lleno; la gran duquesa Maria dada en dárselo á beber á su madre, temiendo que el agua esté envenenada. El soldado adivina su temor, bebe la mitad del líquido, y presentando el resto á la gran duquesa:

—Ya lo veis, le dijo; S. M. puede beber sin temor.

Beningsen dejó á la emperatriz al cuidado de las grandes duquesas, y baja al cuarto del principe Alejandro. Este estaba situado debajo del de Pablo; todo lo habia oido: el pistoletazo, la caída, los quejidos y el estertor. Habia querido salir para socorrer á su padre; pero la guardia que Pahlen puso á su puerta se lo impidió. Las precauciones estaban bien tomadas, y el pobre prisionero no podia hacer nada.

Entonces fue cuando Beningsen entró con los conjurados; los gritos de *¡viva el emperador Alejandro!* le anunciaron que todo estaba concluido. El modo con que subia al trono no le era desconocido; así es que cuando vió á Pahlen entrar el último:

—¡Ah, Pahlen! exclamó: ¡qué página para el principio de mi historia!

—Señor, respondió Pahlen: las que la sigan la harán olvidar.

—¿Pero no conocéis que dirán que yo soy el asesino de mi padre?

—Señor, dijo Pahlen: en este momento solo debéis pensar en una cosa, y es que á estas horas...

—¿En qué quereis que piense sino en mi padre?

—Pensad en haceros reconocer por el ejército.

—Pero ¿y mi madre? Y la emperatriz, ¿qué será de ella?

—No corre ningun peligro, respondió Pahlen;

pero en nombre del cielo, no perdamos un momento.

—¿Y qué debo hacer? preguntó Alejandro, que no podía obrar por sí.

—Señor, es preciso que me sigais ahora mismo, porque el menor retraso puede ocasionar las mayores desgracias.

Pahlen condujo al emperador á un carruaje que habia mandado disponer para conducir á Pablo á la fortaleza: el emperador subió á él derramando lágrimas. Cerrose la portezuela; Pahlen y Zoubaw subieron detras en el sitio de los lacayos, y el carruaje, que llevaba los nuevos destinos de la Rusia, salió á galope para el palacio de Invierno, escoltado por dos batallones de la guardia. Beningsen quedó al lado de la emperatriz, porque uno de los últimos encargos de Alejandro habia sido que cuidasen de su madre.

En la plaza del Almirantazgo encontró Alejandro los principales regimientos de la guardia: *¡El emperador; el emperador!* gritaban Pahlen y Zoubow señalando á Alejandro. *¡El emperador; el emperador!* gritaban los dos batallones que le escoltaban. *¡Viva el emperador!* contestaron á una voz todos los regimientos.

En aquel momento todos se precipitaron hácia la portezuela del carruaje, y sacando de él á Alejandro, pálido y desfallecido, le arrastran y le llevan en triunfo jurándole fidelidad con un entusiasmo que le prueba que los conjurados, al cometer un cri-

men, no han hecho mas que cumplir los deseos del pueblo. Le era por lo tanto preciso, á su pesar, renunciar al castigo de sus asesinos.

Estos se hallaban retirados en sus casas, no sabiendo lo que el emperador resolveria respecto á ellos.

Al dia siguiente, la emperatriz prestó á su vez juramento de fidelidad á su hijo. Segun las leyes del imperio, ella era quien debia suceder á su marido, pero al ver los peligros de la situacion, renunció sus derechos.

El cirujano Vette y el médico Stoff, encargados de la autopsia del cadáver, declararon que el emperador Pablo habia muerto á consecuencia de una apoplejía fulminante: la herida de la mejilla se atribuyó á un golpe recibido en el momento de su caída.

El cuerpo fue embalsamado y espuesto al público por espacio de quince dias sobre un catafalco, en cuyas gradas la etiqueta obligó á Alejandro á presentarse mas de una vez; pero ni una sola las subió sin que se le viese palidecer y derramar lágrimas. Poco á poco los conjurados fueron alejados de la corte; los unos recibieron comisiones; los otros fueron incorporados á los regimientos de la Siberia, y solo Pahlen conservaba su empleo de gobernador militar de San Petersburgo, aunque su sola vista era un remordimiento para el emperador. Así es que aprovechó la primera ocasion que se le presentó pa-

ra alejarle, y hé aquí cómo se presentó esta ocasión.

Algunos días después de la muerte de Pablo, un sacerdote presentó una santa imagen que decía haberle sido enviada por un ángel, bajo la cual se leían estas palabras: *Dios castigará á todos los asesinos de Pablo I.* Informado de que el pueblo se agolpaba á la puerta de la capilla donde habia espuesto la milagrosa imagen, y asegurando que este suceso podria producir alguna desagradable impresion en el ánimo del emperador, Pahlen pidió permiso para poner término á las intrigas del sacerdote, permiso que le concedió Alejandro. De resultas de esto, el sacerdote fue azotado, y en medio del suplicio declaró que habia obrado de aquel modo bajo las sugerencias de la emperatriz; para prueba de lo cual dijo que hallarian en su oratorio una imagen semejante á la suya. Fundado en esta denuncia, Pahlen mandó abrir la capilla de la emperatriz, y habiendo encontrado efectivamente la imagen, la mandó quitar de allí.

La emperatriz, con justa razon, tomó esto por un insulto, y pidió satisfaccion de él á su hijo; Alejandro solo buscaba un pretexto para alejar á Pahlen, y se guardó muy bien de dejar escapar la ocasión que se le presentaba: entonces Mr. de Becklecleuw fue encargado de transmitir á Pahlen una orden del emperador para que se retirase á sus tierras.

—Ya me lo esperaba, dijo Pahlen sonriendo,

y tenia hechos de antemano mis preparativos.

Una hora despues el conde Pahlen envió al emperador la dimision de todos sus cargos, y aquella misma noche partiò para Riga.

V.

El emperador Alejandro no tenia aun veinte y cuatro años cuando subió al trono. Habia sido educado bajo la direccion de su abuela Catalina, segun un plan dispuesto por ella misma, y una de las principales bases de este plan era la siguiente: «No se enseñará á los grandes duques ni la poesía ni la música, porque necesitarian dedicar demasiado tiempo á este estudio para que llegasen á perfeccionarse en él.» Alejandro recibió por lo tanto una educacion austera, de la que se escluyeron casi totalmente las bellas artes: su preceptor, La Harpe, elegido por la misma Catalina, y á quien apellidaban en la corte el *jacobino*, por ser, no solo suizo, sino tambien hermano del valiente general La Harpe, que servia en el ejército francés, era indudable-

mente el hombre que se necesitaba para infundir en su discípulo las ideas generosas y equitativas, tan importantes sobre todo en aquellas personas cuyas impresiones de todo el resto de la vida deben combatir los recuerdos de la juventud. Esta eleccion de Catalina era digna de notarse en una época en que los tronos vacilaban, conmovidos por el volcan revolucionario; en que Leopoldo moria, segun se dijo, envenenado; en que Gustavo era asesinado por Ankastraem, y en que Luis XVI presentaba su cabeza al verdugo.

Uno de los encargos principales de Catalina fue el de alejar de los grandes duques toda idea relativa á la diferencia de sexos y al amor que los reune. El célebre Pallas les hacia estudiar en los jardines un curso de botánica; la esposicion del sistema de Lineo sobre los sexos de las flores, y sobre el modo con que se fecundaban, habia dado lugar á una infinidad de preguntas por parte de sus discípulos, preguntas que era muy difícil satisfacer. Protasow, que se hallaba encargado de vigilar la educacion de los principes, se halló en la precision de dar parte de ello á Catalina, quien mandó llamar á Pallas y le recomendó que eludiese todos los detalles sobre los *pistilos* y sobre los *estambres*. Como esta prohibicion hacia imposible un curso de botánica, y el silencio del profesor no servia mas que para entrar en mayor curiosidad á sus discípulos, se decidió suspenderlo. Con todo, aquel plan de educacion no podia durar mucho tiempo, y aunque Alejandro era

niño aun, Catalina debía pensar en casarle muy pronto.

Tres jóvenes princesas alemanas fueron presentadas en la corte de Rusia para que la abuela pudiese elegir entre ellas una esposa para su nieto. Catalina supo su llegada á San Petersburgo, y faltándole tiempo para verlas y juzgarlas, las invitó á que fuesen á palacio, y las esperó asomada á una ventana, desde donde podia verlas apearse del carruaje. Un momento despues llegó el coche que las conducia: se abrió la portezuela, y una de las tres princesas saltó en tierra sin apoyar el pie en el estribo.

—No será esta, dijo la anciana Catalina moviendo la cabeza, la emperatriz de Rusia; es demasiado viva de genio.

La segunda bajó a su vez, y el vestido se le enredó entre las piernas, de modo que estuvo á punto de caerse.

—Tampoco esta será la emperatriz, dijo Catalina; es demasiado torpe.

Bajó por fin la tercera, hermosa, grave y majestuosa.

—Hé aquí la emperatriz de Rusia, dijo Catalina. Era esta Luisa de Bade.

Catalina mandó venir á sus nietos á su habitacion, mientras que las jóvenes princesas se hallaban en ella: dijoles que como conocia á su madre la duquesa de Baden Durlach, princesa de Darmstadt, y que como los franceses se habian apoderado de su pais, las mandaba llamar á San Petersburgo para en-

cargarse de su educacion. A los pocos momentos llegaron los principes, y hablaron mucho de las tres jóvenes. Alejandro dijo que la mayor era muy linda.—«Y yo, dijo Constantino, no encuentro bonita á ninguna de ellas. Preciso será enviárselas á los principes de Curlandia; para ellos son las únicas.»

La emperatriz supo el mismo día la opinion de su nieto respecto á la esposa que le habia destinado de antemano, y miró como un favor de la Providencia esta simpatia juvenil, que tan bien se acomodaba á sus intenciones.

En efecto, el gran duque Constantino habia juzgado mal, pues la joven princesa, con toda la frescura de su edad, tenia hermosos y poblados cabellos rubios, flotantes sobre sus hombros, el tallo esbelto y flexible como el de una hada de las orillas del Rhin, y los rasgados ojos azules de Margarita de Goethe.

Al día siguiente pasó á verlas la emperatriz al palacio de Potemkin, donde se hallaban alojadas: como llevaban aun su traje nacional, les llevó telas, alhajas, y por último, el cordon de Santa Catalina; al poco tiempo de entrar en conversacion, hizo que le enseñasen sus trajes, examinó todas las prendas una por una, y, terminado el exámen, las besó en la frente sonriendo, y les dijo:

—Queridas mias, yo no era mas rica que vosotras cuando vine á San Petersburgo.

Y efectivamente, Catalina habia venido á Rusia

pobre; pero abandonando una herencia: la Polonia y la Tauride.

La princesa Luisa, por su parte, habia experimentado el mismo sentimiento que habia producido Alejandro, á quien Napoleon apellidó algun tiempo despues el mas hermoso y el mas cumplido de los griegos, era un jóven lleno de gracia y de talento, de un carácter igual, tan dulce y benévolo, que tal vez se le habria podido acusar de un poco de timidez. Así es que la sencilla jóven alemana no procuró ocultar su simpatia hácia el príncipe, y Catalina, decidida á aprovecharse de ella, les anunció muy pronto á ambos que estaban destinados el uno para el otro. Alejandro mostró la mayor alegría, y Luisa lloró de felicidad.

Poco despues empezaron los preparativos del matrimonio: la futura esposa se prestó con la mejor voluntad á cuanto se exigia de ella; aprendió la lengua rusa; se inició en la religion griega; hizo pública profesion de su nueva fe; recibió sobre sus pies y sus brazos desnudos el óleo santo, y fue proclamada gran duquesa bajo el nombre de Isabel Alexiewna, que era el mismo nombre de la emperatriz Catalina, hija de Alejo.

A pesar de todas las previsiones de Catalina, este matrimonio precoz estuvo á punto de ser desgraciado para el uno, y fue positivamente fatal á la otra. A Alejandro le salvó poco para quedarse sordo; en cuanto á la emperatriz, era ya vieja á la edad en que debia ser una jóven. El emperador era her-

moso ; habia , como hemos dicho , heredado el corazon de Catalina , y apenas la corona nupcial se hubo marchitado en la frente de la desposada , cuando llegó á ser para ella una corona de espinas .

Ya hemos visto el modo con que Alejandro subió al trono : el profundo dolor que el nuevo emperador sintió por la muerte de su padre le devolvió á su esposa . Aunque Pablo fuese para ella poco mas que un extraño , ella le lloró como si hubiese sido su hija ; las lágrimas buscaron á las lágrimas , y los dias de desgracias produjeron noches de felicidad .

Dejo á cargo de la historia referir las jornadas de Austerlitz , Friedland , Tilsit y Erfurt en 1812 y 1814 . Por espacio de diez años Alejandro fue iluminado por el resplandor de Napoleon ; luego llegó un dia en que todas las miradas , siguiendo al vencido , lo apartaron del vencedor : en esta época es donde volvemos á tomar el hilo de su historia .

Durante aquellos diez años , el adolescente se habia hecho hombre . El ardor de sus primeras pasiones no habia disminuido ; pero por galante y risueño que fuese con las mujeres , por cumplido y bondadoso que apareciese para con los hombres , no dejaban de pasar de cuando en cuando nubes sombrías por su imaginacion : eran estos los recuerdos mudos , pero terribles , de aquella sangrienta noche en que habia oido sobre su cabeza la agonía de un padre . Poco á poco , y á medida que aumentó en años , estos recuerdos fueron haciéndose mas frecuentes y

amenazaron llegar á ser una melancolía continua. Procuró combatirlos con el movimiento y por la imaginación, y entonces se le vió dedicarse á reformas imposibles y á llevar á cabo viajes insensatos.

Alejandro, educado, como hemos dicho, por el hermano del general La Harpe, habia conservado de su educación liberal una inclinación á la ideología, que sus viajes á Francia, Inglaterra y Holanda no habian hecho mas que aumentar. Las ideas de libertad, sembradas durante la invasión, germinaban en todos los ánimos, y en vez de contenerlas, el emperador las daba pábulo, dejando de vez en cuando escapar de sus labios la palabra *constitucion*. Finalmente, Mad. de Krudner apareció, y el misticismo vino á reunirse á la ideología: bajo esta doble influencia se hallaba el emperador cuando llegué yo á San Petersburgo.

En cuanto á sus viajes, serian una cosa fabulosa á los ojos de los parisienses. Se ha calculado que el emperador, en sus diversas escursiones en el interior y en el exterior de su Imperio, habia recorrido unas cincuenta mil leguas, y lo singular de estos viajes es que el día de la llegada quedaba fijado el mismo día de la partida. Así fue que el año anterior á mi viaje, el emperador salió para la Rusia central del Sud el 26 de agosto, anunciando que se hallaria de vuelta el 2 de noviembre, y la órden que presidió al empleo de los días estuvo tan invariablemente fijada de antemano, que, despues de haber recorrido la distancia de mil ochocientas setenta leguas,

Alejandro entró en San Petersburgo en el día y hora que había fijado.

El emperador emprende estos largos viajes, no solo sin escolta, sino casi solo, y como deja conocerse, en casi todos ellos tienen lugar sorpresas singulares y peligros imprevistos, á los que el emperador hace frente con la afabilidad de Enrique IV ó con el valor de Carlos XII.

En un viaje á Finlandia con el principe Pedro Volkouski, que era el único que le acompañaba en el momento en que este acababa de dormirse, el carruaje imperial, que subia por una cuesta rápida y cubierta de arena, llegó á vencer la fuerza del tiro, y empezó á retroceder. Alejandro saltó al momento á tierra, sin despertar á su compañero de viaje, y se puso á empujar las ruedas, ayudado por sus criados. Entre tanto el principe, despertado por aquel cambio de direccion del movimiento, se ve solo: mira con asombro en torno suyo, y ve al emperador enjugándose el sudor de la frente: el carruaje había ya llegado al fin de la cuesta.

En otra ocasion, en un viaje por el interior, el emperador, llegando á una aldea, y en tanto que mudaban caballos, quiso dar un paseo á pie; así es que encargó á los postillones que fuesen despacio, para que le diesen tiempo para adelantarse, y solo, vestido con una levita militar, y sin insignia alguna, cruzó la poblacion y llegó á un punto en que el camino se dividia en dos: ignorando cuál de ellos debía seguir, Alejandro se acercó á un hombre, ves-

tido tambien de militar, y que se hallaba fumando à la puerta de una casa.

—Buen amigo, le dijo el emperador; ¿cuál de estos dos caminos debo seguir para ir á?...

El desconocido le miró de pie à cabeza, y admirado de que un cualquiera se atreviese à hablar con aquella familiaridad à un hombre de su importancia, pues en Rusia, mas que en ninguna otra parte, la distancia de grados establece una gran distancia entre los jefes y los subalternos, dejó escapar desdenosamente, entre dos bocanadas de humo, estas palabras:

—El de la derecha.

—Perdonad, caballero, dijo el emperador llevando la mano à su sombrero; pero desearia haceros aun otra pregunta. ¿Me permitireis que os pregunte el grado que teneis en el ejército?

—Adivinadlo.

—¿Sereis tal vez teniente?

—Os quedais corto.

—¿Capitan?

—Todavia mas.

—¿Mayor?

—Mas aun.

—¿Comandante de batallon?

—Al cabo lo acertasteis.

El emperador se inclinó profundamente.

—Y ahora à mi vez, dijo el hombre de la pipa, persuadido de que se dirigia à un inferior suyo, ¿cuál es el vuestro, decidme?

—Adivinadlo, contestó el emperador.

—¿Teniente?

—Os quedais corto.

—¿Capitan?

—Mas que eso.

—¿Mayor?

—Mas aun.

—¿Comandante de batallon?

—Seguid adelante.

El demandante se quitó la pipa de la boca.

—¿Coronel?

—Aun no habeis llegado.

El desconocido se levantó, y tomó una actitud respetuosa.

—¿Será V. E. teniente general?

—Ya os vais acercando.

Entonces el hombre de la pipa llevó su mano á la gorra, y permaneció inmóvil.

—Entonces V. A. será feld-mariscal.

—Un paso mas, señor comandante de batallon.

—¡S. M. el emperador! exclamó entonces el demandante, dejando caer de sus manos la pipa, que se hizo pedazos en el suelo.

—El mismo, respondió Alejandro sonriendo.

—¡Ah, señor! exclamó el oficial cayendo de rodillas; perdonadme.

—¿Y de qué quereis que os perdone? le dijo el emperador; os he preguntado el camino que debia seguir, y me lo habeis indicado. Gracias.

Y diciendo estas palabras, el emperador hizo un

saludo con la mano al pobre jefe de batallón, y tomó el camino de la derecha, en el que no tardó en reunírsele el carruaje.

En otro viaje, en que visitaba sus provincias del Norte, el emperador, al cruzar un lago, situado en el departamento de Arcángel, fue asaltado por una violenta tempestad.

—Amigo mio, dijo el emperador al piloto; hace unos mil ochocientos años que en iguales circunstancias un general romano decia á su piloto:—«Nada temas, porque llevas contigo á César y á su fortuna.» Yo soy menos confiado que César, y te diré únicamente:—«Amigo mio, olvida que soy el emperador; no veas en mí mas que un hombre como tú, y procura que ambos nos salvemos.» El piloto, que empezaba á aturdirse, pensando en la responsabilidad que pesaba sobre él, cobró ánimo en el momento, y la barca, dirigida por una mano firme, llegó sin accidente ninguno á la orilla.

Alejandro no habia sido siempre tan feliz, y en peligros mucho menores le habian ocurrido accidentes mas graves. Durante su último viaje á las provincias del Don, volcó su droschki y se hirió en una pierna: esclavo de la disciplina que él mismo se habia impuesto, quiso continuar su viaje para llegar el dia fijado, y el cansancio y la falta de precaucion habian empeorado su herida; desde entonces, y de cuando en cuando, se le presentaban erisipelas en la pierna, obligando al emperador á guardar cama por espacio de muchos dias, y á cojear

por espacio de algunos meses. De entonces datan estos accesos que redoblaban su melancolia, pues en aquellos momentos se hallaba frente á frente con la emperatriz, y en su semblante triste y pálido, del cual parecia haber desaparecido la sonrisa, hallaba siempre una acusacion viva, pues él era quien habia causado aquella tristeza y aquella palidez.

El último ataque de este mal, que fue en el invierno de 1824, en la época del matrimonio del gran duque Miguel, y en el momento en que el emperador supo por Constantino la existencia de aquella eterna, pero invisible conspiracion que, adivinada sin saberse, habia inspirado vivas inquietudes, era Czarko-Selo la residencia favorita del principe, cuya habitacion le agradaba mas á medida que aumentaba aquella insuperable melancolia. Despues de haber paseado á pie, y solo, como tenia de costumbre, entró en el palacio, arrecido de frio, y mandó llevar la comida á su habitacion. Aquella misma noche se le declaró una erisipela mas violenta que las anteriores, acompañada de fiebre, de delirio y de ataque al cerebro. En el momento condujeron al emperador á San Petersburgo en un trineo cerrado, y, reunida una junta de médicos, se decidió hacerle la amputacion de la pierna para evitar la gangrena. Unicamente el doctor Willye, cirujano particular del emperador, se opuso á ello, respondiendo con su cabeza del augusto enfermo. Con efecto, gracias á sus cuidados, el emperador reco-

bró la salud; pero su melancolía aumentó aun mas durante aquella enfermedad; de manera que, como he dicho, las últimas fiestas del carnaval habian sido muy tristes.

Asi que se hubo restablecido volvió á su querido Czarko-Selo, donde continuó con su modo de vivir acostumbrado: la primavera le encontró aun allí, solo, sin corte, y no recibiendo á los ministros sino dos veces á la semana; allí su existencia era mas bien la de un anacoreta que fuera sus faltas que la de un gran emperador que hace el honor de su pueblo. Alejandro se levantaba á las seis en invierno y á las cinco en verano, y se encerraba en su despacho, que hacia tener siempre con el mas esmerado arreglo, y donde encontraba siempre sobre su mesa un pañuelo de batista planchado y doblado y un mazo de diez plumas recientemente cortadas. El emperador se ponía á trabajar, no usando nunca la pluma de que se habia servido el dia anterior, aunque no hubiese sido empleada mas que para poner su nombre. Luego, despachado el correo y la firma, bajaba al jardin, donde, á pesar de los rumores de conspiracion que corrian hacia dos años, se paseaba siempre solo y sin otra guardia que los centinelas del palacio Alejandro. A las cinco volvía á su cuarto, esmia solo y se acostaba á la hora de la retreta, que la música de los guardias tocaba bajo sus ventanas, y cuyas tocatas, escogidas siempre por él entre las mas melancólicas, le adormecian por fin en una disposicion semejante á aquella en que habia pasado el dia.

Por su parte, la emperatriz Isabel vivía en una profunda soledad, velando sobre el emperador como un ángel invisible. La edad no había debilitado el amor profundo que el joven príncipe le había inspirado desde un principio, y que conservaba puro y eterno á pesar de la infinita infidelidad de su marido. En la época en que yo la vi era una mujer de cuarenta y cinco años, de esbulto y bien formado talle, y en su rostro se veían aun los restos de una gran belleza que empezaba á declinar, después de treinta años de lucha contra el dolor. Casta como una santa, jamás la calumnias mas venenosas habían podido hacer presa en ella, de modo que al verla se inclinaban menos ante el poder que ante la bondad suprema, menos ante la reina de la tierra que ante el ángel desterrado del cielo.

Cuando llegó el verano, los médicos decidieron por unanimidad que era preciso un viaje para el completo restablecimiento de la salud del emperador, y ellos mismos indicaron la Crimea como el mejor clima para su convalecencia. Alejandro, contra su costumbre, no había determinado viajar aquel año, y recibió con la mayor indiferencia el mandato de los médicos.

Apenas se resolvió el viaje, cuando la emperatriz solicitó y obtuvo el permiso de acompañar á su esposo. Esta marcha produjo un aumento de trabajo para el emperador, porque todos se apresuraban á terminar sus negocios, como si no debieran volver á verlo, y tuvo precisión por espacio de quince días

de levantarse mas temprano y de acostarse mas tarde. Con todo, su salud no se habia alterado visiblemente, cuando en el mes de junio, despues de un oficio cantado por la prosperidad del viaje, y al que asistió toda la familia imperial, salió de San Petersburgo, acompañado de la emperatriz, conducido por su cochero el fiel Ivan, y seguido de algunos oficiales á las órdenes del general Diebitch.

20. 1911年10月10日武昌首義，各省紛紛響應，清政府於11月12日宣佈退位，中華民國正式成立。此後，各省紛紛宣佈獨立，清政府於12月15日宣佈退位，中華民國正式成立。此後，各省紛紛宣佈獨立，清政府於12月15日宣佈退位，中華民國正式成立。

VI.

El emperador llegó á Taganrog á fines de agosto de 1825, despues de haber pasado por Varsovia, donde se detuvo algunos dias para celebrar el aniversario del nacimiento del gran duque Constantino. Este era el segundo viaje que el emperador hacia á esta ciudad, cuya situacion le agradaba, y donde dijo muchas veces q ue tenia intencion de retirarse. El viaje le habia hasta entonces probado muy bien, así como á la emperatriz, y se auguraba muy bien de su estancia bajo el hermoso cielo adonde iba á buscar su curacion. Por lo demas, la predileccion del emperador por Taganrog no se hallaba justificada mas que por las mejoras futuras que habia pensado hacer, pues tal como era entonces esta pequeña ciudad, situada sobre la orilla del mar de Azof, no se componia mas que de un millar de malas casas, de las que una sesta parte se hallaban construidas de

ladrillo y piedras : las demas no eran mas que cajones de madera cubiertos de una especie de barro. En cuanto á las calles, que son anchas, es cierto, pero que no están empedradas , el piso tiene tal blandura, que á la menor lluvia se hundén sus habitantes hasta la rodilla. En cambio , cuando el sol ó el viento secaban aquellas masas húmedas, el ganado y los caballos que pasaban cargados con los productos del pais levantaban bajo sus pies torrentes de polvo que la brisa arremolinaba de tal modo, que en medio del dia, y á pocos pasos, no se podia distinguir á un hombre de un caballo. Este polvo se introduce en todas partes, entra en las casas , penetra por entre las persianas cerradas y por las vidrieras; se introduce á través de los vestidos por tupidos que sean , y enturbia el agua con una especie de sedimento que no puede precipitarse sino haciéndola cocer con sal de tártaro.

El emperador se detuvo en la casa del gobernador , situada enfrente de la fortaleza de Azof ; pero no se le encontraba allí casi nunca , pues salia por la mañana y no volvia hasta la hora de comer; esto es, á las dos. Lo demas del tiempo lo empleaba en recorrer la ciudad á pie por el lado ó en medio del polvo , despreciando todas las precauciones que los mismos habitantes del pais tomaban contra las fiebres de otoño, que habian sido muy numerosas y muy malignas aquel año. Su principal ocupacion era el delineamiento y el plantio de un gran jardín público, cuyos trabajadores se hallaban á las órdenes

de un inglés que había mandado venir de San Petersburgo. Por la noche dormía sobre su cama de campo, reclinada la cabeza en un almohadon de cuero.

Algunos decían que estas ocupaciones aparentes velaban un plan oculto, y que el emperador no se había retirado de aquel modo á una estremidad de su imperio sino para tomar en la soledad alguna gran determinacion, que esperaban de un momento á otro ver salir de aquella pequeña ciudad de las lagunas Meotidas, un plan de constitucion para toda la Rusia: aquel era, si se habia de creer, el verdadero objeto de aquel viaje sanitario; el emperador habia querido obrar libre de la influencia de su antigua nobleza, tan adherida aun á sus preocupaciones como lo estaba en tiempo de Pedro el Grande.

Sin embargo, Taganrog no era mas que el punto principal de la residencia de Alejandro; Isabel era la que permanecia siempre allí, porque no hubiera podido soportar las correrias que hacia el emperador por el pais del Don, tan pronto á Teberkask como á Donetz. De vuelta de una de estas correrias, iba á marchar á Astracán, cuando la repentina llegada del conde Woronzoff, el mismo que ocupó la Francia hasta 1818, y que era gobernador de Odesa, echó por tierra el nuevo proyecto. En efecto, Woronzoff venia á avisar al emperador que iban á estallar en Crimea grandes revueltas, y que solo su presencia podria contenerlas. Preciso le era andar trescientas leguas; ¿pero qué son trescientas leguas

en Rusia, donde los caballos de erizadas crines salvan llamas y selvas con la rapidez de un sueño?

Alejandro prometió á la emperatriz estar de vuelta antes de tres semanas, y dió las órdenes necesarias para la partida, que debía tener lugar despues que regresase un correo que habia enviado á Alupka.

Llegó el correo, que traía nuevos detalles sobre la conspiracion. Habíase llegado á saber que se atetaba, no solo contra el gobiérno, sino contra la vida del emperador. Al oír esto Alejandro, dejó caer la cabeza entre sus manos, y arrojando un profundo suspiro, exclamó:

— ¡Oh, padre mio, padre mio!

Eran ya las doce de la noche; el emperador mandó llamar al general Disbitch, que vivia en una casa próxima. En tanto que este llegaba, el emperador parecia muy inquieto, y se paseaba á grandes pasos por su habitacion, recostándose de vez en cuando en la cama. Llegó por fin el general: pasáronse dos horas en escribir y en deliberar, despues de las cuales salieron dos correos, uno dirigido al virey de Polonia y el otro al gran duque Nicolás.

Al dia siguiente las facciones del emperador habian recobrado su serenidad habitual; y ninguno podia leer en su fisonomia la agitacion que habia experimentado durante la noche. Sin embargo, Woronzoff le halló, al ir á tomar órdenes, en un estado de irritabilidad muy poco en armonía con la dulzura de su carácter.

La marcha quedó fijada para el día siguiente.

El viaje no hizo mas que aumentar su malestar moral; á cada paso, cosa que no sucedió nunca hasta entonces, el emperador se quejaba de la lentitud de los caballos y del mal estado de los caminos. Su mal humor se aumentaba, sobre todo cuando su médico Willye le aconsejaba que tomase alguna precaución contra el viento frío del otoño. Entonces arrojaba su capa y sus pieles, y parecía buscar los peligros que le aconsejaban que evitase. Por fin, tantas imprudencias, produjeron su fruto: el emperador fue acometido una noche de un acceso de tos muy violenta, y al día siguiente, al llegar á Orieloff, se le declaró una fiebre intermitente, que en pocos días, y ayudado de la obstinacion del enfermo, se cambió en remitente, fiebre que Willye reconoció al momento, por ser lo que habia reinado durante el otoño desde Taganrog hasta Sebastopol.

Así, pues, fue preciso interrumpir el viaje.

Alejandro, como si hubiera conocido la gravedad de su estado, y quisiese ver á la emperatriz antes de morir, exigió que le volvieran á conducir á Taganrog, siempre en contradicción con las precauciones de Willye: el emperador hizo una gran parte del camino á caballo; pero al poco tiempo, no pudiendo ya sostenerse sobre la silla, le fue preciso subir al coche: por último, el 5 de noviembre entró en Taganrog, y apenas puso los pies en el palacio del gobernador, cayó desmayado.

La emperatriz, que se hallaba tambien muy en-

ferma, á consecuencia de una afección del corazón, olvidó al momento sus padecimientos para ocuparse únicamente de los de su esposo. La fiebre fatal, á pesar del cambio de sitio, tenía accesos diarios; de manera que el día 8, agravándose los síntomas, sir James Willye pidió que se le uniese el médico de la emperatriz, Stophiegen. El 13, ambos médicos, para combatir la afección cerebral que amenazaba complicar la enfermedad, propusieron al emperador que se sangrase; pero este se opuso resueltamente á ello, y no hizo mas que tomar agua de nieve. A eso de las cuatro de la tarde pidió papel y tintero, escribió y selló una carta, y como la vela se habia quedado encendida:

—Amigo mio, dijo á un criado: apaga esa luz; podian creer otra cosa, y figurarse que he muerto ya.

El día 14, los dos médicos volvieron á insistir en que se sangrase, secundados por las súplicas de la emperatriz; pero todo fue inútil, y no consiguieron mas que incomodar al emperador. Pero arrepintiéndose en el mismo momento de su arrebato de cólera, y llamando á los facultativos, les dijo:

—Escuchad, Stophiegen, y vos, sir James Willye: tengo sumo placer en veros, y, sin embargo, os prevengo que tendré que renunciar á este placer, si me rompéis la cabeza con vuestra medicina.

Sin embargo, á las doce del día, el emperador consintió en tomar una dosis de calomelanos.

A eso de las cuatro de la tarde, la enfermedad ha-

bia hecho tales progresos, que fue menester avisar al momento á un sacerdote. Sir James Willye fue quien se encargó de decir al emperador moribundo, de parte de la emperatriz, que ya que continuaba negándose á admitir los auxilios de la medicina, no rehusase los de la religion.

El emperador contestó que respecto á este punto se hallaba dispuesto á todo.

El 15 á las cinco de la mañana entró el confesor en su cuarto, y apenas le vió el emperador, cuando le dijo:

—¡Padre mio! Trátadme como á un hombre, y no como á un emperador.

El sacerdote se acercó á la cama, y dió los Sacramentos al augusto enfermo.

Como sabia la obstinacion de Alejandro en no querer usar de remedio ninguno, atacó en este punto la religiosidad del moribundo, diciéndole que si continuaba así, era de creer que Dios tomase por un suicidio su muerte. Esta idea produjo tal efecto en Alejandro, que llamó al punto á Willye, y le dijo que se ponía en sus manos para que hiciese lo que mejor le pareciera.

Willye mandó que se le aplicasen veinte sanguijuelas á la cabeza; pero ya era demasiado tarde. El enfermo estaba devorado por una ardiente calentura; de suerte que desde aquel momento se principió á perder toda esperanza, y la habitacion se llenó de servidores que lloraban y gemian. En cuanto á Isabel, solo se apartó de la cabecera del enfermo para

dejar el puesto al confesor, y luego que este salió, volvió á ocupar su mismo sitio.

A eso de las dos pareció que el emperador sentía dolores más acerbos, y el enfermo hizo señal de que se acercasen á él, como si quisiera comunicar algun secreto. Entonces, mudando al parecer de idea:

—Los reyes, dijo, sufren mas que los demas.

Y parándose de repente, murmuró, dejándose caer sobre su almohada:

—Ahí cometieron una accion infame.

¿A qué hacia alusion? Nadie lo sabe; pero algunos han creido que era una última reconvencion á los asesinos de Pablo.

Durante la noche perdió el emperador el conocimiento.

A eso de las dos de la madrugada el general Diebitch habló de un anciano llamado Alejandrowitch, de quien habia oído decir que habia salvado á varios tártaros de la misma calentura á que el emperador sucumbia. Al punto sir James Willys exigió se fuera á buscar á aquel hombre, y la emperatriz, animada con aquel rayo de esperanza, mandó que fueren á su casa y se le trajesen al momento,

Durante todo este tiempo, la emperatriz permaneció de rodillas á la cabecera del moribundo, con sus ojos fijos en los de este, y mirando con espanto cómo la vida se iba retirando lentamente. A la verdad, si oraciones santas y sinceras bastaban para

conocer á Dios, el emperador no podía menos de estar salado.

A los dos de las nueve de la mañana entró el anciano. Habia consentido en venir con mucha dificultad, y casi hubo que traerlo á la fuerza. Al ver al moribundo menzó la cabeza, é interrogado sobre aquella señal infausta.

— Es ya demasiado tarde, dijo, y ademas, los que ya han quedado no padecían la misma enfermedad.

Con esta declaracion perdió Isabel toda esperanza.

En efecto, á las dos y cincuenta minutos espiró el emperador.

Era el día 1.^o de diciembre, segun el calendario ruso.

La emperatriz estaba tan inclinada sobre él, que sintió pasar su último suspiro; arrojó un grito terrible; se prosternó de rodillas, y oró: en seguida, levantándose despues de algunos minutos mas tranquila, cerró los ojos del emperador que habian quedado abiertos, le apretó la cabeza con un pañuelo, á fin de impedir que se separasen las mandíbulas, besó sus manos ya frias, y volviéndose á hincar de rodillas, permaneció en oracion hasta que los médicos obtuvieron de ella que se retirase á otro cuarto, á fin de proceder á abrir el cadáver.

La autopsia hizo descubrir dos onzas de fluido en las cavidades del cerebro, y una superabundancia en las venas y en las arterias de la cabeza. Ademas, se halló un reblandecimiento del hazo, especie de alteracion peculiar de dicho órgano cuando la muere.

te ha sido causada por las calenturas del país. De consiguiente el emperador hubiera podido salvarse si no se hubiese negado obstinadamente á recibir todo auxilio.

Al día siguiente fue espuesto el cuerpo en un estrado erigido en la casa misma donde había muerto.

La habitación estaba colgada de negro, el ataúd cubierto con un paño de oro, y una porción de cirios iluminaban el recinto. Cada persona que entraba recibía á la puerta un hacha encendida, que conservaba todo el tiempo que permanecía en la fúnebre estancia. Un sacerdote, situado á la cabecera del féretro, recitaba oraciones; dos centinelas, con la espada desenvainada, velaban día y noche, otros dos guardaban las puertas, y en cada grada de la escalera había otros dos centinelas.

El cuerpo permaneció así espuesto por espacio de veinte y dos días, visitado por una multitud de espectadores que acudían allí como á un espectáculo, y guardado por la emperatriz, que quiso asistir á la misa que se decía un día si y otro no, y que se desmayó en todas. Por último, el 23 de diciembre, á las nueve de la mañana, fue trasladado el cadáver desde el palacio al monasterio griego de San Alejandro, en donde debía permanecer espuesto hasta su salida para San Peteraburgo. Iba sobre un carro fúnebre tirado por ocho caballos, cubiertos de paja á cabeza con mantos de paño negro, bajo un dosel de tela de oro, y en un ataúd cubierto con tela de plata y adornado con escudos de armas del impe-

rio. Bajo el dosel se veía la corona del imperio. Cuatro generales mayores con ocho oficiales mayores llevaban los cordones del dosel. Las personas de la servidumbre del emperador y de la emperatriz seguían inmediatamente después con largos mantos de luto y hachas, mientras que de minuto en minuto la artillería ligera de los cosacos del Don, colocada en la esplanada de la fortaleza, disparaba un cañonazo.

Luego que el cuerpo llegó á la iglesia, fue transportado á un tablado de doce gradas, cubierto de negro y coronado por un catafalco de tela encarnada, que sostenía un zócalo cubierto de terciopelo punzó con armas de oro. Cuatro columnas sostenían el dosel, que estaba coronado por la diadema imperial, el cetro y el globo. El catafalco estaba rodeado de cortinas de terciopelo punzó y oro, y cuatro candelabros grandes, colocados en las cuatro esquinas del tablado, sostenían un número de cirios suficiente para luchar con la oscuridad de la iglesia, oscuridad causada por las colgaduras de paño negro, sembradas de cruces blancas, que cubrían las ventanas inferiores de la iglesia.

La emperatriz había querido asistir á esa última ceremonia; pero tampoco pudo dominar su emoción. Condujéronla desmayada á palacio, y, apenas hubo vuelto en sí, bajó á la capilla, donde rezó las mismas oraciones que se decían en la iglesia de San Alejandro.

En cuanto se notaron los primeros síntomas de la

enfermedad, esto es, desde el 18 del mes, el día mismo del regreso del emperador á Taganrog, se había enviado un correo á S. A. I., el gran duque Nicolás, con la noticia de la indisposición del emperador. Ese correo había sido seguido de otros, despachados con el mismo objeto, los días 21, 24, 27 y 28 de noviembre. Todas las cartas de que eran portadores anunciaban un peligro creciente, y habían sembrado la desolacion en la familia imperial, cuando, al fin, una carta del 29 llevó alguna esperanza; anunciando que el emperador, cuyo último desmayo había durado mas de ocho horas, acababa de recobrar los sentidos, había reconocido á todos, y anunciado por sí mismo que se sentia algo mas aliviado.

Por vagas que fuesen las esperanzas que podian concebirse con semejante carta, la emperatriz madre y los grandes duques Nicolás y Miguel habían hecho cantar el 10 de diciembre un *Te-Deum* público en la gran iglesia metropolitana de Casan, y apenas supo el pueblo que aquel *Te-Deum* era para celebrar una mejoría en la enfermedad del emperador, acudió gozoso en extremo, llenando todo el espacio que dejaban libre los augustos concurrentes y sus comitivas.

Al terminarse el *Te-Deum*, cuando las puras voces de los cantores se elevaban todavía hacia el cielo en santa y suave armonía, visieron á avisar secretamente al gran duque Nicolás que acababa de llegar de Taganrog un correo, portador de un último

despacho, que no queria entregar sino á él mismo, y aguardaba en la sacristia. El gran duque se levantó, y salió de la iglesia, seguido del ayudante. Solo la emperatriz madre habia notado esa salida, y continuó el oficio divino.

Bastóle solo al gran duque dirigir una mirada al correo para adivinar la nueva fatal que traia. Ademas, la carta de que era portador estaba cerrada con laore negro. El gran duque reconoció la letra de Isabel, y abrió el despacho imperial, que solo contenia estas líneas:

«Nuestro ángel está en el cielo, y yo vejeito aun sobre la tierra; pero espero reunirme muy pronto á él.»

El gran duque hizo llamar al metropolitano, que era un venerable anciano de larga barba blanca y largos cabellos que le caian hasta la mitad de la espalda: le entregó la carta, y, encargándole que participase la nueva fatal que contenia á la emperatriz madre, volvió á ocupar su puesto al lado de esta, y se puso á orar.

Un momento despues volvió el anciano al coro, y á una señal suya cesaron todas las voces, á las que sucedió un silencio de muerte. Entonces, en medio de la atencion y del asombro general, se encaminó con paso lento y grave hácia el altar, tomó el Crucifijo de plata maciza que le decoraba, y cubriendo el simbolo de todo dolor terrestre y de toda esperanza divina con un velo negro, se acercó á la

emperatriz madre, y le dió á besar el Crucifijo enlutado.

La emperatriz arrojó un grito, y cayó con la faz contra el suelo: habia comprendido que su hijo mayor habia muerto.

En cuanto á la emperatriz Isabel, no tardó en cumplirse la triste esperanza que manifestaba en su breve y tierna carta. Casi cuatro meses despues de la muerte de Alejandro; esto es, al volver la primavera, dejó á Taganrog por el gobierno de Kaluga, donde habian comprado una hermosa posesion para ella. Apenas habia hecho un tercio de camino, sintió que le faltaban las fuerzas, y se detuvo en Beloff, pequena ciudad del gobierno de Kursk: ocho dias despues se habia reunido con su ángel en el cielo.

VII.

Supimos nosotros la fatal nueva y el modo cómo habia sido anunciada á la emperatriz madre por el conde Alejo, que en su calidad de teniente de guardias asistia al *Te-Deum*. Ya fuera que esa noticia le causara grande impresion por sí misma, ó que tuviese relacion con otras ideas distintas de las que parecia debian ser su consecuencia, creimos notar Luisa y yo en el conde una agitacion que no le era natural, y que se traslucia á pesar del imperio que los rusos tienen generalmente sobre sí mismos.

Comunicámonos estas reflexiones en cuanto se marchó el conde, que se separó de nuestro lado á las seis de la tarde para ir á casa del príncipe Froubetskoi.

Estas reflexiones eran muy tristes para mi pobre

compatriota, porque nos traian naturalmente á la memoria la conspiracion de que habia el conde Alejo dejado escapar algunas palabras al principio de sus relaciones con Luisa. Verdad es que desde entonces, cada vez que Luisa habia intentado hacer recaer la conversacion sobre aquel objeto, el conde habia procurado tranquilizarla, asegurando que la conspiracion se habia disuelto casi al nacer, pero por algunas de esas señales que no pueden ocultarse á una mujer que ama, Luisa habia conocido que el conde procuraba engañarla.

Al dia siguiente amaneci6 San Petersburgo de luto. El emperador Alejandro era adorado de todo el mundo, y como se ignoraba aun la renuncia de Constantino, no podian menos de comparar la bondad del uno á la fantástica rudeza del otro. En cuanto al gran duque Nicolás, nadie pensaba en él.

En efecto, aunque este último conociese el acta de abdicacion que Constantino habia firmado en la época de su casamiento, lejos de valerse de esta renuncia, de que su hermano se habria tal vez arrepentido despues, le habia prestado juramento de fidelidad como á su emperador, y enviado un correo para invitarle á que viniese á tomar posesion del trono. Pero al mismo tiempo que el enviado salia de San Petersburgo para Varsovia, el gran duque Miguel, enviado por el czarwich, salia de Varsovia para San Petersburgo, portador de la carta siguiente :

•Mi muy querido hermano :

»Ayer tarde he sabido, con la mas profunda tristeza, la noticia de la muerte de nuestro adorado soberano, mi bienhechor el emperador Alejandro. Apresurándome á manifestaros el dolor que me ha causado esta cruel desgracia, me hago un deber de anunciaros que por el presente correo dirijo una carta á su majestad imperial, nuestra augusta madre, en la que declaro que, á consecuencia del documento obtenido del difunto emperador, con fecha del 2 de febrero de 1822 para sancionar mi renuncia al trono, me hallo hoy dia con la inmutable resolucion de ceder todos mis derechos de sucesion al trono de los emperadores de las Rusias. Al mismo tiempo ruego á nuestra muy amada madre y á todas las personas á quienes concierna, que hagan conocer mi invariable voluntad en este punto, con el objeto de que se lleve á efecto su completa ejecucion.

»Despues de esto, miro como un deber sagrado el suplicar humildemente á V. M. imperial que reciba el primero mi juramento de fidelidad y de sumision, y que me permita declarar que mis mas ardientes deseos, no ambicionando otro empleo ni distincion, son los de conservar el titulo de czar-wich con que mi angusto padre se dignó recompensar mis servicios. Mi mayor placer será el de que de aqui en adelante acojais benévolamente los sentimientos de mi mas profundo respeto y de mi ilimitada adhesion futura, en garantía de la cual presento treinta años de fieles servicios prestados á los

emperadores mi padre y mi hermano: estos sentimientos serán los que dirijan la conducta de toda mi vida, en la que no dejaré nunca de servir fiel y puntualmente á V. M. imperial y sus sucesores en mis presentes cargos y en la actual situación.

»Os saluda con el mas profundo respeto:

»CONSTANTINO.»

Los dos mensajeros se encontraron en el camino. El que habia sido enviado al czarwich Constantino tenia encargo de hacer cuanto fuese posible para obtener que consintiese en admitir la corona. Así fue que se lo suplicó con muchas instancias al czarwich; pero este se negó resueltamente á tomarla, diciendo que sus deseos no habian cambiado en nada desde el dia en que abdicó sus derechos, y que por nada én el mundo consentiria en recobrarlos segunda vez.

Entonces su esposa, la princesa de Lowici, se arrojó á sus pies, diciéndole que como por su causa y por enlazarse con ella habia renunciado á subir al trono de los czares, le suplicaba que hiciese reconocer la nulidad de su matrimonio, dichosa en devolverle á su vez lo que habia él hecho por ella; pero Constantino la alzó del suelo, no queriendo permitir que insistiese en aquel designio, y declarándole que su resolucion era invencible.

Por su parte, el gran duque Miguel llegó á San Petersburgo con la carta del czarwich. El gran du-

que Nicolás no quiso aun admitirla como renuncia definitiva, diciendo que los ruegos de su enviado tendrían un feliz resultado; pero el enviado volvió á su vez con una formal negativa, de manera que como era peligroso dejar las cosas en tal situación, se vió obligado á aceptar lo que su hermano rehusaba: por lo demas, al día siguiente á la marcha del correo que el gran duque Nicolás había enviado al czarwisch, el consejo de estado le anunció que era depositario de un documento encargado á su custodia el día 15 de octubre de 1823, investido del sello del emperador Alejandro con una carta autógrafa de S. M., en la que le recomendaba conservar el documento hasta nueva orden, y en caso de que muriese, abrirlo en sesión extraordinaria. El consejo de estado acababa de obedecer á esta orden, y había hallado bajo el pliego sellado la renuncia del gran duque Constantino, concebida en estos términos:

Carta de S. A. imperial el czarwisch gran duque Constantino al emperador Alejandro.

«Señor : Animado por las multiplicadas muestras de benevolencia de S. M. para conmigo, me atrevo á reclamarla otra vez, y poner á sus pies mis humildes súplicas. No creyéndome con el talento, capacidad y energía necesarias si alguna vez llega el caso de ocupar el alto puesto á que me llama mi nacimiento, suplico encarecidamente á S. M. I. que transfiera el derecho sobre el que me siga inmediata-

mente, y que asegure para siempre la tranquilidad del imperio. En cuanto á lo que á mi me concierne, yo daré con esta renuncia una nueva garantía y una nueva fuerza á la que di libre y espontáneamente en la época de mi divorcio con mi primera esposa. Todas las circunstancias presentes me afirman cada vez mas en mi propósito de tomar una medida que probará al imperio y al mundo entero la sinceridad de mis sentimientos.

»Ruego á S. M. acoja mis deseos bondadosamente, y que determine á nuestra augusta madre á sancionarlos con su imperial consentimiento. En el círculo de la vida privada me esmeraré siempre en servir de modelo á vuestros fieles súbditos y á todos los que deseen la felicidad de nuestra querida patria.

»Os saluda con el mas profundo respeto,

»CONSTANTINO.

»San Petersburgo 14 de enero de 1822.»

A esta carta habia dado Alejandro la siguiente contestacion:

»Mi muy querido hermano: Acabo de leer vuestra carta con toda la atencion que merece, y nada he hallado en ella que pueda sorprenderme, habiendo sabido apreciar siempre los elevados sentimientos de vuestro corazon. Ella me da una nueva prueba de

vuestro amor al país y de vuestros cuidados previosores por la conservacion de su tranquilidad.

»Accediendo á vuestros deseos, he presentado vuestra carta á nuestra muy amada madre, quien la ha leído penetrada de los mismos sentimientos que yo, y reconocida á los nobles motivos que han dirigido vuestra conducta.

»Segun esos motivos, no nos queda mas que dejaros en libertad de seguir vuestros deseos, y rogar al Todo-poderoso que haga producir á tan puros sentimientos los resultados mas satisfactorios.

»Os saluda vuestro afectísimo hermano,

»ALEJANDRO.»

La segunda renuncia de Constantino, enunciada en los mismos términos con tres años de intervalo, hacia mas apremiante la decision del gran duque Nicolás; así, pues, el 25 de diciembre, en virtud de las cartas que hemos copiado, publicó un manifiesto, en el que declaraba que aceptaba el trono de que le hacia dueño la renuncia de su hermano mayor, fijando el día 26 para el juramento que debian prestarle á él y á su hijo mayor el gran duque Alejandro.

A esta comunicacion oficial que le daba su futuro soberano, San Petersburgo respiró con mas libertad. El carácter del czarwich Constantino, que presentaba gran semejanza con el de Pablo I, inspiraba vivos temores, y, por el contrario, el del gran duque Nicolás ofrecia halagüeñas garantías.

Con efecto, mientras que Alejandro y Constantino se dejaban llevar cada uno por su lado, y, segun su carácter, el uno hácia los dulces placeres del amor y el otro hácia los rudos trabajos de la estrategia, el jóven gran duque, casto y austero, se habia desarrollado en medio de los estudios profundos de la historia y de la política: siempre distraido, caminaba lentamente, con la cabeza inclinada hácia la tierra, y cuando la levantaba para fijar sobre alguno su mirada viva y penetrante, aquella persona, cualquiera que fuese, comprendia que se hallaba delante de un amo; así es que pocos se atrevian á responder sin turbarse á las preguntas precisas y acentuadas que dirigia con su voz ronca y orgullosa, y mientras que Alejandro, popular y cortés, tomaba parte en todas las reuniones privadas antes de que su tristeza le hubiera confinado á Czarko-Selo, el gran duque Nicolás permanecia aislado con su familia, que era un pretesto plausible á su aislamiento. Resultaba de aquí que el pueblo ruso, que experimenta la necesidad de ser guiado gradualmente y sin sacudidas fuera de los escollos de la barbarie, habia instintivamente comprendido que, con una fria dulzura, que ocultaba una firme voluntad, su nuevo soberano era el hombre que hubiera debido elegir, si Dios no se hubiera tomado el cuidado de elegirlo, y que para sustentar el cetro que debia pesarse sobre una nacion, á un mismo tiempo demasiado bárbara y demasiado civilizada, era menester una mano de hierro cubierta de un guante de seda.

Añádase á esto que el nuevo emperador era el hombre mas apuesto de su reino y el mas valiente de su ejército.

Así, pues, todos miraban el dia siguiente como un dia de fiesta, cuando durante la noche empezaron á circular por la ciudad rumores estraños. Decíase que las renunciias publicadas aquella misma mañana á nombre del czarwich Constantino eran supuestas, y que, por el contrario, el virey de Polonia marchaba sobre San Petersburgo con un ejército para reclamar sus derechos. A esto añadian que los oficiales de varios regimientos, y entre otros los del de Moscow, habian dicho que se negarian á prestar juramento de fidelidad á Nicolás, en atencion á que el czarwich era el único legitimo soberano.

Estos rumores habian llegado hasta mis oidos en algunas casas donde habia yo estado por la noche, cuando al entrar en la mia me hallé con una carta de Luisa, en que me suplicaba que á cualquier hora que fuese pasase á verla. Fui allá al momento, y la hallé muy inquieta. El conde habia estado como acostumbraba; pero por mas esfuerzos que hizo, no pudo ocultar su agitacion: Luisa entonces le habia hecho las mayores instancias para que se esplicase; pero aunque él nada la habia querido decir, le habia contestado con esa emocion profunda, propia de los momentos estremos. Por mas acostumbrada que estuviese á su amor y á su bondad, la ternura dolorosa que aquella vez acompañaba á su acento la habia confirmado en sus sospechas, y sin duda

alguna cosa extraordinaria se preparaba para el dia siguiente, en la que se hallaba mezclado el conde.

Luisa deseaba suplicarme que fuera á su casa, y esperaba que conmigo seria mas confiado, y en caso de que me confiase alguna cosa relativa al complot, queria que yo hiciese cuanto estuviese de mi parte para hacerle desistir. Puede adivinarse que yo no opuse dificultad ninguna á esta comision: ademas, hacia mucho tiempo que experimentaba yo los mismos temores que ella, y mi reconocimiento habia visto casi tan claro como su amor.

El conde no estaba en su casa; sin embargo, como tenian costumbre de verme entrar en ella, en el momento en que dije que deseaba esperarle, no me pusieron dificultad para introducirme. Entré en su alcoba, que estaba dispuesta para recibirle, y era evidente que no pasaria la noche fuera de su casa.

El criado salió, dejándome solo: yo miré á mi alrededor para ver si alguna cosa allanaba mis dudas, y vi sobre la mesa de noche un par de pistolas de dos cañones; metí la haqueta, y conocí que estaban cargadas: esta circunstancia, indiferente en cualquier otra ocasion, confirmaba mis temores en esta.

Me recosté en un sillón, resuelto á no salir de la casa del conde hasta que él no hubiese vuelto. Dieron las doce, la una, las dos; mis temores cedieron al cansancio, y me dormí.

A las cuatro me desperté: delante de mí se halla-

ba el conde escribiendo en una mesa; tenia á su lado las pistolas, y estaba muy pálido.

Al primer movimiento que hice se volvió hácia mí.

—Dormís, me dijo, y no he querido despertaros: sin duda teneis algo que decirme, y no dudo del motivo que os tras. Tomad: si mañana por la noche no me habeis vuelto á ver; entregad esta carta á Luisa. Yo pensaba enviársela mañana con mi ayuda de cámara; pero prefiero entregárosla.

—Segun esto, habíamos temido con fundamento; se prepara alguna conspiracion, ¿no es cierto? y vos estais en ella.

—¡Silencio! me dijo el conde apretándome fuertemente la mano, y mirando á su alrededor; ¡silencio! En San Petersburgo una palabra imprudente cuesta la vida.

—¡Oh, qué locura! continué yo á media voz.

—¿Creeis que no estoy yo mismo persuadido de que lo que hago es una locura? ¿Os figurais que tengo alguna esperanza de que salgamos con nuestra empresa? No: yo camino derecho hácia un precipicio, y ni un milagro podria impedirme que cayera en él; todo cuanto puedo hacer es cerrar los ojos para no ver su profundidad.

—Pero puesto que conoceis ese peligro tan bien, ¿por qué os esponeis á él?

—Porque es ya tarde para retroceder, porque se diria que tengo miedo, y porque he comprometido

mi palabra. Es preciso que los siga... aunque sea al patíbulo.

—¡Pero cómo vos, que sois de una familia noble!...

—¡Y qué quereis! Los hombres son locos; en Francia los peluqueros se batan para hacerse grandes señores; aquí nos batimos para hacernos peluqueros.

—¡Pues qué, se trata!...

—Se trata de fundar una república, ni mas ni menos, y de hacer cortar las barbas á nuestros esclavos, hasta que ellos nos hagan, cortar la cabeza: os doy mi palabra de honor de que yo mismo no puedo menos de encogerme de hombros y de burlarme. ¿Y á quién hemos elegido para que se ponga al frente de nuestra gran reforma política? ¿A un príncipe?

—¡A un príncipe!

—¡Oh! ¡Lo que es nosotros tenemos muchos príncipes! Lo que nos hacian falta no son príncipes, sino hombres.

—¿Pero hay ya redactada alguna constitucion?

—¡Una constitucion! repuso el conde Alejo con amarga sonrisa; ; una constitucion! ¡Oh, si, si! tenemos un código ruso redactado por Pestel, que es curlandés, y que Troubetskoi ha mandado revisar en Lóndres y en Paris; ademas tenemos un magnífico catecismo en un hermoso lenguaje figurado, que contiene máximas por el estilo de esta: «No te fies mas que de tus amigos y de tus armas; tus amigos

te ayudarán, y tu puñal te defenderá. Tú eres slavo, y sobre tu suelo natal y á orillas de los mares que le bañan construirás cuatro puertos: el puerto Niort, el puerto Blanco, el puerto de Dalmacia y el puerto Glacial; en medio de ellos colocarás sobre el trono á la diosa de las luces.»

—Pero ¿qué diablos de jerga es esa?

—¡Ah! no me comprendéis, ¿no es cierto? me dijo el conde con tono cada vez mas irónico; es que no estais iniciado; verdad es que si lo estuviérais, no comprenderiais mas; pero no importa, y si os iniciárais, citaríais á Graco, á Bruto y á Caton, diríais que era preciso derrocar la tiranía, sacrificar á César, castigar á Neron: diríais...

—No diria nada de eso, estad seguro de ello; y, por el contrario, me retiraria en silencio y no volveria á poner los pies en ninguno de esos clubs, ridicula parodia de nuestros fuldenses y de nuestros jacobinos.

—¿Y el juramento? ¿Habeis olvidado el juramento? ¿Hay; por ventura, alguna conspiracion sin él? Escuchad el nuestro: «Si hago traicion á mi palabra, seré castigado por mis remordimientos y por este arma, sobre la cual presto juramento: que ella se sumerja en mi corazon; que haga perecer á cuantos me sean queridos, y que desde ese instante mi vida no sea mas que un encadenamiento de inauditos sufrimientos.» Esto es un poco melodramático, ¿no es cierto? y probablemente seria silbado en vuestro teatro de la *Gaité* ó del *Ambigu*; pero en

San Petersburgo estamos aun atrasados, y á mi me han aplaudido mucho al pronunciarlo.

—¡Pero en nombre del cielo! exclamé yo; ¿cómo es que viendo con tal justicia el lado ridiculo de semejante empresa, os habeis comprometido en ella?

—¿Qué quereis? Me fastidiaba, hubiera dado mi vida por un kopek, y me he metido en esa trameya; despues, apenas me comprometí en ella, cuando recibí una carta de Luisa; quise retirarme sin devolver mi palabra, y me dijeron que todo habia concluido, y que la sociedad estaba disuelta. Hace un año vinieron á decirme que la patria me llamaba. ¡Pobre patria! ¿Cómo la hacen hablar! Tenía grandes deseos de echarlo todo á rodar, porque era ahora tan feliz como he sido desgraciado otras veces; pero me contuvo una mala vergüenza: de manera que aquí me teneis dispuesto, como ha dicho esta noche Bestiajeff, á dar de puñaladas á los tiranos y á arrojar al viento sus cenizas. Esto es muy poético, ¿no es cierto? Pero no lo es menos que los tiranos nos harán ahorcar, y que nosotros no los haremos desaparecer.

—¿Pero habeis reflexionado una cosa, monseñor? dije al conde estrechándole ambas manos y mirándole fijamente; pensad en que eso de que habeis matará á la pobre Luisa.

Entonces las lágrimas se asomaron á sus ojos.

—Luisa vivirá, me dijo.

—¡Oh, sin duda no la conoceis!

—Porque la conozco es por lo que os hablo de

esta manera. Luisa no tiene derecho para morir; vivirá para su hijo.

—¡Pobre muchacha! exclamé yo; ¡no la creia tan desgraciada!

—Escuchad, me dijo el conde; como no sé lo que pasará mañana, ó mejor dicho hoy, tomad esta carta para ella; espero que la cosa no tendrá tan fatales consecuencias como tememos, y que todo este ruido quedará en nada. Si esto sucede, la desgarrareis, y será como si no la hubiese escrito; en el caso contrario, se la entregareis. Contiene una recomendacion para mi madre para que la trate como á hija suya: yo le dejaria cuanto poseo; pero ya conoceis que si me prenden, la primera cosa que harán será confiscar mis bienes, por lo cual la donacion seria inútil. En cuanto á mi dinero contante, la futura república me lo ha pedido prestado. ¿Me prometéis hacer lo que os pido?

—Os lo juro.

—Gracias: ahora quedad con Dios, y tened cuidado con que no os vean salir de mi casa á estas horas, porque esto probablemente os comprometeria.

—Seguramente no sé si debo dejaros.

—Si, debéis, querido amigo: pensad cuán importante es que en caso de que suceda una desgracia, le quede al menos un amigo á Luisa; demasiado comprometido estais ya con vuestras relaciones conmigo, con Mouraviéff y con Froubetskoi; así, pues, sed prudente, ya que no por vos mismo, al menos por mí: os lo pido en nombre de Luisa.

—Con ese nombre me hareis hacer cuanto os acomode.

—Ea, pues, adios; estoy cansado, y necesito algunas horas de reposo, porque presumo que el dia será turbulento.

—Adios, puesto que así lo quereis.

—Lo exijo.

—Sed prudente.

—¡Oh, mi querido amigo! Eso no está en mi mano: yo no voy, sino que me llevan; adios. No tengo necesidad de advertiros que una palabra imprudente nos perderia á todos...

—¡Oh!...

—Vaya, démonos un abrazo.

Y diciendo esto, nos estrechamos mutuamente.

—Ea, adios, por la última vez.

Yo sali de allí sin poder pronunciar una palabra, y cerré la puerta detras de mi; pero antes de que hubiese llegado al fin del corredor, la puerta se volvió á abrir, y oí estas palabras:

—Os recomiendo á Luisa.

Aquella misma noche se habian reunido los conjurados en casa del principe Obolioski, y se habian tomado todas las medidas, si llamarse pueden medidas algunas descabelladas disposiciones para una revolucion imposible. En aquella sesion, á que habian asistido los principales jefes, estos habian comunicado á todos los miembros de la sociedad el plan general, y habian escogido para su ejecucion el siguiente dia, que era el destinado á prestar ju-

ramento. Por lo tanto, habian resuelto que seria preciso preparar los animos de los soldados para la sedicion, indicándoles las dudas que habia sobre la autenticidad de la renuncia del czarwick Constantino, que habiéndose ocupado mucho del ejército, era muy querido de él; despues, con el primer regimiento que se negase á prestar juramento, se uniria el regimiento que estuviese mas próximo y de este modo, hasta reunirse en número suficiente para marchar á la plaza del senado á tambor batiente; con el objeto de reunir el pueblo. Llegados á aquel punto, los conjurados esperaban que una simple demostracion seria suficiente, y que el emperador Nicolás, no queriendo emplear la fuerza, entraria en trato con los rebeldes, y renunciaria á sus derechos de soberania, aceptando las condiciones siguientes:

1.° Que serian convocados desde el mismo momento diputados de todas las provincias.

2.° Que se publicaria un manifiesto del senado, en el que se diria que los diputados tendrian que votar nuevas leyes orgánicas para el gobierno del imperio.

3.° Que se estableceria entre tanto un gobierno provisional, y que los diputados del reino de Polonia serian llamados á él para adoptar las medidas necesarias á la conservacion de la unidad del estado.

En el momento, ó antes de aceptar las condiciones, el emperador pediria conferenciar con el czar-

wich, lo que le sería concedido; pero con la condición de que se daría á los conspiradores y á los regimientos insurreccionados un acantonamiento fuera de la ciudad, para acampar en él á pesar del invierno, y esperar la llegada del czarwich, quien hallaría ya los estados reunidos para presentarle una constitucion redactada por Nikita Mourawieff, y prestarle juramento si le aceptaba, ó destituirle en el caso contrario. Si el gran duque Constantino, lo que no les parecia probable, desaprobaba únicamente aquella insurreccion, se escudarian con el afecto que les inspiraba su persona. En el caso de que, por el contrario, el emperador se negase á todo convenio, se le pondria preso á él y á toda la familia imperial, y luego las circunstancias indicarian lo que se debia hacer con ellos.

En caso de que la conspiracion se desgraciase, saldrian los conjurados de la ciudad, y propagarian la insurreccion en las provincias.

El conde Alejo no habia tomado parte en toda la ruidosa y larga discusion que se habia suscitado sino para combatir la mitad de las disposiciones y mostrarse indiferente á la otra mitad; pero, á pesar de su oposicion y su silencio, habian aquellas sido adoptadas por una gran mayoria, por lo cual se creia obligado á correr la misma suerte que los demas, aunque sin esperanza ninguna de buen resultado.

Ademas, los otros conjurados parecian tener tal seguridad de buen éxito, y estar llenos de tanta con-

fianza en el príncipe Troubetskoi, que uno de ellos, Boulatoff, haba gritado lleno de entusiasmo, dirigiéndose al conde:

—¿No es cierto que hemos elegido un jefe incomparable?

—Sí, respondió el conde; tiene muy buena presencia.

En tal disposición de ánimo me halló el conde cuando volvió á su casa.

el príncipe Stehepine Rostoffski , el capitán Miguel Batoajeff , su hermano Alejandro y otros dos oficiales del regimiento , llamados Brock y Wolkoff , se habian encargado del regimiento de Moscow ; por último , el teniente Suthoff habia respondido del primer regimiento de granaderos de corps .

En cuanto al conde , habia rehusado siempre todo cargo , y no queria representar otro papel que el de simple conjurado , prometiendo hacer tanto al menos como el que mas , y como sabian que era hombre de palabra ; y ademas , como no reclamaba ninguna posicion en el futuro gobierno , no podian exigir mucho de su parte .

Estuve hasta las once , no en la plaza del Senado , porque hacia en ella demasiado frio para poder soportarlo , sino en casa de uno de esos fabricantes de dulces y de vinos que se llaman *conditers* , y cuya tienda se hallaba situada al fin de la *Perspective* , y próxima á la casa del banquero *Carolet* . Aquel era un punto excelente para esperar noticias , primeramente porque daba á la plaza del *Almirantazgo* , y ademas , porque los *conditers* reunian en San Petersburgo á nuestros pasteleros de Paris ; como aquel pastelero era el finis de los pasteleros , en trababan en su almacén personas que acudian de los mas lejanos barrios . Hasta aquella hora , todas las noticias eran satisfactorias ; el general de la guardia de estado mayor acababa de llegar á palacio anunciando que los regimientos de guardias de á caballo , el de caballeros guardias , el de *Prestrajenski* , el

de Seménowskoi, los granaderos Paulowski, los cazadores de la guardia, los de Finlandia y los zapadores, acababan de prestar juramento. Verdad es que aun no se tenía noticia ninguna de los demás regimientos; pero esto dependía, sin duda, de la distancia á que se hallaban los cuarteles del centro de la capital.

Iba ya á entrar en mi casa, esperando que el día se pasaría sin novedad, y que los conspiradores, habiendo conocido la temeridad de su proyecto, se estarían tranquilos, cuando un ayudante de campo pasó á galope, y se principió á decir que había sucedido alguna cosa inesperada. Todos acudieron á la plaza, porque se sentía en la atmósfera esa vaga inquietud que precede siempre á los grandes acontecimientos: con efecto, acababa de estallar la insurrección, y con tal violencia, que no se podía calcular en qué punto se detendría.

El príncipe Stchepine Bostoffski y los dos Bestoujeff habían cumplido su palabra. A las nueve de la mañana se presentaron en los cuarteles del regimiento de Moscow, y dirigiéndose á la segunda, tercera, quinta y esta compañía, que eran las más adictas al príncipe Constantino, el príncipe Stchepine dijo á los soldados que se les engañaba al exigirles el juramento. Añadió además que, lejos de renunciar á sus derechos á la corona, el gran duque había sido preso por haber negado á su hermano la renuncia. Entonces Alejandro Bestoujeff, tomando la palabra, dijo que acababa de llegar de Varsovia, encargado por el

mismo czarwick de oponerse al juramento; y viendo que estas noticias producian una gran impresion en las tropas, el principe Stehepine mandó á los soldados que se proveyesen de cartuchos y que cargasen sus armas.

En aquel momento el ayudante de campo Verigine, seguido del mayor Fredricks, que mandaba el peloton de granaderos que tenian la bandera, invitó á los oficiales del regimiento á que fuesen á casa del coronel. Stehepine creyó entonces que habia llegado el momento decisivo, y mandó á los soldados arrojar de allí á los granaderos á calzazos, arrancándoles su bandera; al mismo tiempo se precipitó sobre Fredricks, á quien ya Bestoujeff amenazaba con una pistola, y le hirió en la cabeza de una estocada que le tendió en tierra; en seguida, volviéndose hacia el mayor Schenachine, comandante de la brigada que corria á socorrer á su compañero, le hirió de otra estocada. Metiéndose en seguida por medio de los granaderos, hirió sucesivamente al coronel Khwosschinski, al teniente Moussicoff y al granadero Krassoffski, y se manejó de manera que concluyó por apoderarse de la bandera, que fue levantada en alto á los gritos de ¡hurrah!

A estos gritos, y á la vista de la sangre, mas de la mitad del regimiento contestó con los de ¡vive Constantino! ¡abajo Nicolás! y aprovechando aquel momento de entusiasmo Stehepine, arrastró tras de sí mas de cuatrocientos hombres, y marchó con ellos tambor batiente á la plaza del Almirantazgo.

A las puertas del palacio de invierno, el ayudante de campo que conducía la noticia de estos sucesos se encontró con otro oficial que llegaba al cuartel de guardias de corps. Las noticias que traía este último no eran menos alarmantes que las del ayudante de campo. En el momento en que el regimiento salía para ir á prestar juramento, el subteniente Mojnikoff se presentó delante de la vanguardia, gritando:

—No es al gran duque Nicolás á quien debemos prestar juramento, sino al emperador Constantino.

Después, como le contestaron que el czarwich había abdicado:

— ¡Es falso! exclamó; ¡es falso! El czarwich marcha en este momento contra San-Petersburgo para castigar á los que han olvidado sus deberes, y recompensar á aquellos que le hayan sido fieles.

Sin embargo, á pesar de sus palabras, el regimiento continuó su marcha, y prestó juramento, entrando en el cuartel sin dar muestra alguna de insubordinación, cuando, á la hora de comer, el teniente Sesthoff, que había prestado juramento lo mismo que los demás, dirigiéndose á la compañía:

—Amigos míos, dijo: hemos hecho mal en obedecer, pues los demás regimientos se han sublevado, han rehusado prestar juramento, y se hallan en este momento en la plaza del Senador dispuestos á salir, cargadas las armas, y seguidme. Tengo en mi bolsillo vuestra paga, y os la distribuiré sin esperar la orden.

— ¡Pero eso es cierto! exclamaron muchos voces:

—Ahí tenéis al teniente Panoff; preguntádselo.

—Amigos míos, dijo Panoff, antes de esperar a que le preguntasen: bien sabéis que Constantino es vuestro único y legítimo emperador, y que intentan destronarle. ¡Viva Constantino!

—¡Viva Constantino! gritaron los soldados.

—¡Viva Nicolás! respondió el coronel Sturler, comandante del regimiento presentándose en aquel momento. Os engañan, y no hay más emperador que Nicolás, puesto que el czarwich ha abdicado. ¡Viva Nicolás II!

—¡Viva Constantino! volvieron á gritar los soldados.

—¡Os engañais, soldados, y os venden! gritó de nuevo el coronel.

—¡No me abandonéis! ¡Seguidme! exclamó Panoff; reunámonos á los defensores de Constantino. ¡Viva Constantino!

—¡Viva Constantino! repitieron mas de las tres cuartas partes de los soldados.

—¡Al Almirantazgo, al Almirantazgo! dijo Panoff sacando su espada: ¡seguidme, soldados!

Y se echó fuera, seguido de más de doscientos hombres, que daban estrepitosos vivas, dirigiéndose, como el regimiento de Moscow, pero por otro camino, á la plaza del Almirantazgo.

Mientras que esta doble noticia llegaba á oídos del emperador, el gobernador militar de San Petersburgo, el conde Milarodowich, acudió á su vez á palacio. Sabía ya la rebelion del regimiento de

Moscú y de los granaderos de los guardias de corps, y había mandado á las tropas en quienes creía poder tener mas confianza que fuesen al palacio de Invierno: estas tropas eran el primer batallón del regimiento de Preobrajenski, tres regimientos de la guardia de Paulowski y el batallón de zapadores de la guardia.

El emperador conoció entonces que la cosa era mas seria de lo que creyó en un principio. En su consecuencia, mandó al mayor general Neidhart que llevase al regimiento de la guardia de Semenowski la orden de ir inmediatamente á sujetar á los amotinados, y á la guardia de caballería la de estar pronta para la primera señal. Despues de dar estas órdenes, bajó el mismo al cuerpo de guardia principal del palacio de Invierno, donde estaba de servicio el regimiento de la guardia de Finlandia, y le mandó cargar las armas y ocupar las principales avenidas del palacio. En aquel momento se oyó un gran tumulto; produciendolo la tercera y la sexta compañía del regimiento de Moscú, capitaneadas por el príncipe Stalépine y los dos Bestajeff, que llegaban con banderas desplegadas y tambor batiente, gritando *¡abajo Nicolás! ¡viva Constantino!* Desembocaron en la plaza del Almirantazgo; pero así que llegaron allí, ya fuera que no se creyesen bastante fuertes, ó que retrocediesen ante la majestad imperial, en vez de marchar hacia el palacio de Invierno, se situaron junto al senado. Apenas se instalaron en aquel punto, se les reunieron los granaderos de los guan-

dias de corps, mezclándose entre los soldados insurreccionados unos cincuenta hombres de frac, algunos de los cuales llevaban pistolas en las manos.

En aquel momento vi aparecer al emperador por una de las puertas de palacio, y acercándose hasta la verja, paseó una mirada sobre los rebeldes; estaba mas pálido que de costumbre; pero no le habia abandonado la serenidad. Decían que para estar dispuesto á morir como emperador y como cristiano se habia confesado y despedido de su familia.

Mientras tenia yo fijos mis ojos en él, vi detras de mí, y al lado del palacio de Mármol, el galopar de un escuadron de coraceros: era la guardia de caballeria, capitaneada por el conde Orloff, uno de los amigos mas valientes, y mas fieles del emperador. Abriéronle las verjas, apense del caballo, y el regimiento se formó delante del palacio; casi al mismo tiempo se oyeron los tambores de los granaderos de Preobrajenski, que llegaban por batallones. Entraron en el patio del palacio, donde hallaron al emperador con la emperatriz y el jóven gran duque Alejandro; detras de ellos aparecieron los guardias, entre los que reconocí al conde Alejo Wasieloff, y se colocaron en disposicion de formar/esquina con sus coraceros, dejando entre unos y otros un espacio que no tardó en llenar la artilleria. Los regimientos rebeldes dejaban por su parte tomar todas esas disposiciones con una indulgencia aparente, y sin oponerse á ellas mas que con los gritos de ¡viva! Con-

sentinelas bajo Nicolás! Era evidente que aguardaban refuerzos.

Entre tanto llegaban á palacio frecuentes mensajeros, enviados por el gran duque Miguel. Mientras que el emperador organizaba allí su defensa y la de su familia, recorría el gran duque los cuarteles y combatía la rebelión con su presencia. Habíase hecho ya algunas tentativas con buen éxito; en el momento en que el resto del regimiento de Moscú iba á seguir á las dos compañías insurreccionadas, el conde de Lieven, hermano de uno de mis discípulos, capitán de la quinta compañía, pudo llegar bastante á tiempo para impedir al batallón que saliese y hacer cerrar las puertas. Entonces, colocándose delante de los soldados, tiró de la espada, jurando por su honor que atravesaría con ella al primero que se moviese. A esta amenaza, se adelantó un joven subteniente con pistola en mano, el cual amenazó al conde de Lieven con saltarle la tapa de los sesos. El conde replicó con un golpe con el pomo de su espada, que hizo saltar la pistola de manos del subteniente; pero este la volvió á coger, y apuntó de nuevo al conde. Entonces este, cruzándose de brazos, se fue derecho al subteniente, mientras que el regimiento, inmóvil y mudo, contemplaba aquel extraño duelo. El subteniente retrocedió algunos pasos, seguido del conde de Lieven, que le presentaba el pecho como desafiándole á que disparase, hasta que al fin aquel se detuvo é hizo fuego. Por un milagro, se quemó el oído, pero no salió

el tiro, y en aquel momento llamaron á la puerta:

—¿Quién está ahí? gritaron algunas voces.

—S. A. I. el gran duque Miguel, respondieron de fuera.

A estas palabras sucedieron algunos momentos de profundo estupor. El conde de Lieven se dirigió á la puerta, y la abrió, sin que nadie intentara oponer la menor resistencia.

El gran duque entró á caballo, seguido de algunos ordenanzas.

—¿Qué significa esta inacción en el momento del peligro? exclamó. ¿Estoy entre traidores, ó entre soldados leales?

—Estais en medio de uno de vuestros mas fieles regimientos; respondió el conde de Lieven, como verá V. A. I.

Entonces, levantando la espada:

—¡Viva el emperador Nicolás! gritó.

—¡Viva! contestaron los soldados á una voz.

El jóven subteniente quiso hablar, pero el conde de Lieven le contuvo por el brazo.

—Silencio, caballero, le dijo. No dire una palabra de lo que ha pasado; no os perdais vos mismo.

—Lieven, dijo el gran duque: os confio el mando del regimiento.

—Y responde de él con mi cabeza á V. A. I., respondió el conde.

El gran duque continuó en seguida su escursión, hallando en todas partes, si no entusiasmo, al menos obediencia. Las noticias eran, por lo tanto, fa-

verables. En efecto, por todas partes se escalonaban refuerzos: los zapadores estaban en batalla delante del palacio de la Ermita, y el resto del regimiento de Moscow, capitaneado por el conde de Lieven, desembocaba por la Perspectiva de Niauski. La aparición de aquellas tropas hizo prorumpir en grandes gritos á los insurreccionados, porque creían que les llegaba al fin el socorro que esperaban; pero pronto quedaron desengañados. Los recién venidos se situaron delante de la casa de los tribunales, dando el frente á palacio; de modo que los sublevados quedaron encerrados por los coraceros, la artillería y los guardias en un círculo de hierro.

Un momento despues se oyó el cántico de los sacerdotes: era el metropolitano, que salia de la iglesia de Cazan, seguido de todo su clero, é iba precadido de las banderas sagradas, á intimar en nombre del cielo á los sublevados que volviesen á su deber. Pero por la primera vez quitá despreciaron los soldados, en su irreligiosidad política, las imágenes que estaban acostumbrados á adorar, y rogaron á los sacerdotes que no se mezclaran en los asuntos de la tierra, ciñéndose solo á los del cielo. El metropolitano quiso insistir; pero una orden del emperador le hizo retirarse. Nicolás queria intentar por si mismo un último esfuerzo para apartar á los rebeldes de su propósito.

Los que rodeaban al emperador trataron entonces de disuadirle de ello; pero el emperador respondió que, puesto que se jugaba su suerte, justo

era que espósiere su vida. En su consecuencia, mandó abrir la verja: apenas estuvo abierta, llegó el gran duque á todo correr, y acercándose al emperador, le dijo al oído que parte del regimiento de Preobrajenski, de que estaba rodeado, hacia causa común con los rebeldes, y que el príncipe Trubetskoi, cuya ausencia había notado con sorpresa el emperador, era el jefe de la conspiración. La cosa era posible, con tanto mas motivo, quanto que era el mismo regimiento que veinte y cuatro años antes había guardado las avenidas del palatio Rojo; mientras que su coronel, el príncipe Talitzin, abogaba al emperador Pablo I.

La situación era terrible, y, sin embargo, el emperador no se demudó: únicamente se notó que tomaba un partido estremo. Al cabo de un momento se volvió, y dirigiéndose á uno de sus generales:

—Que me traigan al jóven gran duque, dijo.

Un instante despues bajó el general con el niño. Entonces el emperador lo levantó del suelo, y adelantándose hácia los granaderos:

—Soldados, dijo: si me matan, aquí tenéis á vuestro emperador: abrid las filas, que lo dejo confiado á vuestra lealtad.

Hizose oír un prolongado viva, y resonó un grito de entusiasmo, que salia de lo íntimo de los corazones: los culpables fueron los primeros en dejar caer sus armas y en abrir sus brazos. El niño fue llevado al medio del regimiento y custodiado por la misma guardia que la bandera: el emperador subió á ca-

ballo, y salió. A la puerta le suplicaron los generales que no fuese mas lejos, pues los rebeldes habian manifestado á las claras su intencion de matar al emperador, y tenian cargadas sus armas. Pero el emperador hizo ademan de que le dejasen libre el paso, prohibió que nadie le siguiese, puso su caballo al galope, se adelantó hácia los rebeldes, y deteniéndose á medio tiro de pistola:

—¡Soldados! gritó: me han dicho que queriais matarme: si así es, aquí me teneis.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el emperador permaneció inmóvil entre las tropas de uno y otro bando, semejante á una estatua ecuestre. Por dos veces se oyó en las filas rebeldes la voz ¡fuego! sin que fuese ejecutada la orden; pero á la tercera resonaron algunos tiros. Las balas silbaron en torno del emperador, pero ninguna le tocó. A cien pasos detras de él, el coronel Velho y varios soldados fueron heridos por aquella descarga.

En el mismo instante, Miladorowich y el gran duque Miguel se precipitaron á los lados del emperador: el regimiento de coraceros y el de guardias hicieron un movimiento; los artilleros encendieron la mecha.

—¡Alto! gritó el emperador.

Todos obedecieron.

—General, añadió, dirigiéndose al conde Miladorowich; adelantaos hácia esos ilusos, y tratad de atraerlos al camino del deber.

El conde Miladorowich, y el gran duque Miguel

se precipitaron hacia ellos; pero los revoltosos los acogieron con una nueva descarga y á los gritos de *¡viva Constantino!*

—¡Soldados! exclamó entonces el conde Milarodowich, levantando sobre su cabeza un magnífico sable, todo guarnecido de pedrería, y adelantándose hasta las filas de los rebeldes; ved aquí un sable que me ha regalado S. A. I. el czarwich. Pues bien; en nombre del honor os juro, por este sable, que os engañan, que os venden, que el czarwich ha renunciado á la corona, y que vuestro único y legítimo soberano es el emperador Nicolás I.

Los *¡hurras!* y los gritos de *¡Viva Constantino!* respondieron á este discurso: despues, enmedio de los hurras y de los gritos, se oyó un pistoletazo; y se vió al conde Milarodowich vacilar. Otro pistoletazo fue dirigido al gran duque Miguel; pero los soldados de marina, aunque del número de los revoltosos, habian detenido el brazo de los asesinos.

En un segundo el conde Orloff y sus coraceros, á pesar de las continuadas descargas de los revoltosos, hubieran envuelto en sus filas al conde Milarodowich, al gran duque y al emperador Nicolás, que condujeron á viva fuerza al palacio. Milarodowich apenas se podia sostener en su caballo, y cuando llegaron á él, cayó en los brazos de los que le rodeaban.

El emperador queria que se hiciese una última tentativa para que los revoltosos volvieran á su de-

ber; pero mientras daba las órdenes oportunas para ello, el gran duque Miguel se apeó del caballo, y mezclándose entre los artilleros, arrancó una mecha de manos de un soldado, y encendiéndola:

—¡Fuego! exclamó; ¡fuego sobre los asesinos!

Cuatro cañonazos de metralla partieron á un mismo tiempo, devolviendo con usura la muerte que ellos habian enviado. Despues, sin que fuese posible oír las órdenes del emperador, una segunda descarga siguió á la primera.

El efecto de ambas descargas, á medio tiro de fusil, fue terrible; mas de sesenta hombres de granaderos del regimiento de Moscow y de marinos de la guardia quedaron tendidos en tierra; el resto tomó la fuga por la calle de Galarnaia, por el muelle Inglés, por el puente de Isac y por el Neva, que estaba helado: entonces los caballeros guardias arrojaronse sobre los rebeldes en su fuga, escepto un solo hombre, que dejó alejarse el regimiento, echando pie á tierra, y dejando ir á su caballo á la ventura, se adelantó hácia el conde Orloff. Llegando adonde estaba, se quitó el sable, y se lo presentó.

—¿Qué haceis, conde, preguntó el general admirado, y por qué venis á presentarme vuestro sable, en vez de serviros de él contra los rebeldes?

—Porque soy uno de los conspiradores, monseñor; y como tarde ó temprano seré denunciado y preso, prefiero denunciarme á mi mismo.

—Aseguraos de la persona del conde Alejo Wanin-

koff, dijo el general dirigiéndose á dos coraceros, y conducidle á la fortaleza.

La órden fue ejecutada al momento, y vi al conde cruzar por el puente de la Moika y desaparecer tras del esquinazo de la embajada de Francia. Entonces pensé en Luisa, de quien yo era entonces el único amigo. En medio del tumulto tomé el camino de la Perspectiva, y llegué á casa de mi pobre compatriota, tan pálido, que no dudó que iba á anunciarle alguna desgracia; así es que apenas me vió entrar, cuando se acercó á mí con las manos juntas.

—¿Que hay? En nombre del cielo, ¿qué hay? preguntó.

—Hay, que solo debeis esperar en un milagro de Dios ó en la misericordia del emperador.

Entonces le referí cuanto habia visto, y le entregué la carta de Waninkoff.

Como habia creído desde un principio, era una carta de despedida.

Aquella misma noche el conde Milarodowich murió de su herida, pero exigió antes de morir que el cirujano le estrajera la bala. Acabada la operacion tomó en su mano el pedazo de plomo, y viendo que no era del calibre de ordenanza:

—Estoy satisfecho, dijo; esta no es la bala de un soldado.

Cinco minutos despues dió el último suspiro.

El dia siguiente, á las nueve de la mañana; es decir, en el momento en que empieza á despertarse

el movimiento en toda la ciudad, y cuando todo el mundo ignoraba aun si la insurreccion de la vispera habia terminado ó debia renovarse, el emperador bajó sin escolta y sin guardias, dando la mano á la emperatriz, y subiendo con ella en un droschki, que esperaba á las puertas del palacio de Invierno, recorrió todas las calles de San Petersburgo, y pasó por delante de todos los cuarteles, ofreciéndose á los tiros de los asesinos, si es que los habia aun. Pero no oyó por todas partes mas que gritos de alegría, en que prorumpian desde que veian asomar las plumas de su sombrero. Pero al dirigirse á palacio, despues de aquella temeraria excursion, que tan bien le habia salido, y pasando por la Perspectiva, vió á una majer salir de su casa con un papel en la mano y arrodillarse en el camino que tenia que recorrer el caballo, de manera que le era preciso separar el carruaje, ó pasar por encima de ella.

Así que hubo llegado á tres pasos de ella, el cochero detuvo los caballos con esa destreza proverbial en los rusos: la pobre mujer no tuvo fuerzas mas que para agitar en el aire el papel, exhalando lastimeros sollozos: el emperador hubiera tal vez continuado su camino; pero la emperatriz la miró con su sonrisa de ángel, y tomó el papel, que solo contenia estas palabras, escritas hacia muy poco:

—¡Señor!; Gracia para el conde de Waninkoff; en nombre de lo mas querido que tenga V. M., gracia, gracia!

El emperador buscó inútilmente la firma, pero no la había; en seguida volvió la cabeza hácia la desconocida.

—¿Sois hermana suya? preguntó.

La pobre muchacha meneó tristemente la cabeza.

—¿Sois su mujer?

La muchacha hizo un movimiento negativo.

—Pero, en fin, ¿quién sois? preguntó el emperador con un ligero movimiento de impaciencia.

—¡Ay! exclamó Luisa recobrando por fin la voz; dentro de siete meses seré la madre de su hijo.

—¡Pobre niña! dijo el emperador; y haciendo una seña al cochero, partió al galope, llevándose el papel, pero sin dejar á la pobre desconsolada ninguna otra esperanza que aquellas dos palabras de compasion.

IX.

Los dias siguientes fueron empleados en hacer desaparecer hasta la última huella de la terrible insurreccion de que las paredes del senado conservaban aun sangrientas señales.

En el mismo dia fueron presos los principales conjurados, y durante la noche el resto de ellos. Estos eran el principe Troubetskoy, el periodista Ryleyeff, el principe Obolinski, el capitán Jacobowith, el teniente Kakowski, los capitanes Stchepine, Rostowski y Bertoujeff, y otro Bertoujeff, ayudante de campo del duque Alejandro Wurtemberg; en fin, sesenta ú ochenta mas, que eran más culpables por los hechos que por su intencion; Waninkoff, que, como hemos dicho, se habia entregado voluntariamente, y el coronel Boulatoff, que habia seguido su ejemplo.

Por una estraña coincidencia, Pestel, segun órdenes dadas en Taganrog, habia sido preso en medio de la Rusia el mismo dia que habia estallado la revolucion de San Petersburgo.

En cuanto á Serga y á Apostol Mouravief, que habian logrado salvarse é insurreccionar seis compañías del regimiento de Tchernifof, fueron alcanzados cerca del pueblo de Poulogoff, en el distrito de Wassilkoff, por el teniente general Roth. Despues de una resistencia desesperada, uno de ellos intentó levantarse la tapa de los sesos de un pistoletazo, pero no salió el tiro: el otro fue preso despues de ser gravemente herido de un cacho de metralla en el costado y de un sablazo en la cabeza.

Todos los prisioneros, en cualquier punto del imperio que hubiesen sido arrestados, fueron conducidos á San Petersburgo; despues, una comision, compuesta del ministro de la guerra Tatischeff, del gran duque Miguel, del príncipe Galitzin, consejero privado de Golenitcheff-Kotouzoff, que habia sucedido al conde Milarodovich en el gobierno militar de San Petersburgo, Tchernichef, de Benkendorf, de Levacheff, de Potapoff y de los cuatro ayudantes generales de campo que fue nombrada por el emperador, y la sumaria empezó con una imparcialidad cuya garantía eran los nombres que hemos indicado.

Pero, como es costumbre en San Petersburgo, todo se hacia en el silencio y á la sombra, y nada se traslucia de fuera. Y ademas, cosa estraña desde la mañana en que un parte oficial habia anunciado al

ejército que todos los traidores estaban presos, no se volvió á hablar de ellos, como si nunca hubiesen existido, ó como si hubiesen venido al mundo aislados y sin familia; ni una casa habia cerrado sus ventanas en señal de orfandad, ni una frente habia reflejado la tristeza y el luto. Todo continuaba como si nada hubiese sucedido.

Luisa solamente habia dado un paso de que no habia recuerdo en los anales moscovitas, y sin embargo, cada cual, creo yo, presentia en el fondo de su corazón que muy pronto llegaría una mañana, y produciria, á la manera de una sangrienta flor, alguna noticia terrible; porque la conspiracion era flagrante, las intenciones de los conspiradores eran homicidas, y, aunque todos conocian la bondad natural del emperador, comprendian que no podia entender á todos su perdon; la sangre demandaba sangre.

De tiempo en tiempo un rayo de esperanza cruzaba esta noche como una luz sombría, y daba una nueva prueba de las benignas disposiciones del emperador: en la lista de los conjurados que le habian presentado habia reconocido un nombre atado por la Rusia: este nombre era Souwarow.

Con efecto, el nieto del banquero de la Trebeia estaba en el número de los conspiradores. Nicolás se detuvo al llegar á aquel nombre, y despues de un momento de silencio:

—Es imposible, dijo como hablando consigo mismo, que tan buen nombre sea manchado.

Y volviéndose hácia el jefe superior de policía, que le presentaba la lista:

—Yo mismo interrogaré, continuó, al teniente Souwarow.

Al día siguiente el jóven fue conducido ante el emperador, á quien esperaba hallar irritado y amenazador, y á quien encontró, por el contrario, tranquilo y afable. Esto no era todo: á las primeras palabras del czar le fue fácil al culpable conocer el objeto con que habia sido llamado. Todas las preguntas del soberano, preparadas con una paternal solicitud, estaban arregladas de manera que el acusado no pudiese menos de sincerarse; y con efecto, á cada una de las preguntas imperiales, á que no tenia que responder otra cosa que si ó no, el czar se volvía hácia los que habia convocado para asistir al interrogatorio, diciéndoles:

—Ya lo veis; ya lo ois; bien os habia dicho yo que un Souwarow no podia ser un rebekte.

Y Souwarow, sacado de la prision, y vuelto á su regimiento, recibió á los pocos dias su despacho de capitán. Pero todos los acusados no se llamaban Souwarow, y aunque hiciese todos los esfuerzos posibles para inspirar á mi pobre compatriota una esperanza que yo no tenia, el dolor de Luisa era verdaderamente espantoso: desde el día de la prision de Waninkoff habia abandonado enteramente los cuidados de su vida pasada, y retirada en la pequeña sala que habia detras del almacén, pasaba horas enteras con la cabeza apoyada sobre sus manos, de-

jando escapar silenciosamente gruesas lágrimas de sus ojos, y no abriendo la boca sino para preguntar á los que, como yo, eran admitidos en aquel recinto:

—¿Creeis que le matarán?

Despues, oida la contestacion, en que ni siquiera fijaba su atencion, continuaba:

—¡Ah; si yo no me hallase en cinta!

Y con todo, el tiempo pasaba sin que nada se trasluciese de la suerte reservada á los acusados; la comision encargada de la sumaria tejió su obra á la sombra, y se conocia que marchaba al desenlace de la sangrienta tragedia; pero nadie podria decir cuál seria aquel desenlace ni qué dia tendria lugar.

Sobrevinieron dos incidentes, que ayudaron á los habitantes de San Petersburgo á olvidar, por de pronto al menos, la catástrofe del mes de diciembre; el uno fue la embajada extraordinaria enviada por la Francia y desempeñada por el duque de Raguse, y el otro la llegada del cuerpo de la emperatriz Isabel. Habia cumplido su palabra, y solo le habia sobrevivido cuatro meses.

La embajada llegó en los primeros dias de mayo, y el ataúd en los primeros de junio: me avisaron de la primera ceremonia por una carta de uno de mis antiguos discipulos, que habia venido como agregado, y de la otra por un cañonazo disparado en la fortaleza: como siempre me tenia alarmado la amistad que profesaba á Luisa y el interes que el conde me inspiraba, temí que el cañonazo anunciase otra cosa, y bajé apresuradamente para informarme

de lo que ocurría: en aquel momento se oyó un segundo cañonazo, y como si corriera á todo el mundo hacia el Nava, corri como los demás, y en medio del camino supe el objeto de los cañonazos.

Cuando llegué al muelle, estaba ya inundado de gente, de tal manera, que conocí que si me quedaba allí me sería imposible ver nada. Por lo tanto, alquilé una barca, y desde el río, en que me detuve, me dispuse á ver pasar el cortejo, que debía atravesar el inmenso puente de barcas, que se estiende desde el Campo de Marte hasta la ciudadela. Al cabo de pocos momentos todas las campanas de la ciudad se mezclaron á la artillería, y tocaban á vuelo.

La primera persona que vi fue un maestro de ceremonias á caballo, que llevaba en señal de duelo una banda de crespón negro y blanco: tras él caminaba una compañía de los guardias de Preobrajeuski; en seguida un oficial de las caballerizas; despues un mariscal de la corte, cuyo luto se indicaba por medio de un ancho sombrero caído sobre los ojos y por una capa negra que le cubría los hombros. Los timbales y las trompetas de los caballeros guardias seguían despues, precediendo á cuarenta criados de á pie á cuatro correos, ocho lacayos y cuatro oficiales de la corte. Veinte pajes caminaban detras de ellos, acompañados del gobernador, que cerraba la marcha de la primera seccion. Sesenta y dos banderas de las diferentes provincias del imperio iban despues, llevadas cada una por un oficial, al que otros dos oficiales acompañaban como asistentes, y en medio

de esta bandera de luto se elevaba el estandarte de seda negro con las armas de la Rusia, que seguía un hombre de armas cubierto con una armadura negra y llevando en la mano una espada desnuda, cuya punta miraba al suelo. Detrás del hombre de armas, doce húsares de la guardia, mandados por un oficial, precedían el carro fúnebre, que llevaba la corona imperial, é iba tirado por ocho caballos ricamente enjaezados: ocho palafreneros marchaban al lado de los caballos, dos lacayos junto á las portezuelas, y cuatro palafreneros de á caballo iban despues. Esta era la última aparición de las pompas de la tierra en medio de los lugubres atributos de la muerte.

El cortejo, tomando al momento su aspecto fúnebre, presentaba en seguida una masa disforme de capas negras y de sombrías crespones, que precedían á las armas del gran duque de Baden, de Schleswig-Holstein, de Taurid, de Siberia, de Finlandia, de Astracan, de Kazan, de Polonia, de Novogorod, de Kiew, de Uladimir y de Moskow. Estos escudos de armas, lo mismo que los primeros, eran llevados por un oficial, y escoltados á derecha é izquierda por otros dos oficiales; despues seguía el gran escudo de las armas del imperio, precedido de cuatro generales, y llevado por dos generales en jefe y por dos coroneles y dos oficiales superiores.

Despues iban los representantes del poder imperial, y detras del ejército, conducidos por el maes-

tro de ceremonias, los diputados de las diferentes corporaciones de la ciudad, de los mercaderes y de los cocheros, cada una de ellas precedida de un estandarte, sobre el que estaban pintadas ó bordadas las insignias distintivas de la profesion ejercida por los que la componian.

Las diferentes compañías, como la ruso-americana, la compañía económica, la sociedad para los presos, la sociedad filantrópica, los empleados de la biblioteca pública imperial, de la universidad de San Petersburgo, de la academia de artes y de la academia de ciencias seguian despues, y luego los generales, los ayudantes de campo del emperador, los secretarios de estado, los senadores, los ministros y los miembros del consejo del imperio, y, últimamente, todos los discipulos de los establecimientos industriales, á los que la difunta emperatriz concedia una proteccion especial. Dos heraldos de armas, vestidos de luto, precedian despues á las órdenes extranjeras, á las de Rusia y á la corona imperial, llevadas sobre almohadones de brocado de oro.

Seguian tres imágenes, sostenidas, una por el confesor de la emperatriz, y las otras dos por otros sacerdotes, detras de las cuales marchaba el carro fúnebre que conducia los restos mortales de la emperatriz. Las varas del palio eran llevadas por cuatro chambelanes, así como los cordones y las borlas del paño fúnebre, y á los lados del carro marchaban cubiertas de largos velos las señoras de la orden de Santa Catalina, y las damas de honor que habian se-

guido á la emperatriz en su último viaje, y que, fieles hasta despues de su muerte, la acompañaban á su última morada. Los altos funcionarios conducian los caballos del carro, y sesenta pajes, llevando hachones encendidos, le rodeaban de un cinturón de fuego.

Por último, el emperador Nicolás, de rigorosoluto, seguía á la comitiva, llevando á su derecha al gran duque Miguel, y detras de él, á poca distancia, el jefe de estado mayor general, el ministro de la guerra, el general del distrito, el de servicio, y muchos otros. Veinte y cuatro abanderados marchaban á una distancia respetuosa del emperador, junto á los parapetos del puente, encerrando entre sus dos filas el carro fúnebre que conducía á la emperatriz y al jóven gran duque Alejandro, heredero de la corona. El gran duque de Wurtemberg, sus dos hijos y su hija, seguían despues á pie, con las dos reinas de Imireti y la regente de Mingrelia, acompañadas de todas las señoras empleadas en el servicio de la difunta emperatriz, y por último, una compañía del regimiento de Semenowski cerraba la marcha.

El cortejo fúnebre empleó mas de una hora en cruzar el puente. Por fin, aquella larga fila desapareció en la fortaleza, adonde el pueblo se precipitó tambien, para ver rendir los últimos honores á la que por espacio de veinte años habia mirado como una intermediaria entre la tierra y el cielo.

FIN DEL TOMO II.

**LA EPOCA,
BIBLIOTECA DEL SIGLO.**



**EL
MAESTRO DE ARMAS.**

THE
LAW OF THE
STATE OF NEW YORK

IN SENATE,
JANUARY 1, 1901.

EL
MAESTRO DE ARMAS,

NOVELA HISTÓRICA

POR ALEJANDRO DUMÁS.

TOMO III.

MADRID

Establecimiento tipográfico de Aguirre y compañía.

Calle de las Huertas, núm. 14.

1850.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
CHICAGO, ILLINOIS

EL MAESTRO DE ARMAS.

I.

Al entrar en casa de Luisa la hallé muy agitada. Lo mismo que yo, ignoraba la ceremonia religiosa que debía tener lugar, y á los primeros cañonazos temió también que fuese aquella la señal de la ejecución.

Sin embargo, Mr. de Gorgoli, que habia seguido dispensándome su amistad, me habia tranquilizado muchas veces diciéndome que la sentencia se sabria algun tiempo antes de su ejecucion, y que así tendríamos tiempo para suplicar al emperador, en el caso de que recayese sentencia de muerte sobre nuestro pobre amigo. En efecto, el 14 de julio la *Gaceta* de San Petersburgo publicaba la comunicacion enviada al emperador por la alta cámara de justicia. Esta dividia los diferentes grados de participacion en el complot en tres clases de crimanes,

cuyo objeto era *derribar el imperio, anular las leyes fundamentales del estado y subvertir el orden de cosas establecido.*

Treinta y seis acusados habian sido condenados por el tribunal á la pena de muerte, y el resto á los trabajos de las minas y al destierro. Waninkoff era del número de los condenados á muerte; pero en pos de la justicia venia la clemencia: la pena de muerte habia sido conmutada para treinta y seis de los sentenciados en un destierro perpetuo, y Waninkoff era del número de aquellos que habian obtenido una conmutacion de pena.

Cinco de los culpables solamente debian ser ejecutados: estos eran Ryleyeff, Bestoujef, Michel Serge, Mourawieff y Pestel.

Sali precipitadamente de mi casa corriendo como un loco, con el periódico en la mano, y queriendo detener á todos cuantos encontraba para hacerles participar de mi alegría, y en esta situacion llegué sin aliento á casa de Luisa. La encontré con otro ejemplar del periódico en la mano, y en cuanto me vió se echó en mis brazos, derramando lágrimas y sin poder decir mas que estas palabras:

—¡Se ha salvado! ¡Dios bendiga al emperador!

En medio de nuestro egoismo habiamos olvidado á los desgraciados que iban á morir: tambien ellos tenian una familia, tenian amantes y tenian amigos. El primer cuidado de Luisa habia sido el de pensar en la madre y en las hermanas de Wania-

koff, á quienes conocía, como sabemos, por haberlas visto en su viaje á San Petersburgo. Aquellas pobres mujeres ignoraban aun que su hijo y su hermano no moriría; lo que en semejantes circunstancias era una gran cosa, porque al fin se vuelve de las minas y de la Siberia; pero la piedra del sepulcro, una vez colocada, no se vuelve á levantar.

Luisa entonces tuvo una de esas ideas que solo se ocurren á las hermanas y á las madres: calculó que la *Gaceta* que contenia la dichosa nueva no saldría de San Petersburgo sino hasta la hora del correo de la noche, y que por lo tanto se recibiría en Moscow con doce horas de retraso: me preguntó si yo conocia algun mensajero que quisiera marchar en aquel mismo momento y llevar en posta la *Gaceta* á la madre de Waninkoff. Tenia yo un ayuda de cámara ruso, hombre fiel é inteligente; propúsele la comision, y la aceptó. Faltaba únicamente el pasaporte; pero al cabo de media hora, y gracias á la proteccion de Mr. de Gorgoli, lo tuve en mi poder, y Gregorio partió, llevando la dichosa noticia y mil rublos para los gastos de viaje.

Adelantó catorce horas al correo, y catorce horas antes de lo regular, una madre y dos hermanas supieron que tenían aun un hijo y un hermano.

Gregorio volvió con una de esas cartas que se escriben con plumas arrancadas de las alas de los ángeles: la anciana condesa llamaba á Luisa su hija, y las jóvenes, su hermana. Pedian únicamente que se les enviara otro correo el dia en que tuviese lugar la

ejecucion, ó en que los presos salieran para su desi-
 tierro. Asi fue que encargué á Gregorio estuviere dis-
 puesto á marchar de un momento á otro, cosa que
 le agradó mucho, pues aquellos viajes le eran su-
 mamente ventajosos. La madre de Maninkoff le ha-
 bia dado otros mil rublos, de manera que en su
 primera comision el buen hombre habia reunido
 una pequeña fortuna, que esperaba duplicar en la
 segunda.

Esperamos el día de la ejecucion, que no se halla-
 ba fijado de antemano, y todas las mañanas los ha-
 bitantes de San Petersburgo se despertaban cre-
 yendo que todo habia concluido para los cinco reos.
 La idea de la pena de muerte hacia tanto mas
 efecto, cuanto que hacia sesenta años que nadie la
 habia sufrido en San Petersburgo.

Pasaban los dias, y todos se admiraban del tiem-
 po que trascurría entre la sentencia y la ejecu-
 cion. Este tiempo habia sido preciso para hacer ve-
 nir dos verdugos del Alemania.

Por último, el día 23 de julio por la noche entró
 en mi casa un joven francés, mi antiguo discípulo,
 que, como he dicho, estaba agregado á la embaja-
 da del mariscal Marmont, y á quien habia yo supli-
 cado repetidas veces que me tuviese al corriente de
 las noticias que por su posicion diplomática podia
 saber mas pronto que yo. Venia á decirme que el
 mariscal acababa de recibir de Mr. de la Ferron-
 nais la invitacion de ir á Italia siguiente á las cuatro

de la mañana á la edificación francesa, cuyas ventajas, como hemos dicho, daban á la fortaleza. No había que dudarlo, era para presenciar la ejecución. Corrí á casa de Luisa á anunciarle esta noticia, y todos sus temores volvieron á renacer. ¿No sería por un error el que el nombre de Waninkoff se hallase entre los nombres de los desterrados en vez de hallarse entre los de los condenados á muerte? Esta conmutación de pena, ¿no podía ser una falsa noticia esparcida para que la ejecución produjese menos efecto en la población, y no se desengañaría al día siguiente á la vista de treinta y seis cadáveres en vez de cinco? Luisa, como todos los desgraciados, era muy ingeniosa en atormentarse. Sin embargo, logré tranquilizarla, pues yo había sabido por buen conducto que todo pasaría en la forma en que lo anunciaba la *Gaceta* oficial, y me aseguraron además que el interés que Luisa había inspirado al emperador y á la emperatriz el día en que se la presentó en la *Perspectiva* había influido mucho en la conmutación de pena del sentenciado.

Me separé un momento de Luisa, quien me hizo prometerle que volvería pronto, para ir á dar una vuelta por los alrededores de la fortaleza, con el objeto de ver si algunos preparativos indicaban el terrible drama de que debía ser teatro aquella plaza el día siguiente, y no vi más que á los miembros del tribunal que salían de la fortaleza: esto, sin embargo, era bastante; los escribanos acababan de leer su sentencia á los acusados, y no quedaba duda algu-

na de que la ejecucion tendria lugar el dia siguiente por la mañana. Al momento hice marchar á Gregorio á Moscow, con otra carta de Luisa para la madre de Waninkoff, de modo que teniamos, no doze horas de ventaja sobre la noticia, sino veinte y cuatro.

A eso de media noche, Luisa me rogó que la acompañase á dar una vuelta por los alrededores de la fortaleza. Ya que no podia ver á Waninkoff, queria al menos en el momento de su separacion volver á ver las paredes que le encerraban.

Encontramos el puente de la Trinidad con centinelas, y nadie podia cruzarle; esto era una nueva prueba de que nada habia cambiado en las disposiciones tomadas por el tribunal. Dirigimos la vista hácia la fortaleza, que durante aquella hermosa noche velamos tan claramente como en uno de los crepúsculos de Occidente. Al cabo de un momento divisamos luces en la plataforma, y despues pasar hombres cargados con fardos estraños; éstos eran los ejecutores, que preparaban el cadalso. Eramos las únicas personas que se hallaban en el muelle, pues nadie se podia imaginar lo que debia suceder. Dos carruajes retrásados pasaron rápidamente con sus dos luces, que brillaron como los ojos de un dragon. Algunas bareas se deslizaban sobre el Neva, y desaparecian poco á poco, bien por los canales, bien por los brazos del rio, unas silenciosas, otras haciendo ruido: una tan solamente quedó anclada; ningun ruido salia de ella, ni alegre ni triste; sin

duda encerraba alguna madre, alguna hermana, ó alguna esposa, que, como nosotros, esperaba.

A las dos de la mañana una patrulla, nos hizo retirar, y volvimos a casa de Luisa; no había ya mucho tiempo que esperar, pues la ejecución, como llevo dicho, debía tener lugar a las cuatro de la mañana. Permaneci aun hora y media al lado de Luisa, y después sali á la calle.

Las calles de San Petersburgo, á escepcion de algunos moujicks, que parecian ignorar completamente lo que debía suceder, estaban enteramente desiertas. Apenas empezaba á presentarse una débil claridad y una ligera niebla que partia del rio, aparecia como un velo que cruzaba de una á otra orilla del Neva. Cuando llegué al esquinazo de la embajada de Francia, vi al mariscal Marmont, que entraba con sus empleados, y un instante después apareció con ellos en el balcon.

Algunas personas se habian, como yo, detenido en el muelle, no porque supiesen lo que iba á pasar, sino porque el puente de la Trinidad, hallándose ocupado por las tropas, les obstruia el paso para las islas adonde se dirigian. Veíaseles inquietos é indecisos hablarse en voz baja, porque ignoraban si había peligro en permanecer allí; en cuanto á mi, me hallaba resuelto á quedarme hasta que me echasen. Algunos minutos antes de las cuatro encendieron una gran hoguera, que me hizo dirigir la vista á un punto de la fortaleza. Al mismo tiempo, y como la niebla empezaba á disiparse, vi dibujarse sobre el

cielo la sombra negra de cinco horcas. Estas horcas estaban colocadas sobre un tablado de madera, cuyo piso estaba construido á la manera inglesa, abriéndose una trampa bajo los pies de cada condenado.

Al dar las cuatro vi subir sobre la plataforma de la ciudadela, y colocarse alrededor del patibulo á los que se hallaban condenados al destierro: vestian su uniforme de gala y llevaban sus charreteras y sus condecoraciones: los soldados llevaban sus espadas. Procuré reconocer á Waninkoff entre sus desgraciados compañeros, pero era cosa imposible á la distancia á que yo me hallaba.

A las cuatro dadas aparecieron en el patibulo los cinco condenados. Iban vestidos con blusas grises, y llevaban sobre la cabeza una especie de capuchon blanco. Sin duda los traian de diferentes calabozos, porque en el momento en que se vieron reunidos, les permitieron que se abrazasen.

Entonces llegos á hablarles un hombre, y se oyó un *hurra!* Al principio no supimos la causa; pero despues nos dijeron que aquel hombre venia á proponer el perdón á los reos, si consentian en pedirlo; pero decíase que habian respondido á aquella proposición con un grito de *viva la Rusia! viva la libertad!* gritos que habian sido atrogados por los *hurras!* de los asistentes. El hombre se separó de ellos, y los ejecutores se aproximaron. Los sentenciados dieron algunos pasos, pasáronles una cuerda al cue-

llo, y les bajaron el tapuchon sobre los ojos. En aquel momento daban las cuatro y cuarto.

La campana vibraba aun, cuando el piso faltó repentinamente bajo los pies de los pacientes, y al mismo tiempo se oyó un gran ruido: los soldados se precipitaron sobre el patibulo, y parecia pasar por el aire un estremecimiento que nos hizo temblar: creí que habia algun alboroto.

Dos de las cuerdas se habian roto, y los dos condenados que pendian de ellas, dejando de estar sostenidos, cayeron al fondo del patibulo, en donde el uno se habia roto un muslo y el otro un brazo: de esto procedia aquel tumulto; los otros continuaban muriendo.

Bajaron con escalera al interior del patibulo, y subieron a los dos reos sobre el tablado. Colocaronlos echados, porque no podian sostenerse de pie: entonces uno de ellos se volvió hacia el otro:

—Mira, le dijo, para lo que sirve un pueblo esclavo: ¡ni aun sabe ahorcar a un hombre!

En tanto que los subian, habian preparado nuevas cuerdas, de manera que no tuvieron mucho tiempo que esperar. El verdugo se dirigió hacia ellos, y entonces, ayudándose mutuamente, caminaron hacia el nudo mortal. En el momento de pasárselo al cuello gritaron por última vez con energia: *¡viva la Rusia! ¡viva la libertad! ¡vengan nuestros vengadores!* Grito fúnebre, que iba a morir sin eco, pues no halló ninguna simpatia: los

que le daban habian juzgado mal la época, y se habian equivocado en un siglo.

Cuando refirieron este incidente al emperador, pegó una patada en el suelo.

—¿Por qué, dijo, no me han venido á avisar de esa ocurrencia? Voy sin duda á ser tenido por mas severo que Dios!

Pero nadie se habia atrevido á tomar sobre si la responsabilidad de suspender la ejecucion, y cinco minutos despues de haber exhalado el último suspiro los dos pacientes, se habian reunido con sus compañeros.

Entonces llegó su turno á los desterrados; leyéronles en voz alta la sentencia que les quitaba todo cuanto poseian en el mundo, rango, condecoraciones, bienes, familia: luego los ejecutores se aproximaron á ellos, y les quitaron, á uno despues de otro, las charreteras y las condecoraciones, que arrojaban al fuego á su vista, gritando:

—Estas son las charreteras de un traidor: estas son las condecoraciones de un traidor.

Por último, quitándoles á los soldados las espadas, las cogian por el puño y por la punta y las rompian sobre las cabezas de sus dueños, diciendo:

—Esta es la espada de un traidor.

Acabada esta ejecucion, tomaron á la casualidad unos cuantos de un monton de sacos de tela gris, semejantes á los de las gentes del pueblo; con los que cubrieron á los desterrados despues de haberlos despojado de sus uniformes: luego los hicieron bajar

por una escalera; y los condujeron á sus respectivos calabozos.

El tablado volvió á quedar desierto, y solo quedaron en él un centinela, las cinco horcas, y pendientes de estas cinco horcas los cinco cadáveres de los ajusticiados.

Volví á casa de Luisa, y la hallé anegada en lágrimas, arrodillada y rezando.

—¿Qué hay? me dijo.

—Los que debían morir han muerto, y los que deben vivir, viven.

Luisa acabó su oracion, levantó los ojos al cielo con una espresion de infinito reconocimiento, y luego que acabó:

—¿Cuánto hay de aquí á Tobolsk? me preguntó.

—Ochocientas leguas, poco mas ó menos.

—Es menos de lo que yo creia; gracias.

Permanecí un momento contemplándola en silencio, pues empezaba á penetrar su intencion.

—¿Por qué me haceis esa pregunta? le dije.

—¿Qué, no lo adivináis?

—¡Oh! pero eso es imposible por ahora. Luisa, ¿habeis pensado en el estado en que os hallais?

—Amigo mio, me dijo: tranquilizaos; sé lo que una madre debe á su hijo, así como lo que debe al padre: esperaré.

Me incliné ante aquella mujer, y le besé la mano con tanto respeto como si hubiese sido una reina.

Durante la noche marcharon los desterrados: el

H.

No sin motivo la madre de Waninkoff y sus hermanas habian deseado saber de antemano el dia de la ejecucion, pues los condenados, saliendo de San Petersburgo para Tobolsk, debian pasar por Iroslaw, que se halla situada á unas sesenta leguas de Moscow; la madre y las hermanas de Waninkoff esperaban ver á su hijo al pasar por aquel punto.

Esta vez, lo mismo que la otra, Gregorio fue recibido con grandes demostraciones por parte de las tres mujeres: hacia mas de quince dias que se hallaban preparadas, y tenian sus pasaportes. Así es que solo se detuvieron el tiempo preciso para dar las gracias á aquella que les comunicaba la preciosa noticia, y subieron, sin perder un solo momento, en una kabitka, y sin que nadie supiera á dónde se dirigian; salieron para Iroslaw.

En Rusia se viaja con suma rapidez: la noche del
TOMO III.

mismo día llegaren á Irosław: allí supieron, con sumo placer, que los trineos de los desterrados no habían pasado aun. Como su estancia en aquella ciudad podia inspirar sospechas, y como por otra parte era probable que cuanto mas á la vista los encontrasen, tanto mas inflexibles serian los encargados de su custodia, la condesa y sus hijas, dirigiéndose hácia Mologe, se detuvieron en una aldea. A poca distancia de este punto habia una cabaña, donde los desterrados debian mudar tiros: los jefes encargados de la conduccion de los reos tenian órden de no mudar tiros en las ciudades ni en los pueblos; ellas apostaron de distancia en distancia personas inteligentes y activas que debian prevenirles de la aproximacion de los trineos.

Al cabo de dos días, uno de los agentes de la condesa vino á avisarle de que la primera seccion de desterrados, compuesta de cinco trineos, acababa de llegar á la cabaña, y que el brigadier que los custodiaba habia enviado á los dos hombres de que se componia su escolta á buscar caballos al pueblo. La condesa subió al momento en el carruaje, y se dirigió á la cabaña. Se detuvo en medio del camino real así que hubo llegado delante de ella, y á traves de la puerta, que habia quedado entreabierta, dirigió una mirada á su interior; pero Waninkoff no se hallaba allí.

Al cabo de un cuarto de hora llegaron los caballos: los desterrados volvieron á subir á los trineos, y desaparecieron.

Media hora despues llegó el segundo convoy, y se detuvo tambien en la cabaña. Dos correos salieron en busca de caballos, y al cabo de otra media hora se volvieron á poner en camino: tampoco Waninkoff formaba parte de aquel convoy.

Por muchos deseos que la condesa tuviese de ver a su hijo, deseaba, sin embargo, que llegase lo mas tarde que fuese posible, pues cuanto mas tarde llegase, menos probabilidades habia de encontrar caballos: entonces se verian precisados á irlos á buscar á la ciudad, y tendrian que detenerse mas tiempo. Todo sucedió á medida de su deseo. Tres convoyes pasaron aun sin que llegase Waninkoff, y el último de éstos tuvo que detenerse mas de tres cuartos de hora.

Apenas este marchó, cuando llegó el sexto: al oír su aproximacion, la madre y las dos hermanas se agarraron instintivamente de las manos; pareciales que habia algo en la atmósfera que les anunciaba la aproximacion de un hijo ó de un hermano.

El convoy apareció por fin, y un estremecimiento involuntario se apoderó de aquellas tres mujeres, que se estrecharon en sus brazos llorando.

Waninkoff salió de uno de los trineos de este convoy. A pesar de la oscuridad, pues era ya de noche, la condesa y sus hijas le conocieron al momento: al tiempo que se dirigia hácia la cabaña, una de sus hermanas quiso darle una voz; pero su madre puso la mano delante de su boca, y le impidió que pronunciase el nombre de su hijo.

Waninkoff entró en la cabaña con su compañera de viaje.

Los desterrados que iban en los demas trineos bajaron tambien, y se reunieron á ellos. El jefe de la escolta dió al momento órden á dos de sus soldados para que fuesen á buscar caballos, pero habiéndole dicho el dueño de la cabaña que ya no los habria en las próximas paradas, mandó á los demas que se apoderaran de los primeros que hallasen, en nombre del emperador. Los soldados obedecieron, y se quedó solo con los desterrados.

Esto, que hubiera sido una imprudencia en cualquiera otra parte, no lo era en Rusia: en Rusia el condenado se halla verdaderamente condenado; en el vasto imperio sometido al czar le es imposible la fuga, y antes de haber caminado doce leguas, seria indudablemente detenido; antes de llegar á una frontera habria muerto cien veces por el hambre.

El jefe del convoy, el brigadier Ivan, quedó solo con ellos paseándose por delante de la cabaña, y sacudiendo su pantalón de cuero con el látigo que llevaba en la mano, interrumpiendo de cuando en cuando esta operation para dirigir una mirada al coche que se hallaba parado en medio del camino real.

A los pocos momentos se abrió la portezuela de este coche, y bajaron de él tres mujeres que se aproximaron á él como tres sombras: el brigadier se detuvo no comprendiendo nada de aquella triple aparicion.

La condesa se adelantó hacia él con las manos juntas: sus dos hijas se quedaron á alguna distancia.

—Caballero brigadier, dijo la condesa, ¿podré esperar de vos un poco de compasión?

—¿Qué quiere su señoría? preguntó el brigadier que habia conocido en la voz y en el porte la categoría de su interlocutora.

—Quiero mas que la vida, caballero; quiero ver por última vez á un hijo á quien conducis á la Siberia.

—Eso es imposible, señora, respondió el brigadier: tengo órdenes las mas severas para impedir que los reos comuniquen con nadie, y me espondria á ser castigado si faltase á ellas.

—¿Pero quién podrá saberlo? exclamó la madre en tanto que las hermanas unian á sus palabras sus ademanes suplicantes.

—¡Imposible, señora; es imposible!

—¡Madre mia! exclamó Alejo abriendo la puerta de la cabaña; ¡madre mia! ¿Sois vos?... He reconocido vuestra voz.

Y diciendo esto, Waninkoff se arrojó en los brazos de la condesa.

El brigadier hizo un movimiento para detener al conde; pero en el mismo momento las dos jóvenes se lanzaron hacia él; la una, cayendo á sus pies, le estrechó las rodillas, mientras que la otra, cogiéndole los brazos, le señalaba con sus miradas á la madre y al hijo abrazados, diciéndole:

—¡ Oh , mirad , mirad !

El brigadier Ivan, que era un hombre éscelente, dió un suspiro, y las dos jóvenes comprendieron que accedia á sus súplicas.

—Madre mia , dijo una de ellas á media voz : este caballero permite que abracemos á nuestro hermano.

Entonces la condesa se separó de los brazos de su hijo , y presentando un bolsillo lleno de oro al brigadier :

—Tomad , le dijo , amigo mio ; y si por causa nuestra os esponéis á un castigo, yo debo al menos daros alguna recompensa.

El brigadier fijó un momento sus ojos en el bolsillo que le presentaba la condesa ; pero despues, moviendo la cabeza y sin atreverse á tocarlo, temiendo que la tentacion fuese demasiado fuerte :

—Gracias, señora ; gracias ; si yo falto á mi deber, esa será mi única excusa, dijo el brigadier señalando á las dos jóvenes anegadas en llanto. Esta excusa la puedo dar á mis jefes, y si no la saben apreciar, se la daré á Dios, que la acogerá indudablemente.

La condesa estrechó la mano de aquel hombre y la besó. Las dos jóvenes se acercaron á su hermano.

—Escuchad, dijo el brigadier ; como aun tenemos media hora muy larga para esperar los caballos, y como no podeis, ni entrar en la cabafia donde os verian los demas sentenciados, ni permanecer mucho tiempo en el camino real, subid los cuatro á

carruaje, cerrad las ventanillas, y al menos, como nadie os podrá ver, corro menos peligro de que se sepa la necesidad que cometo.

—Gracias, brigadier, dijo Alejo sin poder contener las lágrimas; pero al menos hacedme el obsequio de tomar ese bolsillo.

—Tomadle vos, mi teniente, respondió en voz baja Ivan, dando por costumbre al joven un título que no tenía ya derecho de llevar; tomadle vos, que tendreis mas necesidad que yo de dinero allá en la Siberia.

—Es que al llegar allí me registrarán.

—Pues bien, entonces yo me quedaré con él ahora, y os lo devolveré en llegando.

— ¡Qué bueno sois!

— ¡Silencio! Me parece que oigo el galope de un caballo: subid los cuatro al carruaje sin perder tiempo: es uno de mis soldados que vuelve del pueblo, y que no ha encontrado caballos; voy á enviarle hácia otro lado. ¡Entrad, entrad!

Y el brigadier empujó á Waninkoff, para que subiese al coche, adonde le siguieron su madre y sus hermanas, cerrando en seguida la portezuela.

Una hora se pasó de aquel modo; hora llena de alegría y de dolores, de risas y de sollozos; hora suprema, como la de la muerte, pues creían no volverse á ver mas. Durante aquella hora la madre y las hermanas de Waninkoff le contaron cómo habían sabido con doce horas de anticipacion la conmutacion de su sentencia, y con veinte y cuatro ho-

ras el momento de su salida, de modo que á Luisa debian el volverle á ver. Waninkoff levantó los ojos al cielo, y pronunció su nombre como si hubiera pronunciado el nombre de una santa.

Al cabo de aquella hora, que se pasó como un segundo, el brigadier abrió la portezuela.

—Ya llegar los caballos por todos lados, y es preciso que os separeis.

—¡Oh! dejadnos algunos momentos, exclamaron á una voz las tres mujeres, mientras que Alejo, demasiado orgulloso para implorar á un inferior suyo, permaneció mudo.

—Ni un segundo mas, porque me perderíais, dijo Ivan.

—¡Adios, adios, adios! dijeron confusamente las mujeres.

—Escuchad, dijo el brigadier conmovido á pesar suyo; desearíais volveros á ver aun.

—Sí.

—Pues bien, adelantaos y esperadnos en la próxima parada; es de noche, y nadie podrá veros; al cabo lo mismo me podrán castigar por una vez que por dos.

—¡Oh, no os castigarán, exclamaron las tres mujeres, y Dios os lo premiará!

—¡Ham! exclamó el brigadier con un acento de duda, y separando al preso del coche con mucho trabajo.

Por fin, oyendo este el galope de los caballos que volvian, se separó apresuradamente de su madre,

que se fue á sentar sobre un banco de piedra á la puerta de la cabaña, donde podrian creer sus compañeros de infortunio que habia permanecido todo el tiempo de su ausencia.

El carruaje de la condesa, cuyos caballos habian descansado, partió como un relámpago, y no se detuvo hasta llegar entre Groslaw y Kostroma, cerca de una cabaña aislada como la primera, y desde donde los recién llegados vieron marchar al convoy que precedia al de Alejo. En el mismo momento mandaron desenganchar los caballos, y mandaron al cochero que fuese á buscar otros á cualquier precio que fuera. En cuanto á ellas, animadas con la esperanza de volver á ver al hijo y al hermano, se quedaron solas en medio del camino real, y esperaron.

Aquellos momentos fueron crueles: en su impaciencia, la condesa habia creído aproximarse á su hijo apresurando su viaje; de manera que habia sacado cerca de una hora de ventaja sobre los trineos. Aquella hora fue un siglo; mil diversos pensamientos, mil confusos temores se presentaron á la imaginacion de aquellas tres mujeres. Por último, empezaban ya á sospechar que el brigadier se habia arrepentido de su promesa, y que habia cambiado de camino, cuando oyeron el ruido de los trineos y el chasquido del látigo de los cocheros. Asomaron la cabeza á los ventanillos, y vieron distintamente al convoy que se acercaba en medio de la oscuridad. Sus corazones se dilataron.

Las cosas pasaron lo mismo que en la parada precedente. Tres cuartos de hora fueron concedidos como por milagro á los que habian creido no volverse á ver sino en el cielo. Durante estos tres cuartos de hora, aquella pobre familia concertó una especie de correspondencia; despues, como último recuerdo, la condesa dió á su hijo una sortija que habia llevado siempre. Hermano y hermanas, madre é hijo se abrazaron por última vez, pues estaba demasiado adelantada la noche para que pudiese el brigadier conceder una nueva entrevista. Alejo volvió á subir al trineo que le conducia al fin del mundo, al otro lado de los montes Ourals, junto al lago Tchany, y despues, aquella fila de trineos pasó por delante del carruaje en que lloraban la madre y las hermanas, y se perdió muy pronto en medio de las tinieblas.

La condesa halló en Moscow á Gregorio, á quien habia dicho que la esperase, y le entregó una carta para Luisa, que Waninkoff habia escrito durante la segunda parada en un librito de memorias de una de sus hermanas. Esta carta decia así:

«No me habia engañado; eres un ángel. Yo no puedo hacer ya nada por ti en este mundo, sino amarte como á una mujer y adorarte como á una santa. Te encargo cuides de nuestro hijo.

«Adios.

ALEJO.

A este billete iba unida una carta de la madre de Waninkoff, que invitaba á Luisa á que se reuniese con ellas en Moscow, donde la esperaba como una madre espera á su hija.

Luisa besó el billete de Alejo; despues, al leer la carta de su madre, movió tristemente la cabeza, diciendo:

—No, no iré á Moscow; mi destino me llama á otra parte.

III.

Efectivamente; desde aquel momento Luisa se consagró enteramente al proyecto que el lector habrá ya sin duda adivinado; es decir, el de reunirse con el conde Alejo en Tobolsk.

Luisa, como ya hemos dicho, estaba embarazada, y apenas le faltaban dos meses para ser madre. Como pensaba ponerse en camino en cuanto pudiese levantarse de la cama, no perdió un momento para disponer todos los preparativos.

Estos preparativos consistían en convertir en dinero todo cuanto poseía, almacén, muebles y joyas. Como conocían la necesidad en que se encontraba, se vió precisada á darlo todo por una tercera parte de su valor, y así es que, habiendo reunido solamente unos treinta mil rublos, abandonó su casa de la Perspectiva, y se retiró á un cuartito que daba al canal de la Moika.

En cuanto á mí, yo acudí á Mr. de Gorgoli, que era mi eterna Providencia, y este caballero me prometió obtener del emperador un permiso para que Luisa pudiese ir á reunirse con Alejo. La noticia de este proyecto se habia esparcido por toda la ciudad de San Petersburgo, y todo el mundo admiraba el cariñoso sacrificio de la jóven francesa; pero todos creían que le faltaria el valor cuando llegase el momento de marchar. Solo yo, que conocia á Luisa, creía lo contrario.

Ademas, yo era su único amigo, y mas aun que un amigo, no hermano; todos los momentos que me dejaban libre mis ocupaciones los pasaba á su lado, y todo el tiempo que estábamos juntos lo pasábamos en hablar de Alejo.

A veces intentaba disuadirla de aquel proyecto, que yo calificaba de locura; pero entonces ella me agarraba de las manos, y me decía mirándome y sonriendo tristemente:

—Bien sabeis que aun cuando no fuera por amor, el deber me obligaria á hacer ese viaje. ¿No fue el disgusto hácia la vida lo que le hizo tomar parte en esa loca conspiración? Si yo le hubiera dicho que le amaba, seis meses antes hubiera hecho mas caso de su vida, y hoy no se hallaria desterrado. Ya veis que soy tan culpable como él, y que es muy justo que sufra su mismo castigo.

Cómo mi corazón me decía que yo en su lugar haria otro tanto, no tenia mas remedio que contestarle:

—Id, pues, y cúmplase la voluntad de Dios.

A principios del mes de setiembre Luisa dió á luz un niño. Yo queria que escribiese á la condesa de Waninkoff una carta en que le diese cuenta de aquel suceso; pero Luisa me dijo:

—A los ojos de la sociedad mi hijo no tiene nombre, y por lo tanto no tiene familia. Si la madre de Waninkoff lo reclama, se lo entregaré; porque no quiero esponer á mi hijo á semejante viaje; pero no se lo ofreceré en la duda de recibir una negativa.

Y diciendo estas palabras, llamó á la nodriza para abrazar á su hijo, y para hacernos ver como se parecia á su padre.

Pero sucedió lo que no podia menos de suceder. La madre de Waninkoff supo que Luisa habia parido, y le escribió que en cuanto se restableciera se pusiera en camino, pues la esperaba con su hijo. Esta carta hubiera bastado á destruir las últimas dudas, si Luisa hubiera vacilado aun: solo la suerte de su hijo podia inquietarla, y ya nada tenia que temer, ni tenia que esperar nada.

Con todo, y por grande que fuese el deseo que Luisa tenia de marchar lo mas pronto que le fuese posible, las emociones que habia experimentado durante su embarazo habian alterado de manera su salud, que la convalecencia fue muy larga. Aunque hacia ya muchos dias que se hallaba levantada, yo no me dejaba alucinar por aquellas falsas apariencias de salud. Pregunté al médico, quien me respondió que toda la enfermedad residia en lo moral;

pero que la creia aun muy débil para emprender un viaje. Con todo, nada de esto le hubiera impedido el ponerse en camino si hubiese estado en su mano el salir de San Petersburgo; pero el permiso tenia que pasar por mi mano, y le era forzoso conformarse á lo que yo quisiera.

Una mañana oí llamar á la puerta de mi habitacion, y al mismo tiempo oí la voz de Luisa que me llamaba. Me temí alguna nueva desgracia, y poniéndome de prisa un pantalon, me dirigí á abrir. Luisa, radiante de alegría, se arrojó en mis brazos.

—¡Se ha salvado! me dijo.

—¿Quién? pregunté yo.

—¡El!... ¡Alejo!

—¿Cómo salvado! ¡Eso no es posible!

—Tomad, me dijo Luisa.

Y al mismo tiempo me entregó una carta de letra del conde, que yo miraba mudo de asombro.

—Leed, leed, continuó: y se dejó caer en un sillón, abrumada bajo el peso de su alegría, en tanto que yo leí las siguientes líneas:

«Mi querida Luisa: Fíate de la persona que te entregue esta carta como si fuera yo mismo, pues es mas que un amigo; es mi salvador.

»He caído malo en medio del camino, y me he quedado detenido en Perm, donde he tenido la dicha de reconocer en un hermano de mi carcelero á un antiguo criado de mi familia. A instancias suyas el médico ha declarado que yo me hallaba imposibili-

tado de poder continuar el viaje, y ha quedado resuelto que pase el invierno en el *ostrog* de Perm, desde donde te escribo esta carta.

»Todo está dispuesto para mi fuga, el carcelero y su hermano buirán conmigo; pero es preciso que yo los indemnice de lo que pierden por causa mia, y de los peligros que corren acompañándome. Entrega al dador todo cuanto dinero tengas, así como todas tus joyas.

»Sé cuanto me amas, y espero que no dejarás de hacer lo que te pido.

»En el momento en que me halle en seguridad te escribiré para que vengas á reunirme conmigo.

»EL CONDE WANINKOFF.»

—¿Y qué? la dije despues de haber leído la carta otra vez.

—Ya veis de lo que se trata.

—Sí, de un proyecto de fuga.

—Que tendrá buen resultado.

—¿Y qué es lo que habeis hecho?

—¿Y vos me lo preguntais?

—Pero qué, ¿habeis entregado á un desconocido?...

—Todo cuanto poseia. Alejo me encargaba que creyese en aquel desconocido como hubiera creido en mi misma.

—¿Pero estais bien segura de que esa carta sea de Alejo? le pregunté yo mirándola atentamente.

Luisa me miró á su vez inquieta.

—¿Y de quién habia de ser? ¿Habria de haber una persona bastante infame para especular así con mi dolor?

—Y si ese hombre fuese... ¡ah! No me atrevo á decirlo; pero me ocurre una idea que me hace temblar.

—Hablad, dijo Luisa, cuyo semblante se cubrió de una mortal palidez.

—¿Si ese hombre fuese un estafador que hubiese contrahecho la letra del conde?

Luisa me arrebató la carta de las manos, dando un grito.

—¡Oh! ¡No, no! exclamó como para tranquilizarse á si misma. Conozco demasiado su letra, y estoy segura de no equivocarme.

Y á pesar de eso, demostraba la mayor inquietud.

—¿No teneis ahí alguna otra carta suya?

—Tomad, aquí teneis el billete que me escribió con lápiz.

La letra era la misma al parecer, y sin embargo, se notaba en ella poca seguridad.

—¿Creeis, la dije yo, que el conde se hubiera dirigido á vos?

—¿Y por qué no? ¿No soy yo quien le ama mas en el mundo?

—Sin duda: creo que para pedir amor solo á vos se hubiera dirigido; pero para pedir dinero, lo hubiera hecho á su madre.

—¿Pero no es suyo cuanto yo tengo? ¿No le debo

á él cuanto poseo? respondió Luisa con una voz cada vez mas alterada.

—Si; sin duda alguna todo es suyo: todo se lo debéis; pero, ó yo no conozco al conde Waninkoff, ú, es lo repito, no es él quien ha escrito esta carta.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! Pero estos treinta mil rublos era mi único recurso, mi sola esperanza.

—¿Cómo firmaba él las cartas que os escribía?

—Alejo, y nada mas.

—Esta, ya la veis, está firmada *conde Waninkoff*.

—Verdad es, dijo Luisa aterrada.

—¿Y no sabéis lo que ha sido de ese hombre?

—Me dijo que habia llegado ayer noche á San Petersburgo, y que se volvia al momento á Perm.

—Es preciso que deis aviso á la policia. ¡Oh, si aun fuese Mr. de Gorgoli jefe de ella!

—¿A la policia?

—Sin duda.

—¿Y si nos equivocamos? dijo Luisa. ¿Y si ese hombre no fuese un estafador; si tuviera verdaderamente la intencion de salvar á Alejo? Entonces, por el temor de algunos miles de rublos, impediria su fuga, y seria por segunda vez causa de su destierro. ¡Oh, no! Mejor quiero esponerme á perder cuanto tengo. En cuanto á mi, yo me compondré como pueda, y no os inquietéis: lo que yo desearia únicamente saber es si está verdaderamente en Perm.

—Esperad; he oido decir que los soldados que habian escoltado á los desterrados están ya de vuelta: conozco á un teniente de los gendarmes; le buscaré, y me informaré: entre tanto esperadme aquí.

—No; prefiero acompañaros.

—No lo permitiré; en primer lugar, porque no estais aun bastante fuerte para salir á la calle, siendo una imprudencia que hayais venido hasta aquí, y ademas, tal vez yo solo podré averiguar mas de lo que podria yendo vos.

—Id, pues, y volved pronto; pensad en que os espero, y en la causa que me detiene aquí.

Pasé á otra habitacion, y acabé de vestirme apresuradamente, saliendo al momentó en un droschki que habia mandado buscar. Diez minutos despues me hallaba en casa del teniente de gendarmeria, Solowieff, que era uno de mis discipulos.

No me habian engañado; la escolta se hallaba de vuelta hacia tres dias. Solamente que el teniente que la mandaba, y de quien hubiera podido informarme, habia obtenido una licencia de seis semanas para pasarlas con su familia en Moscow. Viendo hasta qué puuto me contrariaba su ausencia, Solowieff me hizo cuantas ofertas estuvieron de su parte para cualquier cosa que necesitase con tal instancia, que no dudé un momento en confesarle el deseo que tenia de poder adquirir noticias positivas de Waninkoff. Me dijo que era cosa muy sencilla, y que el encargado de la seccion de que hacia parte Waninkoff era de su compañía. Al mismo tiempo

dió la órden á un subalterno de que avisase á Ivan, que deseaba hablarle.

Diez minutos despues, entró aquel: era una de esas fisonomias militares, entre severa y jovial, que nunca rien abiertamente, pero que no dejan nunca de sonreir. Aunque ignoraba lo que habia hecho en favor de la condesa y de sus hijas, su fisonomía me previno desde luego en su favor. En el momento que se presentó, me dirigi á él.

—¿Vos sois el caballero Ivan? le pregunté.

—Para servir á V. E., me contestó.

—¿Erais vos el que mandaba la sesta seccion?

—Yo era.

—El conde de Waninkoff, ¿iba en aquella seccion?

—¡Hum, hum! refunfunó el militar, no sabiendo á qué vendrian á parar aquellas preguntas.

—Nada temais, le dije, hablais á un amigo que daria su vida por él; decidme la verdad, os lo suplico.

—¿Y qué es lo que deseais saber? preguntó Ivan siempre á la defensiva.

—¿Se puso malo el conde en el camino?

—No, señor.

—¿Y se ha detenido en Perm?

—Ni aun para mudar caballos.

—¿De modo que ha continuado su camino?...

—Hasta Koslowo, donde creo que estará á estas horas, tan bueno como vos y yo.

—¿Y qué cosa es Koslowo?

—Un lindo pueblo situado sobre el Irtych, unas veinte leguas mas allá de Tobosk.

—¿Estais seguro de lo que decís?

—¡Pardiez! Ya lo creo: el gobernador me dió un recibo, que anteayer al llegar entregué á su escelencia el jefe supremo de la policia.

—Y segun eso la historia de su enfermedad y de su detencion en Perm no es mas que una fábula.

—No hay en ello una palabra de verdad.

—Gracias, amigo mio.

Ahora que ya estaba seguro del hecho me dirigí á casa de Mr. de Gorgoli, y le referí cuanto habia pasado.

—¿Y me decís, me contestó que esa jóven está resuelta á irse á reunir con su amante á la Siberia?

—¡Oh! No hay la menor duda, monseñor.

—¿Aun cuando no tenga dinero?

—Aunque no tenga dinero.

—Pues bien; decidle de mi parte que obtendrá el permiso.

—Tomé el camino de mi casa, y hallé en ella á Luisa.

—¿Y qué hay? me preguntó en cuanto me vió.

—En lo que tengo que deciros hay algo de bueno y algo de malo: vuestros treinta mil rublos están perdidos; pero el conde no está enfermo. El viajero está en Koslow, de donde no ha pensado siquiera en huir; pero vos obtendreis permiso para iros á reunir con él.

—Eso era cuanto yo deseaba, me respondió Luisa;

y solo os pido que me consigais ese permiso lo mas pronto que podais.

Asi se lo prometí, y se marchó medio consolada. Tan poderosa era su voluntad, y tan firme su resolucion.

Escuso decir que al despedirme de ella puse á su disposicion quanto poseia; esto es, dos ó tres mil rublos, pues un mes antes, é ignorando que habia de tener necesidad de dinero, habia enviado á Francia todos mis ahorros desde mi llegada á San Petersburgo.

Por la noche, hallándome en casa de Luisa, anunciaron á un ayudante de campo del emperador. Venia este á traerle una carta de audiencia de su majestad para el dia siguiente á las once de la mañana en el palacio de Invierno.

Mr. de Gorgoli habia cumplido su palabra.

IV.

Aunque la carta de audiencia fuese ya un feliz presagio, Luisa no por eso dejó de pasar una noche llena de inquietud y de temores.

Yo me estuve en su casa hasta la una de la mañana, tranquilizándole y contándole todo cuanto sabía acerca de la bondad del emperador Nicolás. Por fin la dejé algo más tranquila, después de haberle prometido volver al día siguiente para acompañarla al palacio.

A las nueve me fui á su casa: Luisa estaba ya dispuesta para marchar; su traje era el que convenia á una suplicante; iba vestida de negro, porque llevaba luto por su amante desterrado, y no llevaba adorno ninguno. La pobre muchacha habia vendido hasta sus cubiertos.

En cuanto llegó la hora, salimos de su casa. Yo

me quedé en el carruaje, y ella bajó de él, presentó su carta de audiencia, y no solo le permitieron la entrada, sino que un oficial la condujo, según la orden que habia recibido para ello. Así que llegó con ella al gabinete del emperador, la dejó sola, diciéndole que esperase. Pasáronse diez minutos, durante los cuales Luisa me dijo después que le faltó poco para desmayarse; por fin unos pasos resonaron en la próxima habitación: se abrió la puerta, y apareció en ella el emperador.

A su aspecto Luisa no supo si adelantarse ó retroceder, ni si hablar ó callarse. Solo tuvo fuerzas para caer de rodillas, juntando las manos.

—Esta es la segunda vez que os veo, señorita, y siempre os he hallado de rodillas. Levantaos, os lo suplico.

—Es que las dos veces tenia que pedir os una gracia, contestó Luisa; la primera era por su vida; la segunda por la mia.

—Y bien, dijo el emperador sonriendo; el resultado de vuestra primera súplica os debe haber animado á la segunda. Me han dicho que quereis reuniros al conde; ¿es ese permiso el que venis á pedirme?

—Sí, señor.

—Y sin embargo, no sois ni su hermana ni su esposa.

—Soy su amiga, señor, y el conde debe tener necesidad de una amiga.

—¿Sabeis que está desterrado para toda su vida?

—Sí, señor.

—Mas allá de Tobolsk.

—Sí, señor.

—Es decir, en un país en que apenas hay cuatro meses de sol, y en que el resto del año pertenece á la nieve y al hielo.

—Ya lo sé, señor.

—¿Sabeis que no tiene posicion, ni fortuna, ni titulo que compartir con vos, y que es mas pobre que el mendigo á quien tal vez habeis socorrido al venir á palacio?

—Ya lo sé, señor.

—Pero vos tendreis sin duda algun dinero... alguna esperanza...

—¡Ah, señor! Yo nada tengo: ayer poseia treinta mil rublos, producto de la venta de cuanto poseia: sin duda han llegado á saber que yo poseia ese pequeño capital, y sin respeto á la causa á que lo consagraba, me lo han robado.

—¿Con una carta en que imitaban su letra? Ya sé todo eso. Ha sido mas que un robo; es un sacrilegio. Si el que le ha cometido llega á caer en manos de la justicia, será castigado, os lo juro, como si hubiera saqueado una iglesia; pero aun os queda un medio de reemplazar esa suma.

—¿Cuál, señor?

—El de dirigiros á su familia; su familia es rica, y os protegerá.

—Perdóneme S. M.; pero no deseo mas proteccion que la de Dios.

—¿De manera que os vais á marchar en tal estado?

—Si obtengo el permiso de V. M.

—¡Pero cómo! ¿Sin recurso alguno?

—Vendiendo lo que me queda puedo aun reunir unos cuantos centenares de rublos.

—¿Y no teneis amigos que os puedan favorecer?

—Sí, señor; pero soy orgullosa, y no quiero tomar prestado una suma que no podria pagar nunca.

—Es que con doscientos ó trescientos rublos apenas podreis andar la cuarta parte del camino, en carruaje: ¿sabeis la distancia que hay desde aquí á Tolbolsk, hija mia?

—Unas ochocientas leguas francesas.

—¿Y cómo pensais recorrer las quinientas ó seiscientas leguas últimas?

—Señor, tengo que pasar muchas ciudades, y como no he olvidado mis antiguas ocupaciones, me presentaré en las casas mas ricas, diré el motivo de mi viaje, y me darán trabajo. Cuando haya reunido el dinero suficiente, continuaré mi camino.

—¡Pobre muchacha! dijo el emperador enternecido: ¿pero habeis pensado en las dificultades materiales de semejante viaje, aun para las personas que cuentan con medios suficientes? ¿Por dónde pensais ir?

—Por Moscow, señor.

—¿Y despues?

—Despues no sé... pero yo preguntaré... No sé mas sino que Tobolsk está al Este.

—Mirad, dijo el emperador desdoblando el mapa de su inmenso imperio sobre una mesa.

—Luisa se acercó.

—Aquí está Moscow; lo que es hasta aquí, todo irá bien; luego Perm; pero despues de Perm están los montes Ourals; esto es, el limite de Europa. Aun hallareis una ciudad, perpetua centinela que guarda las fronteras del Asia; esa ciudad se llama Ekaterynbourg; pero pasada esta ciudad ya no podeis contar con nada, y sin embargo, aun os faltarán trescientas leguas que recorrer. Mirad algunos pueblos; pero mirad á qué distancia se hallan; mirad la anchura de estos rios; no hay posadas en los caminos ni puentes en los rios, y todo lleno de precipios, que es preciso conocer para evitar una muerte segura.

—Señor, respondió Luisa con la mayor tranquilidad; cuando llegue á esos rios ya estarán helados, pues me han dicho que en aquel pais el invierno se adelanta mucho mas que en San Petersburgo.

—Pero qué, ¿pensais marchar ahora? ¿Pensais reuniros con él durante el invierno?

—Durante el invierno, su soledad debe ser mas cruel.

—Pero eso no es posible; habeis perdido el juicio.

—Será imposible si V. M. lo quiere, porque nadie puede desobedecer á V. M.

—No; el obstáculo no vendrá de mi, sino de vos, de vuestra razon; el obstáculo serán las dificultades materiales de semejante proyecto.

—Entonces, señor, partiré mañana mismo.

—Pero ¿y si moris en medio del camino?

—Si muero, señor, el conde ignorará siempre que he muerto al ir á reunirme con él, y creerá que no le amaba; si sucumbo, no perderá nada, porque yo no soy ni su hermana, ni su madre, ni su hijo; no habrá perdido mas que una querida, esto es, una mujer á quien la sociedad no concede derechos ningunos, y que debe dar gracias al mundo cuando el mundo se muestra indiferente hácia ella. Pero si consigo llegar hasta donde él está, seré para él todo: madre, hermana, familia; seré mas que una esposa, seré un ángel bajado del cielo: entonces seremos dos para sufrir, y estaremos desterrados á medias. Ya veis, señor, que es preciso que yo marche, y que marche lo mas pronto que me sea posible.

—Sí, teneis razen, dijo el emperador mirándola, y ya no me opongo á vuestro viaje. Solamente que en cuanto esté de mi parte, velaré sobre vos durante el camino: ¿me lo permitireis?

—¡Ahl señor; os doy gracias de rodillas!

El emperador tiró del cordon de una campanilla, y se presentó un ayudante de campo.

—¿Han dado orden á Ivan para que se presente?

—Hace dos horas que espera las órdenes de V. M., respondió el ayudante.

—Haced que pase adelante.

El ayudante de campo se inclinó profundamente,

y salió; cinco minutos despues la puerta se volvió á abrir, é Ivan, nuestro antiguo conocido, dió un paso en la real habitacion; despues se quedó inmóvil, con la mano izquierda apoyada en la costura del pantalon, y la derecha en su chacó.

—Acércate, le dijo el emperador con voz severa.

Ivan dió cuatro pasos mas, y volvió á tomar su posicion.

—Mas aun.

Ivan dió otros cuatro pasos, y se halló separado del emperador solamente por la mesa de trabajo.

—¿Eres tu el sarjento de brigada Ivan?

—Sí, señor.

—¿Mandabas la escolta de la sesta seccion?

—Sí, señor.

—¿Habrás recibido orden de no permitir que los presos comunicasen con nadie?

El brigadier quiso responder; pero solo pudo balbucear algunas palabras: el emperador aparentó no advertirlo, y continuó:

—¿Iba en tu seccion el conde Alejo-Waninkoff?

Ivan palideció, é hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Pues bien, á pesar de la prohibicion que tenias, le has permitido ver á su madre y á sus hermanas, una vez entre Mo-Yoga é Iraslow, y otra entre Iraslow y Kostroma.

Luisa hizo un ademan para acudir al socorro del

pobre sarjento, pero el emperador le mandó con un gesto que se callase. Ivan se vió obligado á apoyarse en la mesa.

El emperador guardó un momento de silencio, y despues continuó:

—Al desobedecer á mis órdenes, ¿sabias tú á lo que te esponias?

El sarjento no podia contestar. Luisa se compadeció de él, y á despecho de disgustar al emperador, juntó las manos diciendo:

—¡En nombre del cielo, tened piedad de él, señor!

—Bien, dijo el emperador; te perdono.

El sarjento dilató su pecho con un profundo suspiro. Luisa dió un grito de alegría.

—Te perdono por la intercesion de esta señora, continuó el emperador indicando á Luisa; pero con una condicion.

—¿Cuál, señor? exclamó Ivan.

—¿A dónde has conducido al conde Alejo Waninkoff?

—A Koslowo.

—Vas inmediatamente á volver á emprender el mismo viaje que acabas de hacer, y conducirás al lado del conde á esta señora.

—¡Ah, señor! exclamó Luisa, que empezaba á comprender la fingida severidad del emperador.

—La obedecerás en todo, menos cuando se trate de su seguridad.

—Así lo haré, señor.

—Aqui tienes una órden, dijo el emperador, fir-

mando un papel escrito de antemano , y que tenia el sello de sus armas : esta órden pone á tu disposicion hombres , caballos y carruajes ; ahora tú respondes con tu cabeza de esta señora.

—Está bien , señor.

—Y cuando vuelvas , si me traes una carta suya en que me diga que ha llegado sin novedad , y que esta satisfecha de tu comportamiento , te nombraré aposentador.

Ivan se hincó de rodillas , y olvidandola disciplina del soldado por su lenguaje de hombre del pueblo:

—Gracias , padre , le dijo.

Y el emperador le dió á besar su mano , como tenia costumbre de hacerlo.

Luisa hizo un movimiento para ponerse tambien de rodillas y besarle la mano , pero el emperador la detuvo.

—Basta , le dijo ; sois una santa y digna mujer. He hecho por vos cuanto he podido. Ahora que el Señor vele sobre vos.

—¡ Ah , señor ! exclamó Luisa ; sois para mí una segunda Providencia. Pero yo ¿ cómo podré agradeceróslo ?

—Cuando oreis por vuestro hijo , dijo el emperador , orad al mismo tiempo por los míos.

Y haciéndole una señal de despedida con la mano , salió de la habitacion.

Al volver á su casa , Luisa halló una cajita que le habian llevado de parte de la emperatriz.

Esta caja contenia treinta mil rublos.

... the ... of the ...
... the ... of the ...
... the ... of the ...

... the ... of the ...
... the ... of the ...
... the ... of the ...

... the ... of the ...
... the ... of the ...
... the ... of the ...

... the ... of the ...
... the ... of the ...
... the ... of the ...

... the ... of the ...
... the ... of the ...
... the ... of the ...

... the ... of the ...
... the ... of the ...
... the ... of the ...

... the ... of the ...
... the ... of the ...
... the ... of the ...

... the ... of the ...
... the ... of the ...
... the ... of the ...

Quedó decidido que Luisa partiese al día siguiente para Moscow, en cuya ciudad debía entregar á su hijo en manos de la condesa Waninkoff y de sus hijas. Yo obtuve también el permiso de acompañarla hasta esta segunda capital de Rusia, que hacia mucho tiempo deseaba visitar. Luisa dió orden á Ivan de que se procurase un carruaje para el día siguiente á las ocho de la mañana.

El carruaje no saltó á la hora indicada, y esto me dió una alta idea de la puntualidad de Ivan. En cuanto vi aquel coche, me sorprendió su construcción, sólida y ligera al mismo tiempo; pero cesó mi asombro cuando reconocí en uno de sus costados la marca de las caballerizas imperiales. Ivan, usando del derecho que le concedía la orden del emperador,

habia tomado el mejor carruaje de camino que encontró.

Luisa no se hizo esperar: Estaba radiante de alegría; para ella habian desaparecido todos los peligros y todos los temores.

El dia anterior se hallaba decidida á emprender el viaje sin recurso ninguno, y si era preciso á pie: hoy llevaba á cabo su proyecto con todas las comodidades posibles, y bajo la proteccion del emperador. El carruaje estaba enteramente forrado de pieles, porque aunque no hubiese llegado aun la temporada de las nieves, hacia ya mucho frio, sobre todo por la noche. Luisa y yo nos instalamos dentro del coche; Ivan se colocó al lado del postillon, y a una señal suya partimos á todo el correr de los caballos.

El que no haya viajado por Rusia no puede tener una idea de lo que es viajar aprisa. De San Petersburgo á Moscow hay unas ciento setenta leguas francesas, y gratificando regularmente á los postillones, se recorren en cuarenta horas. Ahora espliquemos esta gratificacion.

El precio de cada caballo es de cinco céntimos por cuarto de legua, lo que viene á ser siete ú ocho sueldos de Francia por cada posta. Esto en cuanto á los dueños de los caballos, cosa de que no teniamos que ocuparnos, pues viajábamos á espensas del emperador.

Respecto á los postillones, se les gratifica á voluntad de los viajeros; ochenta kopecks por cada

seis ó siete leguas son suficientes para que grite al llegar á la parada :

— ¡ Alerta ; alerta ; llevo águilas conmigo !

Lo cual quiere decir que deben ir con la rapidez del ave con cuyo nombre designa á sus espléndidos viajeros. Si, por el contrario, los que conduce no le gratifican, ó le gratifican poco, da á entender con un espresivo ademán, y la llegada á la parada al trote corto, que en vez de águilas conduce cuervos.

Quince ó veinte aldeanos, cuyos caballos están á toda hora dispuestos á marchar, están siempre en cada parada, acechando la llegada de una silla de posta ó de un trineo, y jugando entre tanto, porque el aldeano ruso es muy aficionado al juego, pero aficionado como lo son los niños, por divertirse, y no por ganar. Apenas se presenta una silla de posta, el juego se suspende, y si conduce *águilas*, todos se disputan la vez; desenganchan los caballos antes de que hayan parado; apoderanse del tirante derecho, que es una cuerda; cada uno va agarrándose á ella en dos ó tres veces, y aquel cuya mano ha tocado la estremidad de ella, es el designado para conducir el carruaje desde aquella parada á la siguiente. Al momento corre á buscar sus caballos en medio de las felicitaciones de sus compañeros, que le ayudan á enganchar, y en un momento se vuelve á poner el carruaje en marcha. Si, por el contrario, los que llegan son *cuervos*, todo pasa de un modo mas tranquilo, aunque de la misma manera; solamente que el que debe conducirlos es el que pierde; cada

uno se vale de sus mañas para coger la ouerda de modo que no le toque la mala suerte, y el que tiene aquella desgracia, se aleja con la cabeza baja á buscar los caballos, enmedio de las rechiflas de sus compañeros, y sale al trote corto.

Pero una vez en el camino, sea cual fuere la generosidad del viajero, el cochero se anima hablando con sus caballos, á quienes nunca castiga, y que se apresuran ó se detienen á su voz. Verdad es que nada hay mas lisonjero que sus elegias, como tampoco hay cosa mas humillante que sus recriminaciones: si marchan bien sus caballos, son golondrinas, palomas, les llama hermanos suyos, sus queridos, sus pichones; si marchan mal, son tortugas, caracoles, y les promete un mal carro en el otro mundo; amenaza que les hace generalmente mucho efecto, y que les vuelve ligeros como el viento.

Lanzado una vez en la carrera, nada detiene al cochero ruso; su carrera es una carrera de campanario: fosos, elevaciones, árboles derribados, todo le salva: si el carruaje vuelca, se levanta sin inquietarse del daño propio; se asoma á la ventanilla con su risueño semblante, y su primera palabra es *Ni chevan* (eso no vale nada), y la segunda *Nebos* (no tengais miedo): La fórmula no cambia en nada, cualquiera que sea la categoria del viajero, y por grave que sea el daño que se haya hecho, la lisonomía que se presenta á la ventanilla es siempre la misma, siempre risueña.

Si el accidente es de poca gravedad, queda repa-

rado en el momento: si se ha roto un eje, derriba el primer árbol que encuentra con la pequeña hacha que los paisanos rusos llevan casi siempre consigo, y que reemplaza para ellos á casi todas las herramientas. A los pocos momentos el árbol queda cortado, adelgazado y dispuesto á reemplazar al eje roto. Si un tirante se rompe de manera que no se puede anudar, le bastan al cochero ruso muy pocos momentos para tejer una cuerda mas sólida que la primera con la corteza del álamo blanco, y los caballos, vueltos á enganchar, parten nuevamente.

El cochero hace tal ruido con sus exclamaciones y sus cantos, se ocupa tan poco del carruaje que está detras de él, que no nota á veces que el juego delantero se separa de él, y sigue corriendo hasta la parada próxima, donde advirtiéndolo que se ha dejado atrás á sus viajeros, vuelve á buscarlos con el buen humor que forma el carácter principal, y se acerca á ellos diciéndoles:

—*Eso no valè nada.*

Después repara la averia, y continúa su camino añadiendo:

—*No tengais cuidado.*

Aunque, como ya supondrá el lector, nosotros estábamos clasificados entre los *águilas*, nuestro carruaje, gracias á la prevision de Ivan, era tan sólido, que no nos sucedió ningun accidente de ese género, y aquella misma noche llegamos á Novgotod, la vieja y poderosa ciudad que habia tomado por divisa al

proverbio ruso: «¡Nadie puede resistir á los dioses y á la gran Novgorod!»

Novgorod, cuna en otro tiempo de la monarquía rusa, y cuyas sesenta iglesias bastaban apenas para su inmensa población, es hoy, con sus desmanteladas murallas, unas pocas ruinas de calles desiertas, y se eleva sobre el camino como la sombra de una capital muerta entre San Petersburgo, y Moscow, que son dos capitales modernas.

Solamente nos detuvimos el tiempo preciso para cenar, y nos volvimos á poner en camino. De trecho en trecho hallábamos en el camino grandes hogueras, y alrededor de sus llamas diez ó doce hombres de largas barbas: junto á ellos, y á un lado del camino, veíase una fila de carretas. Estos hombres eran arrieros del país, que á falta de pueblos, y por lo tanto de posadas, acampaban en los caminos durmiendo sobre sus capas y poniéndose en marcha al día siguiente tan alegres y tan ágiles como si hubiesen pasado la mejor noche en la mejor cama del mundo. En tanto que duermen, los caballos sueltos pastan en los prados: por la mañana los carreteros los llaman con sus silbidos, y vienen á colocarse en sus respectivos puestos.

El día siguiente nos amaneció en lo que se llama la Suiza rusa. En medio de aquellas eternas llanuras y de aquellos inmensos bosques de abetos, se presenta un país delicioso cortado por lagos, por valles y montañas. Waldai, ciudad situada á unas noventa leguas de San Petersburgo, es el centro y la capital

de aquella Helvecia septentrional. Apenas llegó allí nuestro carruaje, nos hallamos rodeados de una multitud de vendedores de rosquillas, que nos recordaron á los vendedores de París. Solamente que en lugar de los industriosos paisanos que explotan los alrededores de las Tullerías, en Waldai se veuno asaltado por un ejército de muchachas de sayas cortas, de las que sospecho que ejercen un comercio ilícito, oculto bajo su comercio ostensible.

Después de Waldai vino Forschok, célebre por su comercio de tafletes bordados con que se hacen botas elegantes y chinelas de señora de un gusto exquisito. Luego se presentó Twer, cabeza de partido, donde se atraviesa el Volga sobre un puente de seiscientos pies de longitud.

Este río gigantesco toma su origen en ellago Scliguer, y va á perderse en el mar Caspio, después de haber cruzado la Rusia en toda su anchura, es decir, en un espacio de setecientas leguas. A unas seis leguas de esta ciudad nos cogió la noche, y cuando llegó el día, divisamos los dorados campanarios de Moscow.

Su vista me causó una profunda impresión. Tenia ante mis ojos la inmensa tumba en que la Francia habia enterrado su fortuna. Me estremé sin poderlo remediar, y me pareció que la sombra de Napoleón iba á aparecérseme, como la de Adamastor, y á contarme su derrota con lágrimas de sangre.

Al entrar en la ciudad busqué por todas partes las

Infantas de nuestro paso en 1812, y reconocí algunas. De vez en cuando inmensas ruinas, tristes pruebas del salvaje patriotismo de Rostopchin, se ofrecían á nuestra vista, ennegrecidas aun por las llamas. Hallábame dispuesto á detener el coche, y antes de bajar en la fonda, antes de ir á ninguna parte á tomar el camino de Kremblin, impaciente por visitar el sombrío palacio que cayeron una mañana los rusos con un cinturón de llamas, formada con la ciudad entera; pero no me hallaba solo, y tuve que dejar mi visita para otra ocasión. Deje á Ivan que nos condujese, y esto nos hizo cruzar una parte de la ciudad, haciendo parar el carruaje delante de una fonda cerca del puente de los Mariscales, y que pertenecía á un francés. La casualidad hizo que aquella fonda estuviese próximo á la casa que habitaba la condesa Waninkoff.

Luisa se hallaba muy fatigada del viaje, durante el cual no habia dejado un momento de los brazos á su hijo; pero aunque yo la insté para que se acostase al momento, ella empezó por escribir una carta á la condesa, en que le anunciaba su llegada á Moscow y le pedía el permiso de presentarse en su casa.

Preguntamos por una persona que se encargara de llevar esta carta á su destino, cuando nos acordamos de nuestro buen Ivan. Conociamos que la carta sería mejor recibida de sus manos que de las de nadie, y él aceptó con sumo placer la comision.

Diez minutos despues, y apenas me habia yo retirado á mi cuarto, oí un carruaje, que se detuvo á

la puerta de la fonda. Este carruaje conducia á la condesa y á sus hijas, que no queriendo esperar hasta la visita de Luisa, venian á buscarla. Conocian la nobleza de aquel corazon; sabian con qué objeto viajaba, y no querian que durante el corto tiempo que permaneciese en Moscov habitase otra casa que la suya.

Como mi cuarto estaba al lado del de Luisa, fui en cierto modo testigo de la efusion con que la pobre madre se arrojó en los brazos de la que iba á ser compañera de su hijo. Como lo habiamos previsto, la visita de Ivan habia causado gran placer á toda la familia, pues por él la condesa habia tenido noticias recientes de Waniukoff, sabiendo que habia llegado á Koslowo en tan buen estado de salud como lo permitia su situacion. Ademas, era ya una satisfaccion para la condesa y sus hijas el saber el punto en que se hallaba.

Luisa apartó las cortinas de su cama, y les enseñó á su hijo, que dormia: antes de que ella les indicase su intencion de dejarle al cuidado de aquella familia, las dos hermanas se apoderaron del niño y le presentaron á su madre, que le cubrió de besos.

Llegome á mi la vez. Supieron que habia yo acompañado á Luisa, y que yo era maestro de esgrima del conde Afejo: entonces las tres mujeres quisieron verme, y Luisa me envió á decir que preguntaban por mi: como ya lo habia previsto, habia tenido el tiempo necesario para reparar el désorden que dos dias y dos noches de viaje habian producido en mi traje.

Hiciéronme mil preguntas: habia vivido mucho tiempo en la intimidad del conde, y así pude satisfacerlas, amándole demasiado para que me cansase el hablar de él. De aquí resultó que aquellas buenas señoras se aficionaron de tal modo á mí, que querian decididamente que me fuese con Luisa á su casa; pero como yo no tenia derecho alguno á aquella honorífica hospitalidad, me negué á admitirla.

Ademas de que, sin contar la indiscrecion que hubiera sido el admitir sus ofertas, tenia yo mas libertad en la fonda, y cómo yo no pensaba permanecer en Moscow mas tiempo que el que Luisa estuviese, deseaba aprovechar el tiempo para visitar la ciudad santa.

Luisa refirió su entrevista con el emperador, así como todo cuanto habia hecho este en su favor, y la condesa lloró de agradecimiento, porque esperaba que el emperador no seria generoso á medias, y conmutaria el destierro perpetuo en un destierro temporal, como habia conmutado la pena de muerte en la de destierro...

La condesa quiso al menos hospedar en su casa á Ivan, pero yo le reclamé para mí, pues pensaba que me sirviese de cicerone. Ivan habia hecho la campaña de 1812: nos persiguió en nuestra retirada, y puede comprenderse que me era demasiado precioso para que yo consintiese en separarme de él.

Luisa y su hijo subieron al coche con la condesa Waninkoff y sus hijas, y yo me quedé en la fonda

con Ivan, aunque tuve que prometer el ir á comer aquel dia á casa de la condesa.

Un cuarto de hora despues nos pusimos en marcha, y di principio á mis investigaciones.

the same time, the fact that the same person can be both a subject and an object of a relation is not a contradiction. For example, a person can be both a father and a son. This is not a contradiction because the relations are different. Similarly, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different.

For example, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different. For example, a person can be both a father and a son. This is not a contradiction because the relations are different. Similarly, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different.

For example, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different. For example, a person can be both a father and a son. This is not a contradiction because the relations are different. Similarly, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different.

For example, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different. For example, a person can be both a father and a son. This is not a contradiction because the relations are different. Similarly, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different.

For example, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different. For example, a person can be both a father and a son. This is not a contradiction because the relations are different. Similarly, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different.

For example, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different. For example, a person can be both a father and a son. This is not a contradiction because the relations are different. Similarly, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different.

For example, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different. For example, a person can be both a father and a son. This is not a contradiction because the relations are different. Similarly, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different.

For example, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different. For example, a person can be both a father and a son. This is not a contradiction because the relations are different. Similarly, a person can be both a subject and an object of a relation if the relations are different.

VI.

El 14 de setiembre de 1812 á las dos de la tarde, el ejército francés descubrió desde la cima del monte Salut la ciudad santa. En el mismo momento, y como habia sucedido quince años antes al descubrir las pirámides, ciento veinte mil hombres gritaron llenos de entusiasmo: ¡*Moscow!* ¡*Moscow!* Después de una larga navegacion en aquel océano de llanuras, descubrian por fin la tierra. Al ver las doradas cúpulas de la ciudad, todo quedó olvidado, hasta la misma terrible y sangrienta victoria de la Moskowa, que habia afectado al ejército tanto como una derrota. Después de haber tocado con una mano el Océano Indio, iba por fin la Francia á tocar con la otra los mares del polo. Nada habia sido bastante á detenerla, ni el desierto de ureense, ni el desierto de nieves. Era verdaderamente la reina del

mundo, que iba haciéndose consagrar en todas las capitales.

Al oír los gritos de su ejército, que rompe las filas y da estrepitosas palmadas, Napoleon llega: su primer sentimiento es el de una indecible alegría, que ilumina su frente con una aureola de gloria; él, lo mismo que sus soldados, esclama, alzándose sobre los estribos:

—¡Moscow! ¡Moscow!

Pero en el mismo momento su frente se nubla, y dejándose caer sobre la silla, continúa:

—Ya era tiempo.

El ejército hace alto, porque Napoleon espera que de alguna de las puertas, que en vano intenta penetrar su recelosa mirada, debe salir de un momento á otro una diputacion de boyardos de larga barba, y de muchachas cargadas de flores, trayéndole las llaves de oro de la ciudad santa. Pero todo permanece en silencio y solitario, como si la ciudad estuviese dormida: ningun vapor se eleva de las chimeneas, y únicamente alguna bandada de cuervos, revoloteando alrededor del Kremlin, se dejan caer de cuando en cuando sobre alguna cúpula, cuyo dorado desaparece como bajo un negro crespon.

Però al otro lado de Moscow, y como si saliese por la puerta opuesta á la que se presentaba á nuestra vista, parecia verse mover un ejército. Aquel era, como siempre, el enemigo inabordable que se nos habia escapado de entre las manos desde el Nie-

men hasta la Moskowa, y que se replegaba hacia el Oriente.

En aquel momento, como si el ejército francés, semejante á un águila, hubiese desplegado sus dos alas, Eugenio y Poniatowski se estienden por la derecha para rodear la ciudad, mientras que Murat, á quien Napoleon sigue con la vista con una inquietud siempre creciente, llega hasta los arrabales, sin que se le presente diputacion ninguna.

Entonces sus mariscales se agrupan á su alrededor alarmados por su inquietud: Napoleon examina todas aquellas frentes sombrías y todas aquellas miradas fijas; adivina que su pensamiento es el pensamiento de todos, y esclama maquinalmente.

—¡Paciencia! ¡Paciencia! Esas gentes son tan salvajes, que no saben ni aun rendirse.

Entre tanto Murat penetra dentro de la ciudad. Napoleon envia tras él á Gourgaud, quien atraviesa el terreno á todo el galope de su caballo, entra en la ciudad, y se reune á Murat en el momento en que un oficial de Milarodowich anuncia al rey de Nápoles que el general ruso está resuelto á poner fuego á la ciudad si no dan el tiempo suficiente á su retaguardia para retirarse. Gourgaud vuelve á galope, y comunica esta noticia á Napoleon.

Dejadlos marchar, dice Napoleon; necesito á Moscow integro, desde su mas rico palacio hasta su mas pobre cabaña.

Gourgaud lleva esta respuesta á Murat, á quien encuentra rodeado de cosacos que miran con asom-

pro los bordados de su rica polonesa y las plumas ondulantes de su sombrero. Murat les trasmite la noticia del armistizio, da su reloj á uno de sus jefes, sus joyas á otros, y cuando ya no tiene nada que dar, pide á sus ayudantes de campo sus relojes y sus sortijas.

Entre tanto, y á favor de aquel convenio verbal, el ejército ruso continuó evacuando á Moscow.

Napoleon se detiene á las puertas, esperando siempre que los habitantes saldrian de la ciudad encantada. Pero nadie parece, y cada oficial que vuelve le repite estas palabras:

—Moscow está desierta.

Pero él no lo cree aun; mira, escucha; pero aquella es la soledad del desierto, el silencio de la muerte: se halla á las puertas de la ciudad de las tumbas, de Pompeya ó Necrópolis.

Sin embargo, espera aun que, como Brennus, llamará al ejército en el Capitolio ó á los senadores en sus sillas curules. Para que no salgan de Moscow sino los que tenían derecho para salir, mandó rodear la ciudad de un lado por el principe Eugenio, y del otro por el principe Poniatowski; los dos cuerpos de ejército se adelantan y circuyen á Moscow; despues se adelanta el duque de Dantzic con su tropa para penetrar en la ciudad. Por último, despues de haber retardado quanto le fue posible el entrar él, como si quisiese aun dudar del testimonio de sus propios ojos, se decide á atravesar la barrera de Dorogomitoff, manda llamar al secretario in-

árprete-Laborgue, que conoce á Moscow, le manda que permanezca al lado suyo, y adelantándose en medio de aquel silencio, que solo es interrumpido por el ruido de sus pasos, le interroga sobre cada uno de aquellos monumentos desiertos, sobre aquellos vacíos palacios y sobre aquellas casas abandonadas. Luego, como temiendo aventurarse en aquella Tobas moderna, se detiene, baja de su caballo, y toma un alojamiento provisional en una gran posada, abandonada como el resto de la ciudad.

Apenas se instala en ella, se suceden sin intermision las órdenes, como si acabase de colocar su tienda sobre un campo de batalla. Tiene necesidad de combatir aquel silencio y aquella soledad, mas terrible para él que la presencia y el estrépito de un ejército. El duque de Treviso queda nombrado gobernador de la provincia; el duque de Dantzic ocupará el Kremlin, y se encargará del arreglo de este barrio; el rey de Nápoles perseguirá al enemigo, sin perderle de vista, y cogerá prisioneros á los rezagados para enviárselos á Napoleon.

Llega la noche, y á medida que se aproxima, Napoleon se oscurece como ella: hácia la puerta de Kolonna se oyen algunos tiros: es Murat, que, despues de haber recorrido nuevecientas leguas y dado sesenta batallas, atraviesa á Moscow, la ciudad de los czares, como hubiera atravesado una aldea, y alcanza á los cosacos en el camino de Uladimir. Anuncian á Napoleon que unos cuantos franceses vienen á pedir clemencia á su emperador. Napoleon

los hace entrar, y los interroga, dándoles gracias por haberle ido á dar algunas noticias. Pero á las pocas respuestas frunce las cejas. Le refieren cosas estrañas, y segun ellos, Moscow está sentenciado á las llamas, condenado por los mismos rusos, por sus propios hijos: esto se le hace imposible.

A las dos de la madrugada se sabe que ha estallado un incendio en el palacio del Comercio; esto es, en el mas hermoso barrio de la ciudad. La amenaza de Rostopchin se realiza; pero Napoleon duda todavía; la imprudencia de algun soldado habrá sido la causa de aquel incendio, y da órden sobre órden y envia correo sobre correo. Llega el dia sin que se haya podido apagar el fuego, porque, ¡cosa singular! en ninguna parte se han encontrado bombas. Entonces Napoleon, no pudiendo contener su impaciencia, acude al sitio del desastre, echa la culpa á Mortier, á la guardia. Pero Mortier señala con la mano á Napoleon una casa cerrada que se inflama por si sola y como por magia. Napoleon suspira tristemente, y sube con la cabeza baja los escalones que conducen al Kremlin.

Por fin ha llegado al término tan deseado: delante de él se ostenta la antigua morada de los czares; á su derecha, la iglesia que encierra sus sepulturas; á la izquierda, el palacio del senado; luego en segundo término el alto campanario de Ivan Welikoi, cuya cruz dorada, que ha sido desde luego destinada á reemplazar á la de los Inválidos, domina todas las cúpulas de Moscow.

Entra en el palacio, y ni su arquitectura, que recuerda la de Venecia, ni las ricas y espaciosas habitaciones que atraviesa, ni la magnífica perspectiva de sus ventanas sobre la Moskowa, sobre aquel mundo de casas de mil colores diferentes, sobre aquellas cúpulas de oro y de plata, sobre aquellos techos de bronce, nada puede arrancarle de su sombría meditacion. No es Moscow aquello; es su sombra, su espectro, su fantasma: ¿quién le ha muerto?

En aquel momento le anuncian que el fuego se ha acabado, y levanta la cabeza. Aquel es un nuevo enemigo vencido; su fortuna sigue siendo siempre la fortuna de César, y realmente, si se exceptúa la soledad y el fuego, todo lo demas ha sucedido como habia calculado de antemano Napoleon.

Llegan noticias de todas partes. El arsenal de Kremlin encierra cuarenta mil fusiles ingleses, austriacos y rusos, un centenar de cañones, lanzas, sables, armaduras y trofeos arrebatados á los turcos y á los persas. En el barrio de los alemanes se ha descubierto en barcos aislados una gran cantidad de pólvora y de salitre. La nobleza habia abandonado sus quinientos palacios; pero estos palacios estaban abiertos y amueblados, y se destinaban á los jefes superiores del ejército. Se mandan abrir algunas casas que se creian desiertas y que pertenecian á los habitantes de la clase media. Nos seguian doscientos cincuenta mil hombres, y podiamos poblar la ciudad y esperar el invierno; el navío de la Francia, que vogaba á la conquista de los mares del Nor-

te, anclará durante seis meses en los hielos del polo. Con la primavera vendrá la guerra, y con la guerra la victoria.

Así es que Napoleón se duerme mecido por el flujo y reflujó de sus temores y de sus esperanzas.

A media noche se volvieron á oír de nuevo los gritos de *fuego!*

El viento sopla del Norte, y en el Norte es donde se ha presentado el incendio.

Así es que la casualidad ayuda á las llamas; el viento las impele y las lleva en direccíon, al Kremlin como un río de fuego. Ya las llamas vuelan sobre los techos del palacio, y caen sobre el parque de artillería, colocado bajo las murallas. Cuando el viento se muda al Oeste, las llamas cambian de direccíon, y se estienden, pero alejándose.

De pronto otro nuevo incendio se manifiesta en el Oeste, y toma pábulo como el anterior: díriase que el punto de reuñion del fuego era en Kremlin, y que, aliado inteligente de los rusos, camina derecho hácia Napoleón. Ya no cabe duda: es un plan de destrucción adoptado por el enemigo, y la evidencia, á que Napoleón se ha negado por tanto tiempo, se apodera de su corazón.

Pronto de trecho en trecho se elevan nuevos torbellinos de humo, por los que se abren paso las llamas como lanzas ardientes: como el viento es constante de Norte á Oeste, el incendio se adelanta semejante á una serpiente que se arrastra. Por todos lados se cruzan surcos de fuego, envolviendo el

Kremlin, y en los cuales parecen correr arroyos de lava. A cada momento, de estos arroyos corren torrentes que van ensanchándose en su marcha; diríase que la tierra se abre y vomita fuego. Aquello no es un incendio, es un mar, y la inmensa marea, subiendo constantemente, se aproxima rugiendo, á invadir las murallas del Kremlin.

Toda la noche la pasa Napoleón contemplando, con espanto aquella tempestad de fuego; allí se entreveía el poder de su genio, pues hay un demonio oculto que alimenta aquellas llamas, y como Scipión, mirando abrasarse á Cartago, él se estremece pensando en Roma.

El sol se levanta sobre aquella hoguera, y el día vino á iluminar los desastres de la noche. El fuego ha completado su círculo inmenso, arrollando á los trabajadores que se van acercando al Kremlin. Se reciben noticias de varios puntos, y se empieza á descubrir á los incendiarios.

En la noche del 14 al 15, esto es, en la misma noche de la ocupacion de la ciudad, un globo de fuego, semejante á una bomba, cae sobre el palacio del príncipe Troubetskoi y le prende fuego; sin duda aquella era la señal, porque en el mismo momento, estalla el incendio en la bolsa y en dos ó tres puntos mas. En las chimeneas se habian enterrado bombas, y los soldados franceses, al echar fuego en ellas para calentarse, las han hecho reventar; de suerte que aquellas bombas, doblemente funestas, han muerto á los franceses é incendiado las casas.

Los soldados pasan la noche huyendo de casa en casa, y viendo el alojamiento que abandonan ó el que van á elegir incendiarse espontáneamente. Moscow, como las ciudades malditas de la *Biblia*, está condenada á la destruccion, solamente que el fuego, en vez de caer del cielo, parece salir de la tierra.

Napoleon entonces se ve obligado á rendirse, y conoce que estos incendios, que se presentan á un mismo tiempo en mil puntos diferentes, son la obra de una misma voluntad, si no la de la misma mano. Pasa la mano por su frente, y dando un suspiro:

—Hé ahí, dice, cómo hacen la guerra. La civilizacion de San Petersburgo nos ha engañado; y los rusos modernos son siempre los antiguos scitas.

Da orden de prender, juzgar y fusilar á todo el que se encuentre incendiando ó atizando las llamas: la antigua guardia, que ocupaba el Kremlin, se pondrá sobre las armas; se cargarán los caballos, y se tendrán dispuestos los carruajes; por último, se hallarán preparados á abandonar una ciudad que han venido á buscar de tan lejos, y sobre la que tantos proyectos habian formado.

Al cabo de una hora fueron á anunciar al emperador que sus órdenes estaban ejecutadas. Veinte incendiarios habian sido presos, interrogados y fusilados: en el interrogatorio habian confesado que eran nuevecientos, y que antes de evacuar á Moscow, Rostopchin, el gobernador, les mandó ocultarse en las cuevas para que prendiesen fuego á todos los barrios, y todos le habian fielmente obede-

cido. Entre tanto el fuego habia hecho nuevos progresos, y Kremlin parecia una isla en medio de un mar de llamas; la atmósfera estaba cargada de vapores abrasadores; los cristales de Kremlin, cuyas ventanas estaban cerradas, estallan en mil pedazos; se respira un aire lleno de cenizas.

En aquel momento se oye un nuevo grito: el fuego habia estallado en el mismo Kremlin. Napoleon palideció de cólera. El antiguo palacio, el viejo Kremlin, la morada de los czares, no es sagrada para aquellos erostratos políticos; pero al menos han cogido al autor del incendio, y lo conducen ante el emperador.

Era este un soldado de la policia rusa; Napoleon le interroga él mismo, y repite lo que hemos dicho: cada cual habia recibido su encargo; él y ocho de sus compañeros habian sido encargados del Kremlin; Napoleon le arroja indignado de su presencia, y le fusilan en el mismo patio del edificio.

Entonces dicen al emperador que es preciso que abandone el palacio donde el fuego le persigue; pero se encierra dentro de su voluntad, y ni rehusa, ni acepta: permanece sordo, inerte, abatido; repentinamente circula á su alrededor un sordo murmullo: Kremlin está minado.

Oyense los gritos de los granaderos que le llaman, pues aquella noticia habia llegado hasta ellos; piden á su emperador; necesitan á su emperador, y si tarda un momento, irán á buscarle.

Napoleon se decide al fin; ¿pero cómo salir? Han

esperado tanto, que ya no hay salida posible. El emperador envia á Gourgaud y al príncipe Neufchatel sobre el terrado del Kremlin para tratar de descubrir un paso, y al mismo tiempo manda á muchos oficiales que recorran el palacio con el mismo objeto: todos se apresuran á obedecer; los oficiales reconocen todas las escaleras; Berthier y Gourgaud suben al terrado.

Apenas llegan á él, cuando se ven obligados á agarrarse uno á otro: la violencia del viento y la rarefaccion del aire producen tan terrible tormenta, que un torbellino continuo amenaza llevarse los tras sí. Además, desde el punto que ocupan es imposible ver nada mas que un océano de llamas sin salida y sin fin.

Vuelven á bajar, y anuncian esta noticia al emperador.

Entonces Napoleon, sin vacilar, y á riesgo de caer sobre las llamas, baja precipitadamente la escalera del Norte, sobre cuyos escalones han sido degollados los Strelitz. Pero al llegar al patio no halla salida ninguna; las llamas invaden todas las puertas: han esperado mucho, y ya es demasiado tarde para salir.

En aquel momento llega un oficial casi sin aliento, corriendo el sudor por su frente y con el pelo chamuscado á decir que habla hallado una salida, que era una porterna cerrada que debía dar sobre la Moskowa. Cuatro zapadores se precipitan sobre ella, y la puerta viene abajo á los golpes del ha-

aha: Napoleón se adelanta, y sus oficiales y su guardia le siguen: si hubiera tenido que volver atrás, la cosa hubiera sido imposible, y no les quedó otro remedio que seguir adelante.

El oficial se había equivocado, pues la poterna no daba al río, sino á una callejuela invadida enteramente por las llamas; pero, aun cuando aquella callejuela condujese al infierno, era preciso seguirla: Napoleón da el ejemplo, y se lanza el primero bajo una bóveda de fuego; todos la siguen, y nadie busca su salvacion sino á su lado. Si él muere, morirán con él.

No hay ni camino, ni guía, ni estrellas: se adelantan á la ventura en medio del rugido de las llamas, del chispoteo de aquellas hogueras y del erugido de las bóvedas. Todas las casas son presa del incendio, y de las que aun están en pie se lanzan las llamas por las puertas y por las ventanas, como para perseguir á los fugitivos; las vigas se desploman, y corre por los arroyos el plomo fundido: todo es de fuego, el aire, las paredes, el cielo: algunos fugitivos perecen, asfixiados por la falta de aire, ó aplastados por los escombros.

En aquel momento, los soldados del primer cuerpo del ejército, que buscan al emperador, aparecen en medio de las llamas, le reconocen, y mientras que diez ó doce de entre ellos le rodean, como si trataran de defenderle contra un enemigo cualquiera, los demas marchan delante, gritando:

— ¡Por aquí! ¡Por aquí!

Napoleon se entrega á ellos con la misma confianza que ellos se abandonaban á él en otras ocasiones, y cinco minutos despues se halló en seguridad, entre los escombros de un barrio que habia ardido durante aquella mañana.

Adelántase el emperador por entre una doble fila de carruajes, y pregunta qué significaban aquellos faetones; respóndele que son los bagajes del primer cuerpo de ejército que habian logrado salvar: cada uno de aquellos carruajes contenia una gran cantidad de pólvora, en tanto que bajo de sus ruedas ardian aun los pedazos de madera.

Napoleon da órden de tomar el camino de Petroskoi: era este un palacio real situado fuera de la ciudad á una media legua de la barrera de San Petersburgo, en medio del acantonamiento del príncipe Eugenio; aquel será el cuartel imperial.

Por espacio de dos dias y dos noches sigue el incendio en Moscou; pero por fin, en la mañana del tercer dia, las llamas desaparecen, y á través del humo que la envuelve como una espesa niebla, Napoleon ve dibujarse el esqueleto ennegrecido y carbonizado de la ciudad santa.

A escepcion de algunas ligeras huellas del incendio, que parecen haber sido dejadas espresamente como un sombrío recuerdo de aquella terrible catástrofe, Moscou ha renacido enteramente de sus cenizas, mas espléndido, mas magnífico y mas dorado que lo habia estado antes. Solamente el Kremlin, quedando de pie como un antiguo é indestructible tes-

tigo de lo pasado, ha conservado su carácter bizantino, que le asemeja á primera vista al palacio de los Dux de Venecia. Mi primera visita, al llegar, fue para aquel edificio, y de las cinco puertas practicadas en las altas murallas almenadas elegi la puerta de Spaskoi, ó la puerta Santa, y entré, segun costumbre, con la cabeza descubierta, en el antiguo palacio, en cuyos alrededores se ha agrupado la historia de la antigua Moscovia.

El Kremlin, segun dicen, toma su nombre de la palabra *Kremle*, que significa Pedro. El contiene el senado, el arsenal, la iglesia de la Anunciacion, la catedral de la Asuncion, en que se verifica la ceremonia de la coronacion y donde efectivamente el emperador Nicolás acababa de ser coronado; la iglesia de San Miguel, en que se ven las tumbas de los primeros soberanos del imperio; el palacio de los patriarcas y el palacio de los antiguos czares. En aquel nido de granito fue donde nació Pedro I.

Gracias á Ivan, que para todo hacia valer la órden del emperador, ante la cual todos se inclinaban, pude visitar el palacio con toda minuciosidad. Primero hice que me enseñasen la pequeña poterna por donde salió Napoleon; despues la habitacion que habia ocupado, y en la que por espacio de un dia y una noche, cruzado de brazos y asomado á una ventana, habia visto adelantarse hácia él un nuevo enemigo, desconocido, irresistible, indomable, que le habia hecho perder paso á paso el terreno de su conquista. Desde esta habitacion subi al

terrado, desde donde Gourgaud y Berthier habian estado á punto de ser derribados, y desde allí descubri á Moscow, no espirante y entregado á una agonía de llamas, sino jóven, alegre, risueña, sembrada de verdes jardines y resplandeciente con sus doradas cúpulas.

Moscow data de mediados del siglo XIII, lo que no es una gran antigüedad, y su edad apenas hubiera sido suficiente á una nobleza del tiempo de Luis XIV para tener asiento en el carruaje del rey. Tal vez existia mucho tiempo antes, pobre é ignorada: pero solo desde aquella época fue elevada al rango de principado, y gobernada por Miguel el Bravo, hermano de Alejandro Newski, el mismo que habiendo tomado el cilicio, hácia el fin de su vida, fue canonizado, y ha llegado á ser uno de los patronos mas milagrosos de San Petersburgo.

El origen del nombre de Moscow no suscita las mismas dudas que el del Kremlin. Su madrina es la Moskowa, pobre y humilde rio cenagoso, que toma su origen en Giath, y se pierde en el Oka, mas arriba de Riacan, admirado de haber servido de cinturón por espacio de algunas horas á una poderosa reina.

El Kremlin está situado en el centro de Moscow y en la parte mas elevada, de manera que desde el terrado del palacio se domina toda la ciudad. Desde aquel punto de vista la irregularidad de Moscow, que se asemeja á una de las caprichosas y fantásticas ciudades de las *Mil y una noches*, aparece en

toda su admirable variedad con su mosaico de tejados, sus minaretes bizantinos, sus pagodas chinas, sus azoteas italianas, sus kioskos indios y sus casas de campo holandesas. Desde allí es desde donde se ven agruparse en los tres grandes barrios que la dividen, y sobre todo en el Kitai-Gorod, ó barrio del comercio, los enviados de todos los pueblos de la tierra; el turco con su turbante, el armenio con su largo sobretodo, el mongol con su gorro puntiagudo, el moujick con su blusa de tela, y el francés con su lacónico frac. En cuanto á las calles, son tan tortuosas como el rio que las atraviesa, y cuyo nombre toma origen, segun dicen, de una palabra sarmata, que significa serpiente, pero tienen la ventaja de estar abrigadas del viento y del sol, y de no ofrecer nunca á la vista asustada del transeunte esas inmensas perspectivas que parecen imposibles de cruzarse.

Despues de bajar del terrado, donde permaneci mas de una hora sin cansarme de contemplar aquel magnífico panorama, pasé al senado, edificio inmenso edificado en el reinado de Catalina, y en el que sobre los cuatro lados del cubo que hay sobre su cúpula se lee en gruesos caracteres rusos la palabra *ley*. Como la sala de sesiones me ofrecia poco interes, y como por otra parte estaban contadas las horas de mi permanencia en Moscow, me dirigí hácia el arsenal, edificio colosal empezado en 1702 bajo el reinado de Pedro I. Minado en 1812 en el momento de retirarse el ejército francés, el arsenal

conserva aun las huellas de la terrible explosion que le derribó en gran parte sin romper un espejo que se hallaba delante de la imagen de San Nicolás, lo cual fue atribuido á un milagro del santo, segun consta de una inscripcion grabada debajo. Otra prueba de un milagro no menos grande, y cuyo autor es el invierno, santo mucho mas poderoso aun que San Alejandro Newski, son las ochocientas setenta piezas de artillería cogidas á los franceses y á sus aliados y halladas en los caminos, en las orillas de los rios y en el fondo de los precipicios del camino de Moscow á Vilna. Estas piezas están colocadas delante de la fachada del edificio. Todas ellas, aunque prisioneras, conservan aun el orgulloso nombre con que las bautizó el fundidor en su ignorancia del porvenir, ya el Invencible, el Vengador ó el Inespugnable. El sitio que ocupan basta á probar que no es únicamente sobre las columnas y sobre las tumbas donde el bronce se ha acostumbrado á mentir.

Delante de una de las fachadas laterales, está la famosa pieza de artillería fundida en 1694, cuyo peso es de noventa y seis mil libras y trece onzas, cuya longitud es de diez y siete pies, y cuyo diámetro es de cuatro pies y tres pulgadas: está rodeada de otras muchas piezas turcas y persas, semejantes á una abuela entre sus nietecillos, aunque la mas pequeña de estas, aisladamente, apareceria de un tamaño enorme. Todas ellas están sobrecargadas de adornos orientales, extraños pero muy bien trabajados, y en cada una de ellas, como prueba de su fuerza,

se lee el número de libras que pesa. Comparada con la mas pequeña de estas piezas, la mayor de las nuestras parece un juguete.

Teniamos delante de nosotros el campanario de Ivan Velikoi, construido para perpetuar la memoria de un hambre que desoló á Moscow hácia el año 1600. La forma del campanario es octógona, y su cúpula está cubierta, segun nos aseguraron, de una chapa de oro de ducados. La cruz que coronaba la iglesia fue arrancada en la retirada de Napoleon, quien la destinaba al edificio de los inválidos, y los encargados de su custodia la arrojaron al Beresina, no pudiéndola llevar mas lejos. Los rusos la han reemplazado por una cruz de madera cubierta de una boja de cobre dorado.

Al pie de esta iglesia, en una cavidad circular cubierta de tablas, yace la famosa campana eterna, transportada de Norgorod á Moscow para ser la reina de las treinta y seis campanas de la iglesia de Ivan el Grande. Por espacio de algun tiempo reinó efectivamente sobre ellas, tanto por sus dimensiones, como por su ruido; pero llegó un dia en que, rompiendo sus lazos, cayó, hundiéndose muchos pies bajo la superficie del suelo. Bajamos por una trampa, y por una escalera de veinte peldaños, guardada por un centinela, al pie de la montaña de bronce, á la cual dimos la vuelta, siguiendo una pequeña muralla de ladrillo construida con el objeto de sostenerla.

La circunferencia de la campana es de sesenta y

siete pies y cuatro pulgadas, lo que da un diámetro de veinte y dos pies, cuatro pulgadas y un tercio de pulgada : su altura es de veinte y un pies y cuatro pulgadas y media; su espesor en el sitio en que trabajaba el badajo, de veinte y tres pulgadas, y su peso de cuatrocientas cuarenta y tres mil setecientas setenta y dos libras, lo que, apreciado en el valor solo del metal, esto es, de tres francos, quince sueldos la libra, representa aproximadamente un valor de sesenta y seis mil quinientos lises. Pero este valor se aumenta mas de tres veces, sabiendo que cuando se fundió, los nobles y el pueblo acudieron á porfia á arrojar su oro, su plata y sus vajillas en ella. Así, pues, se hallan enterrados en aquella cueva sin utilidad ninguna cuatro millones setecientos cuarenta y dos mil francos.

En ciertos dias del año, el pueblo visita esta campana con gran devocion, y hacen la señal de la cruz á cada escalon que bajan ó que suben.

Como yo deseaba terminar de una vez mi visita á Kremlin, entré en la iglesia de la Asuncion, en que habia tenido lugar seis semanas antes la coronacion del emperador. Es un edificio bastante pequeño y de forma cuadrada, fundado en 1325, que se hundió en 1474, y que fue reedificado al año siguiente por arquitectos italianos que Ivan III mandó venir de Florencia. Esta iglesia, que podrá contener unas quinientas personas, encierra los sepulcros de los patriarcas y el trono de los czares. Antes del año 1812 estaba iluminado por una araña de plata que

pesaba mas de tres mil setecientas libras, la que desapareció en la invasion francesa; pero, en cambio, la que le ha sustituido fue fundida con la plata que nos cogieron durante nuestra retirada. Verdad es que la iglesia ha perdido en esta restitucion forzosa, pues la que hay hoy dia no pesa mas que seis-cientas sesenta libras.

Hubiera yo deseado poder visitar aquel mismo dia á Petroskoi; pero el convite de la condesa Wainkoff no me daba tiempo para ello; así es que me contenté con dirigir, al pasar, una mirada sobre el cadalso de piedra en que el sangriento civilizador de la Rusia ejecutó mas de una vez la sentencia de muerte con la misma mano que la habia firmado, y rogué á Ivan que me condujese á la iglesia de la Proteccion de la Virgen, llamada por los rusos *Vassili Blajennoi*, y que es la mas curiosa de las doscientas sesenta y tres que encierran los muros de la capital.

Este monumento, que fue construido en 1554, bajo el reinado de Ivan el Terrible, en conmemoracion de la toma de Kasau, es obra de un arquitecto italiano, que, trasportado del seno de la mas espléndida civilizacion en medio de un pueblo bárbaro, trató de hacer una cosa que satisficiese por su singularidad el salvaje capricho del czar. Diez y siete cúpulas se elevan del cuerpo del edificio de *Vassili Blajennoi*, y cada una es de forma y de color diferentes. Gracias á esta heterogénea coleccion, Ivan el Terrible quedó muy satisfecho, y esta satisfaccion

fue tal, que en el momento en que el arquitecto fue á despedirse de él para reclamar sus salarios y volverse á Italia, le hizo entregar una suma doble de la estipulada, y le mandó sacar los ojos, temiendo que alguna vez se le ocurriera dotar la ciudad de los Médicis con un edificio semejante al que poseia Moscow.

Llegó por fin la hora de dirigirme á casa de la condesa de Waninkoff, en la que hallé ya instalada á Luisa, de la que no habian podido obtener que permaneciera en Moscow mas de dos dias. En cuanto al niño, habia llegado á ser el amo de casa: al menor quejido que daba, todos acudian presurosos á su lado, y vi á la nodriza vestida con un magnifico traje nacional que le habian regalado las hijas de la condesa.

Puede adivinarse que la conversacion giró constantemente sobre el destierro de Waninkoff y el sacrificio de Luisa. Todos ignoraban cómo se hallaba en el fondo de la Siberia, si libre ó encarcelado, y el invierno que se iba aproximando, y durante el cual el frio de aquellos paises septentrionales llega hasta cuarenta y cuarenta y cinco grados, inspiraba la mas cruel inquietud, pues habian acostumbrado al jóven Alejo á todos los goces y comodidades que proporcionan las riquezas. Asi es que bajo pretesto de aliviar en algun modo el destierro de Waninkoff, habian ofrecido á Luisa una verdadera fortuna, pero excepto algunas pieles, se negó esta á aceptar cosa alguna, diciendo que Waninkoff, mas que

de todo lo demás, tenia necesidad de amor y de cuidados, y que ella le llevaba un tesoro de ambas cosas.

No dejé yo de tener parte en los ofrecimientos, que tambien me negué á admitir, y únicamente acepté un sable turco que habia pertenecido al conde, y que era mas precioso por su buen temple que por su empuñadura.

Por fatigados que nos hallásemos despues de dos dias y dos noches de viaje, aquella pobre familia, que creia ver en nosotros algo de lo que habia perdido, nos detuvo hasta las doce de la noche. Pero por fin á esta hora obtuve el permiso de retirarme. En cuanto á Luisa, habia quedado resuelto que no volveria á la fonda, y la habian alojado en la mejor habitacion de la casa.

Antes de separarme de Ivan le dije que al dia siguiente pensaba ir á almorzar á Petroskoi; de modo que á las siete de la mañana se hallaba esperándome á la puerta con un droschki. Esta era una peregrinacion nacional que yo me imponia el deber de llevar á cabo. A Petroskoi fue donde Napoleon se retiró durante los tres dias que duró el incendio de Moscow.

Tres cuartos de hora despues nos hallábamos en el palacio que da su nombre á un lindo pueblo, compuesto esclusivamente de suntuosas casas de campo de los ricos señores de Moscow.

Es este un edificio de forma estraña, que por su singularidad moderna parece querer imitar el estilo

de sus antiguos palacios tártaros. Antes de llegar á él crucé un pequeño bosque, donde, en medio de los negros abetos, saludé con alegría algunas encinas verdes, que me recordaron nuestras magníficas selvas de Francia.

Al salir del palacio, Ivan, que me habia de ado solo algunos minutos para ir á mandar disponer el almuerzo á una posada, volvió á decirme muy contento que, gracias á una feliz casualidad, los bohemios habian elegido aquel año por domicilio á Petroskoi. Sabia yo el entusiasmo de los grandes señores por estos *tsiganes*, que son para ellos lo que los *almées* (1) para los egipcios, y lo que las bayaderas para los indios; de modo que, despues de haber reconocido mis fondos, me decidí á tratarme como un príncipe durante mi almuerzo. Asi es que encargué á Ivan que me condujese á la habitacion de los bohemios, deseoso de ver en su propia casa á los descendientes de los Cophtos y de los Nubianos.

Ivan se detuvo delante de una de las mas hermosas casas del pueblo: allí era donde nuestros *tsiganes* vivian; pero habiendo sido llamados durante la noche, no habian vuelto aun. Esta respuesta nos la dió una criada maltesa que se hallaba á su servicio, y que hablaba un poco el italiano. Yo le pregunté si habria inconveniente en dejarnos ver la casa en ausencia de sus dueños, y habiéndome contestado

(1) Nombre dado en Oriente á los bailarines y cantores.

que no lo habia , me abrió la puerta de aquel santuario.

La habitacion en que fui introducido , que era la alcoba comun , tendria unos treinta pies de larga por veinte de ancha. A los lados y en toda su longitud veianse dos filas de camas , con colchones , mantas y sábanas muy buenas , y mucho mas limpias que lo son en general las camas rusas. Estas camas se resentian algo del origen oriental de los que las ocupaban , pues sobre algunas conté hasta seis ú ocho almohadones de distintas formas , y algunos de ellos del tamaño de los que usan las francesas para calentarse los pies. A la cabecera de cada cama se hallaban suspendidos los instrumentos , las armas ó las joyas de aquel ó de aquella á quien pertenecia.

Despues de haber recorrido dos ó tres veces aquel vasto dormitorio , viendo que los tsiganes no volvian , espresé á la criada mi deseo de que me acompañasen cuatro ó cinco bohemios durante mi almuerzo , temiendo que se hallasen muy fatigados por haber pasado la noche fuera de su casa. Pero aquella jóven me tranquilizó , diciéndome que contase con los primeros que volvieran , y que por fatigados que estuviesen dejarian el dormir para mas tarde.

El dueño de la posada en que Ivan habia mandado disponer el almuerzo , era un francés que se habia quedado en el pais despues de nuestra retirada , y que habiendo entrado como cocinero en la casa del príncipe de Neufchatel , pensó en utilizar su talento.

En Rusia los cocineros y los maestros se hallan seguros de no estar mucho tiempo sin colocacion; así fue que en cuanto se anunció entró al servicio de un príncipe ruso. La casa era excelente, y al cabo de siete ú ocho años salió de ella con algun dinero, poniendo aquella especie de fonda, en que le iba perfectamente. El digno cocinero, sabiendo que se trataba de un compatriota, me trató como tal, y me encontré con un magnífico almuerzo, servido en el mejor cuarto del establecimiento.

Este lujo me hizo temblar por mis fondos; pero estaba decidido que había de pasar una mañana de príncipe, y que Ivan participaría de mi fastuosa prodigalidad.

Nos hallábamos ya en los postres, y ya empezaba á perder las esperanzas de ver á nuestros bohemios, cuando nuestro huésped subió á avisarnos de que se hallaban esperando en el piso bajo. Di órden de que fueran introducidos al momento, y vi entrar á dos hombres y tres mujeres.

Al principio tuve algun trabajo en comprender la pasion de los rusos hacia aquellas singulares criaturas, entre las cuales el famoso conde Tolstoy y el príncipe Gagarin habían elegido sus esposas legítimas. Dos de ellas no me parecieron nada bonitas; la tercera, que se presentó con la confianza que presta la superioridad de la belleza ó del talento, me hizo mas bien el efecto, como sus compañeras, de una especie de animal salvaje con formas humanas, que el de una mujer. En efecto, sus negros ojos, en los

que se leía la fatiga, tenían la feroz expresión de los de la gaula medio dormida, en tanto que su piel cobriza se asemejaba en algún modo á la piel de una serpiente. En cambio, bajo sus labios lívidos brillaban unos dientes blancos como perlas, y bajo un ancho pantalón á la turca se veían asomar dos piececitos de niña, tan delgados y pequeños, que me causaron grande admiración.

Pero aquellos hombres y aquellas mujeres parecían tan estenuados de cansancio, que temí que el deseo de ganar dinero hubiese sobrepujado á sus fuerzas, y empecé á sentir que en vez de acostarse mas tarde no se hubiesen acostado mas temprano.

El de mas edad de los dos hombres, que parecia ejercer una autoridad patriarcal sobre aquella tropa, se sentó con la guitarra entre sus manos, y mientras hacía resonar su guitarra con algunos monótonos aires, las dos mujeres se acurrucaron á sus pies. La mas linda y la mas elegante se quedó sola y de pie con las rodillas ligeramente dobladas, y la cabeza algo inclinada sobre uno de sus hombros, como un ave que busca el abrigo de su ala para dormir.

Bien pronto aquellos sonidos inciertos se cambiaron en un acorde, y despues de este, y sin prelude ninguno, el guitarrista entonó una canción viva y animada, que al poco tiempo acompañaron con sus voces las dos mujeres, en tanto que la bohemia que se habia quedado de pie parecia despertar de su letargo, moviendo suavemente la cabeza

como para marcar el compás. Luego que hubo concluido el coro, ella hizo nacer, si así puede decirse, de aquel laberinto de notas un cántico dulce, elegante y sentido, que terminó desbordándose en una oleada de notas agudas y limpias, que tenían un encanto irresistible: entonces el coro volvió á empezar de nuevo, y sobre el coro volvió ella á ejecutar su suave y melodiosa improvisación. Por último, despues de haber sido interrumpida por segunda vez por el coro, cantó por tercera vez con la misma cadencia y la misma suavidad, como si quisiera formar un ramillete con aquellas tres flores de perfumes y coloridos diferentes, y á su vez el coro volvió por tercera vez á dejarse oír, y concluyó *morzando*: hubiérase dicho que las fuerzas de los cantores se habian estinguido en la última nota, triste como el postrer suspiro.

Yo no puedo espresar la impresion acre y profunda que produjo en mí aquel canto, á la vez tan salvaje y tan melodioso: podriase comparar en algun modo á la que produciria en uno de nuestros jardines habituados á los suaves trinos del ruiseñor y de la alondra un ave de los paises virgenes de la América, que canta, no para los hombres, sino para Dios y para el desierto. Habíame quedado inmóvil, con los ojos fijos sobre la cantante, sin atreverme á respirar, y con el corazon oprimido como bajo el peso de un dolor. Repentinamente la guitarra redobla sus sonidos bajo los dedos del anciano bohemio con acordes trémulos; las mujeres y el hombre que

estaban agrupados, saltaron de sus puestos y cayeron á sus pies: un compás lleno de melodiosa energía dió la señal del baile, y cogiéndose de la mano los tres bohemios, empezaron una especie de baile alrededor de la bailarina, encerrándola entre sus brazos como en un círculo, mientras que ella se balanceaba á uno y otro lado y parecía animarse cada vez mas, hasta que al fin, deteniéndose los otros, rompió la cadena que habian formado, y empezó á bailar á su vez.

La especie de paso que ejecutaba la bohemía era al principio una pantomima mas bien que un baile; al modo que una mariposa que sale de su crisalida, y que ve por la vez primera el espacio abierto á sus alas, parecia volar incierta y pronta á detenerse sobre todos los objetos: con sus menudos pies hacia tan ligeros y difíciles pasos, que se la habria creído sostenida por algun hilo, como nuestras silfides de la Opera. Entre tanto, sus miembros, que habia yo creído agobiados por la fatiga, recobraron la ligereza y la fuerza de los de una gaula; sus ojos, que parecian adormecidos, se reanimaron, y arrojaban llamas; sus labios, que apenas tenian antes la fuerza necesaria para separarse, se levantaban lascivamente en los dos ángulos de la boca, y dejaban ver, como un bordado de perlas, dos filas de magníficos dientes: la mariposa habia llegado á ser mujer, y la mujer se habia hecho bacante.

Entonces, como arrebatado por las vibraciones de

la guitarra , y arrastrado hacia la bohemia , el hombre se lanzó á su vez , y la tocó con sus labios en la espalda ; la joven salvaje dió un salto , arrojando un grito , como si un hierro candente le hubiese tocado ; en seguida empezaron una especie de paso circular , en que la mujer parecia perder poco á poco su deseo de huir : en fin , se detuvo , hizo frente á su pareja , y empezó una especie de baile , que participaba de la *pirritia* griega , del *jaleo* español y de la *chica* americana : era á un mismo tiempo una fuga y una provocacion , una lucha en la que la mujer escapa como una culebra y el hombre persigue como un tigre : durante este tiempo seguia la música siendo cada vez mas animada ; las otras dos mujeres gritaban y saltaban como dos hienas enamoradas , herian el suelo con sus pies y daban sonoras palmadas . Por último , cantantes y cantarinas , pareciendo haber llegado al último término de las fuerzas humanas , arrojaron un agudo grito de espanto , de rabia y de amor ; las dos mujeres y el hombre cayeron sobre el pavimento , y la hermosa bohemia , dando un último salto , se arrojó sobre mis rodillas en el momento en que yo menos lo esperaba , y enlazándome con sus brazos como una doble serpiente , apoyó sobre mis labios los suyos , perfumados por no sé qué yerba del Oriente .

Este era un modo de pedir el pago de su trabajo y del espectáculo milagroso que acababa de proporcionarme . Desocupé mis bolsillos sobre la mesa , y fui muy dichoso por no tener mas que doscientos ó

trescientos rublos, pues le hubiese dado del mismo modo todo cuanto poseia.

Entonces comprendi la pasion de los rusos por los bohemios.

Co
mar
deci
que
gira
ficu
lla
rigi
las
les
pre
de
jer
ale

Cuanto mas se aproximaba el momento de la marcha de Luisa, tanto mas se ofrecia, si así puede decirse, á mi corazon, y á mi conciencia una idea que se habia presentado ya muchas veces á mi imaginación. Me habia informado en Moscow de las dificultades que presentaba el viaje á Tobolsk en aquella época del año, y todos aquellos á quienes me dirigí me respondieron que no eran solo dificultades las que Luisa tendria que vencer, sino peligros reales los que tenia que arrostrar. Como debe comprenderse, me atormentaba la idea de abandonar de aquel modo á sus solas fuerzas á una pobre mujer á ochocientas leguas de su país, cuando iba á alejarse nuevecientas leguas mas, sin familia, sin

parientes y sin otro amigo que yo. La parte que habia yo tomado en sus alegrías y en sus dolores en los ocho meses que habia yo estado en San Petersburgo; la proteccion que por recomendacion suya me habia concedido el conde Alejo, á la cual debia la plaza que el emperador se habia dignado concederme, y, en fin, mas que todo, la voz interior, que dicta al hombre su deber en las circunstancias importantes de la vida en que su interes combate su conciencia, todo me decia que debia acompañar á Luisa hasta el término de su viaje, y entregarla en manos de Alejo. Por otra parte, conocia que si la abandonaba en Moscow y le sucedia alguna desgracia en el camino, no seria solo un dolor para mí, sino mas bien un remordimiento. Así, pues, resolví, teniendo en cuenta los inconvenientes que tenia para mí semejante viaje, de que, no habia pedido permiso al emperador, que seria tal vez mal interpretado, hacer cuanto estuviera de mi parte para obtener de Luisa que retardase su viaje hasta la primavera, y si persistia en su resolucion, marcharme con ella; no tardó en presentarse ocasion de hacer el último esfuerzo para retener á Luisa; aquella misma noche, estando sentadas la condesa, sus dos hijas, Luisa y yo alrededor de un velador, donde tomábamos el té, la condesa la cogió de las manos, y refiriéndole cuanto la habian contado de los peligros del camino, la dijo que por grandes que fuesen sus deseos de que su hijo tuviese á su lado una persona que le consolase, le rogaba que pasase el invierno

en Moscow con ella y con sus hijas. Yo aproveché esta ocasion, y reüní mis instancias á las suyas; pero Luisa me respondia con su dulce y melancólica sonrisa:

—No tengais cuidado; yo llegaré.

Le suplicamos que esperase al menos á que pudiesen correr los trineos; pero contestaba moviendo la cabeza:

—Eso seria demasiado esperar.

Y con efecto, el otoño era húmedo y lluvioso; de manera que no se podia juzgar en qué época empezarian los frios. Conoci que aquella era una resolucion irrevocable, y no insistí mas por mi parte.

Luisa debia partir al dia siguiente á las diez, despues del desayuno á que estábamos convidados en casa de la condesa. Me levanté muy temprano, y me fui á comprar una levita, una gorra y unas botas forradas de pieles, ademas de una carabida y un par de pistolas. Encargué á Ivan que colocara todo esto en el carruaje, que era como he dicho una excelente silla de posta que tendriamos que abandonar despues, pero de la que queriamos aprovecharnos en tanto que lo permitiesen la estacion y los caminos. Escribí al emperador que en el momento de ver subir al carruaje para emprender tan largo y peligroso viaje á la mujer á quien se habia dignado conceder su proteccion, yo, su compatriota y amigo, no habia tenido el valor suficiente para dejarla marchar sola, y que por lo tanto suplicaba á S. M. se dignase excusar una resolucion para la que me habia sido

imposible pedirle su consentimiento; despues de esto me dirigi á casa de la condesa.

El desayuno fue triste, como no podia menos de serlo. Luisa únicamente estaba radiante de alegría; tenia al aproximarse al peligro y al pensar en la recompensa de él una especie de inspiracion religiosa, semejante á la de los antiguos cristianos, prontos á bajar al Circo, detras del cual se abria para ellos el cielo. Ademas esta serenidad reaccionaba sobre mí, y, como ella, me hallaba lleno de esperanza y de fe en Dios.

La condesa y sus hijas acompañaron á Luisa hasta el patio, donde la esperaba el carruaje. Allí se renovaron las despedidas, mas tiernas y mas dolorosas por una parte, y mas resignadas aun por parte de Luisa. Luego me llegó á mí la vez; ella me alargó la mano, y la conduje hasta el carruaje.

—Y qué, me dijo, ¿no os despedis de mí?

—Y para qué? la contesté.

—¿Cómo para qué? Porque me marchó.

—Yo tambien.

—¿Cómo, vos tambien!

—Sin duda: ya conoceis la piedra del poeta, que no era la flor, pero que habia vivido al lado de ella.

—¿Y qué?

—Nada, que la gratitud ha podido mas que todo, y me marchó con vos. Os entregare al conde sano y salva, y volveré á San Petersburgo.

Luisa hizo un ademan como para detenerme; pero despues de un momento de silencio:

—No tengo, dijo, el derecho de impedirlos que hagais una buena accion; si teneis, como yo, confianza en Dios; si, como yo, estais resuelto à venir, venid.

En aquel momento senti que me cogian la otra mano para besarla. Era la pobre madre; las hijas lloraban à mas no poder.

—Tranquilizaos, sabrá por mi que si vos no habeis venido es porque no podiais hacerlo.

—¡Oh! si, decidle, exclamó la madre; decidle que nosotras habiamos pedido la gracia de poderle acompañar; pero que nos contestaron que no habia ejemplo de haber sido concedida semejante gracia; decidle que si nos lo hubieran permitido, hubiéramos ido à reunirnos con él, aunque fuese à pie y pidiendo limosna por los caminos.

—Le diremos todo lo que ya sabe; que vos tenéis un verdadero corazon de madre, y nada mas.

—Acercadme à mi hijo, exclamó Luiza, que habia permanecido tranquila hasta aquel momento, pero que al decir estas palabras prorumpió en sollozos; traedme à mi hijo, para que le abrace por última vez.

Este fue el momento mas cruel; llevaronla el niño, à quien cubrió de besos, hasta que logró arrancarle de sus brazos, y le puso en manos de la condesa; en seguida saltó al carruaje, cerrando la portezuela, y gritando: —¡Vamos! Ivan se habia ya colocado en la delantera, y el postillon, sin hacérselo repetir, partió al galope: en medio del ruido que

hacia el carruaje pudimos aun oír los adioses de la familia, último grito de separacion, último deseo de su viaje feliz. Diez minutos despues nos hallabamos fuera de Moscow.

Habia de antemano prevenido á Ivan de nuestra intencion de no detenernos ni de noche ni de dia, y en esta ocasion la impaciencia de Luisa se hallaba en armonia con la prudencia, porque, como ya lo he dicho, el otoño habia tomado un aspecto lluvioso y tal vez seria posible que llegásemos á Tobolsk antes de las primeras nieves, lo que hacia desaparecer los peligros de nuestro viaje, permitiéndonos hacerlo en quince dias. Pasamos con esa rapidez peculiar de los viajeros rusos á Pokrow, Ufadimiro y Kourow, y dos dias despues por la noche llegamos á Nijnici-Novgorod. Allí fui yo el primero en exigir de Luisa que tomase algunas horas de reposo, de que tenia gran necesidad, pues aun no se hallaba enteramente restablecida su salud. No nos detuvimos á ver las curiosidades que encierra aquella ciudad y á las ocho de la mañana nos pusimos en marcha con la misma rapidez, de manera que aquella misma noche llegamos á Kosmodemiansk. Hasta entonces todo habia salido á medida de nuestros deseos, y no podíamos figurarnos que nos hallásemos en el camino de la Siberia. Los pueblos eran hermosos, y en todos ellos habia muchas *cerquias* (1); sus habitantes parecian felices; sus casas eran excelentes y su

(1) Nombre que se da á las iglesias en Rusia.

mamente limpias, y en todas ellas hallamos hasta sala de baño y un gabinete para servir el té. En todas partes nos recibían con el mayor agasajo; y esto no por la orden del emperador, de que aun no habíamos necesitado hacer uso, sino por la hospitalidad inmejorable de los paisanos rusos.

Pero las lluvias habían cesado; algunas ráfagas de un viento frío, que parecían venir del mar Glacial, pasaban de vez en cuando sobre nuestras cabezas y nos hacían estremecer: el cielo se asemejaba á una inmensa superficie de estaño, y Kasan, adonde llegamos muy pronto, no fue bastante, á pesar de su vieja fisonomía tártara, á detenernos más de dos horas. En cualquiera otra circunstancia hubiera tenido grandes deseos de levantar alguno de aquellos espesos velos que cubrían á las mujeres de Kasan, que tan ponderadas són por su belleza, pero no era aquella ocasión oportuna para entregarme á investigaciones de este género; el aspecto del cielo se hacia cada vez mas amenazador, y nosotros no oíamos la voz de Ivan sino para repetir á cada nuevo postillon: *¡Pascare, pascare!* (¡mas aprisa, mas aprisa!) lo cual hacia que volásemos sobre aquella inmensa llanura en que no hay desnivel ninguno que detenga á los carruajes. Era conocido que el deseo de nuestro conductor era el de atravesar los montes Ourales ántes de la caída de las nieves, y que la prisa que se daba no tenia otro objeto que este.

Sin embargo, al llegar á Perm, Luisa se hallaba tan fatigada, que nos fue preciso pedir á Ivan una

noche de descanso: estuvo indeciso antes de contestar; pero dirigiendo una mirada al cielo, mas amenazador y mas cargado que lo habia estado hasta entonces:

—Sí, dijo: descansad; la nieve no pueda menos de caer de un momento á otro, y vale mas que nos coja aquí que en medio de un camino.

Por poco halagüeño que fuese aquel pronóstico, no dejé, sin embargo, de dormir perfectamente aquella noche; pero al despertarme oi que se habia cumplido la prediccion de Ivan, y los tejados de las casas y las calles de Perm estaban cubiertos de mas de dos pies de nieve.

Me vestí apresuradamente, y bajé al piso bajo para convenir con Ivan sobre el partido que deberíamos adoptar. Le hallé muy inquieto, pues la nieve habia caído con tal abundancia, que todos los caminos habian debido desaparecer y llenarse todos los barrancos: no hacia aun bastante frio para poder caminar en trineo, y para que la ligera capa de hielo que cubria los rios fuese bastante sólida para suportar el peso de los carruajes. Ivan nos aconsejó que esperásemos en Perm á que se formaran los hielos; pero yo le contesté que estaba seguro de que Luisa no tomaria su consejo.

Y con efecto, un instante despues bajó Luisa, bastante inquieta tambien: nos halló discutiendo sobre el mejor partido que podiamos tomar, y se mezcló en la conversacion para tomar una resolucioñ definitiva, diciendo que queria partir; entonces le hici-

mos presentes todas las dificultades que podian oponerse á la ejecucion de aquel proyecto, y despues de haberme escuchado:

—Os concedo dos dias, dijo; Dios, que nos ha protegido hasta aqui, no nos abandonará.

Temí aparecer yo mas tímido que una mujer, y conociendo que los deseos de Luisa eran una órden, le repetí á Ivan que esperaríamos dos dias, durante los cuales se ocuparia en los preparativos de nuestro nuevo método de viajar.

Estos preparativos consistian en dejar allí nuestra berlina, y comprar una especie de carro, que mas adelante debíamos cambiar por un trineo montado sobre patines. Quedó hecha la compra aquel mismo dia, y se trasportaron al nuevo carruaje todos nuestros efectos. Ivan, como buen ruso, habia obedecido sin hacer la mas pequeña observacion.

En Perm empezamos á encontrar desterrados; estos eran los polacos que habian tomado alguna parte en la conspiracion, y que, semejante á aquellas almas que el Dante halló á la entrada del infierno, no habian sido dignas de habitar con los verdaderos culpables.

Aquel destierro, si es exceptúa la pérdida de la patria y la separacion de la familia, era todo lo tolerable que puede ser un destierro. Perm debe ser en verano un hermoso pais, y en el invierno el frio no pasa generalmente de los treinta y seis ó treinta y ocho grados, mientras que en Tobolsk se citan ejemplos de haber llegado á cincuenta.

A los dos días nos pusimos en camino en nuestro carro: al salir de Perm, el nuevo aspecto que había tomado el paisaje nos oprimió el corazón. Bajo el blanco sudario, estendido por la mano de Dios, todo había desaparecido, sendas, caminos, ríos; aquello era un mar inmenso, en el que, á no ser por algunos árboles aislados que servían de guía á nuestros postillones, hubiera sido preciso usar de la brújula. De tiempo en tiempo una sombría selva de abetos, con las ramas franjeadas de diamantes, aparecía como una pequeña isla y nos indicaba el camino. Anduvimos de este modo unas cincuenta leguas, internándonos en un país que nos parecía cada vez más salvaje. A medida que nos adelantábamos, las paradas estaban á mayor distancia, hasta el punto de hallarse á ocho leguas unas de otras. Al llegar á aquellas paradas no nos esperaban, como en el camino de San Petersburgo á Moscow, los postillones; siempre alegres, y, por el contrario, todo era soledad y sombrío silencio. En aquellas cabañas, en que había siempre una gran estufa, muelle indispensable aun en las mas miserables chozas; había solamente dos hombres. Al oír aproximarse un caruaje, uno de ellos montaba en un caballo en pelo, armado de una larga vara, y se internaba en alguna de las espesas selvas de abetos de los alrededores, saliendo al poco rato guiando unos cuantos caballos salvajes. Entonces Ivan y yo nos veíamos precisados á ayudar á los postillones á enganchar los caballos, sujetándolos por las crines, y luego

partíamos con la velocidad del rayo; pero bien pronto aquella velocidad disminuía, pues como no había aun helado, se hundían los caballos hasta el pecho, y se fatigaban al momento, de modo que entre parada y parada empleábamos una hora mas de lo regular; añádase á esto que ademas teníamos el retraso de veinte y cinco ó treinta minutos, que era menester emplear en enganchar nuevos caballos. Asi atravesamos todo el pais que riegan el Silwa y el Ouja, cuyas aguas, arrastrando partículas de oro, plata, platina y malaquitas, han indicado la presencia de estos ricos metales y de estas piedras preciosas. En tanto que nos hallamos en medio del pais explotado, aquella comarca nos parecia volver á recobrar alguna vida, gracias á los pueblos donde vivian las familias de los mineros; pero pronto le dejamos atras, y empezamos á descubrir el horizonte como una muralla de nieve coronada de algunas puntas negras, que eran los montes Ourales, barrera inmensa que la naturaleza ha interpuesto entre la Europa y el Asia.

A medida que nos aproximábamos, notaba yo con alegría que el frio se hacia cada vez mayor, lo cual nos daba esperauza de que el hielo tomase la consistencia necesaria para caminar en trineo: llegamos por fin al pie de los montes Ourales, y nos detuvimos en un miserable pueblo que tendria apenas una veintena de casas, en el que no hallamos otra posada que la misma posta. Lo que sobre todo nos determinó á detenernos en aquel punto, fue que el

frió era ya tal, que nos permitia cambiar nuestro carro por un trineo. Asi, pues, Luisa se decidió á pasar en aquel miserable albergue el tiempo que fuese preciso para que los hielos adquiriesen la consistencia necesaria y para encontrar un trineo; por lo tanto, entramos en lo que nuestro postillon llamaba descaradamente una posada.

Para dar una idea de la miseria de aquella casa, baste decir que no hallamos en ella la estufa de costumbre, y en su lugar ardía, en medio de la habitacion, una gran hoguera, cuyo humo se escapaba por un agujero practicado en el techo. Sin embargo, nos acercamos á tomar sitio alrededor de aquella hoguera, que hallamos ya ocupado por una docena de tragineros, que, teniendo que pasar, como nosotros, los montes Ourales, esperaban á que se hallase practicable aquella travesía. Al principio no hicieron alto en nosotros; pero asi que me quité la capa, mi uniforme me conquistó un buen sitio; separáronse respetuosamente, y nos dejaron libre á Luisa y á mí la mitad del círculo.

Lo que mas prisa nos corría era el calentarnos, y solo pensamos en hacerlo; pero despues me ocupé de otro punto no menos importante, que era el de cenar. Llamé al posadero de aquel miserable raquizantí, y le di á entender mi deseo; cosa que le debió parecer muy singular, pues manifestó la mayor admiracion, y me trajo medio pan negro, diciéndonos que aquello era lo único que podia ofrecernos. Dirigi una mirada á Luisa, quien con una sonrisa

llena de resignacion alargaba ya la mano para coger el pan; pero yo la detuve, insistiendo con el posadero para que nos proporcionase alguna cosa mejor; pero aquel pobre diablo, conociendo por mis ademanes que yo no me hallaba satisfecho, y que deseaba otra cosa, me enseñó las alacenas, cofres y cajas que habia en su posada: efectivamente, vimos á los tragineros que cada uno sacaba de su morral un pedazo de pan, que untaba con un poco de tocino; despues de cuya operacion, volvia á guardar el tocino con el mayor cuidado. Hallábame ya decidido á pedir un poco á los tragineros, cuando vi entrar á Ivan, que, conociendo el apuro en que nos deberíamos hallar sobre comestibles, se habia procurado pan algo mas blanco y dos pollos que habia muerto antes de entrar en la posada, para ahorrar á nuestra sensibilidad el disgusto de presenciarse su muerte. Entonces me llegó á mí la vez de reirme de los tragineros, que parecian divertirse con nuestro apuro, y que se veian deslumbrados por el lujo de nuestra cena.

Nos dimos buena prisa, porque el apetito, detenido por un momento con la perspectiva del pan negro y del tocino, se volvió á presentar con una espantosa rapidez: Ivan descolgó una olla que el postillon limpió perfectamente, en tanto que Luisa y yo desplumábamos los pollos, y que Ivan confeccionaba un asador.

Ya tranquilos respecto á la cena, nos ocupamos del arreglo de nuestro viaje. Habia sido imposible

encontrar un trineo, pero Ivan habia obviado la dificultad haciendo quitar las ruedas á nuestro carro, y mandándole montar sobre patines. El maestro carretero estaba ya ocupándose de esta operacion, y en cuanto al tiempo, parecia que prometia una buena helada; de modo que teniamos esperanzas de poder partir al siguiente dia por la mañana: esta buena noticia redobló nuestro apetito: mucho tiempo habia que no habia comido tan bien.

En cuanto á camas, ya se presumirá que no nos informamos siquiera de si las habia; pero teniamos tan buenas pieles, que podiamos suplir muy bien su falta. Envolvimos en ellas y en nuestras capas, y nos dormimos haciendo votos por que el tiempo se mantuviese en las buenas disposiciones en que las hallaba.

A eso de las tres de la mañana me despertaron unos picotazos que senti en el rostro. Incorporeme, y á la luz de un resto de llama que habia aun en el hogar, vi una gallina que se habia guardado bien de mostrarse el dia antes, y que, habiendo penetrado en nuestro cuarto, se adjudicaba los restos de nuestra comida. En la duda de si al siguiente dia seria Ivan tan feliz como en la tarde anterior, é instruido por experiencia de lo que podiamos esperar de las posadas del camino, me guardé bien de asustar al estimable volátil, y me volví á acostar, dejándole en plena libertad de continuar sus pesquisas gastronómicas. En efecto, apenas volví á caer en mi inmovilidad, cuando, animada el ave por la impuni-

dad de su primera tentativa, volvió con una amable familiaridad á saltar de mis pies á mis rodillas y de mis rodillas á mi pecho; pero allí detuvo su viaje: la cogi con una mano de las patas, y con la otra de la cabeza, y antes de que hubiese tenido tiempo de arrojar un grito, le habia ya retorcido el cuello.

Fácil es de presumir que despues de una operacion semejante, que exigia la aplicacion de todas las facultades de mi alma; me hallaba poco dispuesto á volverme á dormir. Por lo demas, aun cuando hubiera querido, no me habria sido posible, merced á dos gallos que se pusieron á saludar de minuto en minuto la vuelta de la mañana en tono diferente. En su consecuencia, me levanté y fui á consultar el estado de la atmósfera: este era tal como podiamos esperar, y la nieve habia adquirido ya bastante dureza para que pudiesen correr sobre ella los patines del trineo.

Al volver junto al hogar, vi que no era yo el único á quien el canto del gallo habia despertado. Luisa estaba sentada, envuelta en sus pieles, risueña como si hubiese pasado la noche en la mas mullida cama; y no parecia pensar siquiera en los peligros que nos aguardaban probablemente en las gargantas de los montes Ourales: en cuanto á los carreteros, principiaban ya á dar señales de vida. Ivan dormia como un bienaventurado. Aunque en las circunstancias ordinarias tengo el mayor respeto á la religion del sueño, la situacion era demasiado grave para respe-

tar el suyo. Los carreteros se habían ido reuniendo en el umbral de la puerta, y se consultaban entre sí: yo veía que había discusión en pro y en contra de la marcha; y en su consecuencia, desperté á Ivan para que tomara parte en la deliberacion, y se ilustrase con la esperiencia de aquellos hombres, cuyo oficio era ir y volver, sin cesar, de Europa á Asia, y hacer, así en invierno como en verano, el camino que teníamos que seguir.

No me habia engañado: habia division en los pareceres. Algunos, y de este número eran los mas viejos y experimentados, querian permanecer todavía un dia ó dos: los otros, que eran los mas jóvenes y emprendedores, querian partir, y Luisa, que entendia algunas palabras de su jerga, era del parecer de los últimos.

Ora fuese que Ivan se mostrara accesible á los deseos que le manifestaba una linda boca, ó que efectivamente le pareciese que el tiempo ofrecia seguridad, ello fúe que se puso del lado de los que estaban por la marcha; y sin duda por el ascendiente que ejercia naturalmente su traje militar en un país donde el uniforme es el todo, atrajo á su opinion á varios de los que antes la tenían opuesta; de consiguiente, como la mayoría hacia la ley, empezaron todos sus preparativos. La verdad era que Ivan temia que cualquiera que fuese la resolucion de los carruajeros, no por eso dejaríamos nosotros de hacer nuestro gusto, y queria mas hacer el viaje en compañía que solo.

Como era Iran el que arreglaba nuestras cuentas, le encargué que añadiese al total que le presentara nuestro hostelero el valor de su gallina, y se la entregué como parte para nuestra comida, rogándole que añadiese alguna otra provision, y sobre todo, si era posible, para algo menos moreno que el que habíamos tenido que comer la víspera. Empezó sus pesquisas, y á poco rato volvió con otra gallina, un jamón crudo, pan regular, y algunas botellas de un aguardiente encarnado que creo se hace de corteza de álamo blanco.

Entre tanto los carruajeros enganchaban sus caballos, y yo mismo fui á la cuadra para elegir los nuestros; pero, segun costumbre, estaban en el bosque vecino. Nuestro hostelero despertó entonces á un muchacho de doce á quince años, que dormia en un rincon, y le mandó que saliese á cazar. El pobre diablillo se levantó sin murmurar y con la obediencia pasiva del campesino-ruso cogió una larga vara, montó en uno de los caballos de los carruajeros, y partió al galope. Los conductores tenian que elegir un guia encargado de tomar el mando de la caravana: una vez elegido el guia, todos debian entregarse á su experiencia y valor, y obedecerle como un soldado á su general: la eleccion recayó en un carruajero llamado Jorge.

Era este un viejo de setenta á setenta y cinco años, á quien nadie supondria arriba de cuarenta y cinco, de miembros hercúleos, de ojos negros, coronados por pobladas cejas cenicientas, y de larga

barba blanquecina. Estaba vestido con una camisa de lana ajustada al cuerpo por un ceñidor de cuero, con unos pantalones de muleton rayado y con un gorro forrado de piel de carnero, cuya lana estaba por la parte interior. Llevaba colgados á un lado de su cintura dos ó tres bocados de caballo, que iban dándose unos con otros, una cuchara y un tenedor de estaño, y un largo cuchillo que era un término medio entre puñal y cuchillo de monte: al otro lado llevaba un hacha de mango corto y una bolsa, en la que estaban revueltos un destornillador, una barrena, una pipa, tabaco, yesca, un eslabon, dos piedras de chispa, clavos, alicates y dinero.

El traje de los demas carruajeros era el mismo, con corta diferencia.

Apenas se halló Jorge investido del cargo de jefe, principió á ejercerlo, mandando á todos que engancharan sin demora, á fin de poder llegar á dormir á una especie de cabaña, situada á una tercera parte del pasaje; pero á pesar de su prisa por ponerse en camino, le rogué que aguardara á que llegasen nuestros caballos para que pudiésemos partir todos juntos. Accedió á mi deseo con la mayor cortesania. Volvieron á entrar los carruajeros, y habiendo arrojado nuestro hostelero algunas ramas de abeto y álamo blanco en el hogar, se encendió una llamarada, cuyo valor apreciamos mas en el momento de tener que separarnos de ella. Apenas nos hallamos colocados alrededor del fuego, oímos el galope de los caballos que volvian del bos-

que; al mismo tiempo se abrió la puerta, y el pobre niño que habia ido á buscarlos se precipitó en el cuarto, dando gritos agudos é inarticulados: en seguida, abriéndose paso entre el círculo, fue á arrojarse de rodillas delante de nuestra hoguera; con los brazos estendidos casi sobre la misma llama, como si quisiera devorarla. Entonces parecieron dilatarse todas las facultades de su ser, bajo la impresión de bienestar que recibia. Permaneció así por un instante, inmóvil, silencioso, ávido, hasta que al fin sus ojos se cerraron, se sentó sobre sus pies, dió un gemido, y cayó. Quise levantarle, y le cogi de la mano, pero advertí con horror que mis dedos entraban en su carne, como si estuviese cocida. Lancé un grito, y Luisa quiso coger al muchacho en sus brazos, pero yo la detuve. Entonces Jorge se inclinó sobre él, le miró, y dijo con frialdad:

—Está perdido.

No podia yo creer que así fuese; el muchacho estaba visiblemente lleno de vida, pues habia vuelto á abrir los ojos, y nos miraba. Pedí á gritos un médico; pero nadie respondia. Sin embargo, mediante un billete de cinco rublos, uno de los presentes se decidió á ir á buscar á la aldea á un especie de veterinario que curaba á la vez hombres y caballos. Entre tanto Luisa y yo desnudamos al enfermo, hicimos calentar una piel de carnero al fuego, y le envolvimos dentro; el muchacho tartamudeaba palabras en accion de gracias; pero no se movia, y pa-

recia tener todos sus miembros paralizados. En cuanto á los carrujeros, habian vuelto á sus caballos, y se disponian á partir. Supliqué á Jorge que aguardase un momento á que el médico hubiese llegado; pero Jorge me respondió :

—Perded cuidado, que no marcharemos hasta dentro de un cuarto de hora, y antes de ese tiempo el muchacho habrá muerto.

Volví al lado del enfermo, á quien habia dejado al cuidado de Luisa, y que habiendo hecho un movimiento para acercarse al fuego, nos dió algunas esperanzas de salvacion. En aquel momento entró el médico, é Ivan le esplicó el objeto con que habia sido llamado. El médico meneó la cabeza, se acercó al fuego, y desenvolvió la piel de carnero; el muchacho estaba muerto.

Luisa preguntó dónde estaban los parientes de aquel infeliz muchacho, á fin de dejarles un centenar de rublos; pero el hostelero contestó que no los tenia, y que era un huérfano, á quien mantenía por caridad.

VIII.

Los presagios no eran felices: sin embargo, era ya muy tarde para retroceder. Jorge nos apremiaba; los carruajes estaban en fila á la puerta de la posada, y Jorge á la cabeza de la caravana, en medio de la cual iba nuestro carruaje tirado por tres caballos. Subimos en él: Ivan se instaló con el postillon en un banco adaptado en el sitio del pescante, que desapareció en la metamorfosis de nuestro tren, y al sonido prolongado de un pito, nos pusimos en camino.

Nos hallábamos ya á alguna distancia de la aldea, cuando apareció el día: delante de nosotros, y como si pudiésemos tocarlos con la mano, estaban los montes Ourales, en los que íbamos á internarnos; pero antes de ir mas lejos tomó Jorge la altura, como

pudiera hacer un capitán de navio, y reconoció en la situación de los árboles que nos hallábamos en camino. Continuámoslo, pues, tomando precauciones para no separarnos de él, y en menos de una hora llegamos á la vertiente occidental. Allí se reconoció que la pendiente era muy rápida y la nieve estaba aun demasiado poco consolidada para que los carruajes pudiesen subir con los ocho caballos que los tiraban. Jorge decidió que solo subieran á la vez dos carruajes, y que á esos dos carruajes se engancharan todos los caballos de la caravana: luego que llegasen aquellos dos carruajes, volverian los caballos para conducir otros dos, y así sucesivamente hasta que los diez trenes de que se componia nuestra caravana estuviesen reunidos con el primero. Habíanse reservado dos caballos para ser enganchados en ballesta á nuestro trineo. Nuestros compañeros de viaje nos trataban como á hermanos, y todo eso se hacia sin que tuviésemos necesidad de presentar una sola vez la órden del emperador.

En este punto cambiaron las disposiciones. Como nuestro tren era el mas ligero, pasamos del centro á la cabeza, precediéndonos dos hombres armados de largas picas para tantear el terreno. Jorge cogió á nuestro primer caballo de la brida, y nos siguieron dos hombres que iban picando con su hacha la nieve detras del trineo, á fin de dejar en los sitios por donde habian pasado las ruedas huellas que pudiesen ser seguidas por un segundo y tercer carruaje: coloqueme entre el trineo y el precipicio.

gozoso de tener aquella ocasion de caminar un poco á pie , y principiamos á subir seguidos por dos carruajes.

A la hora y media de subida, sin que ocurriese el menor accidente, llegamos á una especie de plataforma coronada de algunos árboles. El sitio se creyó favorable para hacer alto. Quedaban otros ocho carruajes, que debían subir de dos en dos, como los primeros; de consiguiente era asunto de ocho horas, sin contar el tiempo que los caballos empleasen en volver, lo cual apenas nos hacia esperar que pudiésemos estar todos reunidos antes de la noche.

Todos los carruajeros, menos dos, que se quedaron para custodiar los bagajes, habian subido con nosotros á fin de examinar el terreno, y todos habian reconocido que nos hallábamos en el camino verdadero. Como no habia mas que seguir las huellas practicadas, volvieron con los caballos, quedándose cuatro de ellos con Jorge, Ivan y yo para construir una barraca.

Luisa estaba en el trineo envuelta en pieles y sin tener nada que temer del frio: dejámosla allí que aguardase tranquilamente á que fuese tiempo de salir, y nos pusimos á derribar con hachas los árboles que nos rodeaban, á escepcion de cuatro, destinados á ser los pilares angulares del edificio. Entonces, tanto para calentarnos como para formarnos un abrigo, nos pusimos á construir una cabaña que, al cabo de media hora, merced á la maravillo-

sa destreza de nuestros arquitectos improvisados, quedó terminada. Al punto se cavó en la nieve interiormente, hasta hallar el suelo: con esa nieve se tapó el exterior de la cabaña, y luego, con las ramas inútiles, se encendió una hoguera, cuyo humo salió, como de costumbre, por la abertura practicada en medio del techo.

Estaba concluida la cabaña, Luisa sentada ya delante del fuego, la gallina pelada y colgada de una cuerda, dando vueltas á izquierda y derecha, cuando llegó el segundo convoy.

A las cinco de la tarde estaban todos los carruajes en la plataforma, y los caballos, desenganchados, tomaban su pienso de maíz: en cuanto á los hombres, hacían cocer en una gran marmita una especie de *polenta*, que con el tocino crudo que restregaron en su pan y la botella de aguardiente que les dimos, formó toda su comida.

Terminada esta, nos colocamos lo mejor que pudimos: los carruajeros querían dejarnos la cabaña, y dormir al aire libre entre sus caballos; pero nosotros exigimos terminantemente que se aprovecharan del abrigo que habían construido: únicamente se convino en que permaneciese uno de centinela, armado con mi carabina, por miedo á los lobos y á los osos, y el cual sería relevado de hora en hora: en vano hicimos Ivan y yo las mas vivas instancias para no quedar exceptuados de hacer centinela.

Como se ve, nuestra posición hasta entonces era muy tolerable; así fue que nos dormimos sin que

nos molestara demasiado el frío, gracias á las pieles que nos habia procurado en abundancia la condesa de Waninkoff. Nos hallábamos en lo mejor de nuestro sueño, cuando nos despertó un tiro de carabina:

Púseme al momento en pie, y tomando una pistola en cada mano, me lancé hácia la puerta con Ivan: en cuanto á los carruajeros, se contentaron con levantar la cabeza preguntando lo que era, y aun hubo dos ó tres que ni siquiera se despertaron.

Era Jorge, que acababa de disparar á un oso: atraído el animal por la curiosidad, se habia acercado á unos veinte pasos de la cabaña, y llegado allí, para ver mejor, sin duda, lo que pasaba entre nosotros, se habia levantado sobre sus patas traseras: entonces Jorge aprovechó la coyuntura para enviarle una bala, y se hallaba cargando de nuevo su carabina, por temor de una sorpresa, cuando llegué á su lado. Pregúntele si creia haberle tocado, y me respondió que estaba seguro de ello.

Desde el momento en que los que habian preguntado supieron que se trataba de un oso, su apatía hizo lugar al deseo de perseguir al animal; pero como en efecto el oso estaba herido, lo que era fácil reconocer en las largas huellas de sangre que dejaba sobre la nieve, solo Jorge tenia derecho á ellos: En su consecuencia, su hijo, que era un jóven de veinte y cinco á veinte y seis años, llamado David, le pidió permiso para seguir la huella, y concedido este, se alejó en la direccion de la sangre: llámesele para ofrecerle mi carabina, pero él me hizo seña

de que llevaba su cuchillo y su hacha, y de que esas dos armas le bastaban.

Seguile con la vista hasta la distancia de unos cincuenta pasos, y le vi bajar á un barranco, internándose en la oscuridad, en la que marchó encorvado por no perder de vista los vestigios ensangrentados. Los carruajeros se volvieron á la cabaña. Jorge continué su centinela, que aun no estaba terminada, y como yo me habia despertado en términos de no poderme volver á dormir en algun tiempo, me quedé á su lado. A los pocos momentos me pareció oír en la direccion en que habia desaparecido el hijo de Jorge un rugido sordo: su padre lo oyó tambien, porque sin decirme nada me cogió del brazo y me lo apretó con toda su fuerza. Al cabo de algunos segundos se oyó un nuevo rugido, y sentí los dedos de hierro de Jorge crisparse aun mas; despues hubo un rato de silencio, seguido de un grito humano: Jorge respiró, soltó mi brazo, y volviéndose hacia mí:

—Mañana, dijo, tendremos mejor comida que hoy: el oso ha muerto.

—¡Oh, Dios mio! exclamó una voz dulce detras de nosotros, ¿cómo habeis permitido á vuestro hijo que persiguiera á solo y sin armas á semejante animal?

—Mi buena señora, dijo Jorge con una sonrisa de orgullo: ya nos conocen los osos; yo solo he muerto mas de cincuenta, y nunca he recibido en esta caza mas daño que algunos arañazos que no valen la pe-

na de que se hable de ellos: ¿por qué mi hijo había de ser mas desgraciado que yo?

—Con todo, le dije, hace poco no estabais tan tranquilo como en este momento: testigo si no mi brazo, que he temido me lo rompíeis.

—¡Ah! me dijo Jorge, es que en el rugido del oso habia yo conocido que mi hijo luchaba con él cuerpo á cuerpo. Es una debilidad, excelencia; pero ¿qué quereis? un padre siempre es padre.

En aquel momento el cazador volvió á aparecer en el mismo sitio en que lo habia perdido de vista, porque para volver, lo mismo que para ir, habia seguido las huellas de la sangre. Como para darnos una prueba de que su debilidad habia desaparecido enteramente, Jorge se abstuvo de adelantarse á recibir á David, y yo solo salí al encuentro del jóven.

Traia este las cuatro patas del animal, que estaban destinadas á nosotros: lo demas del cuerpo no lo habia podido traer, pues pesaba lo menos quinientas libras.

Todos los tragineros que dormian se despertaron ofreciéndose á ir á buscar el oso. Entre tanto David se quitaba su piel de carnero, descubriendo sus hombros; habia recibido un arañazo de su terrible antagonista, que casi le habia puesto el hueso al descubierto. Sin embargo, habia perdido poca sangre pues que se habia helado esta en el momento de salir. Luisa quiso lavar la herida con agua tibia y vendarla con su pañuelo, pero el herido, sacudiendo la cabeza, respondió, que ya estaba seca, y despues de

haber frotado su hombro con un poco de tocino por único remedio, volvió á cubrirlo con la piel. Su padre le prohibió que saliese de la cabaña, y los seis tragineros elegidos por Jorge se dirigieron en busca del oso.

Habiendo concluido Jorge su faccion, fue á sentarse al lado de su hijo, y entonces este contó al anciano todos los pormenores del combate. Durante esta narracion las ojos de Jorge brillaron como carbones encendidos. Así que concluyó, Luisa ofreció al herido algunas de nuestras pieles para que se abrigase; pero él se negó á aceptar sus ofertas, y apoyando su cabeza sobre el hombro del anciano, se quedó dormido.

Nos hallábamos todos tan fatigados, que no tardamos en hacer estre tanto, despertándonos como á eso de las cinco de la mañana, sin que ningun nuevo accidente viniese á turbar nuestro sueño.

Nuestros guias habian ya enganchado una mitad de los caballos y preparado nuestro trineo. Como la cuesta era mucho menos rápida que el dia anterior, esperaban no tener que hacer mas que dos viajes. Jorge tomó, como siempre, la brida de nuestro primer caballo, y condujo la caravana; su hijo y otro traginero iban delante de él, armados de una especie de lanzas para sondear el camino. A las doce del dia llegamos al punto mas elevado, no de la montaña, sino del camino. Ya era tiempo de hacer alto, si el resto de los carruajes nos habia de alcanzar aquella noche. Recorrimos los alrededores para ver

si encontrábanos algunos árboles, como el día anterior; pero toda la montaña estaba desnuda en todo el espacio que se descubría á nuestros ojos: así, pues, quedó convenido que el segundo convoy traería una carga de madera, suficiente para preparar la cena y para tener lumbre toda la noche.

Nosotros sentíamos no haber tomado esta precaucion desde un principio, y nos preparamos á hacer una especie de tienda como mejor pudiéramos, con cuatro picas clavadas en tierra y cubiertas con la tela de uno de los carruajes, cuando vimos volver al hijo de Jorge con dos caballos cargados de leña. Aquellas pobres gentes habian pensado en nosotros, y temiendo que sufriésemos demasiado con el frio, nos enviaban combustibles. La tienda estaba ya concluida: habiamos escarbado en la nieve, y el hijo de Jorge socavó en tierra un agujero cuadrado de un pie de profundidad, é hizo lumbre dentro de él. Así que estuvo bien encendido, metió entre la brasa dos de las patas del oso que mató el día anterior. Como se hace con las patatas y las castañas, despues colocó otra capa de lumbre, y al cabo de dos horas solo se veian un monton de cenizas y de ascuas.

Sin embargo, al mismo tiempo que se ocupaba de nuestra cena, el cocinero iba y venia muchas veces á la puerta de nuestra tienda, para mirar al cielo con inquietud; en efecto, el cielo se cubria de nubes, y el triste silencio que reinaba en la atmósfera indicaba algun próximo cambio: cualquier cambio en nuestra situacion, no podia menos de

sernos perjudicial; así es que cuando llegó el segundo convoy, los tragineros se reunieron para deliberar, examinando el cielo y observando si el viento se fijaba de un modo constante: el resultado debió ser muy poco satisfactorio, porque vinieron á sentarse de muy mal humor junto al fuego. Como yo no quería demostrar mi inquietud delante de Luisa, encargué á Ivan que se informase de la causa de sus temores; Ivan volvió un momento después á decirme que se preparaban nuevas nevadas: temían por lo tanto para el día siguiente, no solo las tempestades y las avalanchas, sino el no poder seguir con certidumbre su camino; y como este se hallaba en toda su pendiente rodeado de precipicios, el menor extravío podia llegar á ser mortal. Este era precisamente el peligro que yo me temía, y así, la noticia me cogió preparado.

Por inquietos que se hallaran nuestros compañeros de viaje, el hambre no perdía sin embargo sus derechos, y en cuanto se instalaron alrededor de la lumbre, empezaron á cortar pedazos del lomo del oso que extendieron sobre las brasas. Para nosotros estaban dispuestas las patas del oso. Cuando nuestro cocinero creyó que estaban ya en su punto, apartó con precaución las brasas que las envolvían, y las sacó del horno.

Aquella vez, lo confieso, la primera impresión fue poco halagüeña; las patas eran desmesuradamente gruesas, y presentaban una masa informe y poco apetitosa; después de haberlas colocado hu-

meando sobre un tronco de abeto que sus compañeros habian serrado la vispera para hacernos una especie de mesa, el cocinero empezó á levantar con un cuchillo la corteza que la cubria: á medida que lo hacia, un olor de los mas suculentos se dejaba sentir, y no tardé en volver á mi anterior opinion, tanto mas, cuanto que no habia tomado desde por la mañana mas que un poco de pan y jamon crudo; así es que tenia un hambre devoradora. Pero Luisa miró todos estos preparativos con una marcada repugnancia, y dijo que solo comeria pan.

Por desgracia, así que la comida estuvo dispuesta, faltó poca para que la vista me hiciese perder el apetito que habia escitado en mí el olfato: las patas del oso, despojadas de su piel, me hacian el efecto de dos manos de gigante. Permanecí, con gran sombro de los circunstantes, indeciso por un momento, atraido por el olor y repulsado por la forma, y muy deseoso de encontrar un compañero á quien repugnase aquel manjar tan generalmente apreciado; me volví hácia Ivan, que con visible ansiedad deseaba tomar su parte de asado, y le hice seña de que lo probara. No se le hizo repetir, tomó el tenedor y el cuchillo primero que halló á mano, y con visible satisfaccion trinchó una de las dos patas. Como él mostró tanto placer al probarlo, yo le imité; y al primer bocado me fue preciso confesar que Ivan tenia razon.

En cuanto á Luisa, ni nuestro ejemplo, ni nuestros ruegos pudieron convencerla, y se contentó con

comer un poco de pan y jimon asado. No queriendo beber aguardiente, apagó su sed con la nieve.

Entre tanto llegó la noche, y la oscuridad, siempre en aumento, indicaba que el tiempo se nublaba cada vez mas; los caballos se agrupaban con una instintiva inquietud, y de tiempo en tiempo cruzaban ráfagas de viento que hubieran arrancado nuestra tienda, si nuestros previsores compañeros no hubiesen tenido cuidado de apoyarla contra una roca. No por eso dejamos de tomar nuestras disposiciones para dormir, y lo hubiéramos hecho si la cosa hubiese sido posible. Como la tienda ofrecia un abrigo poco seguro para una mujer, Luisa entró en su trineo, que cubrí con la piel del oso muerto el dia anterior, y yo volví á instalarme bajo la tienda que nuestros compañeros nos habían dejado diciendo que ellos se acomodarian bajo sus carros. Efectivamente, la tienda era demasiado pequeña para todos; pero no dejamos de insistir en que una mitad de ellos, al menos, durmiese con nosotros, á lo que se negaron obstinadamente, y solo el hijo de Jorge se quedó en nuestra compañía por mandato de su padre, pues aun le incomodaba la herida del dia anterior. Los demas se colocaron, como habían dicho, debajo de sus carruajes, á escepcion de Jorge, que, despreciando este sibaritismo, se acostó sobre el suelo envuelto en sus pieles de carnero y con la cabeza apoyada sobre una roca: uno de los tragineiros quedó de centinela, como la vispera, á la puerta de la tienda.

Al volverme, despues de haberme hecho cargo de todas estas disposiciones exteriores, advertí una que no habia notado hasta entonces; era un gran monton de ramas colocado en medio del camino, y al cual se disponian á prender fuego. Esta segunda hoguera, que no debia servir para calentar á nadie, me pareció enteramente inútil. Pregunté su objeto, y el hijo de Jorge me contestó que era para ahuyentar á los lobos que, atraidos por el olor de nuestro asado, no dejarian de aproximársenos. La razon me convenció, y la precaucion me pareció muy oportuna; el centinela se hallaba encargado de alimentar el fuego de nuestra tienda y del camino.

Nos envolvimos en nuestras pieles, y esperamos, si no con tranquilidad, al menos con resignacion, á los dos enemigos que nos amenazaban: la nieve y los lobos; no tuvimos que esperar mucho, pues apenas habria pasado media hora, cuando vi caer la una y oí los ahullidos de los lobos; pero me hallaba tan fatigado, que cuando vi al cabo de veinte minutos que estos ahullidos (mas terribles para mí que la nieve) no se aproximaban, me dormí profundamente.

No sé cuánto tiempo habria pasado entregado á aquel sueño, cuando sentí sobre mi un cuerpo pesado; me desperté sobresaltado, y estendí maquinalmente los brazos; pero tropecé con un obstáculo. Quise gritar, pero mi voz se ahogó; en el primer momento no pude darme cuenta de dónde estaba; pero luego, coordinando mis ideas, creí que la

montaña se había desplomado sobre nosotros, y redoblé mis esfuerzos. En los sacudimientos que le conmovían conocí que no era yo el único encelado enterrado vivo bajo aquel nuevo Etna; alargué la mano hacia mi compañero de infortunio, quien me asió del brazo arrastrándome hacia él. Cedi á aquel impulso, y pude sacar la cabeza. La cubierta de nuestra tienda, cargada de nieve, había caído sobre nosotros, envolviéndonos enteramente; pero el hijo de Jorge, en tanto que yo buscaba una salida imposible de hallar, la había desgarrado con su puñal, y cogiéndome de una mano é Ivan con la otra, me sacó por la abertura practicada.

- No había ya que pensar en dormir durante el resto de la noche: la nieve caía en copos tan espesos, que nuestros carruajes habían enteramente desaparecido bajo la capa que los cubría, y parecían montecillos adheridos á la montaña. En cuanto á Jorge, una pequeña elevación del terreno indicaba solo el sitio en que se había acostado. Nos sentamos á calentarnos los pies, y esperamos la llegada del día.

A eso de las seis de la mañana cesó de caer la nieve, y con todo, á pesar de la proximidad del día, el cielo permanecía oscuro. Al primer rayo de luz que apareció hacia el Oriente, llamamos á Jorge, que asomó al punto la cabeza á través de su manta de nieve; pero esto fue cuanto pudo hacer; su piel de carnero estaba adherida á la nieve solidificada, y la retenía inmóvil. Tuvo que hacer un esfuerzo

violento, mediante el cual logró desasirse, hecho lo cual despertó á sus compañeros.

Vimos á estos pasar su cabeza á través del cortinaje de nieve que, cubriendo los carruajes, habia formado bajo de ellos una especie de alcoba cerrada. La primera mirada se dirigió hácia el Oriente. Una luz pálida y triste luchaba con la noche, sin poder vencerla; el aspecto del cielo debia ser muy poco satisfactorio, pues que los tragineros se reunieron para pensar en el partido que deberian adoptar.

Habia estado nevando toda la noche, y á cada paso que se daba en aquella nueva capa de nieve se hundia uno hasta las rodillas. Habia desaparecido toda huella de camino, y las ráfagas de viento habian sido tan violentas, que debian haber llevado todos los barrancos, haciendo imposible el evitarlos. Por otra parte, no podiamos permanecer allí, careciendo de todo lo necesario; sin leña, sin provisiones y sin abrigo; el volver atras presentaba tantas dificultades como seguir adelante, y ademas, aun cuando fuese esta la resolucion de nuestros compañeros, nosotros nos hallabamos decididos á no adoptarla.

En medio de todas estas dudas, Luisa sacó la cabeza de su trineo, y me llamó. Hablé con ella, y la hallé, como siempre, tranquila, y firme en su resolucion de seguir adelante.

Continuaba la discusion entre tanto, y pude conocer en los ademanes de Jorge que sostenia una opi-

nion que no querian adoptar sus compañeros. Jorge decia que podia continuar nevando uno ó dos dias, como sucede muy á menudo, y aun una semana, sin llegar á tomar consistencia. Entonces la taravana no podria ni avanzar ni retroceder, y seria enterada bajo la nieve, y que por lo tanto debian seguir adelante y ponerse en camino al momento, mientras que no habiamas que dos pies de nieve blanda, pudiendo tal vez llegar al siguiente dia por la mañana á un pueblo que distaba quince leguas de Ekater-yubourg.

Esta resolucion, á pesar de ser la mia, preciso es confesar que era muy peligrosa. El viento continuaba soplando con violencia, y las avalanchas son muy frecuentes en aquellas montañas. Así es que hubo gran oposicion por parte de los demas á continuar el viaje, y esta oposicion degeneró en una abierta insurreccion. Como la autoridad de que se hallaba investido Jorge era solo una concesion voluntaria, los que se la habian dado podian quitársela, y efectivamente le dijeron que podia continuar su camino con su hijo y su carruaje si queria; pero Ivan, que habia consultado con nosotros, lleno de confianza en la experiencia del anciano guia, se adelantó y dió orden de que enganchasen: esta orden causó estrañeza en un principio, y escitó luego murmullos entre los carreteros; pero sacando Ivan del bolsillo un papel y desdoblándolo, dijo:

—¡Orden del emperador!

Ninguno de ellos sabia leer, pero todos conocian el

sello imperial, y sin informarse del motivo que habia puesto en manos de Ivan aquella orden, sin discutir si debian ó no someterse á ella, se dirigieron á buscar los caballos, y al cabo de diez minutos la caravana estaba dispuesta á ponerse en marcha.

El hijo de Jorge marchó delante para sondear el terreno, y el mismo Jorge, con su carruaje, se puso al frente de la caravana; nuestro trineo caminaba detras de él, de modo que, en el caso de que el carruaje de Jorge se hundiese en algun barranco, nosotros con el nuestro, que era ligero, podíamos evitarlo fácilmente. Los demas venian en una sola linea, porque á la sazón podíamos marchar todos juntos. Como he dicho, habíamos llegado á la plataforma mas elevada de la montaña, y no teníamos mas que bajar.

Al cabo de un momento oímos un grito, y vimos hundirse á nuestro guia. Corrimos al sitio en que habia desaparecido, y hallamos un agujero de unos quince pies de profundidad, en el fondo del cual se agitaba la nieve, y luego una mano que todavía sobresalía. En aquel momento acudió el pobre padre con una larga cuerda en la mano, á fin de que se la ataran al cuerpo y pudiera así bajar y salvar á su hijo; pero se presentó un carretero diciendo que Jorge tenia que conservarse para conducir la caravana, y que á él le correspondia bajar. Pasósele la cuerda por bajo de los brazos; Luisa le alargó un bolsillo que él se guardó haciendo una señal con la cabeza sin informarse de lo que habia dentro, y co-

gimos entre seis u ocho la cuerda que fuimos soltando con rapidez, de suerte que el suspendido llegó en el momento en que la mano principiaba á desaparecer. Entonces, cogiendo al infeliz por la muñeca al mismo tiempo que nosotros tirábamos de él hácia arriba, logró arrancarle de la capa de nieve que le cubria, y le tomó desmayado en sus brazos: al punto redoblamos nuestros esfuerzos, y en un momento uno y otro fueron colocados en un terreno sólido.

El pobre padre no sabia á quien debía abrazar primero, si á su hijo ó al que habia ido á sacarle del fondo del barranco; pero como David estaba desmayado, de él fue de quien se ocupó primeramente. El desmayo provenia evidentemente del frio; así fue que Jorge hizo tragar á su hijo unas cuantas gotas de aguardiente que le reanimaron: en seguida le estendieron sobre unas pieles, le desnudaron, le frotaron con nieve todo el cuerpo hasta que la piel tomó un color de sangre, y entonces David, como ya podia mover brazos y piernas, y no habia peligro, rogó que continuara el viaje, diciendo que se sentia en dia. posición de andar; pero Luisa no quiso consentir en ello; lo hizo colocar á su lado en el carruaje, y le reemplazó otro carretero. Nuestro postillon subió en uno de sus caballos; yo me coloqué junto á Ivan en el pescante, y volvimos á ponernos en camino.

Volvia este hácia la izquierda formando tajos en los costados de la montaña: á la derecha se estendia el barranco en que habia caído el hijo de Jorge, bar-

ranco cuya profundidad era imposible medir, porque, según todas las probabilidades, David no había rodado hasta el fondo, sino que se había detenido en algún accidente de terreno que le había retenido afortunadamente. Lo mejor que de consiguiente podía hacerse era aproximarse todo lo posible á la pared de roca, á la que sin duda alguna estaba pegado el camino.

Esta maniobra nos salió bien, y caminamos así por espacio de dos horas, poco mas ó menos, sin ningún accidente. Durante esas dos horas la bajada era sensible, aunque no rápida; y habíamos llegado á un grupo de árboles parecido á aquel bajo el cual nos detuvimos durante la primera noche. Ninguno de nosotros había comido aun, y resolvimos hacer una parada de una hora para que descansasen los caballos, almorzar y encender lumbre.

Sin duda por una prevision misericordiosa colocó Dios en medio de las nieves esos árboles resinosos, tan dispuestos á inflamarse: así fue que nos bastó echar abajo un abeto y sacudir la nieve que pendía en hilos de sus ramas para hacer una magnífica hoguera, alrededor de la cual nos agrupamos todos, y cuyo calor acabó de reponer á David. Desaba yo ardientemente una tercera pata de oso; pero no teníamos bastante tiempo para preparar la horquilla mestristria para cocerla. Tuve, pues, que contentarme con una lonja asada sobre ascuas, lonja que, por lo demás, me pareció excelente. Solo botaitos carne;

¡pues el pan era sobrado precioso, y nonos quedaban mas que unas cuantas libras.

Aquella parada, sin embargo de lo corta que fue, habia hecho gran bien á todo el mundo; y hombres y animales estaban dispuestos á marchar con nuevo valor, cuando se notó que las ruedas no daban vueltas: durante nuestra parada los ejes se habian obstruido con una espesa capa de hielo, que fue preciso romper á martillazos para que las ruedas pudiesen girar. Esta operacion nos ocupó media hora mas, y era ya el mediodia cuando echamos á andar.

Caminamos tres horas sin accidente, de suerte que debíamos llevar andadas desde nuestra primera partida cerca de siete leguas, cuando oimos una especie de chasquido seguido de un ruido semejante al que haria un trueno repetido de eco en eco. Al mismo tiempo sentimos pasar un torbellino de viento, y vimos oscurecerse el aire con un polvo de nieve. A aquel ruido se detuvo Jorge.

— ¡Un alud! gritó: y todos se quedaron mudos, inmóviles y en espera. Luego, pasado un momento, cesó el ruido, se aclaró la atmósfera, y la ráfaga, como una tromba, continuó su camino barriendo la nieve y derribando dos abetos que crecian sobre una roca á quinientos pasos mas abajo de nosotros. Todos los carreteros lanzaron un grito de alegría, porque si hubiésemos avanzado un poco mas el viaje habríamos sido arrebatados por el huracan ó sepultados por el alud: en efecto, un poco mas allá en-

contramos sobre el camino enormes montones de nieve.

No era aquel, á la verdad, un obstáculo imprevisto, pues desde que se observó la tromba me habia manifestado Jorge el temor de que nos dejara con huella de su paso. Como aquella nieve era ligera y quebradiza, tratamos de pasar por entre ella, y echámos los caballos por encima; pero estos retrocedieron como si hubiesen tropezado contra una pared: picámoslos con nuestras lanzas para obligarles á avanzar, y se encabitaron: dejaron caer luego las manos sobre la nieve, la cual, sacudiéndoles los ojos y narices, los puso furiosos y los hizo retroceder. Era inútil tratar de forzar el paso, y no habia mas remedio que practicar un camino.

Tres carreteros subieron sobre el carruaje mas alto, y otro se subió sobre los hombros de aquellos, á fin de dominar el obstáculo. La muralla de nieve podia tener unos veinte pies de grueso; de consiguiente el mal era menor de lo que pudimos creer en un principio: poniéndonos todos á trabajar teniamos para dos ó tres horas.

El cielo estaba tan encapotado que aunque eran apenas las cuatro de la tarde, se venia encima la noche rápida y amenazadora. Aquella vez no teniamos ni aun el tiempo de construir el débil abrigo de una tienda, y ademas no teniamos medio ninguno para procurarnos fuego, puesto que tan lejos como la vista podia estenderse no divisábamos árbol ninguno. Paramos, pues, al momento: colocamos

los carruajes en semicírculo contra la pared de nieve, y dentro encerramos los caballos y nuestro carruaje. Todas aquellas precauciones se tomaron contra los lobos, á quienes no podíamos tener á distancia por falta de fuego. Apenas habíamos terminado aquellos preparativos, nos hallamos en una oscuridad completa.

No había medio de pensar en comer: sin embargo, nuestros carruajeros se comieron cada uno un pedazo de oso, pareciéndoles este manjar tan bueno crudo como cocido. En cuanto á mi, por mucha hambre que tenía, no pude dominar el disgusto que me inspiraba aquella carne cruda: contentemo, pues, con dividir un pan con Luisa, y después ofreci mi última botella de aguardiente; pero Jorge la rehusó en nombre de todos sus camaradas, diciendo que era preciso conservarla para los trabajadores.

Entonces Luisa, con su presencia de ánimo ordinaria, me recordó que en nuestra berlina de posta había dos linternas que encargué á Ivan pusiese en el carruaje. Llámelo para preguntarle si había seguido mis instrucciones en ese punto, y supe con placer que las dos linternas estaban en el cofre. Saquélas inmediatamente, y las encontré provistas de velas.

Ivan participó á nuestros compañeros el tesoro que habíamos descubierto, y la noticia fue recibida con gritos de júbilo. No era una hoguera que pudiera alejar de nosotros á los animales de presa; pero sí una luz á beneficio de la cual podíamos al ma-

nos divisar cuando se acertaban. Las dos linternas fueron colocadas al extremo de dos palos clavados sólidamente en la nieve: en seguida se encendieron; y vimos con placer que su luz, no obstante lo pálida que era, bastaba, merced á la blancura de la nieve, para alumbrar en una circunferencia de unos cincuenta pasos los alrededores de nuestro campamento.

Éramos en todo diez hombres: dos se colocaron de centinelas en los carruajes, y ocho se pusieron á trabajar para taladrar la pared de nieve. Desde las dos de la tarde el frío habia recobrado toda su intensidad, de suerte que la nieve presentaba ya bastante solidez para poder abrir en ella un pasaje, aunque no estaba bastante compacta para hacer ese trabajo tan fatigoso como lo habria sido dos días despues. Yo habia preferido ser del número de los trabajadores, porque obligado á estar en continuo movimiento, me molestaria menos el frío.

Por espacio de tres ó cuatro horas trabajamos bastante tranquilamente, y entonces fue cuando mi aguardiente, economizado por Jorge, hizo maravillas. Pero á eso de las once de la noche oímos un ahullido tan prolongado y cercano, que todos nos paramos: al mismo tiempo oímos la voz del viejo Jorge, á quien habíamos puesto de centinela, y que nos llamaba. Dejamos nuestro trabajo, terminado en sus tres cuartas partes, y corrimos á los carruajes, á los cuales subimos. Hacia ya mas de una hora que estaban á la vista unos doce lobos; pero de-

tenidos por la luz de nuestras linternas, no se atrevieron á acercarse, y se les veía errar como sombras en los límites de aquella claridad, pasando alternativamente de la luz á las tinieblas. Al fin uno de ellos se acercó tanto, y Jorge en su ahullido comprendió tan perfectamente que no tardaría en acercarse mas, que eso le movió á llamarnos.

Confieso que en el primer momento no las tuve todas conmigo, al ver á aquellos animales monstruosos que me parecían de doble tamaño al menos que los de Europa. No por eso mostré mal talante, asegurándome de que mi carabina, que llevaba en la mano, y mis pistolas, que pendían de mi cinturón, estaban bien cebadas. Todo estaba en orden, y sin embargo, á pesar del frío, sentí que por el rostro me corría un sudor tibio.

Nuestros ocho carruajes, como he dicho ya, formaban el recinto semicircular en donde estaban encerrados nuestros caballos, el carruaje nuestro y Luisa: ese recinto estaba protegido, á un lado, por la pared de la montaña, cortada perpendicularmente á mas de ochenta pies, y al otro, por el monton de nieve que formaba á nuestras espaldas una especie de baluarte natural. En cuanto á la línea de carruajes, estaba guarnecida como las almenas de una ciudad sitiada: cada hombre tenía su pica, su hacha y su cuchillo, y ademas, Ivan y yo teníamos cada uno una carabina y un par de pistolas.

Permanecimos así por espacio de una media hora,

ocupados por ambos lados en medir nuestras fuerzas. Los lobos, como ya he dicho, avanzaban de vez en cuando en la claridad como para animarse, y sin embargo, esas tentativas tenían un carácter visible de vacilacion. Aquella táctica, de parte suya, tenía de bueno que nos familiarizaba con el peligro: en cuanto á mí, á mi primer temor sucedió una especie de fiebre que me hacia impacientarse de aquella situacion, que hacia mucho tiempo era el peligro, sin llegar á ser el combate. Al fin, uno de los lobos se acercó tanto á nosotros, que pregunté á Jorge si seria conveniente enviarle una bala.

—Si, me dijo, si estais seguro de dejarle en el sitio.

—¿Y por qué?

—Porque si le matais del tiro sus camaradas se entretendrán en comérselo, como hacen los perros en la perrera; verdad es tambien, murmuró entre dientes, que cuando hayan probado sangre estarán como demonios.

—A fé mia, repliqué, se me pone tan á tiro, que estoy casi seguro de no errarle.

—Pues disparad, dijo Jorge, porque de todos modos es preciso que esto concluya de una manera ó de otra.

No habia acabado de hablar, cuando descerrajé el tiro, y el lobo cayó revolcándose en la nieve.

Al mismo tiempo, segun lo habia previsto Jorge, se precipitaron en el círculo de luz cinco ó seis lobos, á quienes solo divisábamos como sombras, co-

gieron al muerto, y arrastrándolo consigo, volvieron á la oscuridad en menos tiempo del que se necesita para contarlo.

Pero aunque los lobos estuviesen fuera del alcance de la vista, no por eso atestiguaban menos su presencia sus feroces ahullidos; y aun estos aumentaban de tal suerte, que se conocia que la manada crecia en número. En efecto, era aquello una especie de llamada á comer, y cuantos lobos habia en dos leguas á la redonda se hallaban reunidos delante de nosotros: al fin cesaron los ahullidos.

—¿Oís á nuestros caballos? me dijo Jorge.

—¿Qué hacen?

—Patear y relinchar, lo cual quiere decir que estamos sobre aviso.

—Pues yo creia que los lobos se hubiesen marchado; ya no ahullan.

—No; han concluido, y se están relamiendo. Mirad, ahí vienen: ¡alerta, muchachos!

En efecto, ocho ó diez lobos, que en la oscuridad nos parecian del tamaño de borricos, entraron de repente en el círculo de luz que nos rodeaba, y en seguida, sin vacilar y sin ahullar, vinieron derechos á nosotros, y en vez de intentar pasar por bajo de nuestros carruajes, saltaron encima para atacarnos de frente. Aquel ataque fue rápido como el pensamiento, pues apenas habia tenido tiempo para verlos, cuando ya estaban encima; con todo, fuese casualidad ó que ellos hubiesen visto el punto de donde habia salido el tiro, ninguno atacó mi carruaje, de

suerte que pude juzgar del combate mejor que si hubiese tomado en él una parte directa.

A mi derecha, el carruaje defendido por Jorge, había sido atacado por tres lobos: uno de ellos había sido atravesado por la pica del anciano, y otro muerto de un tiro que yo le dirigí: quedaba el tercero, y como vi á Jorge levantar sobre él su hacha, no me inquieté, y me volví hacia el carruaje que se hallaba á mi izquierda, sobre el cual se hallaba David.

En aquel punto la lucha ofrecía más peligro, aunque no tenía que habérselas mas que con dos lobos; pero David se hallaba herido. Sin embargo, dirigió su pica contra uno de ellos; pero no habiéndole herido bien, el lobo mordió y quebró la pica, de manera que David se halló sin mas defensa que un palo: en aquel momento, otro lobo se lanzó, y se preparaba á subir adonde se hallaba David. Salté desde mi puesto al lado de este, y en el momento en que sacaba su cuchillo, disparé un pistoletazo contra su antagonista; el otro se revolcaba sobre la nieve, dando espantosos rugidos, y sin poderse arrancar el trozo de pica de la herida, que sobresalta de ella unas seis ú ocho pulgadas.

Entre tanto Ivan hacia prodigios: había oído hacia su lado tres tiros, que me dieron á entender que nuestros enemigos eran tan bien recibidos en el ala izquierda como en la derecha: en efecto, al cabo de pocos momentos cuatro lobos cruzaron el espacio iluminado, pero para huir, y ¡cosa extraña! dos ó

tres de los que creíamos muertos ó heridos mortalmente, se levantaron, y despues, arrastrándose y dejando tras si una huella de sangre, siguieron á sus compañeros, y desaparecieron con ellos, de modo que en último resultado solo quedaron tres enemigos sobre el campo de batalla.

Me volví hácia Jorge, al pie de cuyo carruaje habia dos lobos; el que habia traspasado él con su pica, y el que yo habia muerto de un tiro.

—Volved á cargar al momento, me dijo; los conozco muy bien, y sé sus costumbres; volved á cargar, porque aun no hemos concluido.

—¡Cómo! le dije yo, poniendo en el mismo momento en ejecucion su consejo: ¿creéis que aun no nos hemos librado de ellos?

—Escuchad, respondió Jorge, como se llaman unos á otros: esperad, esperad; y tendió la mano hácia el horizonte.

En efecto, á los ahullidos cercanos contestaban á lo lejos otros ahullidos, de modo que no me cupo duda de que el experimentado carretero tenia razon, y que este primer ataque no habia sido mas que un choque con la vanguardia.

En aquel momento me volví, y vi relucir, semejantes á dos antorchas, los dos ojos de un lobo, que, llegando á la cresta de una montaña, se internaba en nuestro campo. Yo le apunté; pero, en el momento en que salia el tiro, se lanzó en medio de los caballos, y se abalanzó al cuello de uno de ellos: al mismo tiempo, dos ó tres de nuestros compañe-

ron saltaron a tierra; pero se dejó oír la voz del anciano Jorge.

—Aquí no hay mas que un lobo, dijo, y no hace falta mas que un hombre. Los demas, cada uno á su puesto. Y vos, añadió dirigiéndose hacia mi, volved á cargar pronto, y no tireis sino á golpe seguro.

Dos hombres subieron sobre los carruajes, y el tercero se deslizó, agachándose y con el cuchillo en la mano, por entre los pies de los caballos, que pateaban aterrorizados, y se arrojaban como locos contra los carruajes que los cercaban: en aquel mismo momento vi lucir la hoja de un cuchillo, que desapareció en seguida: entonces el lobo soltó su presa y se encabritó todo ensangrentado, mientras que sobre el suelo se veia agitarse una masa informe, sin que pudiese en ella distinguirse al lobo del hombre: aquello era horrible. Despues de un momento, el hombre se levantó, y arrojamos todos un grito de alegría.

—David, dijo el vencedor, ayúdame á quitar de aqui este fardo: en tanto que esté ahí no habrá medio de hacer carrera de los caballos.

David se acercó á él, arrastró al lobo hasta el carruaje en que estaba su padre, y le levantó ayudado de su compañero. Jorge entonces le cogió por las patas de atras como hubiera podido hacerlo con una liebre, y le arrojó fuera del circulo, al lado de los otros dos ó tres que yacian en tierra: despues, vol-

viéndose hacia el traginero que se habia sentado en tanto que David subia á su carruaje:

—Y bien, Nicolás, le dijo: ¿no vuelves á tu puesto?

—No, Jorge, no, dijo el traginero meneando la cabeza; ya tengo bastante.

—Pues qué, ¿estais herido? exclamó Luisa sacando el cuerpo fuera del trineo.

—No podré aseguraroslo, mi buena señora, respondió Nicolás: lo único que puedo deciros es que tengo ya lo que necesito.

—Eugenio, Eugenio, me gritó Luisa; venid y ay, dadme á curar á este pobre hombre, que se está desangrando.

Entregué á Jorge mi carabina, y saltando de mi carruaje, me dirigí al herido.

Este tenia efectivamente destrozada una parte de la mandíbula inferior, y de su cuello corría la sangre en abundancia. Temí que la herida hubiese interesado toda la cara, y apliqué sobre la herida un puñado de nieve, sin saber si hacia bien ó mal. ¡El paciente, estremecido por el frio, dió un grito, y se desmayó! Creí que habia muerto.

—Oh, Dios mío! exclamó Luisa; perdonadme, porque yo soy quien tengo la culpa de todo.

—Venid, excelencia, venid! gritó Jorge: he aquí los lobos.

Deje al herido al cuidado de Luisa, y subí sobre mi carruaje.

Aquella vez no pude estar en los detalles, por-

que tuve bastante en que entretenerme sin ocuparme de los demás. Habíamos sido atacados por más de veinte lobos; descargué una después de otra mis dos pistolas, así que estuvieron á tiro, y después me apoderé de un hacha que me alargaba Jargo, pues mis pistolas, descargadas, no me servían de nada. Las coloqué en mi cintura, y me puse á manejar del mejor modo que pude el arma que tenía en las manos.

El combate duró cerca de un cuarto de hora; pero en aquel cuarto de hora, cualquiera que hubiera presenciado esta lucha, hubiera visto uno de los más terribles espectáculos. Por fin en toda la línea un grito de victoria; hice el último esfuerzo: uno de los lobos trataba de encaramarse sobre mi carruaje para llegar hasta mí; le descargué sobre la cabeza un terrible golpe, y aunque el hacha se corrió sobre el hueso del cráneo, le hice una herida tan profunda en el hombro, que se desprendió y cayó hacia atrás... Entonces, lo mismo que la vez primera, vino á retirarse á los lobos, pasar ahullando el espacio iluminado, y desaparecer en las tinieblas para no volver más.

Cada uno de nosotros arrojó á su alrededor una mirada triste y silenciosa: tres de nuestros hombres habían sido heridos, y siete ú ocho lobos yacían muertos en tierra; era, pues, evidente que sin la precaución que habíamos tomado de iluminar el campo de batalla, todos hubiéramos sido devorados.

El mismo peligro que acabábamos de correr nos

hacia desear ardientemente el llegar á la llanura. ¿Quién podía prever los peligros de otra noche, si nos veíamos obligados á pasarla en la montaña. Colocamos, por lo tanto, á los heridos como centinelas sobre los carruajes, despues de haber vendado sus heridas, porque aunque fuese probable, como lo anunciaban los ahullidos de los lobos que se alejaban cada vez mas, que no volverian, hubiera sido imprudente no estar alerta.

Tomada esta precaucion, nos pusimos á trabajar para abrir la galeria que nos debia dar paso.

Al amanecer estaba ya enteramente concluida.

Entonces Jorge dió orden de que engancharan. Cuatro de nuestros carreteros se ocuparon de ello, mientras que los otros cuatro desollaban á los lobos, cuyas pieles, en la situacion en que nos encontráramos, tenian gran valor; pero en el momento de marchar se echó de ver que el caballo herido estaba inútil.

Entonces el dueño de él tomó una de mis pistolas, y apartándole un poco, le disparó un tiro en la cabeza.

Hecho esto nos pusimos en camino silenciosamente. Nicolás se hallaba en un estado que daba muy pocas esperanzas; y Laisa, que le habia tomado bajo su proteccion, le hizo colocar en el trineo: los demás heridos iban acostados en los carruajes; nosotros caminábamos á pie.

Al cabo de unas cuatro horas de marcha, en que veinte veces estuvimos á punto de sumergirnos en la

nieve, llegamos á un bosquecillo que los tragineros reconocieron con la mayor alegría, pues distaba solo unos tres cuartos de legua del primer pueblo que se halla sobre la pendiente asiática del Oural, y nos detuvimos á descansar, pues que todos nos hallábamnos muy fatigados.

En diez minutos se desengancharon los caballos, se derribaron tres ó cuatro abetos, y se encendió lumbre. Tambien aquella vez el oso nos suministró alimento; pero como habia buena lumbre donde asarlo, todos comieron de él, hasta la misma Luisa.

En seguida, como todo el mundo estaba deseoso de salir cuanto antes de aquellas malditas montañas, nos volvimos á poner en marcha en cuanto concluimos de comer. Despues de hora y media, divisamos al otro lado de una pequeña colina algunas columnas de humo que parecian salir de debajo de tierra; aquello era el pueblo tan deseado al que nunca creimos poder llegar, y en el que entramos á eso de las cuatro de la tarde.

No habia en todo él mas que una mala posada que en cualquiera otra circunstancia no hubiera creido buena para mis perros, pero que entonces me pareció un palacio.

Al siguiente día, al marchar, dimos á Jorge quinientos rublos para que los repartiera con sus compañeros.

and the other side of the mountain, with the
 same result. The only way to get a
 complete list of the plants of the
 mountain, is to go to the top of the
 mountain, and walk all round it, and
 take notes of every plant seen. This
 is the only way to get a complete
 list of the plants of the mountain.
 The same principle applies to the
 study of the history of a country.
 The only way to get a complete
 list of the events of a country's
 history, is to go to the top of the
 mountain, and walk all round it,
 and take notes of every event seen.
 This is the only way to get a
 complete list of the events of a
 country's history. The same
 principle applies to the study of
 the history of the world. The only
 way to get a complete list of the
 events of the world's history, is to
 go to the top of the mountain, and
 walk all round it, and take notes
 of every event seen. This is the
 only way to get a complete list
 of the events of the world's history.

dadera Siberia, y en fin, entramos en el valle de Tobolsk: siete dias despues de haber salido de los montes Ourales entramos por la noche en la capital de la Siberia.

Estábamos agobiados de fatiga, y sin embargo, Luisa, sostenida por las fuerzas de su cariño, que iba en aumento á medida que se aproximaba al objeto de él, no quiso detenerse mas tiempo que el preciso para tomar un baño. A las dos de la madrugada salimos para Koslowo, pequeña ciudad situada sobre el Irtrich, y que habia sido señalada para su residencia á unos veinte presos, en cuyo número se contaba el conde Alejo.

Nos apeamos en la casa del capitán, comandante de aquella ciudad, y allí, como en todas partes, la orden del emperador produjo su efecto. Pedimos noticias del conde; seguia en Koslowo, y el estado de su salud era tan bueno como se podia desear. Convinimos Luisa y yo en que me presentaria primero á él para participarle nuestra llegada, y pedir un permiso al gobernador, que me fue concedido al momento. Como yo no sabia dónde residia el conde, y como no hablaba el idioma del país, me acompañó un cosaco.

Llegamos á un barrio de la ciudad cercado por una alta empalizada, cuyas salidas estaban custodiadas por centinelas, y que se componia de unas veinte casas. El cosaco se detuvo delante de una de ellas, y me dijo que allí vivia el conde. Llamé á la puerta

con una agitacion difícil de pintar, y oí la voz de Alejo que me respondia:

—Entrad.

Abri la puerta, y le hallé acostado en la cama; pero vestido, y con un libro en la mano.

Permaneci un momento en el dintel de aquella puerta, mirándole y alargándole los brazos, mientras que él se levantaba lleno de asombro y dudando aun de quien yo era.

—¡Yo soy! le dije.

—¡Cómo! ¡Vos... vos!

Y dando un salto desde la cama, me echó los brazos al cuello: despues, retrocediendo con una especie de terror:

—¡Gran Dios! exclamó: ¿tambien venis desterrado? Y seria yo causa de...

—Tranquilizaos, le interrumpi; vengo como me-ro aficionado.

El conde sonrió amargamente.

—¡Como aficionado á la Siberia, á nuevecientas leguas de San Petersburgo! Esplicadme cómo es eso... pero antes de todo, dadme noticias de Luisa.

—Os las daré muy recientes, pues acabo de dejarla.

—¿Os habeis visto hace un mes?

—Hace cinco minutos.

—¡Dios mio! exclamó Alejo palideciendo; ¿qué me decís?

—La verdad.

—¿Luisa?...

—Esta aquí.

—¡Oh! ¡Santo corazón de mujer! exclamó el conde levantando al cielo sus manos, mientras que dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos. Después de un momento de silencio, durante el cual parecía dar gracias a Dios, continuó:

—¿Pero dónde está?

—En casa del gobernador,

—Vamos allá; ¡pero estoy loco! olvidaba que me hallo preso, y que no puedo salir sin permiso del brigadier. Mi querido amigo, id á buscar á Luisa; quiero verla, estrecharla entre mis brazos. Y si no quedaos, este hombre irá á buscarla. Entre tanto hablaremos de ella.

Y después dijo algunas palabras al cosaco, quien salió al momento.

Durante este tiempo conté á Alejo todo lo que había pasado desde su prision: la resolución de Luisa, cómo lo había vendido todo, de qué modo la habían robado el dinero, su entrevista con el emperador, las bondades de este, nuestra salida de San Petersburgo, nuestra llegada á Moscow, cómo habíamos sido recibidos por su madre y sus hermanas que se habían encargado de su hijo: luego, nuestro viaje, nuestros peligros, el paso de los montes Ourales, y últimamente, nuestra llegada á Tobolsk y á Kossowo. El conde escuchó esta narracion como si fuese un cuento fabuloso. Cogiéndome de vez en cuando de las manos para asegurarse de que era yo quien

le hablaba, luego se levantaba impaciente, abría la puerta, y no viendo venir á nadie, se volvía á sentar pidiéndome nuevos detalles, que yo no me cansaba de repetir ni él de oír. Por fin la puerta se abrió y el cosaco se presentó solo.

—¿Y bien? le preguntó el conde palideciendo.

—El gobernador nos ha dicho que ya conociais la prohibición hecha á los prisioneros.

—¿Cuál?

—La de recibir mujeres.

—El conde se pasó la mano por la frente, y volvió á caer sobre el sillón. Yo empecé á temer á mi vez, y miraba al conde, cuyo rostro expresaba los crueles dolores de su alma. Al cabo de un momento de silencio se volvió al cosaco, y le dijo:

—¿Podré hablar al brigadier?

—Está en casa del gobernador,

—Pues hacedme el favor de esperarle á la puerta, y le rogareis tenga la bondad de venir á verme,

El cosaco se inclinó, y volvió á salir.

—Estas gentes obedecen como estatuas, dije al conde.

—Sí, por costumbre: ¿Pero no veis lo que me sucede? Luisa está á cien pasos de mí; ha andado por verme novecientas leguas, y ahora nos lo impiden.

—Pero eso será sin duda algun error, alguna consigna mal interpretada.

Alejo se sonrió tristemente.

—De todos modos, continué yo, nos dirigiremos al emperador.

—Sí, y la respuesta llegará dentro de tres meses, y durante este tiempo... ¡oh, vos no sabéis lo que es este país!...

Pintábase en los ojos del conde una desesperación que me asustó.

—Y bien; si es preciso, yo os haré compañía durante estos tres meses; hablaremos de ella, y esto os hará esperar mas resignadamente: además, el gobernador se ablandará, y cerrará los ojos.

Alejo me miró sorprendido.

—Aquí, me dijo, no hay que contar con nada de eso. Aquí todo es hielo. Si hay una orden, será cumplida, y no la verá.

—¡Pero eso es horrible!

En aquel momento entró el brigadier.

—¡Señor! exclamó Alejo, adelantándose hácia él; una mujer sublime, generosa, ha abandonado á San Petersburgo por venirme á ver; acaba de llegar, y me dicen que no puedo verla... Sin duda se han equivocado.

—No, caballero, repuso friamente el brigadier; ya sabéis que los presos no pueden comunicar con ninguna mujer.

—Pero el príncipe Troubetskoi ha obtenido el permiso que á mí me niegan; ¿será porque él es príncipe?

—No, caballero, respondió el brigadier, sino porque la princesa es su esposa.

—Y si Luisa fuese mi esposa, ¿no se opondrían á que la viese?

—No, señor.

—¡Oh! exclamó el conde como aliviado de un gran peso. Y despues de un momento, prosiguió:

—Señor brigadier, ¿permitireis al capellan que venga á verme?

—Se le avisará al momento.

—Y vos, amigo mio, añadió dirigiéndose á mi; despues de haber servido á Luisa de amigo y defensor, ¿querreis servirle de testigo y de padre?

Yo me arrojé en sus brazos, sin poder pronunciar una palabra.

Pues entonces, repuso el conde, id á buscarla, y decidle que mañana nos veremos.

En efecto, al dia siguiente á las diez de la mañana, Luisa, acompañada por el gobernador y por mi, y el conde Alejo, seguido del principe Troubetskoi, entraban cada uno por su puerta en la pequeña iglesia de Koslowo, y arrodillándose ante el altar, cambiaron la primera palabra.

Aquella palabra era el sí solemne que los unia para siempre.

El emperador, por medio de una carta particular dirigida al gobernador, y que Ivan le habia entregado sin saberlo nosotros, mandaba que el conde no viese á Luisa sino siendo esposa suya.

El conde, como hemos visto, se habia anticipado á los deseos del emperador.

Conclusion.

Al volver á San Petersburgo hallé cartas que exigian imperiosamente mi presencia en Francia.

Era en el mes de febrero, y de consiguiente, el mar estaba helado; pero estando perfectamente montado el servicio de trineos, no titubecé en marchar por esa via.

Me decidí con tanta mayor facilidad á abandonar la ciudad de Pedro el Grande, cuanto que, aun dado caso de que el emperador, á pesar de mi ausencia sin permiso, hubiese tenido la bondad de no hacerme reemplazar en mi cuerpo, habia yo perdido, por efecto de la conspiracion, una parte de mis discipulos, y no podia menos de sentir la desgracia de esos jóvenes, por culpables que fuesen.

Volvi, pues, á tomar el camino que traje al venir diez y ocho meses antes, y crucé de nuevo, aunque ahora sobre una vasta sábana de nieve, la antigua Moscovia y una parte de la Polonia.

No hacia mas que acabar de entrar en los estados de S. M. el rey de Prusia, cuando al sacar mi nariz fuera del trineo, divisé con gran sorpresa mia á un hombre de unos cincuenta años, alto, delgado, enjuto, con casaca, chaleco y calzón negros, calzado con zapatos de hebilla; cubierta la cabeza con un élac, un violin de bolsillo bajo el brazo izquierdo, y volteando con la mano derecha el arco como pudiera hacer con un junquillo. El traje me parecia tan extraño y el sitio tan singular para pasearse sobre la nieve con un frio de veinte y cinco á treinta grados, que, figurándoseme ademas que el desconocido me hacía señas, me detuve para aguardarle. Apenas me vié parado, alargó el paso, pero sin precipitarlo y con cierta dignidad no exenta de gracia. Conforme se iba acercando, me parecia reconocer al pobre diablo, y muy pronto pude convencerme de que no me habia equivocado. Era el compatriota á quien encontré á pie en el camino real al llegar á San Petersburgo, y á quien volvia hallar en el mismo trío, pero en circunstancias mucho mas graves. Luego que estuvo á dos pasos de mi trineo, se detuvo, puso sus pies en tercera, pasó su arco por debajo de las cuerdas de su violin, y cogiendo con tres dedos la cúspide de su élac:

—Caballero, me dijo, saludándome con todas las

reglas del arte coreográfico; ¿podría preguntaros, sin indiscreción, en qué parte del mundo me encontraré?

—Caballero, le contesté; os halláis un poco más allá del Niemen, á unas treinta leguas de Koenigsberg: tenéis á vuestra izquierda á Friedland, y á vuestra derecha al Báltico.

—Oh, oh! escucho mi interlocutor, visiblemente satisfecho de mi respuesta, que recibía en país civilizado.

—Pero, ¿podré á mi vez, caballero, preguntaros sin indiscreción, cómo es que os halláis aquí á pie, con medias de seda negra, el tuc en la cabeza y el violín bajo el brazo, á treinta leguas de poblado, y con un frío como el que hace?

—Si que es original, ¿no es cierto? Pues ved aquí la cosa. Ante todo, ¿me aseguráis que me hallo fuera del imperio de S. M. el czar de todas las Rusias?

—Estais en los dominios del rey Federico Guillermo.

—Pues bien; debo deciros, caballero, que yo tenía la desgracia de dar lecciones de baile á casi todos los infortunados jóvenes que tenían la infamia de conspirar contra la vida de S. M. Como para el ejercicio de mi profesion iba yo regularmente de las casas de unos á las de otros, esos imprudentes me encargaban de cartas criminales que yo entregaba; es lo aseguro bajo mi palabra de honor, con la misma inocencia que si fuesen invitaciones á comer ó á algun baile: la conspiracion estalló, como sa-

breis sin duda. (Yo hice con la cabeza una señal afirmativa.) Se supo, no sé cómo, el papel que yo había hecho en ella, y, como era consiguiente, me prendieron. El caso era grave, porque yo era cómplice de no revelacion. Verdad es que nada sabía, y por consiguiente nada podía revelar. Esto es claro: ¿no es cierto? (Hice con la cabeza señal de que era de su misma opinion.) Pues bien; ello fue, caballero, que en el momento en que esperaba ser ahorcado, me pusieron en un trineo cerrado, en donde estaba perfectamente, á la verdad; pero del que no salia sino dos veces al dia para mis necesidades naturales, tales como almorzar y comer. (Hice con la cabeza señal de que comprendia perfectamente.) En una palabra, caballero: hace un cuarto de hora que el trineo, despues de dejarme en esta llanura, volvió á marchar al galope; sí, señor, al galope, sin que nadie me dijera palabra, lo cual no me pareció nada cortés; pero tambien sin pedirme propina, lo cual era una galanteria. En fin, yo me creia en Tobolsk, mas allá de los montes Ourales... ¿Conoceis á Tobolsk? (Hice con la cabeza una señal afirmativa.) Pero veo que no, que estoy en pais católico; quiero decir, luterano, porque no ignorareis, caballero, que los prusianos profesan el dogma de Lutero. (Hice una seña de que mis conocimientos alcanzaban eso tambien.) Ahora solo me falta pedir os perdon por haber os incomodado, y preguntaros qué medios hay de trasporte en este bienaventurado pais.

—¿A qué parte os dirigis?

—Deseo ir á Francia. Me han dejado mi dinero, y esto os lo digo porque no teneis trazas de ladron. Me han dejado, pues, mi dinero; y como no tengo mas que una fortuna muy módica, unas mil doscientas libras de renta, no da de sí para gastar carruaje; pero con un poco de economía hay para vivir. De consiguiente, desearia volver á Francia para comerme tranquilamente mis mil y doscientas libras, apartado de todas las vicisitudes humanas, y sustraído á los ojos de los gobiernos. De consiguiente, me atrevo á preguntaros cuáles son los medios de transporte menos... dispendiosos para volver á Francia, para regresar á mi patria.

—A se mia, querido Vestris, le dije cambiando de tono; porque principiaba ya á inspirarme compasion aquel pobre diablo, que sin perder su sonrisa ni su posicion coreográfica empezaba á tiritar de pies á cabeza; en punto á medios de transporte, tengo uno bien sencillo y fácil, si quereis.

—¿Cuál, caballero?

—Yo vuelvo tambien á Francia, mi patria. Subid conmigo á mi trineo, y os dejaré en llegando á Paris en el boulevard de Bonne-Nouvelle, como os dejé al llegar á San Petersburgo en la fonda de Inglaterra.

—Pues qué, ¿sois vos, caballero Grisier?

—Yo mismo, para serviros; pero no perdamos tiempo. Vos teneis prisa, y yo tambien: aquí teneis la mitad de mis pieles de abrigo. Procurad calentaros.

—La verdad es que principiaba ya á enfriarme... ¡Ah!

—Poned vuestro violín en cualquier parte, que sitio hay.

—No, gracias; si me lo permitis, lo llevaré bajo el brazo.

—Como gustéis... ¡Postillon, adelante!

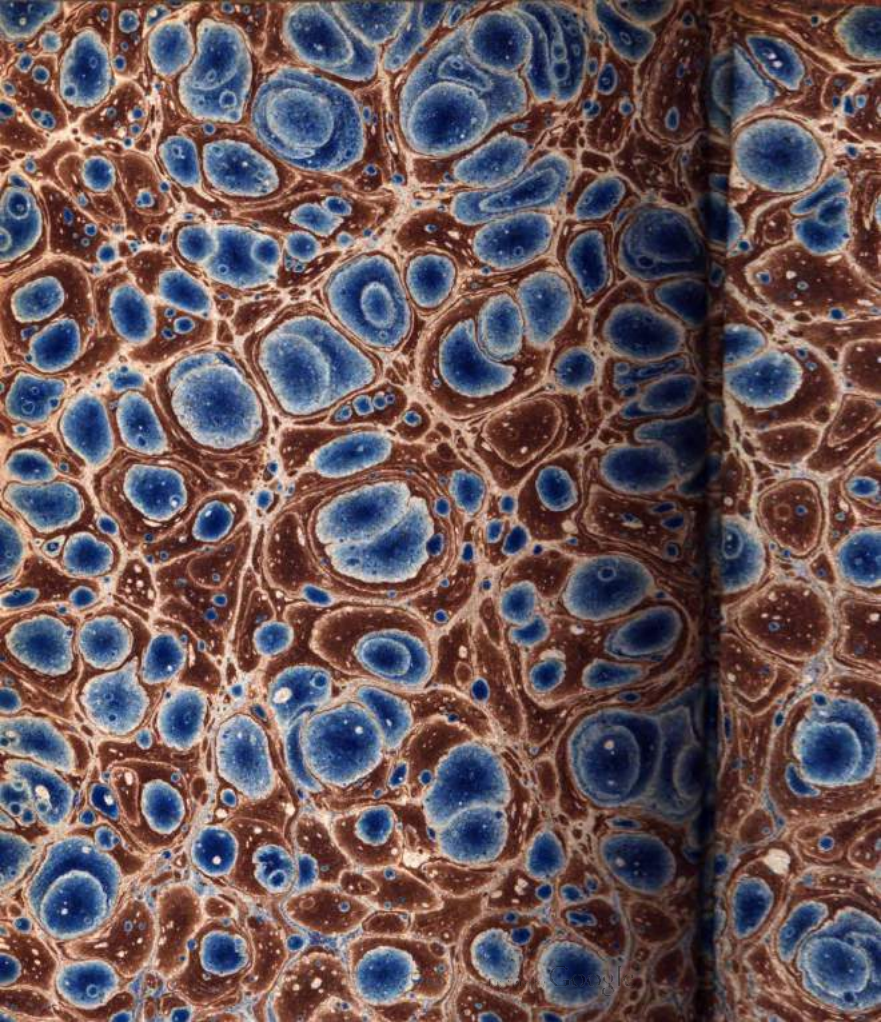
Y partimos al galope.

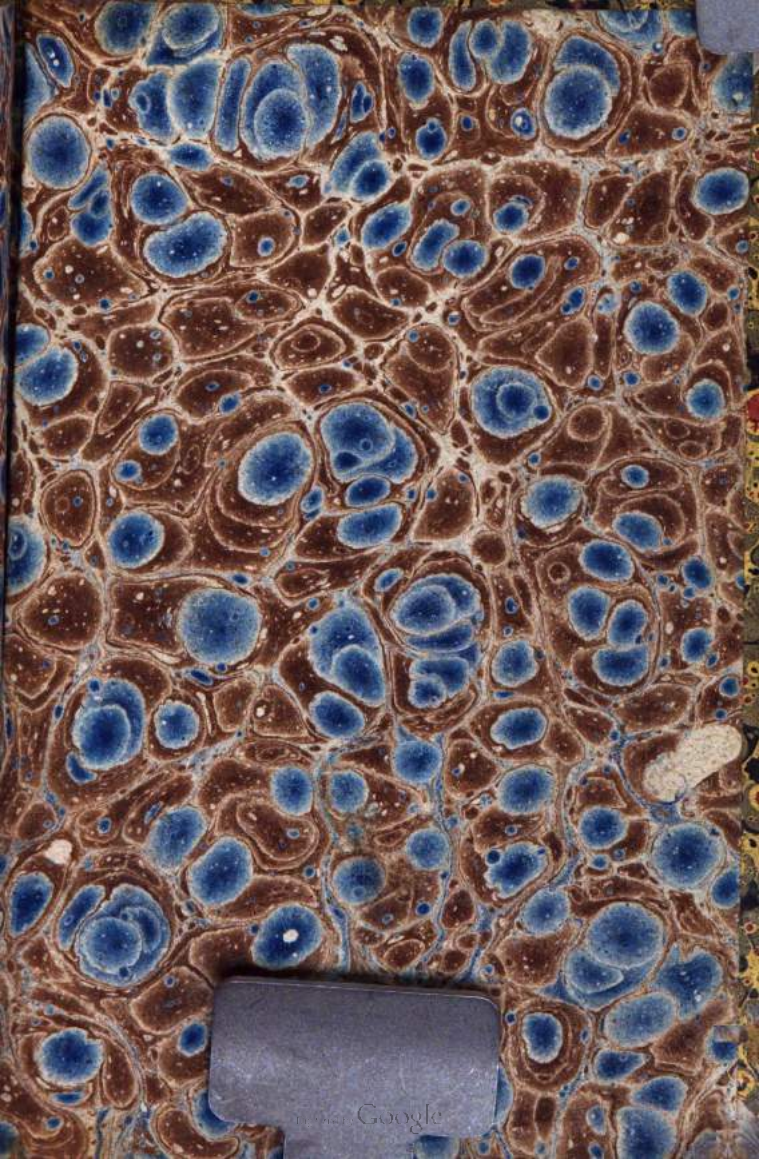
Nueve dias despues, hora por hora, dejaba yo á mi compañero de viaje frente al pasaje de la Opera. No le he vuelto á ver despues.

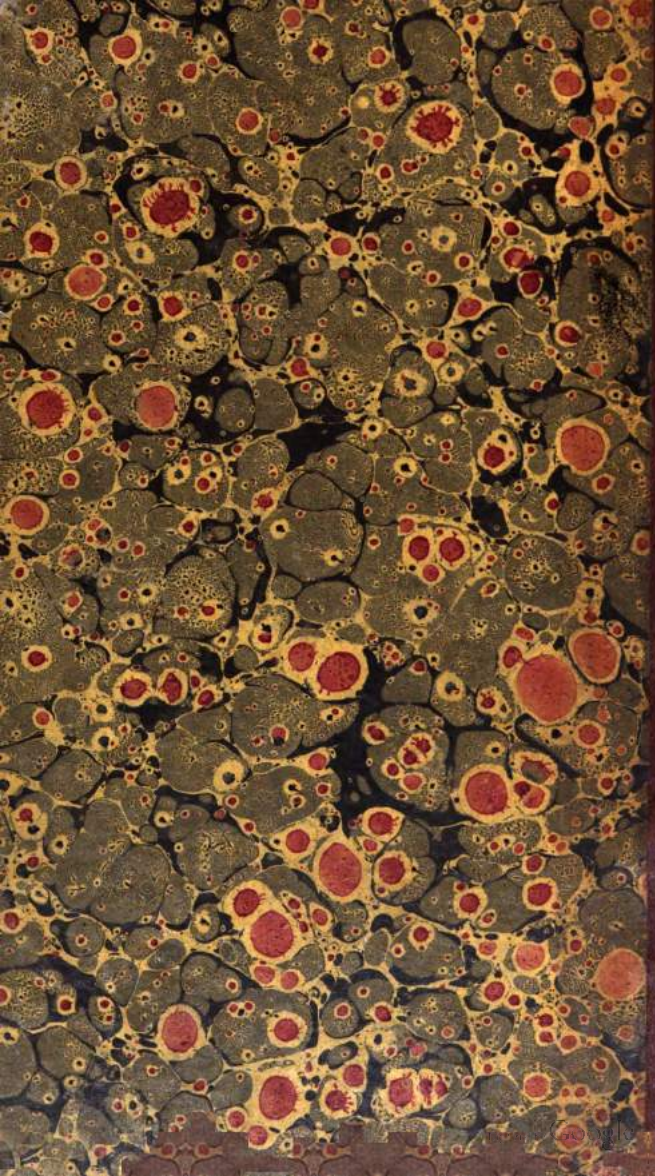
En cuanto á mí, como no habia tenido el talento de hacer mi fortuna, continué dando lecciones. Dios ha bendecido mi arte, y tengo una porcion de discipulos, de los que ninguno ha sido muerto en duelo. Lo cual es la mayor felicidad que puede esperar un *maestro de armas*.

FIN.









F
29